

CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA

MINISTRO:
DOCTOR MAURICIO GUZMAN

SUB-SECRETARIO:
Br. JORGE LARDE Y LARIN

DIRECTOR DE LA REVISTA:
RICARDO MARTEL CAMINOS

Nº 13

ABRIL - JUNIO

1958

3ª Avenida Norte Nº 534.
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



Impreso en los Talleres del
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



INDICE

	PAGINA
Nota editorial	7
Apuntes Sobre la Personalidad de don Francisco Gavidia Manuel Andino.	9
Evocación de Manuel Andino Luis Gallegos Valdés.	22
El Tema de la Muerte en la Poesía de José Gorostiza Raúl Leiva.	25
La Joven Poesía Salvadoreña Matilde Elena López.	30
Antonio Machado en Centro América Hugo Lindo.	45
Labrador Ruiz en su “Laberinto” Salvador Bueno.	50
Comprensión de un Grande Enrique Labrador Ruiz.	53
Guistaluzzitt Jorge Lardé y Larín.	56
Suchitoto. Por la Belleza a la Transfiguración Salarrué.	60
Referencias Sobre Gabriela Mistral Oswaldo Escobar Velado.	62

	PAGINA
El Maquilishuat	66
Mercedes Durand.	
Canto a España	68
Andrés Eloy Blanco.	
Viaje de Ida y Vuelta a la Poesía de Andrés Eloy Blanco	76
Trigueros de León.	
Defensa Propia	84
Fabián Dobles.	
“El 184”	90
Ricardo Martell Caminos.	
Locura de Amor	96
Rolando Velásquez.	
Salarrué	102
La Nueva Pintura de Salarrué	103
R. M. C.	
Los Mitos en la Historia.—Viejos y Nuevos Mitos	106
Raimundo Lazo.	
Ideas en Torno a Algunos Aspectos de las Tesis Metafísicas Sobre los Valores	119
Jorge Arias Gómez.	
El Impacto de la Democracia en la Educación	133
Arnold J. Toynbee.	
“El Cristianismo y su Contribución a la Paz del Mundo”	139
Carlos Lobato.	
El Despertar de la Filosofía	148
Ignacio Ellacuría, S. J.	
El Maestro y la Sociedad	168
Manuel Guillermo Campos.	
La Educación Moral, Problema Candente	175
José Bruin.	
Los Atomos Han Resultado Demasiado Grandes	181
Max. Ricardo Cuenca.	
Los Pipiles en Centro América	184
Pedro Geoffroy Rivas.	
Noticia Sobre los Mayas	191
Carlos Samayoa Chinchilla.	
Noticias Sobre un Mastodonte del Cantón San Juan Buenavista	205
Tomás Fidas Jiménez.	
Precursores de América	223
Horacio Figueroa Marroquín.	
Bibliografía	234

Colaboran en este Número

MANUEL ANDINO.—Escritor salvadoreño. Obras publicadas: “Detalles”, “Mirando Vivir”, “Tomás Regalado”, “Vocación de Marino”. Fue director de varios periódicos y de la revista *Cultura*. Falleció en San Salvador, el 7 de abril de 1958.

LUIS GALLEGOS VALDES.—Escritor salvadoreño. Ha publicado: “Tiro al Blanco” (Estudios críticos de Literatura). Es Director de Bellas Artes y Catedrático de Literatura en la Escuela Normal Superior. Reside en San Salvador.

MATILDE ELENA LOPEZ.—Escritora. Ha publicado: “Masferrer, alto pensador de Centro América”, “La Soledad Pensativa de Alejandro Carrión” (ensayo estilístico sobre “La Noche Oscura”).

HUGO LINDO.—Escritor, poeta salvadoreño. Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Obras publicadas: “Poema Eucarístico”, “Guaro y Champaña” (cuentos), “Libro de Horas”, “Antología del Cuento Moderno Centroamericano”, “Sinfonía del Limite”, “El Anzuelo de Dios”. Embajador de El Salvador en Santiago de Chile.

SALARRUE (SALVADOR SALAZAR ARRUE).—Escritor y pintor salvadoreño. Sus libros: “El Cristo Negro”, “Remotando el Uluán”, “Cuentos de Barro”, “Cuentos de Cipotes”, “O’Yarkandal”, “Eso y Más”, “Trasmallo”. Reside en San Salvador.

OSWALDO ESCOBAR VELADO.—Poeta y abogado. Libros publicados: “Poema con los Ojos Cerrados”, “Rebelión de la Sangre” (en colaboración con el poeta Carlos Lobato), “10 Sonetos para mil y más Obreros”, “Arbol de Lucha y Esperanza”, “Volcán en el Tiempo”. Libros inéditos: “Cristoamérica”, premiado en el Certamen Nacional de Guatemala. Reside en San Salvador.

MERCEDES DURAND.—Ha terminado su carrera de Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Colaboradora de “El Nacional”, “Excelsior” y periódicos centroamericanos, de las revistas literarias “Estaciones”, “Cuadernos Americanos” y “Humanismo”. En México publicó en la editorial de Los Presentes su libro de poemas “Espacios”.

JORGE LARDE Y LARIN.—Historiador salvadoreño. Es Subsecretario de Cultura. Ha publicado las siguientes obras: “Arce en el Proceso de la Independencia”, “Origen Centroamericano de las Altas Culturas Precolombinas”, “Génesis del Volcán de Izalco”, “Orígenes de la Villa de la Santísima Trinidad de Sonsonate”, Premiado en 1948, con Medalla de Oro en el concurso “José María Peralta Lagos”; “Orígenes del Convento de Santo Domingo de San Salvador”, “Paleontología Salvadoreña”, “Orígenes del Periodismo en El Salvador”, “Recopilación de Leyes Relativas a la Historia de los Municipios de El Salvador”, “Geología Salvadoreña”, “Guía Histórica de El Salvador”, “El Acta de Independencia de Centro América”, “Himnología Nacional de El Salvador”, “Monografía Histórica del Departamento de Santa Ana”, “José Simeón Cañas. Viroleño Ilustre”.

RICARDO TRIGUEROS DE LEON.—Escritor y poeta salvadoreño. Obras publicadas: “Campanario”, “Nardo y Estrella”, “Presencia de Rosa”, “Labrando en Madera”, “Perfil en el Aire”. Director del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura.

FABIAN DOBLES.—Escritor costarricense. Libros publicados: “Ese que Llamam Pueblo”, “El Sitio de las Abras”, “Historias de Tata Mundo”, “Aguas Turbias”.

ROLANDO VELASQUEZ.—Escritor salvadoreño. Autor de “Retorno a Elsinor”, “Memoria de un Viaje sin Sentido”, “El Bufón Escarlata”, “Entre la Selva de Neón”, “Reflexiones de un Hombre Arrodillado”. Reside en San Salvador.

JORGE ARIAS GOMEZ.—Ha desempeñado varios cargos de dirección estudiantil, entre ellos la Presidencia de la AGEUS. Colabora en la prensa nacional. Ha escrito dos ensayos: “Anastasio Aquino: Su Recuerdo, Valoración y Presencia” y “Notas para una Crítica del Minimum Vital de Masferrer”. Profesor de Historia del Arte en la Escuela Nacional de Artes Gráficas “Carlos Alberto Imery”. Reside en San Salvador.

MAX RICARDO CUENCA.—Químico Farmacéutico de la Facultad correspondiente de la Universidad de Panamá. Actualmente es Secretario del Departamento Deportivo de la Universidad de Chile. Colaborador de cuestiones Científicas en la página dominical de “El Mercurio”, de Chile. Reside en Santiago de Chile.

TOMAS FIDIAS JIMENEZ.—Director del Departamento Técnico de Excavaciones Arqueológicas. Director del Museo Nacional. Obras: “Toponimia Arcaica de El Salvador”, “Idioma Pipil”, “Nueva Geografía de El Salvador”, “Apuntes de Geografía y Mineralogía”.

PEDRO GEOFFROY RIVAS.—Escritor y poeta salvadoreño. Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Ha publicado: “Canciones en el Viento” y “Rumbos”. Reside en San Salvador.

NOTA EDITORIAL

Al hacernos cargo de la dirección de "CULTURA", queremos, ante todo, consagrar un recuerdo muy sentido a la memoria del anterior Director Manuel Andino, periodista y literato de reconocidos méritos, quien por espacio de dos años supo, con su talento y entusiasmo, impulsarla decididamente, dando especial acogida a nuestros poetas y escritores, sin distingos de edad o tendencia.

Nosotros asimismo, siguiendo la trayectoria que Andino dio a "CULTURA", hacemos un llamamiento cordial a todos nuestros intelectuales y artistas para que contribuyan, como lo han hecho hasta ahora, a que la revista mantenga la categoría que legítimamente ha conquistado.

Aprovechamos la ocasión para enviar un mensaje de amistad a los escritores y poetas centroamericanos y de otras latitudes.

Apuntes Sobre la Personalidad de don Francisco Gavidia

(Conferencia leída por su autor, Manuel Andino, en el Instituto Central de Señoritas, la noche del 30 de noviembre de 1957).

Señor Ministro de Cultura,
Señoras,
Señores:

Debo y agradezco al señor Ministro de Cultura, doctor Mauricio Guzmán, el alto como inmerecido honor de alternar con distinguidos hombres de letras en esta jornada de cultura que se realiza bajo su patrocinio y en homenaje a la memoria de don Francisco Gavidia, de cuya ingente obra literaria se enorgullecen, justamente, las letras salvadoreñas.

Hace algunos años, a propósito de los actos que se realizan en honor de don Francisco, en San Miguel, su ciudad natal, escribí yo una breve nota periodística diciendo que para la mayoría de letrados y semiletrados centroamericanos, incluyendo a los salvadoreños, era desconocida la obra de Gavidia. Esa nota fue recogida por el diario "El Imparcial" de la capital guatemalteca, que agrupa en su redacción a renombrados escritores del vecino país. Decía aquel diario en su columna editorial que en realidad Gavidia era un desconocido para las nuevas generaciones de escritores y poetas, que sólo tenían noticia de su obra algunos académicos de la vieja guardia. Que el hecho era una prueba más de la necesidad imperiosa de difundir en los países istmeños, extensa e intensamente, los valores intelectuales y artísticos de cada uno de ellos, como medio adecuado para una mutua y fecunda comprensión. Lo mismo me manifestaron escritores nicaragüen-

ses y ticos. Lo dicho entonces todavía tiene alguna vigencia. Por eso es plausible la disposición del Poder Ejecutivo en el Ramo de Cultura de que el Departamento Editorial del mencionado Ministerio imprima las obras completas de don Francisco, debidamente seleccionadas, anotadas y comentadas. Tengo noticia de que ya fue nombrada una Comisión para que realice dicho trabajo.

* * *

Hay dos aspectos de la personalidad de don Francisco Gavidia que conviene resaltar, acentuar, como ejemplo para las nuevas generaciones. Me refiero a la pureza de su vida y a su amor por Centroamérica. Don Francisco murió a los noventa y dos años de edad. Cerca de setenta de su existencia los dedicó, exclusivamente al cultivo de las bellas letras. Amó apasionadamente la cultura, dedicándole sus horas y sus afanes. Sirvió con desinterés a la cultura. Es el suyo un caso extraordinario en Centroamérica: el de un hombre dedicado por completo a realizar una obra de pensamiento y de patriotismo. Porque también los pensadores y los poetas hacen con sus creaciones labor patriótica, una de las más meritorias. En la consecución de esa obra, a Gavidia no lo apartaron de su camino ni los halagos del mundo ni las estrecheces de la pobreza. El escritor salvadoreño Manuel Barba Salinas ha dicho de él que nadie en el país ha sido tan fiel a su vocación espiritual. El mismo escritor refiriéndose a la pureza, a la altura moral de Gavidia refiere que cuando le fue otorgado el título de salvadoreño meritísimo por la Asamblea Nacional y en los momentos en que el Presidente Martínez, quien ya se perfilaba como dictador, le entregaba el correspondiente pergamino, Gavidia pronunció palabras que impresionaron a todos los presentes en el solemne acto. Dice Barba Salinas:

“El Maestro Gavidia, quien fue siempre un ciudadano sin mancha, al pronunciar su discurso de agradecimiento y dándose cuenta clarísima de las circunstancias y de su deber indeclinable, hizo un fervoroso elogio de la libertad y de la democracia de Atenas comparándola con la esclavitud y la chatura, el dolor y la vergüenza que reinaban en Esparta.

Martínez y sus muñidores quedaron desconcertados y perplejos. Atribuyeron el discurso del Maestro al hecho de que éste “vivía en la luna” como solían decir, sin querer darse cuenta de que en aquel momento Francisco Gavidia cumplía heroicamente el imperativo categórico de su conciencia de hombre libre y de auténtico salvadoreño meritísimo”.

Su amor a Centroamérica lo expresa en versos limpios y en prosa castiza y lo dignifica en su adhesión a la lucha unionista. Como tal se define en el canto a Centroamérica, al cual el autor puso, en la edición de sus obras, en 1913, la siguiente nota: “Esta composición se escribió cuando el autor hacía una propaganda asocianista que originó la fundación de medio centenar de sociedades y cuando una revolución de ideas encaminaba por nuevos senderos el país y las instituciones. Los pasos que se han dado hacia adelante y los progresos de que



FRANCISCO GAVIDIA

hoy nos enorgullecemos tienen por antecedente y causa aquellos sacrificios!” Por ese poema desfilan los Próceres, al resplandor de la gloria: Delgado, Barrundia, Valle, Morazán. Hay en él admoniciones y vaticinios:

*Oh, Patria! Oh, Centro América,
Necesitáis con vuestras propias manos
Levantar vuestra lápida mortuoria
Que gravita en la tierra como un monte
E interrogar después el horizonte
Para encontrar el rumbo de la gloria.*

A los centroamericanos les dice con palabras graves, proféticas, aún con vigencia en la realidad de los lares istmeños:

*Ved lo que os pide el porvenir: un lazo;
Unir el brazo, unir los corazones,
Una gran sociedad, un gran abrazo
Que una los corazones y una el brazo,
Así la tiranía que envenena,
No hallará sin ligar los eslabones
Ni romperá jamás esa cadena.*

*Una alma para el pueblo!
Ved lo que os pide el porvenir: un lazo
Que estreche los espíritus y el brazo
Y que os sostenga al ir hacia adelante:
La democracia, formidable atlante,
Invencible coloso,
Vendrá, cuando en trabajo luminoso
Concentréis el espíritu que flota,
Como una fuerza cósmica gigante,
En la dispersa muchedumbre ignota.*

En su poema “Estancias” Gavidia evoca ante las ruinas de Guatemala el pasado de Centroamérica, “las sombras de Alvarado, de Valum-Votán”, los guerreros kachikeles. Ese poema “Estancias” es de lo más valioso en la obra lírica de Gavidia. Leyéndolo se siente el alma agitada por un vasto aliento que viene del fondo de los siglos, de las lejanías de la Historia. “Allí el cacique, triste, con su tiara de pluma, —vestido con las pieles del jaguar y del puma”. En “Estancias” se manifiesta Gavidia como un gran poeta cívico, preocupado por el pasado, el presente y futuro de Centroamérica sin que ningún ismo, ni político ni social ni literario, ataje el vuelo de su inspiración ni encierre en normas arbitrarias su pensamiento. Otra muestra de su devoción admirativa a los próceres, a los héroes,

al pasado glorioso de estos pueblos istmeños, que están cumpliendo ya su destino histórico, su misión de puente del mundo, son estos versos:

*“Y sobre aquellas ruinas vi descender la idea;
Como lluvia que apaga la sangrienta tea,
Caía en el incendio del antiguo rencor;
Como un ángel, traía las palmas de la Gloria:
Y mostrándome, entonces, las hojas de la Historia,
Vi alzarse a Guatemala y alzarse El Salvador.*

*Vosotros, los hermanos mayores sobre el Istmo;
Harto os habéis lavado con sangriento bautismo;
Volved la vista al cielo del tranquilo ideal!
Abrazadles borrando sus hazañas mezquinas,
para que en paz levanten tu grande hogar en ruinas,
Centro América, Madre, Santa Patria Inmortal.*

Traducen estos últimos versos de Gavidia su devoción al ideal de la unidad de Centroamérica, ideal que vibra a lo largo de toda su obra lírica, de toda su labor académica.

Don Francisco pudo buscar otros ambientes dónde desarrollar mejor sus cualidades de poeta y de escritor. En su juventud efectuó tres salidas del patrio lar: a París, a San José de Costa Rica y a la capital de Guatemala. Después no abandonó ni un día su querida ciudad de San Salvador. Aquí, en este campo ingrato a las finas cosas del espíritu tenía que realizar su quehacer intelectual y lo realizó íntegra y valientemente. Aquí tenía que cumplir su deber para con la Patria, para con Centroamérica, para con la Madre Inmortal. Es innegable que Gavidia cumplió siempre con su deber de poeta cívico. Innegable, enaltecedor, ejemplarizante. El escritor salvadoreño don Ricardo Trigueros de León, en un artículo sobre el autor de “La ofrenda del Brahmán”, cita unas palabras del poeta chileno Humberto Díaz Casanueva, dichas en un homenaje a Gavidia y “refiriéndose a ese ejercicio de ciudadanía que ha sido norma en la vida del Maestro”.

“A nosotros, oscuros jóvenes, poetas de América, situados ante el caos, Gavidia nos tiende, no el laurel, no el cisne, sino el bronce y el hierro: la voluntad y el deber. Nos dice que la inteligencia no es regalo ni presunción sino responsabilidad y servicio y nos dice también que entre la noche y el tiempo está tendida el alma de América, pura como sus cielos, violenta como sus selvas, incendiada como sus volcanes, aguardando a los poetas y a los artistas, a los pensadores y a los maestros, a los sabios y a los políticos, para que la liberten de su misterio y la tengan y la coloquen de nuevo al principio del mundo, de un mundo en que el hombre tenga más alegría, más justicia y más belleza”.

En 1941 la Universidad de El Salvador publicó en la “Biblioteca Universitaria” un volumen de doscientas cincuenta páginas con discursos, estudios y confe-

rencias de don Francisco Gavidia. Abre el libro su Panegírico de San Salvador en el que se conjugan el dato histórico, la nota del poeta, el comentario del filósofo, la amargura del ciudadano. Porque amargas son las palabras finales del Panegírico, escrito en vísperas del IV Centenario de San Salvador:

“Mas no todo ha de ser satisfactorio, y en un centenario de la ciudad, objeto de tal panegírico, si el extranjero preguntase:

—¿Dónde están los restos, dónde están los huesos de los próceres, cuyas cualidades deben ser objeto de estudio para todo el mundo? Queremos depositar las coronas que merecen sobre el monumento o el templo que debe ser su tumba. Ella debe ostentar los símbolos reales de sus ideas, de su ejemplo, de sus virtudes y de su gloria.

Nuestra respuesta sería:

—Esta ciudad ha vivido más para sufrir que para pensar en la propia gloria y en sus propios hechos. Guerras fratricidas innumerables la han aprobado sólo en el cumplimiento de su deber y su destino; no le ha sido dado sonreír ante la escultura que nos dé la sensación elevada de su entidad moral; y en medio de tanto dolor, que ha agravado la misma naturaleza móvil de su suelo, no ha podido ver dónde cayeron las más preclaras figuras de su historia; por eso, extranjero!, hasta ahora, nuestros más grandes ciudadanos sólo hallaron la fosa del soldado desconocido”.

En el citado libro de Gavidia hay estudios sobre varias excelsas figuras: don Manuel José Arce, don José Simeón Cañas, don Juan Montalvo, Rubén Darío y sobre temas que no pierden vigencia, entre ellos “La influencia de la literatura en las carreras profesionales”, “La filosofía de la historia y los primeros principios”, “La formación de una filosofía propia o sea latinoamericana”. En el desarrollo del primero de los temas mencionados Gavidia señala la necesidad imperiosa, para lograr una cultura integral, de que los profesionales, médicos, abogados, ingenieros, sepan literatura, porque no hay hombre verdaderamente científico sin un conocimiento paralelo de las letras. Insinuaba Gavidia al respecto un cambio fundamental en los estudios universitarios, cosa que ahora se está realizando, según creemos, en la Facultad de Filosofía y Letras. “El estudio de la literatura de que nosotros hablamos, asentaba el Maestro, no tiene por objeto formar escritores o novelistas; menos poetas; porque a unos y a otros forma la naturaleza con privilegios que el hombre es incapaz de suplir; no nos referimos a esto, sino a las pocas o ningunas nociones de literatura que acompañan por lo regular a nuestros abogados, médicos, etc. Hay que saber que todo el curso de ciencias no deja en la inteligencia tanto poder lógico, como el conocimiento de un buen poema”. En mi larga carrera periodística he podido comprobar el fondo de verdad que hay en la aseveración de don Francisco sobre la ignorancia de la literatura que caracteriza a nuestros profesionales. Claro que hay honrosas excepciones, y es satisfactorio consignarlo así: conocemos varios médicos y abogados que no sólo tienen conocimientos de literatura universal sino que también son buenos escritores. Sus páginas sobre don Manuel José Arce y don José Simeón Cañas

no satisfacen a plenitud de nuestra curiosidad por esas altas figuras históricas. Sospechamos que Arce no era santo de su devoción. Nos da pie para esa sospecha las palabras iniciales de su biografía del Prócer. Dicen así: “Esta es la biografía del primer Presidente de la República de Centroamérica. Su vida está llena de interés, y ya aparece haciéndose acreedor a los mayores elogios, ya objeto de las amargas censuras de los historiadores. Nosotros no emitiremos mejor juicio que el de exponer su vida con la mayor precisión que nos sea posible.” En realidad enumera hechos y fechas relativos a Arce, pero no expresa opinión concreta, orientadora, sobre aquel líder militar y político. Entre los estudios de Gavidia que forman el volumen que comentamos, está el muy interesante dedicado a la obra literaria del Presbítero doctor Juan Bertis, “el primer profesor, en la primera tentativa para fundar la cátedra de Literatura”, en la Universidad Nacional. El Padre Bertis cultivó con singular acierto las ciencias y las letras. Su espíritu analítico y su sensibilidad de poeta se manifiestan en sus escritos, que “son de un estilo cuya fluidez y transparencia vuelven misteriosas las grandes vegetaciones que siempre se están reflejando en su fondo: la eufonía, el ritmo latinos; el exámetro horaciano; la cláusula de Marco Tulio; el alejandrino de Regnier o de Delille.” El final del estudio sobre el Padre Bertis encierra el juicio de un poeta sobre otro poeta. Es un pequeño poema en prosa, brillante y lleno de armonía: “Hay en la selva una tradición, y en toda ella se conserva la herencia de los tiempos: un arroyo cavó un cauce entre guijas; la torrencera ha labrado una antigua roca que formaba todo el suelo de la comarca; el puñado de semillas de roble, de álamos y cedros que trajera un huracán de otros tiempos está perpetuado en los bosques que ensordece la agitación del viento; pero el alma de esta selva, el recuerdo de todas estas historias de la vieja selva, está en el canto de un antiguo ruiseñor, canto que han conservado los ecos y que aprenden e imitan y repiten las mil generaciones de sus aves.”

Así se forman los pueblos. En la voz del Padre Juan Bertis había de estos ecos. Y, en verdad, en el concierto de su prosa había una nota que era dulce!”

La amistad de don Francisco Gavidia y de Rubén Darío fue el contacto perenne y cordial de dos almas luminosas, tocadas por el don de la Poesía. Todos sabemos que fue don Francisco el que inició a Rubén —adolescentes los dos— en la introducción y adaptación del alejandrino francés al castellano. Esa innovación en la métrica española data del año 1882 y fue producto de las lecturas en francés que realizaba Gavidia. Los detalles del hecho, innovación que llevó Darío en alas de su genio por todos los ámbitos del mundo de habla castellana, constituyéndose en abanderado de una revolución literaria cuyos ecos se oyen todavía, son de sobra conocidos. Todos los críticos y los historiadores del desarrollo de la literatura en Hispano América, como en general los hombres de letras del continente, están de acuerdo en que fue Francisco Gavidia quien inició a Rubén Darío en el empleo de cierta métrica francesa. Así, don Max Henríquez Ureña, dominicano, reconocida y respetada autoridad en cuestiones literarias, en su Breve Historia del Modernismo, dice, en la parte referente a El Salvador, que Gavidia,

“asiduo lector de los poetas franceses contemporáneos, quien inició a Rubén Darío en el manejo del alejandrino con mayor libertad en los cortes y en el ritmo. Es verdad que sólo aspiró a imitar en castellano ciertos efectos y modalidades del alejandrino francés y que después fue Rubén Darío mucho más lejos; pero la traducción que hizo Gavidia de “Stella”, de Víctor Hugo, hacia 1884, fue el punto de partida de esas innovaciones. ¿Quién, letrado o semi letrado no recuerda los versos de “Stella”, arranque de una revolución lírica que conmovió a América y España?:

*“Yo dormía una noche a la orilla del mar.
Sopló un helado viento que me hizo despertar.
Desperté. Vi la estrella de la mañana. Ardía
en el fondo del cielo, en la honda lejanía,
en la inmensa blancura, suave y soñolienta.
Huía Aquilón llevándose consigo la tormenta.
Aquel astro en vellones el nublado cambiaba.
Era una claridad que vivía y pensaba”.*

En el año 1892 Gavidia lanzó a los jóvenes poetas americanos su famoso manifiesto literario en el que abogaba “por una renovación sustancial de la expresión poética”. “El verso, decía en ese manifiesto, es el molde del lenguaje. La civilización no tiene modos adecuados de expresión: inventémoslos.” Todos los críticos literarios están contestes en que el movimiento literario llamado después modernismo debe mucho a Gavidia. Pero hay que reconocer que la intervención de Gavidia en ese movimiento tuvo sus impugnadores y sus negadores. Entre estos últimos el escritor nicaragüense Salvador Castrillo, quien en un artículo publicado en el extinto “Diario del Salvador”, en edición dominical del mes de junio de 1916, decía lo siguiente:

“Darío tiene su especial léxico y su dicción, distinto de las otras normas literarias: no consiste la suya solamente en la adaptación e introducción del alejandrino francés al castellano y su vocabulario raro, sino en su paleta oriental, empapada en los prismas del trópico, en su plasticidad hugolesca, su impresionismo y simbolismo verlenianos, su realismo, su “humour delicioso.” Al doctor Castrillo le salió al paso el entonces bachiller Raúl Andino, quien con argumentos fehacientes, publicados en “La Evolución Salvadoreña”, puso en su lugar las cosas que Castrillo pretendía trastocar. Es el mismo Rubén Darío quien dice la última y decisiva palabra sobre el particular en el libro titulado “La Vida de Rubén Darío Escrita por él Mismo”, cuando habla de la iniciación de su vida literaria y de su vida en San Salvador, que brindó cariño, estimación y ayuda al entonces joven poeta, se expresa así:

“Entre tanto, uno de mis amigos principales era Francisco Gavidia, quien quizás sea de los más sólidos humanistas y seguramente de los primeros poetas con que hoy cuenta la América Española. Fue con Gavidia, la primera vez que

estuve en aquella tierra salvadoreña, con quien penetrara en iniciación ferviente en la armoniosa floresta de Víctor Hugo; y de la lectura mutua de los alejandrinos del gran francés, que Gavidia, el primero seguramente, ensayara en castellano a la manera francesa, surgió en mí la idea de renovación métrica, que debía ampliar y realizar más tarde". A su vez, don Francisco dedica un estudio a Rubén Darío publicado en el volumen varias veces mencionado. Ese estudio no tiene fecha, pero se adivina que fue escrito en la penúltima década del siglo XIX, pues dice de Darío que es muy joven. Cuando Rubén haya crecido, dice allí, va a cautivar al mundo. Como se ve, Gavidia acertó cabalmente en su profecía: Darío cautivó al mundo con la música suave de su lira.

Uno de los aspectos de la culturá de don Francisco fue su conocimiento de lenguas muertas y vivas, las que había aprendido a fuerza de voluntad y de trabajo, sin salir del país. Así tradujo a poetas alemanes, franceses, trozos de "La Divina Comedia", de Dante, "Mireya", de Federico Mistral, quien le escribió una carta cordial dándole las gracias por la traducción del famoso poema.

Algunas de esas traducciones figuran en el primer tomo de sus obras, que contiene poemas y teatro. De los primeros, "Los vientos del odio", "Pablo en Athenas", "Psiquis y el amor", "Musa Maya", de inspiración indigenista, "La hechicera", "Los Jardines de Hebe", "La ofrenda del Brahmán", a nuestro modesto juicio el mejor poema de Gavidia:

*Yo era un brahmán conocedor del veda;
yo me vestía mi ropón de seda,
y el concurso de santos y de sabios
oía, cual rumor de la arboleda,
toda la inspiración, la ciencia toda,
manar, al escaparse de mis labios,
los versos de Valmiki en la Pagoda.*

La virgen ofrenda por los bramantes era:

*Cual fuente que desborda de su lecho,
como hebras del tejido de la noche,
formaban manto misterioso y vago
tus cabellos rodando por tu pecho
con inocente y con sensual halago.
Y en el cuello de nieve, casto y bello,
donoso cual de blanca cervatilla,
posé el labio, apartándote el cabello,
y entonces, luminosa gargantilla
cual sierpe de oro, se anudó a tu cuello.*

En la caudalosa producción de Gavidia hay obras de teatro, muy poco re-

presentadas: “Lucía Lasso o Los Piratas”, drama en tres actos en verso. “Amor e Interés”, comedia lírica escrita, según el autor, poco tiempo después de unas elecciones presidenciales, en las que, en el choque de los partidos, resultó un muerto. En dicha Comedia se pugna por la tolerancia política. Es una crítica sin alusiones a personas ni a partidos. “La Princesa Cavek”, en verso, retazo de historia del Señorío de Cuscatlán. “Ursino”, drama en cinco actos. Esta obra fue representada en el Teatro Nacional de San Salvador, el 1º de abril de 1887 por la Compañía Luque. “Velásquez”, traducción y ensayo de adaptación del alemán de Goethe, “Júpiter”, drama en cuatro actos. En la obra total de Gavidia, hay dos aspectos que nos interesan poco: su teatro y el idioma “Salvador”. Confesamos que nunca hemos visto a sus personajes en un tinglado, pero hemos leído sus dramas y comedias: no nos impresionan, no nos conmueven. Esas obras están bien escritas, posiblemente de acuerdo con la más exigente técnica teatral de los días en que fueron concebidas, pero les falta el aliento de los grandes dramaturgos. Así quedarán, nada más como datos para la historia literaria. Como antecedentes en el cultivo de teatro en El Salvador. De su amor por el pasado de Centro América.

Con motivo de la publicación de esas Obras, el Maestro Gavidia fue obsequiado con una fiesta. En dicha fiesta recibió una carta del Presidente doctor Manuel Enrique Araujo, la que don Francisco consideraba “uno de los premios de mi labor literaria que tengo en mayor estima”, tanto que la insertó en las primeras páginas de su libro. De esa carta desglosamos el siguiente párrafo:

“Pocas veces en el seno de nuestra sociedad se ha dado tan alta muestra de espiritualidad, tan elocuente manifestación, tan vivo reconocimiento, en presencia de la larga y meritoria labor de un ciudadano honrado que ha consagrado su vida entera a escalar las alturas serenas del pensamiento como la mejor ofrenda que se puede hacer a la Patria, al través de las vicisitudes de su existencia republicana. Y hecho de tal naturaleza y tal trascendencia no puede menos que emocionarme, porque viene a efectuarse bajo los auspicios de mi Gobierno de paz y al amparo de mis patrióticos anhelos de ver siempre glorioso el nombre de El Salvador por el influjo de las ciencias, las letras y el trabajo”. El párrafo transcrito es un testimonio elocuente del reconocimiento de los méritos de Gavidia, en cuya personalidad relevante se conjugaban el hombre honrado y el hombre de pensamiento, en perenne y encendida devoción por la Patria y por sus legítimos y altos representantes.

Siempre hemos creído que el idioma “Salvador”, es una diversión, un entretenimiento, un alarde de su conocimiento de lenguas. El idioma “Salvador” representa un trabajo enorme, que en Centroamérica sólo un hombre como Gavidia, de recias disciplinas intelectuales podía realizar. Pero ese enorme trabajo, inspirado en el noble ideal de servir a la causa de la unidad universal, no tuvo ningún resultado práctico. Corrió la misma suerte del Volapük y el Esperanto. El idioma “Salvador” decía el Maestro no sólo es internacional; también se puede traducir a

todos los idiomas del mundo civilizado, esto es el inglés, el francés, el alemán y el italiano. Su estudio, agregaba, viene a ser la introducción al aprendizaje de esos mismos idiomas. Es en fin un curso de raíces griegas y latinas. Coincidimos con un periodista salvadoreño en creer, a propósito del “Salvador”, que un idioma no es creación de la mente y del trabajo de un solo hombre, sino el resultado de las necesidades de un pueblo o grupo de pueblos.

Es en los versos de “El libro de los Azahares” donde encontramos más poeta al poeta Gavidia, porque en esos versos hay pureza de azahar, perfume de rosa, rumor de alas en vuelo, está presente su alma romántica. ¿Quién que es no es romántico?, como preguntó Rubén Darío. Espiguemos en esos poemas a su esposa:

*“De ti me habló con letra soberana
el hondo azul y el vívido destello,
entendí lo que dice la mañana
y fue amor para mí todo lo bello.*

*Isabel: debió esta carta
irte fechada en el cielo,
pues siempre a la altura vuelo
cuando estoy pensando en ti;
si lo hago en el mundo, el mundo
algo de celeste encierra:
tú ya sabes que en la tierra
fue donde te conocí.*

*Viene soplando el polvo de las hojas
la brisa que ha dormido en las montañas;
viene disolviendo oro,
deshaciéndose en lágrimas
detrás los corvos montes
la aurora tibia y pálida;*

*Oh luz, armonía, éter,
vida, rubia mañana!
el amor no ha dormido...
—Buenos días, amada.*

En todo “El libro de los Azahares” se mantiene un tono dulce, grato a las almas sensibles y soñadoras.

De Alberto Masferrer, de Arturo Ambroggi, de Vicente Acosta, de Luis Lagos y Lagos, de Román Mayorga Rivas, de Vicente Trigueros y de otros de la época hay muchas anécdotas que relatar. De don Francisco, muy pocas. Todos ellos salieron a la calle, hicieron política, se pusieron en contacto con la muche-

dumbre. Gavidia, en cambio, se pasó la vida entre libros y papeles, pensando, soñando. Los que sueñan mucho y piensan mucho viven como irrealmente. Cuando don Francisco andaba haciendo investigaciones sobre la lira de Apolo, sobre la sexta cuerda de la lira, vivía milenios atrás, en plena mitología. Y cuando se dio al estudio de la astronomía, se iba todas las noches de paseo por la Vía Láctea. Así se explica que cuando fue muerto a tiros un conocido abogado salvadoreño, en la esquina del Hotel Nuevo Mundo, hoy Astoria, a escasos cien metros de la Biblioteca Nacional, de la cual era Director Gavidia y cuando la gente corría azorada en todas direcciones, abandonando el entonces Parque Bolívar donde se daba un concierto, el Maestro impertérrito, escrutaba el cielo con un catalejo, desde la esquina de la vieja Universidad, persiguiendo “la huella luminosa de Orión”...

Pero el hecho que don Francisco viviera en poeta, en pensador, en soñador, no quiere decir que se desatendía de la realidad nacional, sólo que a ésta la miraba desde el punto de vista de la cultura, exclusivamente.

A propósito de “Obras”. En 1913 trabajábamos en la Imprenta Nacional en el departamento de corrección de pruebas. El director de la imprenta, don Próspero Calderón, nos había recomendado poner mucha atención en la corrección de pruebas de las obras de don Francisco. La tarea era peliaguda, nos hacía sudar. Don Francisco corregía primeras, segundas, terceras y cuartas pruebas. Estas se le daban en tiras de amplísimo margen, que devolvía al día siguiente, hormigueantes de correcciones hechas con tinta morada, con signos de un trazo casi infantil. Algunos agregados que hacía en la primera prueba, desaparecían en la segunda, reapareciendo en la tercera. Las continuas, largas comparaciones nos fatigaban. Todas las tardes puntualmente, a las tres, llegaba a la sala de corrección de pruebas. Desde la puerta, sacudiéndose la melena, preguntaba:

—¿Hay pruebas?

Empezaba luego una conferencia tipográfico-literaria de más o menos una hora. Indicaciones. Contraindicaciones. Cotejo de pruebas y originales, verdaderos jeroglíficos para nosotros, ambos cruzados de arriba a abajo y derecha a izquierda de frases escritas con tinta y lápiz. A principios de febrero del año mencionado de 1913, dos días después de la tragedia del entonces Parque Bolívar, en que fue mortalmente herido el Presidente de la República, doctor Manuel Enrique Araujo, nos encontrábamos en la Imprenta Nacional, que estaba bajo régimen militar. Guardias armados custodiaban el edificio al cual sólo podían entrar empleados de Casa Presidencial y del Ministerio de la Guerra. Los correctores teníamos en nuestra mesa pruebas en página de las Obras de Gavidia. Esperábamos descansar de la dura faena, pensando que con lo que pasaba, don Francisco no aparecería en la Imprenta por lo menos en quince días, pues era peligroso salir a la calle. Charlábamos y fumábamos, comentando lo del día. De pronto, en la puerta, la figura simpática de Gavidia:

—Buenas tardes, jóvenes. ¿Hay pruebas?

Pasó una hora con nosotros, corrigiendo las páginas dedicadas a “El Misántropo”, uno como prefacio a la famosa obra de Molière.

Inquirimos cómo había logrado entrar a la Imprenta. Supimos que a su llegada, los guardias no intentaron detenerlo; que a la salida tampoco lo detuvieron los mismos.

Es que Gavidia tenía el señorío del pensamiento.

Hace varios años dije en la Biblioteca Nacional, sobre el movimiento literario salvadoreño:

Es extensa la obra literaria de Gavidia: poemas, cuentos, ensayos históricos, obras de teatro, etc. Pero esa obra es en realidad, poco conocida y eso en nuestro país. Al respecto quiero señalar este hecho: En 1928 conocí en París a tres ilustres escritores suramericanos: Ventura y Francisco García Calderón y Gonzalo Zaldumbide. Los tres al preguntarme por el movimiento literario salvadoreño sólo preguntaron por Arturo Ambrogí. Qué es de Arturo Ambrogí? Qué libros ha publicado últimamente? Todavía vive? Ambrogí es una cifra en la literatura centroamericana... Tales sus preguntas. Ni una sola vez mencionaron el nombre de Gavidia. Relaté eso al escritor costarricense León Pacheco. Yo tampoco conozco a Gavidia, me respondió. Pero a pesar de todo, Gavidia vale. Es indiscutiblemente, uno de los impulsores de la cultura nacional.

Por eso, repetimos, me parece plausible la disposición del Gobierno salvadoreño de editar sus obras, seleccionadas y anotadas. Quiero insinuar a la comisión encargada de ese trabajo que, en lo posible, señale la fecha en que fueron hechos los trabajos. Así se sabrá hasta dónde llega el Gavidia poeta y el Gavidia que se perdió en los laberintos de la erudición, en donde es muy difícil seguirlo.

Otra insinuación es que las obras de Gavidia deben ir precedidas de un estudio del ambiente en que el polígrafo se desarrolló. Yo sólo señalo que Gavidia es una figura de fin de siglo XIX, el siglo del liberalismo y del romanticismo.

No pretendo haber hecho una conferencia sobre Gavidia. Lo que he leído esta noche, son nada más, apuntes sobre su personalidad. Posiblemente a algunos les sonarán a herejía ciertas opiniones sobre el Maestro.

Creo que Gavidia, Masferrer, Ambrogí, Acosta, Lagos y Lagos, Peralta Lagos y todos los escritores salvadoreños de las pasadas décadas, están a revisión. Se ha escrito sobre ellos muchos elogios, a veces hiperbólicos. Que venga ahora el estudio mesurado de su personalidad, señalando lo que vale y lo que no vale de su obra literaria.

Evocación de Manuel Andino

Por LUIS GALLEGOS VALDES

A veces se le cruzan a uno por la mente y el corazón cosas raras que ponen un leve escalofrío en el cuerpo, raros presentimientos que, tan pronto son sentidos, se olvidan en medio de las preocupaciones diarias. No sé si lo pensé; me parece que sí; en todo caso tengo un vago recuerdo de que, en días pasados, quise pedir datos a Manuel Andino sobre su vida. "¿Piensas acaso escribir mi necrología?" creo que me preguntó el terrible ironista, disuadiéndome de hacerlo, desde el fondo mismo de ese recuerdo flotante.

Manuel Andino ha caído de pronto como uno de esos grandes árboles de nuestra selva centroamericana, fulminado por el rayo. Ha muerto con la pluma en la mano —como todo verdadero escritor.

La última vez que lo vi —hace de

esto pocas semanas— conversamos, en una esquina, de varias cosas, entre otras de su libro de recuerdos literarios que yo pensaba publicarle en Bellas Artes. Una vez más me prometió colaboración para "ARS" y para "Letras en Cuzcatlán" donde más de una vez colaboró.



"Te la voy a mandar", fueron las últimas palabras que me dijo.

Es de lamentar que el escritor de prosa concisa y ajustada al pensamiento y a la intención que fue Manuel Andino, no haya logrado ver reunidos en libro sus recuerdos y anécdotas literarios de las dos primeras décadas de este siglo. ¡Cuánta historia y pequeña historia de las letras y la política de El Salvador irremediablemente perdidos! Sin embargo, con lo que en estos últimos años fue publicando, principalmente en "Tribuna Libre", no dudamos que podrá recogerse interesante material para hacer ese libro, justo homenaje a su memoria.

Recuerdo ahora a Manuel una tarde platicando conmigo en el balcón de uno de los diarios de esta capital del que era redactor jefe. Me habló con entusiasmo del libro que traía entre manos, el que más tarde tituló "Vocación de Marino". Me habló de sus viajes, de su amor al mar, de tipos encontrados en el camino, de esos tipos pintorescos o raros que se pierden luego como los barcos en lontananza, sin dejar huella.

El amor a Francia y el interés por su literatura nos vinculó desde que lo conocí. Una entrevista periodística que le hice hace muchos años, cuando dirigía la página literaria de "Diario Nuevo", acabó de remachar esa amistad.

Era un hombre que, según Manuel Barba Salinas, ocultaba su bondad tras una máscara de indiferencia y frialdad. Conocía el medio y, como había actuado intensamente en política en tiempo del Dr. Alfonso Quiñónez Molina, se protegía así de la malevolencia y de la incompreensión. Pero ¡qué grato cuando entraba en confianza! Sencillo, directo, sincero, tajante a veces.

Vivió en su juventud una bohemia tormentosa; pero, en los días serenos, su espíritu se arremansaba en la lectura y en la charla.

Mantuvo siempre el culto de su hermano Raúl, intelectual también notable de quien guardo respeto y gratitud puesto que fue, si bien por corto tiempo, mi profesor de literatura en el Instituto Nacional "General Francisco Menéndez", en 1935.

Los hermanos Andino, en efecto, fueron un tiempo grandes animadores literarios en este medio, a menudo hostil para el arte y las letras por lo duro que a muchos se les hace aquí ganarse el pan nuestro de cada día. Manuel vivió, casi toda su vida, de la pluma, porque él no sabía, como dice Serafín Quiteño, y así era en verdad, otra cosa que escribir.

Raúl era el académico, el erudito; me nos hondo acaso el espíritu de Manuel, hecho desde temprano a la disciplina del periodismo, tenía una facilidad pasmosa para llenar cuartillas y esto sin que su estilo —cosa rara aquí— descendiera nunca a causa de la urgente demanda de los linotipos.

Altos y recios los dos, Manuel enflaqueció en estos últimos años. Se casó, ya maduro, con exquisita mujer a la que el destino hirió cruelmente. Manuel se dedicó, con vocación admirable de sacrificio, a atender a su compañera. Al morir ésta salió de la prueba con una gran tristeza que su pergeño inmutable no lograba ocultar, pero con el ánimo de un Séneca, acerado por el dolor. ¡Callada tragedia la de aquellos años junto a la silla de ruedas de la enferma!

Pero la idealidad, la quimera bella y atroz, volvía a posarse en su espíritu infatigable enamorado del mar. "Mi an-

helo de siempre: ser como una vela que se pierde en el mar”, escribió como epígrafe de su libro “Vocación de Marino”. Como un viejo lobo de mar ya se hizo a la vela, calladamente, perdiendo-

se para siempre, como García de Paredes en la hermosa leyenda recogida por Gavidia en su “Cuentos de Marinos”. Pero quedan sus palabras de escritor para evocarlo.

El Tema de la Muerte en la Poesía de José Gorostiza

Por RAUL LEIVA

GOROSTIZA, a pesar de la brevedad de su obra —únicamente dos libros— es uno de los poetas más importantes de las letras contemporáneas de México. Después de publicar *Canciones para cantar en las barcas* (1925) el poeta pasó largos catorce años sin editar obra alguna. Es hasta 1939 cuando la Editorial Cultura, de México, publica *Muerte sin fin*. Este extenso canto es una de las más hermosas aportaciones poéticas, en lo que va del presente siglo, a la lírica en lengua española de todos los tiempos.

Exploremos un poco el poema. Colmado de teluricidad, estallante de fuerzas vivas que pugnan por expresarse (“Lleno de mí, sitiado en mi epidermis,”) el poeta se descubre “en la imagen atónita del agua”. Su conciencia está derramada, sus alas rotas, anda a

tientas por el lodo, pues sus alas de gigante le pesan, como en el *Albatros* de Baudelaire. Se enfrenta al mundo de las formas, en sí mismas perecientes, cumpliéndose en una “edad amarga de silencios”. El poeta ha llegado a expresar de una manera real la sustancia fugitiva del agua: ella aparece desnuda, hecha de infinitas arenas de vidrio, estrangulada dentro del cristal, del vaso que la posee y condiciona. El vaso es la cárcel del agua: allí agoniza atada, “cantando ya una sed de hielo justo”.

Un temblor de muerte, de destrucción, agita todo el poema. Se canta en él ese intenso duelo que celebran entre sí la inteligencia y la realidad. José Gorostiza se apodera del desasosiego contemporáneo, de la angustia cósmica que embriaga al hombre de nuestro tiempo y lleva a su poesía esta raíz

desoladora del siglo XX. Un profundo desdoblamiento ocurre dentro del alma del poeta: mira a su propia muerte como a un ser ajeno y hasta sus sueños se desdobl原因 y se contemplan a sí mismos. Por eso *Muerte sin fin* es un poema cósmico, un diálogo del poeta con el mundo de las formas perecientes. En él se canta la tragedia de la inteligencia, que “todo lo concibe sin crearlo”. La inteligencia es la fingidora, la terrible diosa devoradora de hombres, de sueños. La fatalidad ha hecho que ella permanezca “recreándose en sí misma”. La inteligencia es el orbe de las apariencias, madre nutricia de la fantasía. Mora en una realidad de angustiosa abstinencia presumiendo el dolor sin crearlo.

¿Qué forma tiene Dios en este canto? Es una oquedad que nos estrecha “en islas de monólogos sin eco”, es la imagen del vaso que sabe amoldar el alma siempre huidiza, es, sintéticamente, “una transparencia acumulada”. Su clara inocencia está “oculta al ojo, pero fresca al tacto”. Aquí, la conciencia, al igual que Dios, también es un vaso. Es “Un minuto quizá que se enardece/hasta la incandescencia”. Nos preguntamos: ¿será la conciencia la misma poesía? Porque eso es la poesía: minuto que se enardece hasta la incandescencia: fruto total, *soledad en llamas*.

A través de la encendida magia de esta poesía de *Muerte sin fin*, el hombre se une con sus hermanos: reina una comunión esencial: allí se disfruta un “corro de presencias” que la poesía —espejo enfrentado a otro espejo— nos deja ver: ella nos permite vislumbrar el más allá, lo que está detrás del ojo, porque su juego sinfónico *articula* y

vuelve coherente lo informe: trasciende la nada. Su “crescendo insostenible” nos deja oír lo inoíble, ver lo invisible, tocar la materia inconsútil que está perpetuamente fugándose en el aire vivo que nos circunda. Ella permite que la realidad estalle “como un cohete herido”.

Más tarde, Gorostiza abandona por un momento el denso ambiente filosófico que ha ido estructurando y vuelve los ojos a las maravillas de la creación: las flores, el mundo de los olores, de los sueños y de la dicha. Aparece el amor (con sus “galgos morados”), la muerte con sabor a tierra y la angustia con sabor a hiel. Deliberadamente, creemos, el poeta rompe la tensión electrizante de sus primeros cantos con una cancioncilla ingenua y popular:

*Pobrecilla del agua,
ay, que no tiene nada,
ay, amor, que se ahoga,
ay, en un vaso de agua.*

En lo que pudiéramos llamar la segunda parte de *Muerte sin fin*, se vuelve a hacer uso de una técnica sutil: los cuatro poemas que la inician son densos, sinfónicos; en cambio, el último —con el que finaliza el canto— vuelve a ser una canción ligera, burlona. El vaso, nuevamente, es una especie de retórica del agua: en él ella toma forma, en su rigor se desnuda y muestra. El agua y el vaso son la pura forma, el mundo de las estructuras donde lo matemático y lo geométrico se amasan, se funden, haciéndose una materia plástica “en sus netos contornos fascinados”. Aquí se trasciende la música, se traspasa el ho-

rizonte de lo visual. La realidad es un mundo de eslabones, de goznes que encajan unos en otros, estableciendo la gran cadena que aprisiona al hombre. Gorostiza nos dice que es un “enlace diabólico/que encadena el amor a su pecado”. Dentro de la forma, inmersa en el vaso, el agua está *poseída*. Allí se pone ella de pie frente a las cosas. El poeta la ha creado, la ha extraído de la nada, le ha dado forma. Ya puede cantar su aleluya de victoria sobre la muerte. El poeta ha hecho lo increíble: descarnar a la propia poesía, desollarla, dejarla desnuda y llameante en medio de ese ancho páramo que es *Muerte sin fin*.

Mas la forma es estéril en sí misma. Es, como si dijéramos: el arte por el arte. Todo, en la realidad, debe llenar una función, tener un porqué, un para qué. En esta parte de su obra, Gorostiza apostrofa contra la inanidad de las cosas, contra su pretendida inutilidad. El está por la vida, por la lucha, consciente del movimiento heraclitano que debe regir sobre la creación, sobre la vida y la muerte, partes de un todo. ¿Cuál, entonces, el “auditorio aneste-siado” al que se enfrenta? La poesía vale por las infinitas resonancias que despierta dentro de nosotros. ¿Quién es el iluso que podría afirmar que ha dicho la última palabra sobre un tema determinado, sobre una equis creación del hombre, del poeta? Cuando el poeta nos habla de un “espejo ególatra/que se absorbe a sí mismo contemplándose”, se refiere a la ilusoria consistencia del vaso, al mundo de cristales, que le estrangulan. Sin embargo, ¿por qué no interpretar nosotros en esos dos versos al espejo un mundo egoísta de

hombres que se auto-adoran, de Narcisos que se olvidan de los demás? ¿Por qué a este canto contra el vacío de las formas no humanizarlo, no darle otra perspectiva?

En este sostenido canto a la muerte la humanidad parece retroceder, los seres todos se repliegan. La forma es una pira arrogante donde todos los hombres se abrasan, consumidos por un frenesí de destrucción. Todo se derrumba, todo se vuelve ceniza: la belleza, los himnos, la rosa, la estrella, la mujer misma, el sueño, el deseo. Todo parece caer y ser absorbido por los imanes terribles de la muerte. Ella, la muerte, ha llegado a agostar el lenguaje mismo del hombre, dejándole “exhausto de sentido”. El naufragio total de las formas llega hasta lo más esencial de lo humano: la palabra. Nada se salva: el polvo mismo es devorado por la muerte. Todos, hasta los animales, inician el regreso “a sus mudos letargos vegetales”. Nada escapa. El delirio de esta *Muerte sin fin* es como un viento devorador que no deja piedra sobre piedra. Todo cuanto nace de raíces también es destrozado y retorna al origen, a las semillas, a la inmovilidad, forma de la muerte. Es una especie de retorno de lo carnal y lo vegetal hacia lo mineral, hacia el caos primero. Allí la muerte es reina y señora de lo creado. Tampoco se salvan los minerales: la llama los devora, el fuego primigenio los hace materia de combustión: los transforma.

Hemos llegado, así, al imperio total de la muerte, la cual se confunde con Dios —emana de su boca— y a sí misma se devora. Es el reino de la *Muerte sin fin*, rectora de la vida, dominadora del

hombre y de su mismo sueño de inmortalidad. La forma misma se ha entregado a la delicia de su muerte. La sed devorante de la destrucción fue del animal a la planta, de ahí a la piedra que fue aniquilada por el fuego, éste por el mar, el mar por la nube, ella por el sol, hasta desembocar esta embriaguez de muerte en sus mismas entrañas: en el reino del aniquilamiento, del silencio, de la nada ¡Aleluya, Aleluya!

¿HABRA influencia del libro de Xavier Villaurrutia *Nostalgia de la muerte* (publicado por la Editorial Sur, de Buenos Aires, un año antes del apareamiento de *Muerte sin fin*) en la obra poética de Gorostiza? No lo creemos. Son, nos parece, dos poetas profundamente distintos, aunque sus preocupaciones sobre el tema de la muerte alguna vez coincidan. En Villaurrutia la muerte no es algo *externo*, sino lo contrario: algo interior, vivo y respirante dentro de su carne, dentro de su pensamiento. En cambio, en Gorostiza, como lo ha sabido ver penetrantemente Octavio Paz¹, *Muerte sin fin* “es un himno fúnebre. Canta la muerte de Dios, que regresa a lo oscuro. Canta también la muerte de la conciencia universal. Y la de cada uno de nosotros —“islas de monólogos sin eco”—. Muerte circular y eterna, porque es una muerte que no cesa de morir. El ser es un insaciable y jamás satisfecho apetito de morir”.

Recientemente, el escritor español re-

sidente en México, Ramón Xirau, ha publicado un libro² donde estudia la obra de José Gorostiza, al lado de la de Xavier Villaurrutia y la de Octavio Paz. En lo concerniente a *Muerte sin fin*, analiza los símbolos del agua y del vaso —tan presentes en este poema, como ya lo hemos apuntado— y cita a este respecto a poetas que, a lo largo de las edades, se inspiraron en temas similares. Cree este crítico que el retorno del ser a la nada que trasciende de la obra de este poeta mexicano pone en cuestión no sólo al hombre sino a la poesía misma. Se parte de la palabra al silencio, de la comunión a la soledad. Las imágenes del agua y del vaso en Homero, Heráclito, Tales, Garcilaso, Machado, Valéry; luego regresa a las Sagradas Escrituras. Las interpretaciones que realiza Xirau sobre la obra de Gorostiza oscilan entre lo poético y lo filosófico.

Desde hace diecinueve años (*Muerte sin fin* se publica en 1939) José Gorostiza no ha publicado otro libro. Y es una lástima, porque un poeta tan bien dotado debiera ofrecernos otros testimonios de su hondo lirismo. De todos los poetas de la generación mexicana que se llamó “Contemporáneos” —todos tan valiosos y diferentes en su manera de expresar la poesía— no ha habido otro que nos haya ofrecido un poema tan complejo y completo como *Muerte sin fin*, en donde el lírico expresa una dramática concepción del mundo, una filosofía para interpretar la realidad, para comulgar con la realidad, fin último de la poesía, según el ya citado autor de *Las peras del olmo*.

Por su pureza verbal, por su concepción arquitectónica del poema, *Muerte*

¹ *Las peras del olmo*, Imprenta Universitaria, México, 1957. pp. 110 y 111.

² *Tres poetas de la soledad*, Antigua Librería Robledo, México, 1955.

sin fin quedará, no lo dudamos, como una de las muestras más logradas de la poesía moderna en lengua española. Si Xavier Villaurrutia nos parece tan hondamente mexicano por su aguda visión de la muerte, también lo es Gorostiza, espectador y actor ensimismado en el fundamental drama de la destrucción de las formas, por paradoja también imagen de la vida. El gozoso equilibrio que existe en la poesía de otro de sus compañeros de generación, Jaime Torres Bodet, se muestra en este lírico

que hemos reseñado. Solamente notamos que le falta la plasticidad y el *donaire*, el americano sentido del color, la sensualidad derramada que posee Carlos Pellicer. De todas maneras, José Gorostiza, junto a sus compañeros de "Contemporáneos", ha sido el creador de una poesía que, se ha llegado a decir, ha superado a la de algunos poetas peninsulares: tanto en su forma como en el contenido de intensa calidad humana.

México, 1958.

La Joven Poesía Salvadoreña

Por MATILDE ELENA LOPEZ

TODA EXPRESION ARTISTICA representa el diálogo —o la controversia, la discordia— entre el artista y la sociedad en cuyo cuerpo se halla inmerso. El poeta es el captador más sutil, la vibrátil antena que recoge los problemas, preocupaciones, ideas y tendencias que cruzan el universo. El lenguaje poético combina elementos personales —emociones íntimas, vivencias— y elementos de carácter social. Matices líricos propios al lado de acentos y giros de la generación en que el poeta se halla inscrito, así como del período en que escribe, esto es, el influjo de la época. El idioma, resonador de una circunstancia histórica, ofrece al poeta los materiales lingüísticos del momento, en constante cambio y transformación, fluvente como todo hecho social.

En todo artista se realiza un proceso de influencias que se reflejan en su obra. Los romanos lo llamaban "contaminatio", que se opera a veces de manera inconsciente. Luego, los ingredientes de determinados modelos artísticos: así surge la inspiración creadora impregnada de la hora social.

En toda obra de arte se realiza una acción recíproca entre el sujeto y el objeto, entre los signos internos y los signos aprendidos por el artista. Aun cuando el arte es una misteriosa conclusión personal, y no puede vivir sin la pasión creadora del artista, éste no es, como piensan los estetas idealistas, el demiurgo, el pequeño dios. Detrás de su mensaje resuenan las más complejas voces.

La poesía contemporánea es esencialmente renovadora de toda la tradición grecolatina que venía gravitando sobre la lírica occidental culta. No sólo se trata

de una revolución en el filamento interno de las imágenes ya trastornadas por uno de los grandes innovadores que fue Góngora —en la expresión retorcida de su poesía barroca—, sino del bullente contenido realista que hay en la lírica de nuestros días.

Góngora, Quevedo y Rubén Darío, fueron en su momento excelsos innovadores, no sólo por los matices líricos que aportaron, sino porque hicieron más dúctil el idioma, lo estiraron, por así decirlo, le dieron una grácil flexibilidad. En esa transformación lírica descansan nuevas técnicas poéticas. Ellos son pues, los precursores de inauditas modalidades líricas que enriquecen el caudal de la poesía contemporánea por encima de las escuelas o modas pasajeras.

La señal renovadora que va aún más allá, hasta torcer el cuello al cisne modernista del más decadente refinamiento preciosista, surge impetuosamente como una reacción contra todas las expresiones neorrománticas, e impone una singularidad expresiva común a la generación poética española de 1925 y conllevadora de resonancias líricas a nuestras parcelas americanas. Esta generación del 25, al filo de la guerra civil (que va a lanzar al mundo una España peregrina en uno de los éxodos más tremendos) retoma el camino de la poesía neopopular de la mejor tradición clásica del siglo de oro, y construye con estos materiales transformados, la poesía realista, santo y seña de la lírica actual. García Lorca, Alberti, Cernuda, Juan Ramón Jiménez, Aleixandre, Miguel Hernández (que abreva en manantiales de Aleixandre y de Neruda) y todas las generaciones posteriores a la guerra española. En América, el resonador más inmenso es Pablo Neruda como en otros días Darío fuera clamorosa antena de la sensibilidad francesa.

Es una poesía cargada de pensamiento universal, poesía realista, poesía de *compromiso*, que como la novela realista se sustenta en una TESIS. Carlos Bousoño la llama "afectivo conceptual". En algunos casos se vuelve filosófica o metafísica; en otros, en su más brillante expresión, afluye a la POESÍA SOCIAL, a la poesía *comprometida*, que se yergue en medio del pueblo con una tendencia definida, militante, consciente de su papel vaticinador. En este rumbo es objetiva y combatiente, oteadora de los manantiales del futuro. En el otro, es subjetiva, en una fuga hacia adentro, cargada de preguntas tristes sobre el *ser* y el *no ser*, en el vértice de una crisis social que el poeta no ha podido resolver en sí mismo. Pero su signo esencial es, en uno y otro caso, su calidad reflexiva, volcada en ella una nueva emoción, ya busque formas combinadas, medidas clásicas, ritmos internos, la sencillez directa o el difícil versículo de la más audaz intuición poética.

Entendido que la nueva poesía es realista, aceptemos que el realismo es una constante histórica con distintas modulaciones temporales.

Neruda, César Vallejo, Nicolás Guillén, Jorge Carrera Andrade, Rogelio Sinán, para sólo ofrecer unos nombres, tales los RENOVADORES en América dentro de sus propias casas. En la nuestra, en El Salvador, un viento pionero: PEDRO GEOFFROY RIVAS. Es el guía de las jóvenes generaciones poéticas, el insurgente que arrastra el mal gusto sensiblero arrinconado en nuestra aldea, el que arranca la poesía de la torre marfilina y pura, y la contamina de pueblo, de

marejada social bajo cuyo signo emerge la novísima poesía salvadoreña. Un poema precursor: INVIERNO de Vicente Rosales y Rosales y acaso el vibrante canto de Lydia Valiente.

Canciones en el Viento y Rumbos, y *Cuadernos del Exilio*, desprendiéndose de raíces neorrománticas, navegan con segura proa por la rota arteria clamorosa y social. Su temática rebelde y ardorosa anuncia el viraje de toda nuestra poesía y se impregna del drama histórico del 32, cuyas luces heridas aún irradian nuestra lírica.

Pedro Geoffroy Rivas da la señal y resurgen en limpia emoción, los eternos temas del amor y del odio, de la tristeza y la alegría, de la vida y de la muerte pulsados con la tonalidad del futuro. El amor ya no se empapa en lágrimas románticas sino en viril emoción contenida, y la muerte gravemente cantada, tiene una significación nueva cuando se prolonga en los que luchan.

En la sangre lírica de nuestros noveles poetas hay una cosmovisión optimista y jubilosa en sus mejores exponentes sociales e influencia indudable de la poesía realista y popular.

Desde 1940 se rompe la tradición brillante de la mejor poesía en Alfredo Espino, Vicente Rosales y Rosales, Serafín Quiteño, Claudia Lars, Carlos Bustamante, las hermanas Van Severen y demás figuras consagradas de nuestras letras. Aún hay tardías resonancias modernistas incluso en la llamada "generación del 44" cuyo eclipse es digno de una cala más honda en el análisis social. Ya los ecuatorianos estudiaron los móviles profundos de su "generación decapitada". Así como ellos lo hicieron con sus divinos suicidas decadentes, interpretemos la razón del eclipse de aquellos equipos progresistas y señalemos responsabilidades.

En el relato se rompe también la tradición vernácula de Ambrogio y Salarrué para darle al cuento y a la novela, limpio sentido realista donde ya pugnan estallantes nuevas realidades, que estudiaremos después.

EL MANIFIESTO DE LA POESIA CORAL en el impecable estilo de sus autores: Medardo Mejía y Alfonso Morales, es el mensaje insurgente de los grupos que irrumpen con bandera militante inclinada a la izquierda, en la poesía, el relato y el ensayo.

El Gruposeis integrado por Antonio Gamero, Pily Bolaños, Cristóbal Humberto Ibarra, Manuel Alonso Rodríguez, Oswaldo Escobar Velado y Alberto Quinteros. El Comité de Escritores Antifascistas, el Centro Salvadoreño de Estudios y otros círculos artísticos, bullentes de nuevas ideas sociales en la hora de Roosevelt, bajo el signo de la lucha contra el fascismo, con un clima de ascenso revolucionario y en pie de batalla contra las dictaduras del Caribe. Envuelta en el proceso democrático estallante el 2 de Abril y en las jornadas inolvidables de Mayo de 1944, surge la lírica coral de Alfonso Morales y Oswaldo Escobar Velado, cifras de auténtico prestigio poético. En otra dirección eucarística pero esencialmente lírica, Hugo Lindo y Antonio Alas. Tardíamente incorporado nutriéndose en soleadas agraces, Ricardo Martel Caminos. Extraña al medio, en viajes por el sur, Claribel Alegría. Bajo otros astros y en busca de su propia expresión —en el ensa-

yo, en el cuento, en la poesía— Manuel Aguilar Chávez, Luis Gallegos Valdés, Ricardo Trigueros de León, Juana Soriano, Luis Mejía Vides, José Francisco Ulloa, Elba Cubas, Liliam Jiménez. Con recia madera de escritor, Rolando Velásquez siguiendo la pista del relato francés, vigoroso en el ensayo, pero le faltó raigambre popular. Luego el "eclipse", el viraje cómodo, y sólo algunos nombres se salvan. En aquella hora hasta Claudia Lars escribió poesía social, aunque luego se arrepienta y exprese que "no debe la alondra cantar el jadeo del buey".

No negamos, de ninguna manera, los valores líricos esenciales de nuestra tradición poética. Más bien requerimos una revalorización ecuaníme de nuestro proceso literario y artístico para enmarcar correctamente figuras cimeras como Gavi-día, Masferrer y nuestros líricos.

Otros círculos sirven de puente a las siguientes promociones, y como Jorge Arias Gómez en el ensayo, vertebran su pensamiento en vigorosa concepción del mundo. Todos estos grupos coinciden en la intención social más o menos lograda, en esta tendencia realista convertida en lírica de relato, es decir, con la técnica narrativa moderna, como en el Canto General de Neruda. Se puede rastrear el tema social del que parten los demás subtemas y motivos líricos. Pero no todos mantienen en la vida lo que dijeron en el arte.

Ahora tiene la palabra la "generación comprometida", denominador común de la joven poesía salvadoreña por oposición a la anterior en el plan de crítica a veces justificada, o bien con visos de sectarismo juvenil. Mas, la llamada "generación comprometida" no ostenta bandera militante única que defina su lucha, por más que ellos hablen de su compromiso con el pueblo, de su definición combatiente, del poeta como conducta moral. Ellos afirman que su poesía se conjuga con la vida y con su credo social. Esperemos el juicio posterior.

Dos rumbos sigue la joven poesía salvadoreña: Unos hacia la ruta social que justifica las milicias pioneras de los renovadores que purificaron las letras cuscatle-cas. Otros en cambio, en una evasión interna, con un sentimiento agónico y angustiado. Estos últimos —muy pocos, es cierto—, coinciden más con el concepto del mundo, de Aleixandre: "¡HUMANO, NUNCA NAZCAS!", secuencia calderonia-na y grecolatina. No podemos clasificarlos estrictamente en una o en otra tenden-cia, porque a ratos se interfieren como en la búsqueda de todo poeta en proceso. Tampoco podemos hacer un juicio concluyente, que ahora sería prematuro. Salu-damos, simplemente, el buen augurio de la joven poesía y esperamos que no traicionen su credo estético anunciador de más nobles conceptos. La vida fluye con una conciencia más limpia de prejuicios, con una moral más acorde con la existencia, y los viejos moldes por más que quieran estirarse, no pueden con los torrentes del futuro. La vida social se desborda de sus cauces, y el poeta debe otear el rumbo nuevo.

La última promoción literaria de El Salvador está formada por: Waldo Chávez Velasco, Roque Dalton, Roberto Armijo, Manlio Argueta, José Enrique Silva, Arce y Valladares hijo, Eduardo Menjívar, Ricardo Bogrand, Italo López Vallecillos, Mercedes Durand, Mauricio de la Selva, Irma Lanzas, Dora Guerra,

Salvador Pérez Gómez, José Napoleón Rodríguez Ruiz, Jorge A. Cornejo, Alvaro Menéndez Leal, Eugenio Martínez Orantes, René Arteaga, Danilo Velado, Armando López Muñoz, Parada y otros más.

Roque Dalton es el joven guía de las últimas tendencias poéticas con su canto vaticinador del futuro. Se le siente crecer, madurar en la audacia virtuosa de imágenes sintéticas, captadora de nuevas sensibilidades poéticas y en la búsqueda de la sencilla metáfora directa, preñada de intención popular. Así, el verso claro y encendido de Ricardo Bogrand, moderno juglar de castellana estirpe, las elegancias rítmicas de Roberto Armijo, preocupado del abolengo clásico donde encerrar su temática militante, la limpia poesía de José Enrique Silva, la emoción agraz de Manlio Argueta, y sobre todo, la madura estrella de Waldo Chávez Velasco. Muchos nombres faltan sin duda alguna. Valga el olvido del momento y no la intención eliminadora. Luego, habremos de intentar un análisis detenido de la lírica cuscatleca desde sus orígenes en busca de su interpretación cabal.

Poderosas influencias gravitan en la joven poesía del país: Neruda, Vallejo, Lorca, Miguel Hernández, Juan Ramón Jiménez, Alberti, Walt Withman, Aleixandre, la tradición clásica española y el arte realista actual.

Hemos señalado únicamente los rumbos generales, el bosquejo de un futuro ensayo que enjuicie de manera penetrante la joven lírica que ahora tiene la palabra. Examinemos ahora la poesía de uno de sus representantes: ITALO LOPEZ VALLECILLOS.

La poesía de Italo López Vallecillos conlleva la nueva sensibilidad lírica de su generación, pero en una evasión interna que marca el desacuerdo contra el apretado ambiente y da una tónica desesperada a su obra. A pesar de que nos ha proclamado el mismo autor, desde HOJA (revista de los jóvenes escritores cuscatlecos) el credo militante de la "generación comprometida", no hay fervor social en su poesía, porque su fe no ha enraizado en la tierra del pueblo. Así su poesía se asoma a las dudas de Hamlet y al espejo de Narciso. Su grave lírica reflexiva es una pregunta triste y desolada.

Esto, desde luego, puede ser nada más que una fase en el proceso del poeta, ya que, dada su juventud, es aventurado el juicio concluyente. Por otro lado, ninguna experiencia del artista puede perderse y más bien debe ser volcada en la forma expresiva que conjugue mejor su intuición y sentimiento. Aun los poetas de acento social más encendido, nos ofrecen zonas íntimas de su pasión o de su angustia. Ningún tema está negado al arte siempre que sea amasado con la propia sangre del artista, y no podemos juzgar a un poeta por determinados versos sino por la totalidad de su obra. De allí que los juicios prematuros no suelen ser exactos. La crítica sólo tiene vigencia cuando ha abarcado la formación completa del poeta y le enfoca desde diversos ángulos con los métodos certeros de la Estilística moderna.

Con esta salvedad, está claro que sólo anticipamos algunos conceptos sobre la poesía de Italo López Vallecillos, de manera particular sobre el libro que ahora nos presenta como una tentativa poética.

En sus *Cartas a un Joven Poeta*, Rainer María Rilke expresa una verdad artística cuando dice que sólo debemos escribir si en realidad no podríamos vivir sin hacerlo. “Nadie le puede aconsejar —sentencia— nadie. Solamente hay un medio: retorne a usted. Investigue la causa que le impele a escribir; examine si ella extiende sus raíces en lo más profundo de su corazón. Confíese si le sería preciso morir en el supuesto que escribir le estuviera vedado. Eso ante todo: pregúntese en la hora más serena de su noche: “¿Debo escribir?” Ahonde en usted hacia una profunda respuesta; y si resulta afirmativa, si puede afrontar tan seria pregunta con un fuerte y sencillo “debo”, construya entonces su vida según esta necesidad”. Y en un pasaje de los cuadernos de “Malte Laurids Brigge” (pág. 27) leemos: “...no basta tampoco tener recuerdos. Hay que saber olvidarlos si son muchos, y con gran paciencia esperar hasta que vuelvan. Los recuerdos, en sí, nada son; si se vuelven sangre en nosotros, sólo entonces puede suceder que —en una hora muy rara— surja de ellos la primera palabra de un verso”.

La experiencia de los verdaderos poetas nos enseña además que no basta la inspiración si ésta no se acompaña al trabajo más reflexivo, a la faena del orfebre que lima y pule a conciencia para lograr la obra perfecta.

No es suficiente que una fuerza interna nos obligue a escribir, a volcar la emoción desbordada, es preciso el dominio de los medios expresivos, la técnica poética. Por algo nos ha dicho García Lorca que “si es verdad que soy poeta por la gracia de Dios —o del demonio—, también lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema”. Y en su famosa conferencia sobre Góngora, explica las claves de su poesía: “El poeta debe llevar un plano de los sitios que va a recorrer, debe estar sereno frente a las mil bellezas y a las mil fealdades disfrazadas de belleza que han de pasar ante sus ojos. Debe tapar sus oídos como Ulises frente a las sirenas, y debe lanzar sus flechas sobre las metáforas vivas y no figuradas y falsas que le van acompañando. Momento peligroso si el poeta se entrega, porque como lo haga, no podrá nunca levantar su obra. El poeta debe ir a su cacería limpio y sereno, hasta disfrazado. Se mantendrá firme contra los espejismos y acechará cautelosamente las carnes palpitantes y reales que armonicen con el plano del poema que lleva entrevisto...”

Esto nos explica la virtuosidad poética de García Lorca en cuya obra difícilmente encontramos descensos líricos frecuentes en otros poetas. Sabía mantener la inspiración elevada hasta el punto de que es difícil advertir dónde termina ésta y dónde empieza la técnica del poeta. Y sabe que sólo la metáfora “da una suerte de perennidad al estilo”. No es poco lo que podríamos aprender del mayorazgo de los hontanares inagotados de la poesía clásica española.

* * *

BAJO las relampagueantes iluminaciones de Vicente Aleixandre hacia el vivir del hombre, emerge la poesía de Italo López Vallecillos. No sólo en el sentido

cósmico y telúrico de su mundo elemental, sino en la forma de engarce de las imágenes cuyo apoyo es la simple comparación. Pero las imágenes visionarias aleixandrinas guardan relación subconsciente en la más perfecta intuición sintética, dominio difícil que no logra aún Italo López Vallecillos. Nuestro poeta habla como Aleixandre, a lo primario, a lo elemental del hombre, acercándose por tanto, a su temática desesperada, a su visión a ratos pesimista de la humanidad.

La influencia de Aleixandre es indudable en nuestro poeta, no sólo en el sentimiento agónico del efímero instante, sino en la forma de la expresión, en los elementos prosódicos del versículo más cercano al ritmo de la conversación, en la referencia a las cosas sencillas de la vida diaria. A veces en la técnica narrativa como de cámara lenta.

El profundo anhelo de fusión con la materia, de confundirse como un engranaje en el dínamo mismo donde pulsa el corazón de las multitudes, es común en el poeta español y en nuestro joven lírico: Así "En la Plaza", Aleixandre expresa su ansia de comunión espiritual:

*"No es bueno
quedarse en la orilla
como el malecón o como el molusco que quiere calcáreamente
imitar a la roca.
Sino que es puro y sereno arrasarse en la dicha
de fluir y perderse,
encontrándose en el movimiento con que el gran corazón
de los hombres palpita extendido.
.....
Baja, baja despacio y búscate entre los ojos.
Oh, desnúdате y fúndete, y reconócete.
.....
Oh pequeño corazón diminuto, corazón que quiere latir
para ser él también el unánime corazón que le alcanza".*

En el poema "Corazón, te pareces a las grandes ciudades", resuena este mismo sentimiento:

*"Corazón,
te pareces a las grandes ciudades
porque eres comunión de bien y mal,
porque si hay catedrales de amor
y horizontes estelares en tu noche tranquila
también hay odio y miseria,
tempestades de muerte y desolación en tu camino...
.....*

*Corazón,
te pareces a las grandes ciudades
con sus injusticias y sus alegrías,
con su tráfico diario de emociones y sueños,
con su afán de llegar, de venir, de volver
de encontrar..."*

Y esa tristeza del vivir muriendo, esa zona interna del herido sentir, de su propia búsqueda que lleva a Aleixandre hacia el descubrimiento de un "espíritu cósmico", que es el rostro de Dios acaso, subyace en la poesía de Italo López Valle-cillos como una especie de afinidad que lo hubiera acercado al mundo aleixandrino. Oíd cómo el Dios que se dibuja, emana del espíritu del universo en Aleixandre:

*"Una nube con peso, nube cargada acaso de pensamiento estelar
se detenía sobre las aguas, pasajera en la tierra,
quizá envío celeste de universos lejanos
que un momento detiene su paso por el éter.
Yo vi dibujarse una frente,
frente divina: hendida de una arruga luminosa,
atravesó un instante preñada de un pensamiento sombrío.
Vi por ella cruzar un relámpago morado, vi unos ojos
cargados de infinita pesadumbre brillar,
y vi la nube alejarse, densa, oscura, cerrada,
silenciosa, hacia el meditabundo ocaso sin barreras".*

(No Basta).

Y en NO ME PREGUNTES, PIERRE, el poeta cuscatleco confiesa su fervor místico hacia donde afluye su angustiosa búsqueda:

*Pierre,
todo hombre tiene un sueño, un deseo, una isla abandonada.
Todo hombre busca la paz de su estrella:
encontrar, alguna vez, su propia sombra...
Y en ese espacio azul de lo desconocido,
sin una sola huella de su sangre y de su cuerpo,
sin el menor indicio de su nombre y su apellido,
sin recuerdos ni abismos,
con una secreta palabra, con una voz o simplemente con un gesto,
con el milagro de una mirada
o la mágica serenidad de una lágrima;
entonces, Pierre, encuentra a Dios y se arrodilla...*

La patética brevedad de la existencia humana, esa realidad triste de llevar la

muerte adentro como un gajo, o como un reloj que tuviera ya marcada nuestra última hora, pensamiento inserto en la concepción existencial, aflora en la lírica aleixandrina, como quien otea desde la mortalidad humana, la inmensidad de lo largamente existido. Lo fugaz de la vida,

"el instante del darse cuenta entre dos infinitas oscuridades

(Historia del Corazón).

*...carne fugaz que acaso
nació para ser chispa de luz, para abrasarse de amor
y ser la nada sin memoria, la hermosa
redondez de la luz".*

(Sombra del Paraíso).

frente a la perennidad de las cosas, de la eterna materia. Pero esta vida, este instante, no lo podemos detener, se lamenta el poeta en una dolida queja universal. "Y pensar que un instante pude no haber nacido", medita Darío, o bien, "el sueño que es mi vida desde que yo nací", reflejo agónico del pensamiento estoico. Italo López Vallecillos recoge la misma reflexión angustiada:

*"Las nueve y cuarto. Mi reloj se ha detenido.
Si pudiera detener el tiempo con un grito
o con un golpe;
precisamente, lo haría ahora,
ahora que comprendo que hay algo más eterno
y más profundo que el "yo mismo".*

.....
*Te hablo, oh tiempo,
por los trenes que se llevan algo nuestro,
por los encuentros a las doce del día
y por el vino
que nos despierta una ansia,
una sed de paisajes en el alma.
Te hablo, oh tiempo,
ermitaño implacable,
verdugo de crepúsculos
y destructor de noches estrelladas...*

*Te hablo con el odio ancestral de los humanos,
te hablo, te grito y te golpeo
porque deseo que detengas tu marcha inexorable.*

(Si pudiera detener el tiempo).

Y como corolario, la búsqueda del alma, la evasión hacia adentro:

*"Esta alma mía, tan lejana y misteriosa.
Esta alma blanca que tengo años de buscar.*

*.....
Dónde tengo el alma? dónde?
A veces creo —escolar sencillo—,
que el alma se esconde en mi bolsillo roto.
Bajo la sombra del paraguas
y la seriedad de mi chaleco,
yo me busco el alma en la corbata,
en el puño de la camisa
y en el ojal de la pobreza.
¿Dónde tengo el alma? ¿Dónde?*

(Ahora. Yo me pregunto ahora...)

La CANCIÓN DEL PINO rastrea la sencillez de las Odas Elementales en simples metáforas directas de la última fase nerudiana. Poesía realista, con una tesis inserta y cargada de pensamiento que es rasgo muy propio de la poesía contemporánea:

*Yo amo el Pino
por su estatura de gigante solitario.
Y es de Pino mi nostalgia,
mis manos,
mis pies,
mis ojos,
mis brazos,
mis largas piernas son de Pino;
de Pino es la mujer que adoro
y su vientre
y sus senos
y su delgadez de Pino.*

*La vida del pobre es Pino azul,
Pino que quema y arde.*

Le llamaríamos Canción de las Cosas Sencillas, de la vida elemental y simple del pueblo humilde, del pueblo azul, de *overall* que libertará el futuro.

Y asomándose tímido, temeroso, casi con miedo, el tema social, en Si yo Tuviera un Fusil.

Y como sus convicciones no apuntan en la aguja de su brújula hacia el Norte

de las reivindicaciones populares, cuando toca este tema lo hace con cristiano espíritu de conciliación, de armisticio, como nuestro tolstoiano Masferrer cuando les suplica a los ricos que no acaparen, que sean más justos y termina con una invocación a la paz, "paz a vosotros, ricos" por haber acumulado el dinero, la plusvalía no pagada a los trabajadores. Así Italo López Vallecillos nos invita a rezar en su HIMNO A LA PAZ UNIVERSAL:

*"Por ti, obrero, camarada del sol,
Fuerza que mueve la rueda trágica del capitalismo;
por ti, para que encuentres tu bondad azul
perdida en un taller,
para que halles de nuevo tus pulmones
y tus brazos;
tu pobre conciencia y tus dientes blancos
como un himno.
Por ti, obrero,
porque el hermano rico comparta los zapatos,
la camisa blanca
y la corbata alegre;
por ti, obrero, reza conmigo:
"Por la señal de la santa cruz..."*

El tema del Paraíso en el libro de Aleixandre SOMBRA DEL PARAISO, consecuencia del concepto elemental como supremo modo de existencia, tiene igual resonancia en el lírico cuscatleco. Aleixandre habla de un pasado remoto, un dorado edén donde ya vivió y que ahora, para decirlo con sus propias palabras "recuerda sin saberlo" (Carta a Dámaso Alonso, del 11 de septiembre 1940), publicada en la revista Corcel, núm. 5-6). Un psicólogo interpretaría este tema paradisíaco como una vivencia en el seno materno del que fuimos expulsados de su feliz paraíso. Es una visión subconsciente, como emanada de un anhelo de pureza natural, cuya luz ha perdido el poeta. Puede ser también la patria de la infancia que todos evocamos, o ¿acaso la "recurrencia" de otras vidas ya vividas de que hablan ciertas extrañas teorías que se discuten por allí, de las que se sirvió Prestley en sus "Tres Piezas sobre el Tiempo"?... ¿todo es posible desde que la poesía contemporánea utiliza el Símbolo que sólo puede descifrarse a través de todo el poema! La evocación en NOSTALGIA DEL PARAISO de Italo López Vallecillos, corresponde a la sombra del Paraíso de Aleixandre:

*Cuando el hombre creía en Dios y le llamaba rayo,
fuego, agua, luz, vida.
Cuando vagaba desnudo a lo largo del planeta
con la semilla de su pecado y la timidez
de su conciencia;*

*cuando la selva era refugio de ángeles y bestias
y no había una ley que estableciera la desigualdad del pan sobre la tierra.*

*Antes,
mucho antes de este ahora mecánico,
de este siglo cargado de cruces y cipreses,
de esta época de hambre y de miseria;
antes,
cuando el amor crecía entre los árboles
alegre y puro como el alba.
Y se miraba a Dios sin tener que arrodillarse,
el más allá era un hondo silencio,
un respeto, una mirada de misterio;
antes,
cuando se había roto el eslabón espiritual
entre lo creado y el creador...*

.....

*Entonces
yo tenía un alma salvaje,
una sonrisa eterna y un loco corazón a la deriva.
Nada turbaba mi conciencia
y era libre como el aire, como los ríos
iba a perderme entre las frondas.*

*Nunca he visto un día como aquellos
ni tanta claridad en la mirada.*

(Nostalgia del Paraíso).

EL TEMA DEL AMOR

Italo López Vallecillos canta el amor-pasión, fuerza instintiva y primaria que arrastra como una tormenta sobre el mar. De su vórtice terrible puede levantarse el amor ya limpio y radiante, o bien destruirse en su propio incendio, agotar sus corales encendidos hasta su total aniquilamiento. Las raíces tánicas del amor-pasión, es uno de los motivos de Aleixandre para quien "Símbolo feroz y dulce de la muerte es el amor" consumido en su misma fuerza desintegradora.

Las ideas de amor y muerte inscritas ya en el romanticismo, constituyen el motivo central de La Destrucción o el Amor, quizá uno de los logros líricos más deslumbradores de Aleixandre, en el que se busca la identificación de los amantes rotas ya todas las fronteras:

"Quiero amor o la muerte".

(Unidad en ella, de La Destrucción o del Amor).

*"Ven, ven muerte, amor, ven pronto,
te destruyo;
ven, que quiero matar o amar o morir,
o darte todo".*

(Ven siempre, ven, La Destrucción o el Amor).

Exacta imagen pasional es:

"La cobra, que se parece al amor más ardiente".

(La Selva y el Mar, de La Destrucción o el Amor).

Un suave erotismo a ratos estallante y sensual, es el amor cantado por Italo López Vallecillos como experiencia vívida y no como secuencia alexandrina aunque coincidan en el acento apasionado:

*Háblame, mujer indefinible, con la ardiente pasión
que va quemando poco a poco tu sexo de pájaros desnudos,
tu cintura amarrada al deseo
como serpiente de luz o como enredadera enamorada.*

.....

*Háblame del goce que produce
la suavidad del sol entre los frutos nuevos.
De los potros desbocados
por la sangre y el tacto,
que buscan tu amor hecho de inviernos solitarios.*

*Háblame, mujer-deseo,
con tu palabra mojada por la lágrima
no aprendida de memoria.*

*Háblame con tu alma de río cristalino
donde las nubes visten su desnudez de plata.
Háblame pecadora, hermana mía de la hora inconfesada.
Háblame con tu voz de estrella que se apaga
y con tus brazos de incendio, de amor y de locura.*

(Un amor y otro).

Hemos rastreado la pista alexandrina en López Vallecillos para comprobar la decisiva influencia que el gran español ha ejercido sobre nuestro poeta, influencia que es propia en el proceso de todo artista. Pero debemos aclarar que

López Vallecillos mantiene su acento original y que su paralelismo es más bien temático que formal. Es el contenido de soledad, de vacío lo que los acerca, más que el tipo de metáforas o imágenes que en la técnica aleixandrina tienen una maestría insuperable cuando rompe los apoyos reales de la imagen tradicional y se dispara en pájaros de extraordinaria belleza. Aun en el versículo que parece seguir López Vallecillos, Aleixandre mantiene medidas cabales en su aparente desorden que conciertan armónicamente y le dan arquitectura rítmica al poema. López Vallecillos se desarrolla más en versos libres que no siempre conjugan melódicamente como en aquél. Esta destreza poética y su virtuosismo en la imagen y metáfora de la más delicada esencia lírica, han sido calados en el profundo análisis estilístico de Carlos Bousoño, quien nos introduce al prodigio simbólico de la sutil poesía aleixandrina. Aun en el tipo de comparación difieren, pues lo que es punto de partida para audacias increíbles e inauditas en Vicente Aleixandre, se convierte en la poesía de López Vallecillos en el apoyo tradicional que es el primer grado en el lenguaje metafórico.

Como poeta expresionista, las íntimas notas subjetivas de López Vallecillos se desbordan en metáforas de *humanización*, algunas muy bien logradas:

*Me muero de tristeza y el invierno llega
con su enorme bufanda de nostalgia,
con su blanca corbata y su viejo chaleco;
con el frío de mil calles desnudas
y su conciencia de pájaros sin canto.*

(Primera Canción).

Este joven poeta que pertenece a la última promoción lírica de El Salvador, encuentra, sin duda, su verdadera tónica en el poema HE ENCONTRADO, DE NUEVO, EL RUMBO ANTIGUO:

*En mi viejo escritorio de madera
está tu nombre, claro, alto como mi esperanza.
En la libreta de notas, entre los números inexactos
de los teléfonos,
en el calendario de citas,
he encontrado, de nuevo, el rumbo antiguo.
.....
aunque no me reconozcas
y tenga que mostrarte mis heridas
yo volveré a buscarte.
.....
Y volveré a buscarte con la misma alegría
de las noches de fiesta. Llegaré a tu casa*

*donde el polvo guarda los libros que leíamos juntos.
Y aunque todo haya cambiado:
el viejo árbol esté deshojando su natural tristeza,
aunque no esperes mi retorno
yo llegaré esta noche.*

Estas notas no pueden tener un sentido concluyente. Aún no han madurado los frutos en el dorado huerto del poeta y es lento y doloroso el desarrollo de todo verdadero artista. A veces se necesitan años de silencio grave, de experiencias acumuladas, de signos internos torturados, el drama de toda una vida en sus enturbiaados vórtices, para que estalle la crisis y culmine con ella, el milagroso hallazgo de la expresión creadora.

San Salvador, Abril de 1958.

Antonio Machado en Centro América

Por HUGO LINDO

“La captación y la expresión de lo particular constituye la propia vida del arte”... “...Mientras nos mantenemos en lo general podemos ser imitados, pero en lo particular y personal nadie logrará remedarnos. ¿Por qué? Porque nadie puede haberlo vivido como lo hemos hecho nosotros”.

Son palabras de Goethe.

Eckermann registra una y otra vez, términos semejantes, porque el viejo coloso de Weimar insistía mucho en esta apreciación. El partía de lo contingente a lo eterno, de lo anecdótico a lo histórico, de la cotidiana circunstancia, a lo que hoy llamamos una vivencia comunicada.

Machado el grande, Antonio, lo sabía. Sus poemas están frecuentemente, si no de manera constante, afincados en un acaecer real, concreto. Brotan en ellos recuerdos de la infancia, hechos precisos, paisajes determinados y específicos estados de alma. Se apoyan en seres y cosas baladíes, como ese delicioso juego lírico y dramático de *Las moscas*:

*Yo sé que os habéis posado
sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos . . .*

O como hace, rememorando una casa amada, una casa existente, con puertas, con paredes, con ventanas y corredores:

*La casa tan querida
donde habitaba ella,
sobre un montón de escombros, arruinada
o derruida, enseña
el negro y carcomido
mal trabado esqueleto de madera.*

Resulta en esto, en esto particular, Antonio Machado, perfectamente inimitable. Porque esa *Casa tan querida* era conocida y amada por él, y no por otro. Su magia estriba en la transmutación que sugiere Goethe: en el paso de un valor humano, de la órbita del yo, a la de todos nosotros.

Ahora vengo de conocer la historia de uno de los más divulgados poemas del sevillano inmortal, *El viajero*, la cual historia se halla vinculada a nuestras tierras centroamericanas. Y temeroso de que se olvide esa “pequeña circunstancia” que sirve de motivación al canto, la sacudo y desempolvo para darla al desocupado lector.

Cuando el disco pequeño que Arturo Soria grabó aquí, en Santiago de Chile, importando en cinta magnética la voz de Dámaso Alonso, densa y españolísima, me hizo escuchar los versos de *El viajero*, lejos me hallaba de imaginar que ellos se encontraban tan amarrados a lo nuestro. Pero mejor será copiarlos cuanto antes, para no hablar en vacío. Son breves.

EL VIAJERO

*Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.*

*Hoy tiene ya las sienas plateadas,
un gris mechón sobre la angosta frente;
y la fría inquietud de sus miradas
revela un alma casi toda ausente.*

*Deshójanse las copas otoñales
del parque mustio y viejo.
La tarde, tras los húmedos cristales,
se pinta, y en el fondo de un espejo,*

*El rostro del hermano se ilumina
suavemente. ¿Floridos desengaños*

dorados por la tarde que declina?
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?
Lejos quedó —la pobre loba— muerta.
¿La blanca juventud nunca vivida
teme, que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro
de la tierra de un sueño no encontrada;
y ve su nave hender el mar sonoro,
de viento y luz la blanca vela hinchada?

El ha visto las hojas otoñales,
amarillas, rodar, las olorosas
ramas del eucalipto, los rosales
que enseñan otra vez sus blancas rosas...

Y este dolor que añora o desconfía
el temblor de una lágrima reprime,
y un resto de viril hipocresía
en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea
todavía. Nosotros divagamos.
En la tristeza del hogar golpea
el tictac del reloj. Todos callamos.

De la calle San Diego, en donde se encuentran las riquísimas librerías de viejo, he traído un lote de antiguas revistas *Atenea*. En una de ellas (Año XVIII, Tomo CI, N^o 312, junio de 1951), empiezo a leer sin mayor entusiasmo —no conozco al autor y el título no me dice mucho— un artículo que se llama *Relámpagos del recuerdo*. Y el interés que faltaba a los comienzos, surge de súbito, igual que un relámpago. Ahora sé que esta firma, Joaquín Machado, corresponde a un hermano de Antonio, el muy admirado, y de Manuel, el admirado a secas.

No sé si aún vive. Ni en dónde. Pero es el caso que don Joaquín residió en Chile por lo menos desde 1940 hasta el 51, sin ostentaciones ni nombradías. Y él es, precisamente, *El viajero*.

"Pasé mi adolescencia en Guatemala (este endecasílabo perfecto es de don Joaquín, que algo de poeta debe de haber tenido en la sangre). En "un país lejano" hacia el que "en el sueño infantil de un claro día" me viera partir el poeta".

Este aventurero se dedicó al cultivo del café, en el cual se encallecieron sus manos. Y lo recuerda nostálgicamente: "Miles de arbustos en la hacienda "El Rosario" de la Costa Cuca, entre Retalhuleu y Quezaltenango, pasaron por mis manos. ¿En cuántos viveros, almacigos y nuevos cafetales perdurará, tal vez aún, la savia de la tierra en que yo los puse, dando su aroma al viento? . . . ¿Y en esta taza de café que ahora me trajo mi dulce compañera? . . ."

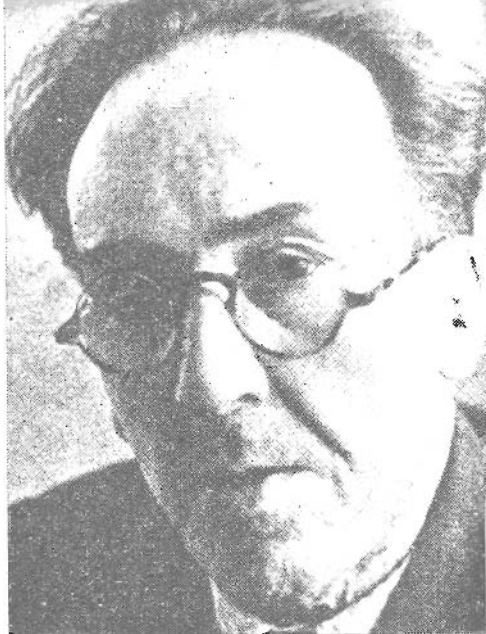
Un día, mordido en el cuerpo y el alma por alguna enfermedad, desahuciado de los médicos y escuálido del bolsillo, don Joaquín decidió regresar de cualquier modo a dejar su osamenta en el solar de sus mayores. Pero "el hombre propone y Dios dispone". Perdió el barco que había de tomar. Grave y favorableísimo contratiempo, porque aquel barco habría sido su sepultura: naufragó en costas salvadoreñas, y aunque don Joaquín, según propio decir, "nadaba como un delfín", en el estado de salud en que se hallaba le habría sido imposible ganar la costa.

Mas para que don Antonio pudiera escribir su poema *El viajero*, eran necesarias dos catástrofes.

En mayo de 1902, el terrible terremoto de la Martinica había arrasado con la ciudad de Saint Pierre. "Cuando nuestro barco arribó a Fort de France, ingresó en mi camarote un negro joven, que era, o decía ser, el único superviviente de Saint Pierre". Este negro era, por antífrasis, de apellido Blanco, y por su dominio de la lengua francesa, estaba llamado a ser el cicerone de don Joaquín en sus primeros días de París. El hermano de los poetas tenía por señas de éstos, unas que ya habían dejado de serlo. Habría de buscarlos en la casa Garnier Frères, en donde Manuel y Antonio Machado trabajaran como traductores. Mas allí le informaron que hacía ya largo tiempo estaban desvinculados de la empresa. A no ser por el negro Blanco, quizá don Joaquín no habría dado con sus hermanos. "Antonio era entonces canciller precisamente en el Consulado de Guatemala, regentado por Enrique Gómez Carrillo, buen escritor y no muy buena persona", dice el autor glosado.

Pidió Antonio licencia en su empleo, y junto con Joaquín fuéronse en busca de Manuel. Luego partieron los tres en busca de otro hermano, Ricardo.

Leamos el párrafo final de los *Relámpagos del recuerdo*:



ANTONIO MACHADO

"El 1º de agosto, Antonio y yo partimos para Madrid. Manuel y Ricardo se quedaron en París. Nuestra madre —¡madre de mi alma!— y los hermanos Pepe y Paco nos esperaban en la estación. Una tartana del servicio de estaciones con sus ruedas de acero sacaba chispas y tronaba como tormenta sobre las pésimamente empedradas calles de Madrid, hasta Fuencarral 148...

.....
"Está en la sala familiar,
.....
.....".

¡Cuánto dolor, cuánta peripecia fue menester para que Antonio Machado pudiera escribir un poema tan simple. La dolorosa partida de un mozalbete, que deja vacío grande en el alma de los que se quedan. El trabajo pertinaz en la dadivosa tierra centroamericana. La enfermedad. El desahucio. El torturante deseo de morir en aquella casa grande en donde el hermano canta la edad primera:

"Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla. . ."

Y el naufragio de muchos. Y el pavor de los habitantes de Saint Pierre. Y el encuentro de un negro Blanco. Y el tren, y la tartana antañona que da tumbos sobre el empedrado. . . ¡Toda una vida, todo un haz de dolores y esperanzas, de congojas y de esfuerzos, discurriendo, como sangre o savia, por las rumorosas acequias de un poema!

De un poema que no se habría escrito, de no haber ido una vez un sevillano a plantar cafetos en nuestro Istmo, en la tierra agraria que dicen los hexámetros de Landívar.

Santiago de Chile, mayo de 1958.

Labrador Ruiz en su “Laberinto”

Por SALVADOR BUENO

Se cumplen ahora veinte y cinco años de la publicación de la primera novela de Enrique Labrador Ruiz, “El Laberinto de Sí Mismo”. Para muchos —el lector corriente de los periódicos— tal noticia parecerá desprovista de actualidad, carente de interés. Para otros, dicho aniversario constituye motivo de celebración. Porque dentro del ámbito literario hay fechas que señalan hitos importantes. Y en la historia de un país tanto monta la cronología de sus artes como sus aniversarios políticos. A fin de cuentas, como ha dicho el historiador Herbert L. Fisher, “la grandeza de un país depende de sus escritores”.

El 29 de marzo de 1933 sale de las prensas habaneras de “Carasa y Cía.” una novela de autor desconocido. La portada de este libro, dibujada por Horacio, representa la faz de un hombre atormentado, ensimismado y absorto en la introspección afilada de sus vivencias, y por toda la superficie de tal fisonomía unos trazos que revelan a varias mujeres, un murciélago y otros enseres. Ya el autor novel debe tener muchas cuartillas arracimadas en sus escaparates y baúles, porque en la contraportada aparece una nómina de obras. Y estos títulos para el futuro editorial: “Cresival se divierte”, “Virgen caída”, “Ellas no aman”, “Grimpolario” (versos).

Este escritor, ignorado hasta entonces, acaba de traspasar el umbral de los predios literarios. Tiene por entonces treinta y un años. Hasta ese momento el periodismo había sido su actividad más persistente. Primero, en plena juvenilia, fue corresponsal de un periódico, "El Sol" que en Cienfuegos (Las Villas) dirigía el doctor Santiago Claret. Tenía 18 años cuando llegó a La Habana. Siguió en el mismo periódico cuando fue trasladado a la capital. Era una tarea ingrata, impersonal, nada creadora.

Por eso, allá por 1926, este escritor desconocido quiere abrir nuevos caminos a su existencia. Abandona toda labor periodística. Empieza a recorrer la Isla de uno a otro lado, por poblados y aldeas, vendiendo todo lo que le sugiere la ocasión y la inventiva. Esta tarea de comisionista le permite observar toda clase de gente cubana, de la más varia condición, que serán más tarde, tras la inevitable labor de elaboración y recreación, habitantes de sus fabulaciones.

"Laberinto" —pues así quiere su autor que se conozca y ése sería su título si se volviera a editar— produce una impresión de asombro y de estupor en la crítica de la época. Había en sus páginas, es indudable, mucha experiencia autobiográfica, pero campeaba por sus respetos algo muy serio a considerar: dominaba en todas sus páginas una severa voluntad de estilo, un afán de creación idiomática que ofrecía en tales textos un rostro trabajado, minuciosamente ordenado de acuerdo con las normas implícitas del escritor.

Los tiempos en que salió publicada esta novela no eran propicios para el sosegado análisis crítico. Pocos días después de su aparición breves notas en diversos diarios habaneros anunciaban el nuevo libro. En el "Heraldo de las Villas" el profesor y ensayista Severo García Pérez publicaba un perspicaz artículo, el primero, sobre la novela de Labrador Ruiz.

En tan temprana fecha, este escritor cubano abre un camino, choca atrevidamente con todo lo convencional en la creación novelesca. Han dicho después críticos de España y de Hispano América que hay en "Laberinto" un anuncio del existencialismo literario que ganaría las modas diez años después. Porque no sólo hemos de indicar como nota sobresaliente en esta obra esa voluntad de estilo ya apuntada, sino también, como nota asaz inquietadora, circula por todo el volumen una desazón y angustia vital que traspasa los hechos y las meditaciones, las ocurrencias y el divagar incesante de este autor.

En torno al diálogo de tres lápices van girando los relatos y estampas

de este libro. Los tres lápices adoptan una actitud rebelde ante su amo. No seguirán haciendo lo que éste les ordena: a uno, cazar ideas, al otro, subrayar pensamientos, al tercero, la negativa tarea de borrar. Un personaje —que no alcanza talla de protagonista—, un tal Laurell, le conocemos con mayor lujo de detalles. En esos textos declara el autor: “He aquí que yo siento sobre mis hombros el tedio de la vida”.

Con “El Laberinto de Sí Mismo” inició Labrador Ruiz sus novelas “gaseiformes”. A esta primera siguieron “Cresival” (1936) y “Anteo” (1940). La acusación más genérica y espesa que se les hace es que no son verdaderas novelas. Pero habría que preguntar a los impugnadores qué es lo que consideran novela, y si no ven el género —si seguimos sus preferencias— demasiado ajustado a los modelos tradicionales del siglo XIX. En la actualidad todo cabe dentro de una novela, y en sus límites puede alojarse un ensayo, una biografía o un poema. Tan flexible es el género y tan variadas las innumerables posibilidades que lo habitan.

A las novelas “gaseiformes” y a los “novelines neblinosos” agrupados en “Carne de Quimera” (1947) siguieron “La Sangre Hambrienta” (1950) y la “cuentaría cubiche” de “El Gallo en el Espejo” (1953). Con estas obras, Labrador Ruiz enfrenta circunstancias cubanas, la realidad que le circunda. No hay en ellas, sin embargo, mimético costumbrismo. La realidad, en la forma oblicua que adopta el arte, es recogida, estilizada, transformada según el propio entender del autor.

“Laberinto”, publicado hace 25 años, fue el paso inicial de una valiosa producción literaria. Con ella E. L. R. ha alcanzado un lugar relevante en la literatura hispanoamericana contemporánea. Las innovaciones de su técnica narrativa, su diestro empleo del lenguaje popular sin propósitos miméticos, la pródiga creación de ambientes y personajes de diversos estratos de nuestro país, unido a un estilo refinado, cuajado en una gracia barroca que no desdeña el desgarró quevedesco, ofrecen, con el sabio adobo de una socarronería y malicia bien criollas, los aportes fundamentales de este escritor. En plena madurez de su talento, todavía mucho podemos esperar de su labor creadora. Obra futura que será atinada continuación de una tarea renovadora en los procesos de la narrativa cubana.

Habana, 1958.

COMPRESION DE UN GRANDE

Por ENRIQUE LABRADOR RUIZ

JACULATORIA CIVIL

Tendré que expresar que ya va siendo hora de escribir la exégesis de la insuficiencia de todas las idolatrías nacionales porque ¿qué hemos sacado de esas carretadas de elogios a este o aquel gran hombre? Alguno es grande, pero sin necesidad; otro heroico sin pólvora ni cañón; honesto, sufrido, viril y bueno sin nada que le enturbie la gloria de su sencillez, Martí.

De este continuo derramar melaza en su obra, derramar almíbar en su vida, merengues y alfeñiques en su profundo pensamiento nos viene la radical ausencia de sus ejemplos. ¿Cómo será válida su conducta mientras no callen los papagayos que la hacen sorda y lejana? Mi Martí es más simple. Nunca quise mentarlo para descaecidas empresas. Enojo he padecido por su indefenso estado. Queriéndolo en mi corazón ¡a cuánta distancia no me lo han puesto vidas, códigos y eslabones! Por eso en el día de su nacimiento cojo del mar una concha y escribo para la espuma esta jaculatoria.

Empequeñecido por la lucha, gigantesco en tu obra ¿quién te quería

por entonces a más de los que te querían por ti y solo y nada más? Lo de ayer es lo de hoy. ¿Quiénes te quieren? Entre las paradojas de que estás lleno ésta brilla: eres el amado a pedazos, el siempre menos amado que sufrido. ¿Qué se te teme? Tal vez no haya en el orbe nuestro ni aun en los cielos de tu orbe órbita de amor a los hombres de tu alma. Puesto que el temor no es a tu bien el reproche se derrama a los males; quiere decir que el hombre de nuestra tierra te invoca para blasfemarte; te ilumina cara a la ignorancia de tu prédica y donde todo se alimenta de esta vasta confusión ¿para qué esperar sino tristeza y cosa de lágrimas? Tu espíritu ¿dónde está? ¿Quién te oye? ¿Quién te sigue? Yo mismo en años te he tenido; te he guardado celos; ponías miedo a mi alma del modo más simple; me hacías desconocerme. Pero es que no era digno de llevarte en las atmósferas veladoras. Velar tu fe es salvar una porción de zona pura y como no todos sabemos mentir y perjurar ¿no era mejor el fajo de tu venda, tu visible veto, lo vitando y vituperable de no oírte a la infamia repetida de escarnecerte? Eso hagan otros; eso todos los días conculquen tantos. No a mí, ni a mi altivez de amor, ni a la querella de mi alma. Plenamente te veo y si no puedo imitarte ni oso pisar donde tu pie maestro anduvo, pláceme en soledad acercarme a los bordes de tu conciencia. Los nombres de tu alma: José, Pepe, algún otro que ahora no recuerdo y que te hizo falta para emprender hazaña, son nombres sencillos, rústicos, de pobreza fonética, los menos nombres para el retumbo y la calidad estatuaría. Que no te vea yo jamás con nombre de estatua tras los lentes de los pedantes de academia. Te ponen esos moles ridículos ¡ay! tanto pedernal tontiparlante, tanto monigote sin categoría de yeso siquiera, el legatario de la ineptia, el bobales que arrufa cachondez. No, Pepe, José Julián, lo sé muy bien; te basta esto; te basta tu Martí y Pérez (pero sin que te lo digan mucho) y te salen sobrando apostolados y martirologios de pacotilla. De pacotilla no por tuyos, sino por venir de ellos, es decir por falsos, es decir por nulos; es decir por malos.

Veo tu lámpara ardiendo, hombre de cortesía y de bondad, ardiendo porque sabes que yo tenía una merma emocional más que una quiebra; lo fallido en trance de perderse, y vez que no. Tu lámpara ha quemado para mí noches infinitas, desnuda de atracción; lámpara pequeña y santa, lámpara augusta. Me salva esa fe para el rescate, lo que te ilumina, lo que regalas con mano de honra. No de otro modo tú puedes dar rienda

a los afanes del sueño, ese poner la brida a cierta altura para que el sueño no tasque frenos innobles y la brida cumpla oficio perentorio. Pero ya te voy a decir lo que no es una sorpresa para ti y tengo que decir. Duerme tranquilo. Hay un mar de amor que te acuna y eleva en muy callados pechos; que en tóscas manos campesinas se alza como copa, salobre pero sano; hay una castidad que te preserva de discursos y podredumbres retóricas en las morriñas guajiras; un soñador precepto que te invulnera por sabanas y caseríos desconocidos. Sé que te quieren frentes de niños, pechos de palomas, alas de mariposas; los guayabos, las ceibas del monte. Pabito azul desfleca enteleridas rumias bajo las camas de las carretas y encontrarte llorando en ojos de pájaro no es sino fatigar la anécdota de tu infinitud. Esta tierra te debe lo que tiene pero como no va teniendo nada parece que no reconoce deuda. Tú la ganaste, no que la granjeaste. Mujer triste azacaneada por infortunios de toda clase ¿su grito no te llega? Y si te llega ¿no ha llegado la hora de que vengas? Yerro es todo; ven con hierro en la mano, a sanear, a zajar, a tundir. La gente que te adora, ese herrador de mieses, ese montero de tormentas, el más callado y tranquilo ciudadano de la amargura, tal peón monarca, los cocuyos, los girasoles amarillos, el no adamado hombre de la sed celeste, intuyen tu cálida compañía y se ponen a desflecar misterios en las sílabas esenciales. Abecé de amor la gente que te adora alza a tu altura. Y si no quieres venir porque volver quién lo sabe, míralos con el zankui-largo ojo de la muerte desde cualquier engarce entre tu nube y nuestra mezquindad. ¿Qué espero? Espero me llegue cualquier día una fracción de esa luz; que me bañe y me muestre la cepa negra, de pez y yodo, que todavía me recoma la entraña puesto que llegar hasta este punto para pedirte contra alguien, así sean éstos que no valen un comino, es un acto ínfimo y tú estás por encima de toda golpeadura, así sea con martillos de felpa.

Ahora suena voz de incantación y dice: Dejad de verlo como el coleccionista de la estrella y de la flor; míresele como el hostigante de una fragua que no cesa. Quiere, antes que la página panal, la página acerico; la de fuertes especias; laurel de Málaga, clavo de Zanzíbar, orégano moruno; la de perforante aliento que revive.

Leyendas

GUISTALUZZITT

Por JORGE LARDE Y LARIN



El 8 de mayo de 1530, después de haber destruido totalmente el fuerte núcleo indiano de *Chaparrastique* —la ciudad amurallada de los indios lenca—, el capitán Luis de Moscoso, en cumplimiento de órdenes del Adelantado don Pedro de Alvarado, fundó una colonia de españoles en la región ultra-lem-pina oriental salvadoreña, con el título de *villa* y con el nombre de *San Miguel de la Frontera*.

Según la tradición, era Chaparrastique una ciudad próspera y floreciente, con sus templos y palacios monumentales, con sus calles sinuosas y plazas, con un gran movimiento comercial

GUISTALUZZIT

y un pasado de siglos que la habían convertido en la reina de la extensa comarca comprendida entre los ríos Lempa y Goascorán.

El doctor José Antonio Cevallos, en sus “Recuerdos Salvadoreños”, apunta que Chaparrastique “fue la residencia del último cacique llamado *Guistaluzzitt* y su nobleza”; y que él pudo reconocer, a fines del siglo pasado, “las señales seculares de sus antiguas plazas, calles y templos surcados en la actualidad por el arado del labrador miguelense”.

Era el rey *Guistaluzzitt* un animoso guerrero, diestro en el manejo de la macana, del arco y de la lanza. Tenía unos 35 años, estatura mediana, cuerpo fornido y ágil, y rostro muy agraciado. Su noble pájaro-náhuatl era el *túrup*.

En abril y mayo de 1530, *Guistaluzzitt* ofreció una heroica como porfiada resistencia a los ciento veinte infantes y jinetes españoles, que acompañaron al capitán Luis de Moscoso en su expedición fundadora.

No obstante, aquella provincia rica en minas de oro y cobre, con una exuberante vegetación y campos propios para la labranza y la formación de hatos, con una cordillera humeante y un altivo volcán como blasón heráldico, iba a caer, definitivamente, bajo la férula de los hombres blancos llegados del otro lado de los mares.

Don Pedro de Alvarado, al organizar en Guatemala esta expedición fundadora, pretendía asegurar sus indiscutibles dominios en la rica provincia, que según sus propias palabras, colindaba con la “tierra firme que se dice de Pedrarias”.

Los expedicionarios propasaron el ímpetu del río Lempa y al capitán Luis de Moscoso, según refiere el cronista regnícola Antonio de Herrera, “por la blandura de su condición, le acudió muy bien toda la gente” de la provincia ultra-lempina oriental.

Sin embargo, los pueblos lencas confederados de Chaparrastique, Quelepa y Moncagua, capitaneados por el osado y temerario *Guistaluzzitt*, decidieron oponerse a los extranjeros invasores y que fuera el imperio de las armas el que decidiera el destino de esas comunidades.

Ante la perspectiva de la resistencia indiana, Moscoso buscó el sometimiento de los pueblos confederados por medios pacíficos.

Así, instó a *Guistaluzzitt* en repetidas ocasiones, para que depu-

siera su actitud hostil y rindiera vasallaje a los reyes de España. El señor de Chaparrastique, impávido, respondía siempre a los mensajeros del jefe español:

—*¡Nunca he rendido mis armas! ¡No conozco a esos señores!*

Y a sus soldados, el cacique lenca les expresaba:

—*Las armas son para pelear, no para entregarlas al enemigo. Nunca rendiremos culto a otros dioses ni vasallaje a otros reyes.*

Viendo imposible la rendición de los indios, el capitán Moscoso decidió atacarlos con toda su gente de a pie y de a caballo.

En Chaparrastique se habían concentrado los guerreros confederados, así como soldados de los otros pueblos comarcanos que, a última hora, decidieron defender también con las armas su libertad y su independencia.

La llanura próxima a la ciudad amurallada, erizada de lanzas y de vistosos plumajes y divisas, era para horrorizar el 3 de mayo de 1530, fecha en que la Iglesia celebraba el Día de la invención de la Santa Cruz. ¡Jamás los siglos habían contemplado tantos guerreros reunidos para lidiar contra tan pocos enemigos!

Las fuerzas españolas avanzaron en perfecto orden contra los defensores de Chaparrastique. En la vanguardia, la infantería, con sus arcabuces y ballestas; en la retaguardia, la caballería. Brillaban las armaduras al beso refulgente del sol, y el tañido de las trompetas hispánicas se confundían con el monótono redoblar de los atabales y teponahuastes lencas.

Tan pronto como avanzaron los castellanos, las fuerzas nativas se replegaron ordenadamente y ocuparon los puntos estratégicos de la ciudad amurallada. ¡Allí harían la defensa de su autonomía! ¡Allí, pensaron, sepultarían el orgullo de los hombres blancos!

La lucha se entabló pronto en todos los rumbos, y los castellanos fueron ganando la ciudad calle por calle, plaza por plaza, casa por casa. . . En pocas horas de cruenta lid, el campo quedó cubierto de cadáveres insepultos y reducida a pavesas y escombros la otrora altiva y señorial ciudad. “El eco de los ayes lastimeros —dice un testigo ocular— conmovía el purpúreo escenario de Chaparrastique”.

Sólo Guistaluzzitt y un puñado de sus valientes soldados quedaron defendiendo el último bastión de la ciudad amurallada: el teocali o templo principal.

¡Inútil era la defensa! ¡Innecesario más derramamiento de sangre! Por eso el capitán Moscoso quiso respetar la vida de aquel valiente y porfiado jefe nativo y la de sus edecanes. Y así propuso, por última vez, la rendición y el vasallaje.

Colocado en lo alto del teocali, Guistaluzzitt, tomando un afilado cuchillo de obsidiana, respondió al capitán Moscoso:

—*Prefiero una muerte digna a la ignominia de la esclavitud.*

¡Y se hundió el puñal en el corazón!

Según la versión española, conservada en raros infolios, aquella sangrienta batalla no la ganaron a los indios las huestes de Carlos V de Alemania y I de España, sino el mismo San Miguel Arcángel, que con su espada flamígera, bajó de los cielos para castigar a los infieles lencas de Chaparrastique.

Conforme la leyenda indígena, desde aquellos sucesos, se oye el llanto quejumbroso de las palomas bajo la copa de los grandes árboles, el llanto del pájaro-náhual de Guistaluzzitt, el llanto de los *turupes* sagrados, que por los siglos de los siglos, rememorarán la epopeya de quien supo defender la libertad de su patria, el honor de sus familias, la grandeza de su pueblo; y es símbolo, hoy, del heroísmo de una raza ya casi extinguida

Un sondeo etimológico

SUCHITOTO

Por la Belleza a la Transfiguración

Por SALARRUE

Penetrar dentro de la exacta etimología de un término *nahuatl* es siempre una grata aventura creativa. Todo término de una lengua que se ha retractado hasta el cogollo, está allí como en las regiones arquetípicas del lenguaje, esperando ser despertado por las fuerzas sutiles creativas de una interpretación acertada; esto es: *un acertijo*. Mejor será, sin duda, verlo como un núcleo de concentración atómico-lumínica del que, bien tocado, puede surgir la luz del concepto primordial. Por ejemplo, en último análisis, *Cuscatlán* no significa para mí "collar de dientes", que siendo literal en extremo, muestra un concepto ingrato al cariño que al terruño guardamos. Con amor se puede ir más hondo en la etimología, ponderando un significado y otro, echando puentes que nos guíen al verdadero significado el

cual, a fin de cuentas, es el que da la "lógica del amor". *Cuscate* collar, *tlam* diente. El concepto superficial es "collar de dientes". Metafóricamente: "sonrisa" (Una sonrisa es un collar de dientes, visto de cierto modo). El significado lógico-estético sería: "lugar sonriente" y como expresión perfectamente admisible: "Valle Sonriente", que, "*si non e vero e ben trovato*" como suele decirse. Si estiramos un poco más el concepto (acaso mejor decir: si encogiéramos un poco más, si concentráramos) llegaríamos a una equivalencia simple que satisface al localista más consumado: "Valle Sonriente" se trueca en "El Paraíso". *Cuscatlán* siendo un "Valle Sonriente" es "El Paraíso de Centro América"... ¿Qué tal?!

El nombre *Suchitoto* se compone así: *sochitl* "flor" y *toto* "pájaro". Parece no

necesitar una más justa interpretación que la obtenida literalmente: "flor-pájaro" o "pájaro-flor" que son dos conceptos muy distintos, si uno lo medita un poco. Cuando la flor es pájaro, *es flor*. Aquí la perogrullada es importante. Cuando el pájaro es flor, *es pájaro*. Y teniendo en cuenta la importancia mencionada sólo queda por decidir a dónde nos llevará el análisis creativo que sea más justo y equivalente con lo que el oído instintivo (y mejor, intuitivo) nos ofrece al oír el nombre de la hoy tan celebrada población.

Quedaría por averiguar (si *la flor es pájaro*) a qué flor se refiere el nombre y, de lo contrario (si *el pájaro es flor*) a qué pájaro alude.

No hay mucho campo dónde especular cuando pensamos en una flor que pueda parecer un pájaro. Algunos "plantanillos" silvestres lo parecen; tienen algo de pájaro acarminado con pico largo. El "alcatraz" es una flor realmente fantástica, con algo de la forma, el color y aun el olor de un ave marina. No cuesta mucho, sin embargo, darse cuenta de que la cosa no va por ese lado. Por el lado del *pájaro-flor* hay mayores posibilidades, terreno más firme dónde deambular escogiendo una idea y otra. ¿Se alude a la "chiltota" con su correspondiente etimología de "pájaro-rojo"? Pudiera ser... Acaso el nombre se ha descompuesto con el uso, habiendo sido en su origen: *shil-toto*, o sea: "pájaro-flor" que subvertido da *suchitoto*.

Todo pájaro está cerca de parecer una flor, ¡quién lo duda!..., pero unos más y otros menos. Son los de brillante plumaje, como la "chiltota" o los pájaros torogones, los que más sugieren la idea de la flor alada. No está lejos el "quet-

zal" de ser el posible *toto-suchi*, por ponerlo así. ¿El "talapo", la "urraca-azul", el "chío", el "azulejo", el "llora sangre", el "cardenal", la "guacalchía"? Muy improbable...

Nuestro fallo personal favorece al "colibrí", triunfando sobre la "chiltota" y el "quetzal", porque es el *picaflor* y como tal, cuando en suspenso en el aire sobre las flores, semeja él mismo una brillante flor al extremo de un tallo azotado por el viento. El "colibrí" (que es tan flor alada como la mariposa misma) ofrece, además, (por el hecho de ser un helicóptero minúsculo suspenso sobre el tallo donde se abre la copa en que liba) un equilibrado signo entre la flor y el pájaro. No es un pájaro que parece flor ni una flor que parece pájaro; en el instante de libar, suspenso e irisado, es ambas cosas: una flor y un pájaro; el "suchitoto" encantador, ofreciendo la magia sencilla de la Naturaleza en su aspecto de gracia y armonía, como símbolo de la *transfiguración*; no la natural (como en la metamorfosis de la oruga) sino la mágica, la milagrosa, recogida por el ojo asombrado en plena luz solar.

El "colibrí" es la joya más preciada en el collar de Sochiquetzali, la diosa de la floración, el canto y la danza y por ello ocupa un sitio prominente en la imaginación mística del indio desde los viejos tiempos de "Tzin-Tzun-Tzán" que habla onomatopéyicamente de ese vuelo irisado y suspenso.

Sea, pues, éste el símbolo diáfano de Suchitoto que debe adoptarle en su escudo de armas como un propósito de mantener el culto a la Belleza y un anhelo de transfiguración en los campos de la civilización y el progreso.

Referencias Sobre Gabriela Mistral

Por OSWALDO ESCOBAR VELADO

I

NACIMIENTO.—EL PRIMER TRIUNFO INTELECTUAL

“En el Valle chileno de Elquí, rodeada de cerros ásperos y hermosos, con el río Coquimbo que la ciñe cantando por el Sur, se levanta modesta, o mejor dicho, humilde, la solitaria Vicuña”.

En ella el 7 de abril de 1889 (a las cuatro de la tarde) se enciende a la vida una estrella luminosa que más tarde será ángel de luz para la noche universal en que ahora vivimos.

Ese signo celeste, se llamó Lucila Godoy Alcayaga, poeta por la sangre de su padre y Maestra de Escuela por vocación también hereditaria.

Dicen que Lucila empezó a escribir poemas a los 6 años de edad, si hemos

de creer el dato suministrado por su hermana Emelina y dado a conocer por el escritor Norberto Pinilla. Lo cierto es que en ella la llama del genio principió a alimentarse en los albores de su vida.

En 1914 se hace llamar Gabriela Mistral, seudónimo este que la hace famosa con ocasión de haber triunfado en los Juegos Florales de Santiago de Chile con su trabajo poético titulado SONE-TOS DE LA MUERTE.

El Jurado, que sin conocerle, le dio los frescos laureles con los que había de causar admiración entre los intelectuales de América estaba integrado por

el crítico literario, Armando Donoso, el gran poeta Manuel Magallanes Moure y el escritor Miguel Luis Rocuant.

El origen del seudónimo "Gabriela Mistral" es producto de la gran estimación que Lucila Godoy Alcayaga sintió por Federico Mistral. En esto están de acuerdo todos sus biógrafos y comentaristas. Este dato lo señala ella misma en su poesía "Mis Libros" donde alaba la obra y al autor que inmortalizó a "Mirreille".

La carrera literaria de la autora de "Desolación" y "Tala" fue siempre un constante ascenso, al grado de que su nombre no solamente se considera patrimonio de Chile sino que constituye una legítima gloria de la tierra americana. Basta saber que hasta hoy ha sido la única mujer de América que ha obtenido el Premio Nóbel de Literatura. Esto sucedió en 1945, año que debería haberse llamado con toda justicia, el Año de Gabriela.

II

SUS AUTORES PREFERIDOS.—INFLUENCIAS LITERARIAS

Gabriela, cultora del verso y de la prosa, ambas modalidades facturadas con acierto, ha tenido como todos los escritores y poetas, influencias venidas de otros espíritus poderosos, afines en el modo de pensar y de comprender la vida o en la forma de expresarse, solamente.

José María Vargas Vila, "ese Voltaire Sudamericano, que tiene su alma en el mismo plano de Sainte Beuve, Balzac y Rabelais" según lo describe nuestro Miguel Román Peña, el Curita recio y fuerte de la Ciudad de San Martín, influye en la mayor parte de intelectuales cuyos libros caen en sus manos. Nadie puede escaparse de su estilo tremendamente incendiario. Claro que el águila andina de José María Vargas Vila al que nosotros nos referimos aquí, es el gran rebelde de sus escritos políticos, el fustigador de los tiranos y de las injusticias sociales.

Carlos Soto Ayala en su obra LITERATURA COQUIMBANA pone en labios de Gabriela estas frases: "Hace

3 años (carta de 1907) que publico artículos y hace 2 que el arte me fue revelado en la persona de un libro, de un libro adorable de aquel que es mi Maestro y al que profeso una admiración fantástica, un culto ciego, inmenso como todas mis pasiones, Vargas Vila."

En 1915 Gabriela confiesa sentirse admiradora de Rabindranath Tagore, de Guerra Junqueiro y Azorín. "Sigue al primero con fidelidad en sus comentarios, publicados por primera vez en forma de libro por Raúl Ramírez en 1917, y mucho tiempo después lo recuerda todavía" (Raúl Silva Castro, "Estudios sobre Gabriela Mistral" página 15).

Gabriela admira en Guerra Junqueiro la virilidad, a veces alto ruda y exalta cuando tiene ocasión al Guerra Junqueiro de "Los Simples". Afirma que este libro es propio para desmenuzar ídolos de barro. La Oración al Pan del lusitano la hace escribir su Himno al Aire (1915).

Pero la gran cantera de su obra poé-

tica la encuentra Gabriela en la Biblia. De aquí toma el acento desolado y angustiado. Isaías le sugestiona, la impele, la deslumbra y la atormenta.

Omar Khayyam deja su huella en la obra de la poetisa chilena, sobre todo,

con sus referencias a la transformación de la materia orgánica.

El color de las tardes que en Gabriela siempre es rojo parece que le llegara suavemente del poeta español Juan Ramón Jiménez.

III

VIAJES.—CARRERA CONSULAR

Después de servir como Maestra de Educación Pública hasta en los rincones más apartados de Chile, hace su primer viaje en 1922 a México. José Vasconcelos la llena de elogios; la intelectualidad mexicana la recibe en su seno con muestras de verdadera alegría espiritual. Y el Gobierno la apoya y le encomienda actividades de gran importancia pedagógica. Después, sigue viajando. Estados Unidos, Francia e Italia supieron de su diáfana presencia. En estos países, triunfa y sirve. Su mano maternal abierta para todos se extiende, como las costas de su Patria.

Pasa luego por Puerto Rico donde es declarada por el Gobierno HIJA ADOPTIVA de esta República.

Llega a La Habana, Cuba; emociona a la intelectualidad con sus juicios acertados sobre José Martí y con la tenacidad de su entusiasmo por las causas justas. Los Maestros de Cuba, a nombre de todos ellos, le obsequian una orquídea de brillantes y un prendedor de oro, como símbolos de que en Cuba

se le quiere y estima.

Pasó también por Centroamérica, pero no recordamos la fecha exacta de su estadía en San Salvador, pero sí, que fue recibida apoteósicamente por nuestra Universidad habiéndosele tributado un merecido homenaje.

Su carrera Consular principia en 1933 cuando fue nombrada por el Gobierno de Chile, Cónsul Particular de Elección en Génova. Luego es trasladada a Italia, su espíritu de intelectual democrático no pudo conformarse con la vida impuesta al glorioso pueblo romano por Benito Mussolini y entrando en choque con el Duce, un incidente delicado, le impide continuar ejerciendo allí su carrera Consular, y es trasladada a Madrid donde sustituye en el cargo a Víctor Domingo Silva, conocido poeta chileno.

El 1945, el 15 de noviembre, Gabriela continúa sirviendo a Chile, en Río de Janeiro y es allí donde le sorprende la gran noticia de su vida: ¡Era la ganadora del Premio Nóbel de Literatura!

IV

NEGACION Y AFIRMACION DE GABRIELA

Todos los grandes valores, aun el mismo Jesús de Nazareth, han sido ne-

gados en el mundo.

Al referirse a los negadores de Ga-

briela, Norberto Pinilla, dice: "Sin embargo la vida no le ha resultado fácil. La incomprensión se aglutinó con el prejuicio. Los curas, barberos y bachilleros del lugar común y de la tradición, se unieron para censurarla y atacarla.

Llegan algunos hasta negarle su chilenidad, afirmando que en su poesía hay un sin número de condiciones que no son habituales en la poesía chilena.

Estos cultores de la poesía provinciana ignoran que el alma de Chile es capaz de volcarse con el alma Universal, dándole como en el caso de Gabriela, un aporte que no sólo es orgullo de Chile, sino que de todas estas tierras convulsionadas y heroicas, que aman la Libertad, la Justicia y la Belleza".

Como un reto a los negadores de Gabriela, Armando Donoso, docto crítico literario, afirma:

"He aquí la voz más alta y pura de la lírica chilena y he aquí también a un escritor a quien la popularidad nada ha restado a la digna transparencia de su verso".

Federico de Onís, catedrático de la Universidad de Columbia, dice: "Alma tremendamente apasionada, grande en todo, después de vaciar en unas cuantas poesías el dolor de su desolación íntima, ha llenado ese vacío con sus preocupaciones por la Educación de los niños, la redención de los humildes y el destino de los pueblos Hispánicos".

Enrique Díaz Canedo, dice a Gabriela: "Necesitamos, voces como la suya,

que nos animen a concertar la ronda infinita que pase por las calles agitadas y por las campiñas estremecidas, cogidos todos de las manos y cantando en coro, para que nadie deje de oírla, la canción del espíritu".

Y Pablo Neruda, el colosal Pablo Neruda, la voz más alta para nosotros de la poética de Hispanoamérica, dice al referirse a Gabriela: "Debo también celebrarla como patriota, como gran amadora de nuestra geografía y de nuestra vida colectiva".

"Esta Madre sin hijos parece serlo de todos los chilenos; su palabra ha interrogado y alabado por todo nuestro terreno, desde sus extensiones frías y forestales hasta la patria ardiente del salitre y del cobre. Ha ido alabando cada una de las sustancias de Chile; los panes y las flores, las nieves y la poesía han recibido la alabanza de su voz profundísima.

Ella misma es como una parte de nuestra geografía, lenta y terrestre, generosa y secreta".

(Este Juicio aparece en el Diario de Sesiones del Senado de Chile, Pág. 298 fecha 20 Nov. 1945).

Por más que se trate de astillar el edificio espiritual de Gabriela, ella permanece y permanecerá erguida, en la confianza de que su tránsito por la vida significó la conducta más acertada que le impuso su condición de intelectual valiente y firme, cumplidora de su alta función social, frente a un mundo de sangrado, abierto de interrogaciones, aparentemente sin soluciones de ninguna clase.

EL MAQUILISHUAT

Por MERCEDES DURAND

*Lejos de tu presencia vigilante
trasplantada a otra tierra,
a otro clima,
empiezo a recordarte, Maquilíshuat.
Mi soledad de niño abandonado
en una extraña isla,
se vuelve más intensa cuando el frío
descuelga los abrigos . . .
Recuerdo tu silencio de madera,
tus suspiros de garza enamorada
y aquel sabio mirar de árbol antiguo
que miraba pasar por las mañanas
a los niños alegres de la escuela
y a las frescas muchachas campesinas.
Me dijeron que sigues regalando
a las tardes de enero
con tu manto bordado de corolas,
cómo te lo agradezco, Maquilíshuat,*

*me has dado una lección de viejo bueno
 y bendigo tu amor y tu alegría.
 Has llegado a la edad en que los hombres
 se vuelven amargados,
 retraídos,
 y lloran evocando a alguna novia
 o le vuelven la espalda a la sonrisa.
 Pero tú, Maquilishuat,
 viejo tronco,
 espíritu labrado por la tierra,
 poeta milagroso del camino,
 remanso de las horas calurosas,
 tú bendices,
 tú crees,
 tú sueñas y meditas en la vida,
 tú llenas de colores vegetales
 las callejas perdidas,
 tú das al horizonte de mi tierra
 un mensaje florido,
 tú lejano y querido Maquilishuat
 has llenado esta casa solitaria,
 este cuerpo aterido,
 estos ojos nublados,
 con tu aliento de viejo camarada,
 con tu verso de savia y de resina . . .
 Cómo te lo agradezco, Maquilishuat,
 anciano compañero de mis juegos,
 amigo de mis tardes enerinas,
 vocero milenario de una raza,
 y eterno confidente en la distancia
 de toda la tristeza que satura
 el espacio salobre de esta isla . . .*

México, D. F., en el otoño de 1957.



CANTO A ESPAÑA

Por ANDRES ELOY BLANCO

I

*Yo me hundí hasta los hombros en el mar de Occidente,
yo me hundí hasta los hombros en el mar de Colón,
frente al sol las pupilas, contra el viento la frente
y en la arena sin mancha sepultado el telón.*

*Trajo hasta mí la brisa su cascabel de plata,
me acribilló los nervios la descarga solar.
mis pulmones cobraron un aliento pirata
y corrió por mis venas toda el agua del mar.
Alcé los brazos húmedos a la celeste flama,
y cuando cayó en ellos el trópico fulgor,
cada brazo creció como una rama,
cada mano se abrió como una flor.*

*Súbitamente, el agua gibóse en un profundo
desbordamiento de maternidad...
Me sentí grande, inmenso, sin cabida en el mundo,
infinito y molécula, multitud y unidad.
Volví los ojos hacia mí; yo mismo
me oí sonoro, como el caracol,*

*y el ave de mi grito voló sobre el abismo
bebiendo espuma y respirando sol.*

*Sentí crecer raíces en los pies, y por ellos
una savia ascendente renovaba mi ser;
hubo un afán de brote del torso a los cabellos,
cual si toda la carne me fuera a florecer.*

*Sembrado allí, bajo la azul rotonda,
integré la metáfora ancestral:
árbol en cuyo tronco se parte en dos la onda
y en cuya copa se hace trizas el vendaval . . .*

*¡Noble encina española de los conquistadores,
que en mitad del océano perfumas el ciclón,
bajo el mar las raíces, junto al cielo las flores
y perdida a los cuatro vientos la razón!
¡Cuando yo florecía, con los brazos tendidos,
eras tú quien estaba floreciéndome así,
y fui sonoro porque tuve nidos
cuando tus ruiseñores anidaron en mí!
¡Arbol del romancero, tronco de la conquista,
raza donde Dios puso su parte más artista,
follaje adonde vino la paloma a empollar!
Surja a tu sombra el canto que incendie la ribera,
mientras te cubre con su enredadera
la reverberación crepuscular . . .*

II

*No son para la lira manos que odian la calma:
¡para cantarle me he pulsado el alma!*

*Con tu temblor de novia que se inicia,
con un azoramiento de novicia,
el candor de las páginas, rebaño de gacelas,
aguarda ante mis ojos la llegada del cántico,
virgen como la espuma del Atlántico
antes del paso de las carabelas . . .*

III

*¡La partida! Cacique, alza la frente
y cuéntame de nuevo lo que has visto;
tres naves que llegaron de Oriente,
como los Reyes Magos al pesebre de Cristo.
Desprendida del texto, sobre la mar caía
de Balaam la vieja profecía.
Con un fulgor total de luna llena,
marcando el derrotero,
parecía colgada de una antena
la mirada de Dios en el lucero.
¡Estrella que defines sobre la frágil onda
la ruta del bajel,
en ti sintetizaron su mirada más honda
los ojos de Isabel!
¡Tú recuerdas al nauta en su camino,
que es Dios quien fija el rumbo y da el destino
y el marino es apenas la expresión de un anhelo,
pues para andar sobre el azul marino
hay que mirar hacia el azul del cielo!*

*Acuchillaban la movable entraña
Melchor, Gaspar y Baltasar de España,
siempre en el aire inédito el bauprés,
¡y tú, mar de los indios, a su paso te abrías
como el Jordán herido por el manto de Elías
y el mar de los milagros al grito de Moisés!*

*Traen los Reyes el oro de las joyas reales,
la mirra de la luz
y el incienso que luego subirá en espirales
del alma de los indios al árbol de la cruz.*

*¡Qué sorpresa oceánica, qué abismal armonía
la de aquellas auroras sin tormenta ni bruma,
mientras en los costados de la Santa María
derribaban las olas sus jinetes de espuma!*

*¡Qué prodigio de azul! Las carabelas
tienen azul arriba y abajo y adelante!*

*Sólo un blanco, las velas,
y un verdor de esperanza, el Almirante.*

*«¡Quiero volver a España!», clamó la algarabía,
porque no presentía en esa hora
que, estando atrás España, su barca dirigía
hacia España la prora.
Y cuando al fin la anunciación de Triana,
fué de grímpola en grímpola, de mesana en mesana,
y en plena mar la isla irguió su flor,
para los Reyes Magos que buscaban su nido,
aquel mundo, del mar recién nacido,
fué como el de Belén, el Salvador.*

IV

*Y el cacique de carne, desde el vecino cerro,
vio salir de las aguas unos hombres de hierro. . .*

*Mis caciques son ágiles, escalan las montañas
y sus pies son pezuñas y sus uñas guadañas.
La sierpe del origen
cubrió los rudimentos de la casta aborigen;
de ella sacó el abuelo su astucia recogida
y en las Evas indianas multiplicó la vida.
Fue su cuna un nidal; la hoja de la parra
no llega hasta el secreto de su sapiencia suma;
ave fue, porque sólo del huevo, luz y bruma
que las carnes desgarran,
se engendra al mismo tiempo el pie de garra
y el arco iris de la sien de pluma.*

*Marcan la eternidad de sus dolores
en piedra de epopeya diez Cuzcos, diez Tlaxcalas;
abajo, las cenizas de los emperadores,
y arriba, el cuervo errante, que es el dolor con alas.*

*No piden a su Dios la buena suerte,
ni vana holganza, ni alegría estrecha;
dejan a lo divino lo que sigue a la muerte
y el resto lo confían al tino de la flecha.*

*Y es su Pascua, la Pascua matutina,
más clara que la Pascua jovial de Palestina,
porque si en los católicos rebaños
el pastor galileo nace todos los años,
cada aurora del indio florece epifanías
porque el sol, dios supremo, nace todos los días...*

*Esa era América. ¡Nadie le dió nada!
De ti lo esperó todo, tú fuiste el dios y el hada;
su palma estaba sola bajo el celeste azul,
su luz no era reflejo, sino lumbre de estrella;
presintiendo tus cruces, ya había visto ella
cien calvarios sangrando bajo la Cruz del Sur.*

*Y hubo sangre en mis montes y en mis llanos,
y tú fuiste hacia el mundo con un mundo en las manos.
América, desnuda, dormía frente al mar,
y la tomaste en brazos y la enseñaste a hablar.
Y toda la excelencia
de tu sagrada estirpe —valor, trabajo, ciencia—
floreció por los siglos en el hombre injertado;
indio, cerebro virgen, español, alma en vuelo...
así en el campo nuevo, cuando pasa el arado,
la primera cosecha no deja ver el cielo...*

V

*Para cantar a España, traigan a nuestro coro
unos su voz de bronce y otros su voz de oro.*

*Poeta, labrador, soldado, todos,
en diversos altares y por distintos modos,
poetas por el numen vital del optimismo.
Canten sus églogas los labradores,
entone el jardinero su madrigal de flores
y agite el navegante su poema de abismo.*

*Y canten por la España de siempre, por la vieja
y por la nueva: por la de Pelayo
y por la que suspira tras la reja,
por la de Uclés y la de los Dos de Mayo,*

*por la del Mar y por la de Pavía
y por la del torero... ¡España mía!,
pues siendo personal eres más grande;
¡por la de Goya y por la de Berceo
y por el Pirineo,
que ansiando más azul subió hasta el Ande!
Por toda España, torreón de piedra
con un Cristo tallado bajo talar de yedra.*

*Por la que da una mano del Quijote en Lepanto
y en Calderón descifra, como Daniel, la vida,
y por la que saluda y tira el manto
cuando la cigarrera va a la corrida...
Por Gerona sin Francia, por Numancia sin Roma,
por Galicia emigrante, por Valencia huertana,
por la que se sonroja cuando asoma
el estilete de Villamediana;
por un Alfonso Diez, que hace las leyes;
por un Alfonso Trece, que es la ley de los reyes;
por la que, mientras ruge Gonzalo en Ceriñola,
toma una espina al huerto de Loyola,
toma una flor al huerto de Teresa;
por Aragón, donde la Pilarica
dijo que no quería ser francesa...
Por León y Asturias, Aventino de España;
por Guipúzcoa, dormida en la montaña;
por los tres lotos de las Baleares,
y por Andalucía, que va a Sierra Morena,
y Andalucía de la Macarena
y Andalucía de los olivares.*

*Por Canarias del Teide, que es un fanal y un grito
—canario de Canarias—, ¡oh dulce don Benito!...
Por Cataluña, cuerno de abundancia;
por Navarra, que dijo: “¡Mala la hubiste, Francia!”;
por las lanzas de Diego velando una Menina;
por la tierra que ríos de maravilla riegan
y por Castilla, a cuyos pies doblegan
Saúl la espada y Débora la encina.*

*Castilla, hembra de acero de forja toledana,
cuyo encanto en la vía requiebró Santillana;*

*Castilla, que en las armas de Santander gobierna
su nave con las velas hinchadas de galerna;
Castilla del Imperio y de Padilla;
Castilla, que en sus reinas es la Madre Castilla
para los goces y los desamparos,
desde Isabel, que forma la escuadrilla,
hasta Victoria de los ojos claros. . .*

VI

*Y canten por la España ultramarina,
la que dirá a los siglos con su voz colombina
que el Imperio español no tiene fin,
¡porque aquí, madre mía, son barro de tu barro,
lobeznos de Bolívar, cachorros de Pizarro,
nietos de Monctezuma, hijos de San Martín!*

*. . . Y una voz que refleje la exaltación suprema,
por el prodigio vasco sintetice el poema;
¡por el prodigio vasco! Tierra de Rentería,
donde el primer Bolívar, mirando al mar un día
pudo decir: “¡También Vizcaya es ancha!”
¡Por ti, cántabra piedra, que me diste la gloria
de aquel que va gritando por la Historia,
caballero al galope de un rocín de la Mancha!*

VII

*¡Madre! Europa está toda florecida de espinos. . .
Ven. . . Aquí verás musgo en los senderos,
porque para tus lanzas no tenemos molinos
y para tus escudos no tenemos cabreros.*

*“¡Madre mía!” te digo, y se diría
que mi voz va creciendo si dice “¡Madre mía!”
Ven, que para ti somos mercado y jubileo;
ven con la cruz y con el caduceo,
con tu enseña de sangre, donde flota una espiga;
¡sé tú Ximena y Carmen, laurel entre claveles!;*

*¡sé la España que tiene los jos en Cibeles
y la España que lleva la navaja en la liga! . . .*

*De este huerto en que fundes barros americanos,
América florida se te dará en olor;
así Dios, aquel día, tomó el barro en sus manos,
y el barro tuvo lágrimas y floreció en amor . . .
¡Hazte a la mar, España! Eres su dueño,
porque tus carabelas le arrancaron al sueño,
y desde que, angustiado de trinos españoles,
el turpial de “Goyescas” se abatió en las arenas,
hay más gemidos en los caracoles
y son más armoniosas las sirenas.*

*¡Hazte a la mar, Quijote! Nave de la esperanza,
una adarga la vela y el bauprés una lanza;
cierra contra el rebaño que en las olas blanquea,
cobra al futuro el secular reposo,
que hay en estas riberas del Toboso
lecho de palmas para Dulcinea.*

*Todo el mar de Occidente rebose de murmullos,
el Arbol de la Lengua se arrebujé en capullos;
haya en España mimos y en América arrullos,
el mismo vuelo tiendan al porvenir las dos,
y el mundo, estupefacto, verá las maravillas
de una raza que tiene por pedestal tres quillas
y crece como un árbol, hacia el cielo, hacia Dios . . .*

Viaje de Ida y Vuelta a la Poesía de Andrés Eloy Blanco

Por TRIGUEROS DE LEON

Yo no me había acercado a la Poesía de Andrés Eloy Blanco. Había escuchado su voz, había visto, a lo lejos, su luz. Pero hasta allí. Le sabía un poeta, un luchador por la libertad, un hombre de limpidez total. Su figura se alzaba frente a mí, erguida en la tierra americana. Andaba suelta su palabra. Era la voz de un poeta, es decir la sílaba de Dios que empolla una emoción en el espíritu del hombre. Pero esa voz peregrina no había llegado a mí con celeste arrebato.

Hubo un coro que entonó su canto en la tierra de Anáhuac —allá en la región más transparente del aire, como la llama Alfonso Reyes— y ese canto coral resonó en toda América; pasó como un vendaval arrollando conciencias, despertando al dormido, soplándole los ojos. Y como en el coro griego hubo invocaciones a Dionisios y se celebró la fiesta del vino. Porque ante un muerto luminoso, no se puede menos que alzar la copa de vino —sangre dionisiaca— y cubrirse la frente con hojas de vid, más que de laurel. No era llanto aquello; nadie se echaba ceniza en los cabellos; nadie lloraba porque las lágrimas no están hechas para los inmortales. El canto sí es de ellos y para ellos. Nace de su muerte, queda para siempre resonando en nuestros oídos, descansa en el corazón.

Ahora he de hacer un viaje de ida y vuelta a la Poesía de Andrés Eloy Blanco. Entrar en el mundo de un poeta es como penetrar en una selva de símbolos para maravillarse ante ellos; es ir con el corazón casi en suspenso, con la mirada alerta, apartando una y otra hoja adventicia para asomarse a la rosa; o subir con el verde vegetal que es cuerpo de lianas; o deslumbrarse ante el canto de un pájaro que nos

sorprende; o encontrar huesos mondos, blancos esqueletos pudriéndose entre el humus; y ver crepitar las raíces, succionando el jugo de la tierra, mientras la mínima vida de los insectos afirma la existencia de ese microcosmos en donde todo palpita.

Así, asombrado y con paso corto, he comenzado mi ruta. Entré en las últimas moradas del poeta. Es “Giraluna”, el libro de Andrés Eloy, este primer espacio a recorrerse. El poeta asoma su perfil —“un Bolívar de perfil”, dice Alfonso Reyes; “te pareces más a Pedro de Gante”, agrega León-Felipe—. El poeta me invita a entrar y me cuenta, agradecido, el regalo de sus amigos. Rómulo Gallegos le envió una de sus más limpias páginas, exaltando la obra total del autor de “Giraluna”, pintándole de cuerpo entero, haciendo un retrato de frase ceñida para que se apretara más a su figura, que ya era un tanto manchega, pues también hay Quijotes en América. Y Gallegos habla de su patria densa y distante, de su geografía pampera surcada de caminos en donde está encendida una esperanza, y habla también del ejemplo de virtudes de Andrés Eloy, paradigma de dignidad, ejemplo para los hombres de América. Y Alfonso Reyes, el buenazo de don Alfonso, con su mano gorda y breve, escribió unas décimas:

*“Pues ¿qué promete el poeta?
Nos dice el amor y el mar,
la tierra y el cielo al par,
la esposa, la prole inquieta,
la madre inmóvil. Secreta-
mente nos dice al oído
que no hay empeño perdido
en el empeño del bien
y el triunfo será de quien
convierta en canto el gemido.”*

Y Manuel Altolaguirre, ese alto poeta español dueño de la rosa de los vientos, se refiere a uno de los más conmovedores poemas de Andrés Eloy: “A un año de tu luz”.

Estas son las primeras arcadas en el templo vegetal. Alguien me ha dicho que tengo que llegar a una fuente, honda y clara, que se llama “Canto a los hijos”. Y hacia allá voy. En el camino paso por sotos de canciones, por regatos que conocen el pie de Garcilaso, por golondrinas, por nubes bajas, por la cueva de los enanos de Blanca Nieves y asoma el mar de alta ola que se quiebra, y aparecen tres figuras: Rómulo Gallegos, Diego Córdoba, Pedro Rivero, que me dicen: Has llegado al fin, aquí está la fuente que buscas, aquí está el “Canto a los Hijos”.

Y aquí, en esta fuente, digo, en este poema, he de detenerme, a mirar y mirar cómo la luz se rompe en el espejo y cómo nace un niño y otro niño y todos los niños del mundo, porque esta fuente es de todos, dará agua para todos, no se acabará nunca por más que en ella sacien su sed todas las bocas.

Y aquí he de interrumpir mi historia, para sentarme a contar, para salirme a

ratos del embrujamiento, para decir unas cuantas cosas en torno a lo que es la difícil poesía de este género que ha sabido cultivar Andrés Eloy Blanco, como ninguno.

Es la más tensa emoción, la del hijo, que se encauza en el verso. Pero cuántos poetas familiares hay entre los mil poetas que han cantado la emoción del hogar, la ternura que baja hacia el hijo como la leche baja al pecho de la madre, sin lograr traspasar ese hecho íntimo. Ha sido una poesía casera, de alero, de lámpara, de comedor iluminado cuando se abre la noche en las afueras y hay varias cabecitas de chicos en torno a la mesa, al amparo del rostro grave del padre y del perfil de madona de la madre. Puede conmovir al hombre un cuadro así, tal como a mí me conmovieron, cuando niño, los cuentos de Edmundo D'Amicis; pero todo queda en casa, no trasciende, es un arrullo, una caricia que resbala sobre unos bucles de oro, una mano rugosa que descansa sobre un hombro tierno, unos ojos que se derraman inagotablemente; pero hasta allí, y ya es bastante. Quien más, quien menos, los poetas de ese acento —de bello tono menor, como diría el Padre Pallais— quedan para veladas familiares. Se necesita que surja un gran poeta, un Andrés Eloy Blanco o un César Vallejo o un Porfirio Barba Jacob para que retome el motivo y lo levante más allá del corazón.

Recordemos nuestro retorno a tierras que no son nuestras, hacia gentes que no son nuestras, a muros olvidados, a iglesias atardecidas, a suelos cubiertos de naranjos a través de la poesía de Porfirio Barba Jacob. No he estado en Colombia y la conozco, sin embargo; he visto sus pueblos, sus convólvulos, “la flor de los crepúsculos”, y he sentido esa larga tristeza de la vuelta del nuevo hijo pródigo que pregunta por nombres conocidos, por gentes perdurables, por ancianas que parecen dibujadas, por la acequia y no encuentran sino sus nombres amarillos ya, destiñéndose en los labios de los que aún esperan. Esa sí es poesía íntima, universal, permanente.

Y en esa poesía estamos al hablar de Andrés Eloy Blanco. Me he referido a Porfirio Barba Jacob no por mero incidente, sino porque encuentro igual emoción en la obra del venezolano cuyo recuerdo ahora nos congrega. Hay matices, desde luego; diferencias: Porfirio es de color crepuscular, es olvidado rocío, cansada lluvia. Andrés Eloy Blanco, en cambio, es de luz más directa a pesar de que la frente de su verso se comba suavemente. Es terciopelo por dentro, herida que se ahonda, raíz penetrante, voz que clama:

*“Es el alba. Los niños despertarán; qué pena,
si nos vieran adentro nuestros hijos!
Sumisión, miedo y hambre,
estafa de la voz y estupro del suspiro.
Es el alba. Los niños despertarán, amigos:
¿quién besará sin manchas la frente de la aurora?
¿quién mirará de frente los ojos de los niños?”*

* * *

Esto que hoy celebramos es un homenaje, un traer la voz del hombre y ponerla frente al hombre, un decir lo que él dijo, un recordar sin recuerdos porque vive aquí esa voz y al repetirla no la estamos recordando sino naciendo.

De qué me serviría hablar con retórica de un poeta; hacer un discurso de tipo académico, con muchas notas al margen, una larga bibliografía, un análisis de formas, si el poeta no es eso. Y no porque lo ignore, sino porque es lo accesorio, lo mutable, lo que le sirve tan sólo de medio y jamás debe hacerse del medio un fin. Quedarse en la forma es no tocar sino la greda, ignorando lo que hay dentro de ella. Para otros está reservada esa labor —que no es despreciable por cierto; pero nunca es lo que el hombre de emoción busca.

El poeta, Andrés Eloy, está en el destierro. Es perito en padecimientos, en pesados grillos que le ataron los pies, en la escasa luz de las celdas; sabe cómo se escucha la confesión de un reo, al filo de una madrugada, cuando el hombre delira y forcejea y quiere romper inútilmente su cárcel. Ha visto a los hombres sufrir en las prisiones, a quienes no hundieron un puñal en el cuerpo de la patria y soñaron verla vestida de azul, libre como un pájaro, y por ello han ido a dar con sus huesos a un rincón, el más oscuro, el más sórdido, en donde hombres vestidos de Justicia les dan palo a los hombres amantes de la libertad; ha padecido él también persecución y cárcel. Pero no olvidemos, amigos, que América es una larga patria dolorosa, lacerada.

*“Esta tarde hablaremos de la patria
que echa a sus hijos niños y los conoce ancianos.”*

*“Ayer la geografía era presente y viva,
ayer sólo la historia era pretérita.
Hoy ya para nosotros geografía es historia.”*

*“Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la misma tierra,
la del pueblo elegido
para llenar de tumbas y de patrias a América.”*

*“Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la pura tierra de Venezuela,
la del signo del éxodo, la madre de Bolívar.”*

Se ha dicho que en América la poesía está teñida de Política. Yo no diría de Política, sino teñida de Patrias, porque el poeta es la patria misma que canta y nadie logra callar su voz. Los poetas son la palabra de la Patria, la voz herida, el grito. Cuando aquélla sufre y cae, el poeta denuncia, cantando. Hay quien imprecas. Manuel Scorza, joven y doliente poeta peruano, dice:

*“Yo no te quiero patria si vas a ser gusana.
 Me oyes, piojosa, me escuchas?
 ¿siempre será el hombre pobre,
 la sonrisa deshabitada,
 el pariente que avergüenza a la familia?
 ¿eternamente
 llenarás mi amor de estiércol?
 ¿siempre mi pecho será una espalda cargada de
 podredumbre?
 Pordiosera,
 no vuelvas a buscarme.”*

Pero con la misma pasión del amante que azota a la amada y luego la cubre de besos, el poeta canta a su patria:

*“Perú, gorrión dulcísimo,
 montañas, pueblos, rocíos,
 patria, tierra mía, ¿qué está pasando?”*

Otros poetas se rompen la voz, la dejan caer hecha pedazos por los más oscuros túneles, crisan los puños y golpean a los malos hijos de la patria para que les duela al fin y para que la madre, la vieja, pobre y sufrida madre, madre de hijos blancos y de hijos negros, de frutos muchos, tiernos, en sazón, viejos, sanos o podridos, reaccione al fin y llame al orden a los malos hijos.

León-Felipe, el poeta de los puñetazos, grita:

*“y... Ni en España hay locos! ¡Todo el mundo está cuerdo,
 terrible, monstruosamente cuerdo!...”*

Pero a Andrés Eloy Blanco, blanco Andrés Eloy, no logra la patria hacerlo pronunciar una palabra heridora porque la pobre es suave, y tierna, y dulce, porque tiene un regazo para todos sus hijos y la culpa de unos no han de pagarla todos. Oídló hablar de su Patria:

*“Ay, la Patria y sus niños! mientras hablo, hijo mío,
 quiero besar a un niño de mi pueblo,
 con el sol de mi tierra entre sus ojos
 y el amor de mi madre entre su beso.”*

Y, luego, en este “Coloquio bajo el Olivo”, de franca limpidez martiana —¿recordáis la Rosa Blanca, de Martí?— dice al hijo:

*“Por mí, ni un odio, hijo mío,
ni un solo rencor por mí,
no derramar ni la sangre
que cabe en un colibrí,
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruin
y no olvidar que las hijas
del que me hiciera sufrir
para ti han de ser sagradas
como las hijas del Cid.”*

DISTANCIA DE LA PATRIA

La Patria es distancia. Se podría formular una teoría de la Patria: Patria, igual cuadrado de las distancias. A mayor distancia más intensa patria.

Para unos la Patria es una muchacha alegre, de ojos rientes y labios en flor; una muchacha a quien desearían robarse en una noche de tiros, a la grupa de un potro. Recuérdesse la “Suave Patria”, de Ramón López Velarde, precursor de la mejor poesía nativista y patriótica.

Para otros la Patria está en una delgada tierra, besada por la boca azul del mar; es la patria mineral y marinera, con velas abiertas al horizonte. Hay quienes ven en la Patria un dolor perenne; quienes la tienen en un puñadito de tierra, en un pueblo blanco, en una sonrisa de mujer, en la crestería de las montañas o en la torre mayor de la iglesia que con el alba suelta un buenos días de palomas. La Patria es, para Juan José de Soiza Reilly, el hogar ausente.

Tierra, mujer, hogar, alero, campanario, paloma, humo huidizo que se tiende caprichoso, aroma fiel, recuerdo, ausencia, saudade, todo es la Patria.

Hay una Patria chica que está en la mujer que amamos, en el hijo que tenemos, en la madre, aunque madre también es ella, pero madre de anchos brazos para quien no hay derecho de primogenitura.

La Patria no está en los himnos ni en las banderas, porque los himnos casi siempre suenan a hueco, han sido hechos por versificadores y no por los poetas y dicen lo que la rima obliga, y porque las banderas son símbolos convencionales. El verdadero himno lo canta el sol en cada tierra, lo graba la pezuña del buey, lo dice el agua, lo pregona el viento.

La Patria se hace dolor en la ausencia. Es casa abierta para quien está y para el que vuelve. Es madre, inmensa y tierna, duradera, sin fin.

La poesía de Andrés Bello Blanco se apoya en el amor —patria, madre, esposa, hijos— y por eso es suave y armoniosa, por eso tiene una levedad que pasa rozando las cosas, afinándolas, limándolas de asperezas. Hay una varonil ternura, un ponerle alas de ángel a las cosas, un hacer volar lo más pedestre. Cualquier material es bueno cuando la magia del verbo, la dulce corteza de los adjetivos le da tibieza, calor y color. Son cosas que se convierten en criaturas; la piedra que tiene sed, la hoja que suspira,

la luz que se calza de aroma, la puerta que se abre como un corazón, en fin, todo lo que nos rodea, cobra vida y se acerca a nosotros y nos habla.

Pero he de volver a mi historia, la que dejé interrumpida hace mucho rato para hablar de otras cosas. Me doy cuenta de que tengo ya mucho tiempo de estar contando y la fuente que está a mis pies me llama como a Narciso. El silbo de la montaña ha comenzado a llamarme, a recordarme que tengo que continuar mi viaje en verde territorio. No estoy cansado, no, de contemplar la fuente y podría pasar días y noches enteras viéndola en su serenidad, en su transparencia, en su contorno de gran pupila del alba. El Canto de los Hijos, de Andrés Eloy Blanco, es para escucharlo una eternidad, como el agua que amaba el pie de Garcilaso, o la sílaba de Francis Jammes o el estribillo de Porfirio Barba Jacob. Aquí queda para el viajero que llegue después de mí, para el hombre que se vea reflejado en la piel del agua. Yo he de continuar mi camino y breve ha de ser mi jornada porque tiene un límite: el corazón del poeta. Hacia el corazón voy, en plena selva.

Hay abiertos ante mi planta varios senderos blancos. Unos me conducen más allá; otros son caminos de vuelta. No hallo cómo decidirme, porque puedo perder la ruta y no salir nunca de este laberinto de maravilla. Sólo el Ángel de la Selva puede guiar mis pasos y el Ángel de la Selva no aparece. Pero allá, muy al fondo, entre grandes hojas, brilla una llama. ¿Será el encendido ojo de una gacela?...

Camino guiado por la luz y llego al fin a esa luz. Arde, en efecto. Se quema y aroma. Es una elegía. Aquí estuvo la muerte, la implacable, la que pone una venda en los ojos y una cruz de silencio en los labios. Esta llama me dice que está encendida siempre, que se alimenta de una brasa eterna: el corazón de una madre. Es el canto de Andrés Eloy Blanco, "A un año de tu luz".

*"A un año de tu luz, e iluminado
hasta el final de su latir, por ella,
desanda el viaje el corazón cansado."*

Miro en torno y así como los enanos del cuento, van surgiendo niños tras los troncos de los árboles. Este es el niño negro, aquél el niño blanco; este es el niño rubio, aquél el trigüeño; este otro es el niño zambo, y el niño chino; éste el que murió en Hiroshima, aquél el que hallaron con un bracito cortado en una calle de España; son los niños todos de la tierra, los hijos universales, los que mordieron polvo y gemido, lodo y rocío; los que devoró la guerra —la niña que aún aprieta contra el pecho una muñeca, el niño que partió la metralla y quedó viendo, fijo para siempre, su trencito de juguete—; son los niños todos del mundo que viven en el bosque de Andrés Eloy Blanco.

*"Y cuando se tienen dos hijos,
se tienen todos los hijos de la tierra,
los millones de hijos con que las tierras lloran."*

* * *

Ha caído la tarde y ya la noche pone su tizne en cada árbol. Tras la rama florecida ha nacido la luna, la Giraluna, luna girante, sonámbula luna, luna de harina, nodriza de la noche; luna niña, luna esposa, luna madre.

"Giraluna

*Cara de angelote, ¿dónde están las flores
de mi enredadera?*

*—Tus flores no quieren
volver a la tierra;
arriba quedaron,
arriba enredaron,
ya van trasmarchando,
van giralunando,
retratando alondras, recortando estrellas...
Con sus ojos de aire, santos de llovizna,
Giraluna gira, giraluna vuela..."*

He llegado al final, bajo la Giraluna, una luna de harina, láctea, pura; la luna eterna del poeta, lámpara para iluminar su recuerdo.

Aquí está con nosotros, Giraluna y a un año de su muerte, *a un año de su luz*, está el Poeta. Estará con nosotros siempre, siempre, porque siempre habrá un hombre, una mujer, un niño que amen a Venezuela, a Venezuela libre; porque siempre habrá una madre que muera, y un niño que nazca, y una rosa entreabierta y una Giraluna, una, en la vida de cada uno de nosotros.

¿Cómo decirle adiós, a Andrés Eloy Blanco? No me despediré de él con un pañuelo, menos con un gemido. Su palabra será mi despedida:

*"Y ahora estás, como tu vida entera,
así tan honda, así tan compañera,
así tan natural como la muerte,*

*y así ha de ser tu claridad sin mancha,
pues para merecerse y merecerte,
el tiempo es largo y Venezuela es ancha".*

DEFENSA PROPIA

(Cuento)

Por FABIAN DOBLES

Ilustración de Carlos Gonzalo Cañas.

Las que cuenta Magdaleno Pérez:

“Pues ahí lo ven: de nuevo, no mucho que valga la pena. Esperando como dicen que la rana eche pelo. Y no hay modo. Ah, ¿del asuntito aquél? Vaya pues, no hubo gran cosa. Ustedes saben que cuando un don fulano es un don fulano y no le gusta que lo joroben, el que manda manda, y ya está; ¿me van entendiendo? Y el que es mandado, pues, dicen que no es culpado. Porque vean, amigos, cuando se vive a la que venga, hay que apechugar con lo que el viento traiga. Cuanto más si no se hacen las cosas adrede. Bueno, para serles franco, no les niego que el negocio no me caía mal. Hacía meses que había regresado de Guatemala. En Chiquimula, por andar a sueldo de misteres de pelo chele y unos cuantos criollos manejando una tartamuda, algunos dóla-

res me había echado a la bolsa; pero luego, tas, me dieron la patada en el trasero. Ya estaba cocinada la revolución, y yo otra vez amolado y sin pisto. A los que habíamos arriesgado el pellejo por Castillo y la bananera ya no nos necesitaban. Pero qué van a creer; mi buena vida me había estado echando en lo que quedó de Chiquimula. Sólo que la gloria no dura mucho; pagan poco por manejar el gatillo. Después uno estorba, como “aigre en el ojo”.

La cara de cera ahumada del hombrecillo se vuelve hacia nosotros una vez más. No, no es un problema de madurez, exactamente. Estos ojos de centroamericano asendereado miran hasta con inocencia. Inocencias de bandido, que las hay. Magdaleno Pérez se ha criado así; casi podría decirse que mamó la primera leche en los cañoncillos de

las pistolas y los pezones humeantes de las ametralladoras, esas huesudas vacas que pastan en los sangraderos de Centroamérica. Ah señor; él prosigue pilateando tan campante:

—Así propio me fue lo mismo en Costa Rica cuando me enganché en la montonera del cuarenta y ocho; puros ofrecimientos, y después, vaya para la mierda. Acá de nuevo en mis corrales ya me estaba llevando el diablo, y de ahí que muy al pelo fue el don fulano que les cuento y me llamó. En el mero puente nos encontramos:

—¿Con quién es la babosada, pues? —fue y le pregunté.

Pero se me hizo el tacuazín:

—No nos interesa el nombre del cristiano. Es alto, macizo, y anda siempre con un gran fute.

—A ver, a ver... No caigo... ¿Se animará a llegar?

—Vaya, hombre, no te quepa duda —y se echó su risita—. Te vas a topar con uno que se las da de muy hombre. Exacto como un reloj. Sé que dijo que a las tres estaría allá; y allá estará.

—Bueno, usted, mejor así. El se lo busca.

—Y no me hagas correr riesgos, oye, porque peores te los correrías conmigo en seguida. ¿Has entendido? Conmigo va en serio... Te doy cincuenta dólares.

Ah caray; me le encapriché yo y le doblé el precio, y mi señor, a cuenta de que traga más pinol, me salió con que:

—Hombre, ¿y por uno solo tanto? ¿Acaso no te ajustaste con aquellos gringos por setenta y cinco para la zamarra en Guatemala, que era en grande?

—Adió, qué diferente. Es que éramos muchos, ve; al por mayor no es lo mismo. Y de ribete éste es compatriota; duele, mire.

—¿Qué estás sabiendo si lo es?

—Eso se huele fácil, patrón, y su merced me lo quiere pagar muy barato. Se me pone que es res gorda, y yo me respeto, qué va a creer.

—¡Qué más da! Cincuenta, y se acabó.

—Vaya pues, no se me enoje; cincuenta, si usted se empeña —terminé por aceptar.

Ustedes saben: el que puede puede. Algunos son unos engreídos.

—Pero oiga, eso sí me adelanta de al tiro veinticinco.

Y de cuándo acá que me los quería adelantar el muy aprovechado. Pero me le empeciné, y por fin consintió. Quedaron los otros veinticinco para más luego; ¿me entienden?

Y déle que déle con las recomendaciones:

—Juego limpio, eh, Magdaleno. Mucho ojo al Cristo. Hay que ser rápido y prudente. Si se te friega el bolado, óyelo bien, yo ni te conozco. Te hundes solo.

Ah mi señor; todavía me agregó maliciando un ojo:

—Por lo demás, no será ésta la primera vez, ni la última; ¿verdad marchante?

—Tenía que restregármelo, han de ver; como si estos trabajitos me hicieran a mí alguna gracia. Hombre, sí, uno se la juega. ¡Palabra!

—No me lo van a creer, casualidad

más grande, imagínense ustedes; tenía que ser Graciliano. Graciliano, mi viejo amigo de otros tiempos. No, no podía consentir. Cómo se lo iba a soplar este cristiano sin ensuciarse la conciencia para toda la vida; no señores. Lo alcancé a columbrar desde acá del conacaste donde me había apostado a la segura. En un principio no lo conocí y monté el revólver; vaya que lo monté. Agazapándome, me escurrí hasta el otro lado de mi escondite. Conté los segundos; calculé sus pasos, y al asomar yo la cabeza para lo que ustedes saben, de al tiro lo voy mirando ya cerca; ¡Graciliano! Por Dios que me guardé el arma con el ya, me escurrí solapado, y ni lo pensé mucho: hice como que venía caminando distraído, mientras silbaba cualquier cosa. Como si fuera al pueblo de San Rafael. El me reconoció enseguida. ¡No me iba a reconocer el ladino, si éramos tan reamigos!

—¡Hola, Magdaleno! —me dijo.

—¡Ciliano! ¡Cuánto tiempo sin vernos! Siglos, ¿no te parece, hermano? —hice yo como si me estuviera cogiendo de buenas a primeras—. ¡Qué casualidad encontrarte, pero qué gran casualidad, viejo! Fíjate que iba de camino aquí a San Rafael.

No hay caso; se le ocurren a uno las palabras que ensartan:

—Te noto un poco nervioso. ¿Qué pasa; algo no anda?

Y claro que ensartaban. No ven que él miraba y remiraba su reloj y estaba inquieto, como alazán que espera jinete.

—Nada, hombre —me respondió—; aguardo a una persona aquí, a las tres en punto.

Casi no me ponía atención. Espiaba

hacia el camino, de una punta a otra. Yo le dije:

—Ah, ya sé: ¿alguna mujer? Siempre el de siempre y le cerré un ojo.

—No, no, no. Mira tú, no quiero hacerte perder tiempo si debes ir a San Rafael— y me lo decía visiblemente molesto.

—Si no se trata de un negocio de faldas —volví a la carga, porque ya empujado aquello había de llevarlo a alguna parte—, qué más da. Se me hace que esa tal persona no va a venir. Palabra que se me hace. ¡Pero qué contento estoy de haberte encontrado!

Y yo va de abrazos con él, mientras él seguía sin prestarme atención. Estaba en lo suyo, yo lo sabía; pero, ustedes, había que salir del paso, y para un disimulo me mandaron a hacer de encargo.

—Como que vienes armado, ¿eh, Graciliano?

—Sí, no sé; nunca se sabe. Por si las moscas, tú.

—Ya lo veo. Pero hombre, deja esto. Se me está ocurriendo... Sí, me caes al pelo; quiero festejar contigo un negocio. Va, vente a San Rafael conmigo; damos una larga conversada y, encima, nos la ponemos buena. ¡Tanto tiempo, hermano!

Graciliano continuaba mirando a un lado y a otro, mientras golpeaba con su fuste una gran raíz del árbol.

—Te aseguro que no vendrá, ya verás —repetí, y le puse otra vez la mano en el hombro. El se sacudió como si se le hubiera parado un tábano.

—Si tú quieres ir, ve entonces. Yo estoy ocupado. Oye —y me volvió a ver de pronto—, ¿qué diablos sabes de esto?

—Vaya pues; te decía sólo que quiero

que celebremos juntos un jodido negocio... Uno decide hacer una cosa, y luego no la hace. Se le amoló; porque no hay Dios posible. Ya está.

—¿Y qué con eso?

—Nada, hombre, disparates. No me hagas caso. Pero hay tanto que contarnos. ¿Qué tal si nos la pegamos grande? —insistí yo—. Tú te olvidas de la tal persona que no ha llegado... Quién quita, tal vez sea mejor que no haya venido. Pudiera ser, no sé.

Graciliano se fijó en su reloj. Habían pasado algunos minutos.

—Y yo me gasto un pisto que me está hediendo a muerto en el bolsillo —seguí diciéndole—. Vamos, tú. A saber si te salvo de un engorro.

Qué Graciliano más testarudo. Todavía lo dudaba.

—Decídete, hermano. Vente con tu ángel de la guarda.

Al cabo de sus dudas se vino conmigo. De camino, platicando, platicando, lo observé vez tras vez. No sé decirles si venía contento, o a disgusto. Algo de esto y algo de aquello, se me ocurre. Un hombre tan cabal como él posiblemente no se hallaba muy bien dejando el conacaste, pero la verdad es que había estado a la hora fijada. En cuanto a mí, les puedo asegurar que me sentía mejor; como si me hubiera descargado un gran peso de encima... Ah, no; no sean mal pensados. Valiente el paisano, sí, como muy pocos; pero no olviden que yo había llevado todas las de ganar, y que, para la segura, Magdaleno Pérez no marra nunca el primer tiro.

• • •



“Pues sí, amigos míos, ya coligen que yo soy un hombre de buen corazón —si-gue diciendo Magdaleno en tanto se lleva la mano al pecho como un niño-jesús—. Nací pintado para una buena obra, porque los sentimientos son los sentimientos, y oigan, uno se estina. Así se lo decía a mi viejo compañero, mientras en una cantina del pueblo de San Rafael nos chupábamos ya la segunda botella. Habíamos estado tragando fuerte, a la centroamericana. No hay como la caña para desapersogar la lengua y hacer que dos amigos se digan cuatro carajadas lindas y con franqueza, ¿no es cierto? Bueno, también es cierto que no hay barzón que con tanto guaro no se azurumbe un poco. Yo estaba algo encumbrado, qué van a creer. Y Graciliano apenas un poquito menos.

—Fíjense no más qué cara afligida —le decía yo, mirándolo—, cuando debiera, en vez, estar contento hoy el amigo, porque le ha ido bien.

¡Las que suelta uno a andar cuando se le sube el guaro!

—Pero ni lo sabe; qué lo va a saber. Ah caray, es que la amistad es cosa formidable. ¿Verdad, Graciliano? Yo, por amistad, lo hago todo... Mejor dicho (y me eché una risa), no hago nada.

Graciliano no soltaba ni un sí ni un no. A ratos me miraba de manera extraña, como si comprendiera lo que yo estaba pensando. Pero no estoy seguro, porque el pensamiento le salía un poco vidrioso, con ojos de mucho ron.

—Sé a quién esperabas, tú, lo sé. Te apuesto que a un amigo no volvía a repetirle de necio y con cierta intención. Caramba; es que un bolo como que piensa con dos pensamientos; uno que le clarea arriba y otro que le curvea abajo.

Pero que entrambos a dos teníamos todo el tiempo en la cabeza el condenado conacaste, lo teníamos. La verdad es que yo me pasé hablando del asunto, más que sin darlo a entender completo, y que él, que poco dijo, sin decir estuvo diciendo que sólo pensaba en la puñetera cita y que se había largado antes de que llegara la persona con quien suponía que se había de encontrar.

Y en una de esas pidió la cuenta.

—¿Qué vas a pagar tú? —lo interrumpí; pero estando como estaba picado ya de amor propio, le agregué:

—Bueno, en el fondo debías hacerlo. Tu día de hoy lo merece. ¿Me entiendes? ¡No me entiendes!

Qué les cuento. Mi cabeza como que se iba y como que se venía la muy cantil, a la gana de traicionarme. Y al seguir él haciendo envite de marcharse, me le descargué yo con la mía:

—Pero ¿por qué quieres irte? ¿A dónde, dime tú? No hay ninguna precisa... Tú crees que aquella persona llegó a la cita. Ja ja. Y yo digo que no... Yo sé que no llegará. Oye, Ciliano, apuesto a que no hay tal persona. A ver, dime, ¿quién era? No le andes

con misterios a un amigo. ¿Ves; no lo ves? Ni lo sabes. No existe. Vaya pues, vete a casa, mira el calendario, y le enciendes una vela al santo de hoy —...otra vez al repique con él.

—Gracias —se levantó y echó a caminar—, pero de veras ya me estoy yendo.

Yo sabía que se empecinaba con el condenado conacastón en la cabeza, y que allá iba. Graciliano era hombre de honor, ¿saben ustedes? Le grité al cantinero:

—Rápido, rápido, cobra y me das el vuelto, que quiero alcanzar a ese amigo para llevarlo a su casa.

Cuando me levanté eché de ver que las canillas me andaban resaqueras. Claro, habíamos tragado de a hombres. Pero había hecho una buena obra, y me sentía orgulloso. ¡Cómo le hubiera gustado a Graciliano averiguar qué obra buena había hecho con él! Hombre, sí, hay gente que quiere saber demasiado.

—¿A dónde vas?— le dije alcanzándolo—. Te acompaño a tu casa.

Se volvió de mala manera, según me pareció a mí:

—Mira; yo soy dueño de hacer lo que me da la gana. Basta ya. Comienzas a aburrirme.

Ajá; con que yo comenzaba a aburrirlo. Pero aún así no podía permitir que regresara al conacaste, porque me hormigueaba una palpitación de que a nadie le convenía. Por eso le iba rogando que no fuera, que me creyera, que mejor no, que él no podía comprender.

Palabra que lo hacía de corazón.

—Hacéme caso, hacéme caso —le repetí, que hasta rabia me da recordar cuántas veces.

Y él, anda que te anda, se me desbo-
có con la suya:

—¡Con todos los diablos! ¡Ya me estás
jodiendo el alma!— Vean qué ingrato el
Graciliano.

Y en ese tejemaneje acabamos por
casi llegar al palo.

—No sabes —le dije agarrándolo por
el brazo—; devuélvete.

—No sabes, no sabes. ¡Estás bolo,
como cualquier pendejo! —agregó—.
¡Déjate ya de majaderías!

Maldita sea; para qué lo hizo: se
volvió de pronto y me pegó el empujón
de los demonios:

—¡Que me dejes tranquilo, Leno; yo
sé lo que debo hacer! —creo que siguió
diciendo mientras yo caía violentamen-
te y él volvía a caminar, dándome ya la
espalda. Al caer, me golpeé de alma,
pero muy de alma. Ah no, hermano,
así no. El lo quiso. Ni supe cuándo, en

la nublazón saqué el revólver y ahí no
más lo tosté de dos plomazos...

El hombre ya de bruces boqueando
la última, yo se lo fui diciendo mien-
tras me iba levantando del suelo:

—No me hizo caso.

* * *

“¿Tribunales? ¡Ah, qué ustedes! De
esa babosada se encargó el fulano. El
que tiene y puede, puede y tiene, ya les
dije. Cuanto más si es por conveniencia
propia. Testigos no faltan—, y el hom-
brecito enseña las manos mientras for-
ma cruces con índices y pulgares.

Defensa propia”.

Y abre los brazos de parte a parte,
lavándose de toda culpa, en tanto que
nos vuelve a mirar pestañeando con el
mismo aire de inefable inocencia que
ponía cuando acababa de regresar de
Chiquimula.

“EL 184”

(Cuento)

Por RICARDO MARTELL CAMINOS

Ilustración de Carlos Gonzalo Cañas.

Yo me llamaba Clemente Aldana cuando todavía era un hombre. Cuando levantaba de un solo embión los costales de café en oro para lanzarlos sobre las estibas. Me gustaba pasar por entre las limpiadoras luciendo mi tronco desnudo, liso y brillante de sudor. Tenía los biceps duros y apelotonados, la espalda ancha y reducida la cintura. En el ingenio y en el beneficio, era mejor conocido por el Caballón. A mí me gustaba el apodo, porque en verdad me sabía fuerte y noble como un caballo; como un caballo grande y gordo que tuve cuando niño. Cuántas veces pude haber destripado de un solo puñetazo, las quijadas de más de algún tonto que trató de hacer un chiste de mal gusto, en presencia de las mujeres, a causa de mi negra corpulencia; pero me contentaba solamente con agarrarlos por la pretina

y lanzarlós como un haz de bagazo sobre los montones de cañas. Viéndolos volar por los aires me reía a carcajadas, enseñando mis enormes dientes de caballo; dura, blanca, rechinadora, era mi dentadura. Me gustaba reventar a mordidas hasta los nudos de las cañas para no dejarles una sola gota de jugo. Los bagazos me salían amarillos, amarillos como yema de huevo. “Vos estás fregado del hígado”, me decían. Tal vez era cierto: aunque dicen que los que padecen del hígado son los que beben demasiado licor, y yo era parco para las copas.

La finca San Nicolás quedaba en las Lomas de Candelaria, hacia el sur, sobre el camino que conduce a Huizúcar y a pocos kilómetros de la capital. La finca se componía de ingenio de azúcar y finca de café. Caña verde y rumorosa en las planicies y gargantas. Café en las co-

linas y en las pendientes. También habían dos grandes establos con más de ochenta vacas. Eran vacas extranjeras; negras negras unas, blancas blancas otras; otras parchadas de negro y blanco, sin cuernos, mansísimas. Un toro enorme, el Ceibo, de la misma raza, mugía a toda hora, el sexo desembainado, rascando el brillante pavimento. A veces, lo sacaban a dar un corto paseo. Le amarraban un fuerte lazo a la argolla de bronce que tenía metida en la nariz, y entre el mudo Narciso el sacapín, y Pedro el corralero, lo llevaban por las calles de la finca. Atrás el sacapín, adelante el corralero. La salida del semental constituía un verdadero espectáculo. Las mujeres salían a verlo, los hombres se paraban para admirarlo y los niños le formaban una cola de gritos y de ruidos. Alguien fingía un mugido agudo, potente. Entonces el Ceibo erguía la gran testa y resoplando embestia al invisible enemigo; pero el lazo se tilinteaba y, con la nariz adolorida quedaba quieto, mugiendo y echándose polvo con los cascos delanteros. Altivo, bravo, bello.

Eran alegres las tardes en San Nicolás. Sobre todo en la "temporada". A las cinco, yo tiraba del alambre del pito que atornillaba los oídos con su elevado silbido. Don Paco, el mayordomo, pasaba repartiéndonos las fichas para que fuéramos a recibir la comida. Regular comida nos daban: dos tortillas grandes, blancas, bien molidas; frijoles sancochados, queso y café. Los que tenían sus mujeres, se iban a comer a sus cuartos; los que no, íbamos al comedor de las niñas Borja, a comer alguna otra cosita: carne guisada, arroz, pan. Más noche regresábamos al ingenio a comer vicio y espuma. Alguien tocaba una guitarra,

mientras otros enamorábamos a las cor-tadoras y limpiadoras de café.

Los días de pago eran una verdadera feria. De San Salvador y de Santa Tecla acudían vendedoras de dulces, minutas, sorbetes; y achines con ropa y otras baratijas. En uno de los patios de café levantaba "Farolito" su carpa rota y sucia. En otro patio improvisábamos el baile amenizado por guitarras y mandolinas. Nos prorratabamos los tres colones que nos cobraba Pedrito Castillo, el tocador. Eran seis piezas por hora. En la salida para El Porvenir, oculto entre el cafetal, ponía don Julián su venta de aguardiente clandestino. Metidas en un costal de henequén y sobre un viejo mulo, traía hasta treinta botellas que se vendían como pan caliente. En dos ocasiones lo había sorprendido la policía de hacienda, pero como él llevaba siempre anudados en un pañuelo los veinticinco pesos de multa, no interrumpía por mucho tiempo su negocio; solamente trasladaba el expendio a otro tablón de cafetal.

Don Salvador Galicia, el patrón, jamás faltaba a las fiestas del día de pago. Llegaba en un enorme "Ford 33" que dejaba parado frente a la oficina, bajo los almendros. Acompañado de don Antonio, el administrador, recorría el beneficio y el ingenio bromeando con medio mundo. Más tarde llegaba al baile y bailaba con la primer muchacha que encontraba sentada. De lejos me gritaba:

—¿Cómo está el "whisky" hoy, Ca-ballón?

—De calidad, como siempre, don Sal-vador.

—Ordena cuatro botánicas...

Y así todos los sábados de pago.

Nosotros queríamos mucho a don Sal-

vador, porque a pesar de sus millones, nos trataba como a compañeros y era bueno y generoso.

Para fines de noviembre, llegaban a temporalizar las monjitas de La Asunción. Se alojaban en "la casona". A ésta se iba por una avenida de palmeras y mameyes, y quedaba como a cuatro cuadras arriba de las oficinas. Era una lujosa mansión de dos pisos metida entre arbustos y jardines. Cuatro inmensos árboles de mango daban sombra y frescura al patio de tennis y a las jaulas de los venados y de los conejos. Frente al pórtico de la casa y comunicada por una callecita arenosa, estaba la linda capilla estilo gótico de San Nicolás Obispo, patrono de la finca. Aún veo a la encantadora sor Brisila sonriendo y halando la cuerda de la escandalosa campanita que tarde a tarde congregaba a los niños para la doctrina.

Yo solía ir a la casona, pues las monjitas me querían mucho desde que supe que mis estudios de mecánica los había hecho en un taller de religiosos. Además, siempre me había sentido medio poeta y aquel ambiente conventual me inspiraba versos que luego sometía a la crítica de don Miguelito, el anciano capellán.

—Tienes madera, hijo —me decía entornando los ojitos verdes y redondos como de lora, y masticando el chicle de su dentadura postiza—. ¡Vaya que no! Solamente que el oído te falla un poquitín. A ver, a ver: quiero que hagas unas quintillas a la Virgen para que las canten los niños el ocho de diciembre. Y se las hice. Y sor Angélica les puso una música tan linda, que hacía suspirar al anciano capellán así, así, como con el corazón lleno de nostalgia y puro amor.

Las monjitas bajaban de vez en cuando a la finca. Visitaban las cuarterías y las galeras repartiendo ropa usada y estampitas. También solían vagar, felices y parleras, por entre cañas y cafetos, llegando a veces hasta la gran huerta que proveía de fruta a los colonos. En esta huerta, cualquier colono podía cortar su racimo de guineos, siempre que estuviera sazón, llevarlo a su cuarto y, colgado de una viga, verlo madurar lentamente hasta tomar un color de oro alegre.

Así pasaba la vida en San Nicolás.

Pero un día nos llegó la noticia:

—Sabes, Caballón —me dijo don Ismael—, que al patrón le están embarcando la finca?

—¿Cómo?

—Así, como lo oyes. El lunes vendrán a recibirla.

—¡No es posible!

Pero era verdad. El lunes la entregaron. En una "cuca" despintada, vino un alemán alto, de botas, casco y revólver al cinto lleno de balas. Don Salvador no vino. Don Antonio, don Ismael y Eugenio, el tenedor de libros, hicieron la entrega.

Supimos que el alemán no era el dueño sino el nuevo administrador de la finca. Se llamaba Carlos Reiter. Unos días después llegó al ingenio. Yo estaba limpiando un tacho. Se me acercó. Se me quedó viendo con los ojos de frío acero, y me dijo:

—Vos ¿cómo te llamás?

—Clemente Aldana.

—¿Sos el Jefe de los mecánicos?

—No.

—¿Quién es el jefe?

—Don Pablo Matus.

—¿Dónde está él?

—Arriba. Revisando unas pailas.

—Andá llamalo.

Empecé a subir las escaleras lentamente. Me sentía enfadado por el tuteo tan importuno y autoritario.

—¡Hey! —me gritó—, subí rápido que tengo prisa.

Yo sólo volví la cabeza y lo miré sobre el hombro. El alemán estaba rojo como un camarón y acariciaba la cacha del revólver.

Una mañana trajo a su mujer. Era una alemana mucho más vieja que él, de pelo colorado, anchas caderas y piernas delgadas y pecosas. Usaba zapatos bajos y calcetines, traía como diez perros "longaniza"; rojos, largos, orejones. Se instalaron en la casona y a los chuchos los acomodaron en la capilla, de donde ya el alemán había sacado a los santos para meterlos en la bodega, junto a la cocina.

Una de sus primeras innovaciones fue la de traer unos hombres desconocidos a quienes armó de winchesters y machetes. Dos de estos hombres acompañaban siempre al alemán. Los otros rondaban por los cafetales, la huerta y los cañales. En adelante, nadie podría chuparse un pedazo de caña ni cortar un solo guineo. Quedaba también terminantemente prohibido transitar por la finca después de las nueve de la noche. Se acabaron las fiestas del día de pago y don Julián, su mulo y su guaro, desaparecieron, como si la tierra se los hubiera tragado. Un domingo me lo encontré en San Salvador, tratando dulce de panela para su "fábrica".

—¡Hola, don Julián! ¿Cómo va ese "whisky"?

—Siempre de calidá, don Clemen.

—¿Por qué ya no ha llegado por la finca?



—Cáyese don Clemen, si me agarra ese chele maldito, me mata. Pero viera don Clemen, que mi producto es apetecido en todas partes. Hoy he puesto el expendio allá por los tablones de Las Piletas.

El alemán adoraba a los perros y odiaba a los hombres. Nos quitó el queso y el café de las comidas, y nos aumentó hora y media de trabajo diario.

Una noche, reunidos los mecánicos y los carpinteros en el comedor de las niñas Borja, dispusimos protestar, pedir

que se nos mejorara la comida y que se nos pusiera el antiguo horario de trabajo. "Que vaya el poeta", dijeron algunos. "Sí. Andá vos, Caballón". "Vos hablás bien y tal vez logramos que nos quiten esa hora y media que nos ha metido demás". Yo sentía miedo de que se me fueran los estribos ante la segura negativa de Reiter. "Yo creo, dije, que será mejor que don Pablo vaya y hable en nombre de todos nosotros". El viejo mecánico se puso lentamente de pie y dijo: "Iremos los dos, Aldana. Dos cosas quiero advertirles: Primero. Hablaremos no solamente en nombre de nosotros los carpinteros y los mecánicos, sino que en nombre también de todos los peones de la finca San Nicolás. Segundo. Ruego a todos ustedes; y especialmente a Clemente Aldana, no vayan a exaltarse ante la rotunda negativa de Reiter; porque de antemano les aseguro que no conseguiremos nada. ¡Vamos!"

Encontramos al alemán y a su mujer paseándose en el corredor de la oficina, cada uno con un chuchito en los brazos. Don Pablo Matus habló con firmeza y serenidad. El administrador lo dejó hablar sin interrumpirlo y sin despegarle los ojos de la cara. Luego, volviéndose hacia mí, me dijo:

—¿Y vos que querés?

—Lo mismo.

—¿No saben ustedes que es prohibido y peligroso agitar a los trabajadores?

—¡Señor! —protestó don Pablo.

—Les aconsejo que no se metan en líos, dijo. ¡Ya! Si nos les parece el trabajo, váyanse.

Don Pablo Matus, nuestro viejo jefe, se fue al siguiente día. Otros compañeros lo siguieron después. Sólo yo me iba

quedando, me iba quedando porque estaba enamorado de Lupita Borja.

—Vámonos, le dije una noche.

—Tené paciencia, negro —me dijo—. Cuando vengan mis hermanas de San Miguel. Hoy no puedo dejar solas a mis tías.

Yo estaba desesperado. Reiter se me había hecho odioso. Lo vi pegándole en la cara a un pobre hombre amarrado, únicamente porque lo hallaron cortando una caña para su hijo. El niño se abrazaba gritando a las lodosas piernas de su padre. Yo me alejé casi corriendo, porque sentía que una bomba de fuego me iba a estallar en el pecho y en la cabeza. Y, lo confieso sin ninguna vergüenza: lloré, lloré y me mordí los puños hasta sangrar. Sí. ¡Por Dios que lloré!

Y, aquella tarde... ¡Yo lo vi! ¡Yo lo vi! ¡Ay, Señor! Yo vi cuando le quebraba los dientes a puñetazos a Narciso el sacapín; a Narciso el sordomudo; el manso, el bueno, el tonto Narciso. ¿Por qué? ¿Por qué estaba matando al tonto Narciso? ¡Ah maldición! Solamente porque el tonto Narciso le tiró una patada a uno de los chuchos alemanes que fue a morderle las patas a la vaca, que él, el inofensivo Narciso, estaba cepillando. ¡Por eso lo mataba! ¡Ah! Pero yo pasé por ahí. ¡Por Dios que no me arrepiento de haber pasado! Rugí, salté, me eché sobre Reiter. Le pegué en la cara con todo mi odio y con toda la fuerza de mis bíceps duros y apelo-tonados. Sentía mis espaldas más anchas y mi cintura más reducida. ¡Qué fuerzas me daban el odio y la ira! La lucha fue breve. Nos abrazamos. Caímos. Nos levantamos. Me le topé al cuerpo. Le pegué en el estómago. Lo quebré hacia

atrás por la columna. Lo levanté por sobre mi cabeza y lo lancé, con odio, con saña, sobre las gruesas trancas, hacia el redil del toro Ceibo. "¡Virgen santísima!", gritaron unas mujeres, al ver cómo el corpulento animal se ensangrentaba las pezuñas, los cuernos, la frente, el sexo... Sonaron dos balazos. Me machetearon. Después... ¡La sombra!

De esto hace diez años. Cuando yo me llamaba Clemente Aldana y cuando todavía era un hombre.

Ahora, sólo arrastro el muñón de mi cuerpo contra las viejas piedras de esta cárcel podrida. Y en donde ya solamente soy: "El 184".

Pero, ¡juro que no me arrepiento de haber pasado aquella tarde por los establos de la finca San Nicolás!

LOCURA DE AMOR

(Cuento)

Por ROLANDO VELASQUEZ

I

Es algo terriblemente penoso ver llorar a un hombre, sobre todo cuando llora sinceramente y hay en su llanto la expresión de una inmensa, enternecedora desgracia.

Por eso me conturbé hondamente un día de estos, al ver a mi querido amigo de la infancia, a través de las rejas, en la celda de un manicomio, llorando como un chiquillo y con todas las energías consumidas ya, en larga lucha por convencer a aquellas rudas, aquellas implacables e inexorables gentes, de que no está loco, de que tiene todas sus facultades cabales, y de que es víctima, nada más, de una confusión, de una desgracia ocasionada por sus pobres nervios agitados que siempre, desde cuando niño, vibraron a la menor su-

gestión, tensos y exaltados como las cuerdas de un violín.

Yo que lo conocí de cerca puedo dar testimonio de esta fatalidad y decir francamente que no está loco mi amigo, y que es cierta la historia que me contó, mientras bebía sus grandes lágrimas amargas, al otro lado de los fríos barrotes, implorándome que hiciera algo por él, que pusiera un amistoso esfuerzo en la tarea de rescatarlo de su martirio.

De muchachos colegiales vivimos juntos. Siempre sufrió inexpresables angustias, neurosis violentas que lo hacían permanecer noches enteras despierto y sobresaltado.

Las pequeñas bromas usuales entre estudiantes, de arrojar los zapatos al azar entre la oscuridad, de apagar repentina-

mente la luz o pincharlo a hurtadillas con un dedo en medio de la tiniebla, tuvieron para él caracteres de verdadera, insólita tragedia.

No podía para nada controlar los nervios, y en los cines, cuando alguien gritaba "incendio", "terremoto", era el primero en dispararse a la carrera, atropelladamente, ofreciendo el espectáculo de un hombre intempestivamente privado de razón.

La vista de la sangre lo enloquecía también momentáneamente, y fue por eso, sencillamente por eso, que más tarde, en las aventuras de amor, las más de las veces infortunadas, prefirió siempre las viudas otoñales y las mujeres de un ostentoso pasado amatorio, para evitar complicaciones y alejar la tragedia de su mente neurótica, propensa a todas las obsesiones.

Una vez —porque en los principios fue un destacado estudiante de medicina—, los compañeros de estudio en el anfiteatro lo hicieron objeto de una broma singular; le pusieron entre la cajetilla de cigarrillos el dedo meñique de un cadáver. A la hora de visitar a la novia, divagado en el galanteo y la contemplación extrajo sin percatarse de ello el macabro despojo y se lo llevó mecánicamente a la boca. Dio tales muestras de miedo, histeria y descontrol, que la novia en turno lo rechazó definitivamente y él pasó en cama, presa

de la fiebre, durante quince días, haciendo temer y arrepentirse a los amigos que quisieron jugar con su peligrosa ultrasensibilidad. De aquel incidente nació su decisión de abandonar los estudios médicos y dedicarse a la carrera del derecho.

—“Para ser médico, filosofaba a veces, y sobre todo, para ser cirujano, se necesita tener una psiquis de carnicero. Los cirujanos no conocen más sistema terapéutico que el de la amputación, y la cabeza de sus clientes pelagra siempre porque hay algunos entre ellos, tan encerrados en su doctrina mutiladora, que muy bien serían capaces de afirmar, sincera y obcecadamente, que la guillotina es el mejor remedio para las neuralgias y las meningitis”.

En sus nuevos estudios de abogado le iba muy bien, pero un día la tragedia advino, no por lo risueña menos terrible, y lo sepultó aquí, quizás para siempre, en este terrible encierro, entre médicos austeros y escépticos, y fornidos loqueros de contextura espectacular, que se paseaban por los jardines con ostentación de gimnastas y de hombres-leopardos.

Pero será mejor que oigamos a mi amigo relatar la tragedia, la inverosímil tragedia a través de la cual llegó al manicomio, a pesar de hallarse enteramente cuerdo, totalmente dueño de su mente.

II

—“Tú la conociste, comenzó diciéndome. Has de recordar que estudiaba conmigo en el tercer año de derecho y que era alta, erguida y móvil como una palmera. Tenía los ojos azules y la boca

deliciosamente húmeda y fresca.

“Hábil para el sofisma, llena de una maliciosa reserva impenetrable, inteligente para alterar la verdad y la lógica, no parecía sino que había nacido ex-

profesamente para estudiar y triunfar con el Código de Bizancio y el arte ya casi olvidado de Quintiliano.

"Su capacidad sofística confundía a los maestros y nos asombraba de veras a sus compañeros de estudio. Sobre todo, porque aunque su argumentación carecía a veces por entero de honradez, ella era capaz de disimularlo sabiamente con hábiles recursos. Poseía el don de llamar poderosamente la atención, y a voluntad desviaba siempre al adversario, por recta que fuera la dialéctica empleada, del tema discutido hacia las líneas de su figura personal maravillosa.

"Podría decirte que aquella muchacha, destinada a un inmenso brillo profesional, no argumentaba con el cerebro sino con los ojos y las pantorrillas. En los momentos decisivos de la discusión, cuando un hombre estaba a punto de confundirla, cuando ella se sentía a punto de perder irremisiblemente, arrojaba al suelo la barrita de "rouge" y luego, estudiadamente, la recogía y volvía a sentarse, tranquilamente, haciendo que un extremo de la falda se levantara sobre el comienzo de la media, hacia arriba, dejando entrever la inquietante morbilidad. Era su truco favorito, insuperable. Aquel simple gesto, aquella hábil estratagema, le otorgaba invariablemente el triunfo, pues el adversario rompía de súbito el hilo de su argumentación, veía hacia donde ella deseaba hacerlo ver, y quedaba de pronto perplejo, confundido. Ella aprovechaba aquel breve momento de indecisión y confusión, para darle el golpe de gracia con un parlamento breve, pero rotundo y aplastante.

"Yo, desde luego, me enamoré de ella, loca y enceguedadamente. "*Digna*

de amor latino como de culto griego", la llamaba en mis desvaríos, recordando a Rubén. Tú me conociste, cómo era yo, en aquella primera juventud tan sensible e impetuosa, tan dócil a los reclamos del amor y la pasión.

"Un día la invité al cine y a la salida, mientras la llevaba a su casa, bajo una decoración romántica del cielo, hecha más romántica por las emanaciones y la atracción de su cuerpo, le dije que fuera mi esposa.

"Ella me reprochó, casi con severidad, la forma poco coherente, pobre, nada elocuente, de mi argumentación. No lograba persuadirla de nada, me dijo, y no estaba bien, agregó, por lo débil y floja, para una futura celebridad del foro, no obstante perseguir un noble objetivo como el del matrimonio. "Si trataras de convencerme de que en vez de ser tu esposa me convirtiera en algo peor, te habrías puesto en ridículo", comentó sin ironía. Aprende que para el verdadero conquistador amoroso, el que confía en los hechos más que en las palabras para asegurar su conquista, es suficiente un minuto de soledad, de pasión, de éxtasis, de descuido, de asombro o indolencia de la mujer, el minuto fatal de la tentación que dicen las gentes supersticiosas. Pero el romántico que, como tú, confía en las palabras únicamente, debe darse cuenta de que para persuadir a una mujer acerca de cosas tan graves tiene que librar nada menos que una formal batalla. Como en la guerra, el ataque de la artillería debe preceder al avance audaz de la infantería. Si el ataque dialéctico no es decisivo, demoledor, arrasante como para quebrantar de una vez toda resistencia, es imposible avanzar, y más imposible ven-

cer. Por eso tu argumentación en este caso debió haber sido más meditada, más penetrante, más destructiva, en forma que aplastase de antemano toda objeción, y cerrase toda posibilidad de negativa.

"Las mujeres, pensó en alta voz, amamos la mentira bellamente adornada con frases líricas, perturbadoras, misteriosas, arrebataadoras y hondas. No importa que una mujer haya nacido con el Derecho Romano bajo el brazo, como yo, o se dedique a labores más prosaicas como la de domesticar leones; no por ello desdeñará que su amante le hable con las frases de Abelardo y Romeo".

"Y agregé luego, en un tono tan persuasivo, que no dejó lugar a duda:

—"Tú y yo no podremos casarnos nunca.

—"Por qué?

—"Porque —y te hablaré en el mismo tono vulgar con que tú me solicitaste— hay un viejo proverbio que asegura *"la novia del estudiante no será jamás la esposa del doctor"*...

—"Pero, argumenté de nuevo yo, el doctor y la doctora sí pueden entenderse.

—"Yo nunca seré doctora, replicó. Estudio cerca de los hombres simplemente para conocerlos. Ando precisamente en busca de un marido, pero tú no eres mi príncipe, ni es este el coto en donde puedo hacer mi feliz cacería. Cuando encuentre el hombre ideal para llenar mi vida, dejaré el Derecho Romano y me dedicaré a zurcir calcetines. Para una mujer es más decente criar hijos y reparar la ropa interior de un hombre, que obligar a un jurado a condenar a un inocente...

III

"La parte siguiente de la tragedia la conoces tú. Mi huida repentina, el abandono de mis estudios, mi vagancia atormentada por otras tierras, todo en respuesta a la actitud desdeñosa de ella.

"Allá, en la lejanía, logré olvidarla. Busqué otros amores. Cuatrocientas leguas de distancia entre uno y la mujer a quien ama desesperadamente, y la compañía de una rubia bonita para amarla cotidianamente, constituyen el mejor antídoto para la más inmensa pasión. Y yo tuve la distancia, la rubia y el olvido.

"Cuando volví, encontré las cosas cambiadas. Ella no llegó a doctorarse, como me lo había asegurado aquella noche ominosa. Se casó con un renombrado académico, profesor de lógica y psico-

logía en el quinto año de derecho.

"Pero aquel hombre, que teóricamente conocía hasta los más sutiles elementos, los más ocultos resortes de estas dos difíciles ciencias, la psicología y la lógica, comenzó a fallar por allí, porque su matrimonio no era nada lógico, y psicológicamente constituía un irreparable error.

"Sus sesenta años, su sabia vejez sin encantos y sin novedades, no se conciliaban con los veintisiete años de ella, impulsivos, frescos, risueños y ansiosos de aventura.

"Y para colmo de males el fracaso del venerable profesor era más ostensible porque desconociendo lo más elemental de la psicología femenina la dejaba abandonada a su propio capricho

durante largas temporadas y hacía que, sola también, asistiera a toda clase de fiestas y recepciones en un pueblo aburrido, en donde los hombres no hallaban más diversión que galantear a las mujeres y las mujeres no conocían otra entretenición que la de dejarse enamorar.

“Al volver a encontrarla, el fantasma de mi gran amor desesperado resurgió entre los dos, imperativo, inexorable, inevitable. Yo creía haber sepultado ese fatal amor, sangrante, yerto y desgarrado, en una de las múltiples encrucijadas de la vida. Pensaba en aquella mujer definitivamente olvidada. Pero con honda amargura me di cuenta de que aún la amaba, de que mi pasión, mi dolorosa y honda pasión había resistido a la distancia y al tiempo, y se levantaba hoy, como un fakir desvelado, desde su falsa, perentoria tumba.

“Así me apresuré a decírselo la primera vez que nos encontramos solos en medio de una fiesta ruidosa. Ella, meditativa, me dejó hablar y después:

—“En realidad me aburro, dijo. No te hagas ilusiones ni vayas a ponerte enfatuado. Si algún día llegara a dejarme vencer por tu seducción, ten presente

que, más que el amor podrá llevarme a tus brazos el fastidio. Pero aún no es tiempo. Mi cuarto de hora está todavía lejano.

“Yo insistí, desde aquella noche, con mayor vehemencia. Tenía ya la seguridad de comportarme sumamente elocuente y persuasivo. Una tarde, casi bordeando las decisiones supremas, me dijo:

—“No olvides a mi marido.

—“Yo no estoy enamorado de tu marido.

“Y la urgí entonces, desesperada y definitivamente, con el argumento largamente buscado:

—“Un día, hace mucho tiempo, tú me dijiste que la novia del estudiante no será nunca la esposa del doctor. Pero la esposa del doctor sí puede ser la amiga del estudiante...

“Hizo honor a su afición por los pensamientos agudos y las frases sensacionales, y me pareció que desde aquel día me amaba. Más bien dicho no me pareció porque comenzamos a amarnos los dos. Con más pasión y con menos dialéctica.

IV

“La culpa de todo la tuvieron mis nervios, estos mis malditos nervios cuya forma de reaccionar tú ya conoces, igual que los daños que ellos me han causado.

“En un ambiente como el del pueblito aquel, minúsculo, chismorrero y pacato, una aventura así no podía mantenerse en secreto, por más que nos esforzáramos para protegerla contra la luz del día. Comenzaron a circular los rumores abultados, molestos, junto a las

alusiones un tanto veladas pero definitivamente reveladoras. El runruneo no cesaba nunca y el único que no lo oía era el marido burlado, el catedrático insigne que conocía tan a fondo la lógica y la psicología, y contra quien se enderezaban, en las tertulias domésticas y en los clubes, los dardos más envenenados y las sátiras más aguzadas y criminosas.

—“El marido lo sabe ya, y cualquier rato habrá tragedia, decían mis amigos.

Recuerda que la pasión de los viejos es fatal, sentenciaba más de alguno, intranquilizándome, exaltándome los nervios hasta el paroxismo.

"No podía, sin embargo, renunciar a la aventura. Estaba ya más que resignado, porque sabía que, si tenía que morir con ella también moriría inevitablemente sin ella.

"Una noche, en un club elegante, mientras ella y yo bailábamos alegremente, cerrando los oídos a la murmuración, vi de pronto venir hacia nosotros al marido, más revestido de austeridad que nunca, con el ceño fruncido hasta la ferocidad, posiblemente fuera de sí. Estar junto a nosotros y ponerme la pistola sobre el corazón, fue un solo acto. Yo rogué, amedrentado, el perdón de Dios para todas mis culpas. Sabía que era fracción de segundo lo que el disparo tardaría en llegar hasta mi pobre viscera ardorosa y sacrificada. Pero de pronto sonó una voz, deliciosa, casi acariciante, pero repleta de energía. Era la misma voz de la argumentadora del tercer año de derecho, la voz de la muchacha sensual y simuladamente lánguida que parecía haber nacido con el Código de Bizancio bajo el brazo:

—"*Dispara...! Dispara...!* pero escucha, dijo, imitando al ateniense genial, al primero que se le ocurrió imitar en aquel trance amargo y decisivo.

—"No podría decir si fue el timbre de la voz o el vigor del argumento humanístico lo que hizo reaccionar al sabio anciano. Lo cierto es que bajó el arma bruscamente, desalentado, dejando caer el brazo sobre su cadera. Ella aprovechó el momento, como era su costumbre y continuó, más persuasiva, con acento indignado:

—"Estás poniéndote y poniéndonos en ridículo. A tu edad, y con tu saber, no deberías llegar a la tontería dramática. Mi amigo es un perfecto caballero, y tú faltas a tu proclamada hombría de bien al tratarlo en esta forma. Puedes estar seguro de que el día en que te engañe, tú lo sabrás antes de que lo sepa todo el mundo. Pero no será por el lado de este caballero que se inclinarán mis simpatías...

"Me enteré de que ella había ganado una nueva batalla, gracias a su presencia de ánimo y su lógica sagaz. Vi una lágrima resbalar por la mejilla del anciano catedrático quien, entregando la pistola a uno de los presentes me abrazó efusiva, tierna y paternalmente.

"Pero ella quiso llevar las cosas más adelante. Para mayor tranquilidad de todos lo obligó a que el día siguiente, para acabar de una vez por todas con la maledicencia y el escándalo, diéramos los tres, ella enmedio, un paseo por el parque. Me desconcertaba su sangre fría. Yo, tan nervioso, a pesar de esa y otras muestras de confianza que siguieron por parte del anciano no estaba para nada seguro y en adelante llevaba siempre conmigo una pistola, una enorme pistola, recuerdo de mis antepasados, y que guardaba desde muchos años atrás en un cajón de mi escritorio.

"Y un día ocurrió lo más inesperado y tremendo. Yo estaba sentado tranquilamente, en un banco del parque, enmedio de otros amigos.

"De pronto, por una de las calles del paseo, y según me pareció, con el mismo gesto austero de aquella noche en que estuve eternos momentos bajo la presión de su revólver, apareció, el catedrático septuagenario.

"Todos mis nervios vibraron entonces como un solo resorte maldito. Lo vi acercarse, lleno yo de pavor. Llevó la mano al bolsillo trasero, y antes de que me diera cuenta de que lo único que buscaba era el pañuelo acaso para enjugar el sudor, saqué mi pistola y cerrando los ojos le disparé un tiro a quemarropa, cuando él, amistosamente, según me dijeron más tarde, iba a abrir la boca para saludarme.

"Le destrocé con mi bala la pierna derecha. Al instruirse el informativo no hallé más remedio, para evadir una condena segura, que fingirme loco, repentinamente trastornado, y hablé mil y mil disparates.

"Dos graves, dos famosos médicos vinieron a examinarme. Se preocuparon por mi ascendencia y encontraron antecedentes comprometedores. En mi familia masculina había habido más de dos borrachos y seis por entero calaveras. Además de esto, existió también un hombre que gastó una fortuna en comprar cacahuètes salados para regalar a los chiquillos, quienes lo seguían en bandadas por todas partes. Los científicos tuvieron que ceder a la evidencia y declararon enfática, dogmáticamente, que yo estaba en verdad loco, y que era, además, un loco peligroso.

"Un elemento más de convicción se sumó a todos los testimonios: alguien vino a decir que en mis mocedades yo acostumbraba besar a todas las muchachas bonitas que encontraba por la calle. De esto dedujeron los médicos que si yo las besaba también podía haber pensado alguna vez en degollarlas.

"Y aquí tienes la más triste y desconsoladora historia de mi vida, concluyó mi amigo, mientras nuevas lágrimas fluían de sus ojos. He perdido ya la esperanza de que alguna vez me dejen salir de este manicomio en donde llevo ya tres años de reclusión.

"Todos los días, infaltablemente, vienen a verme los dos sabios, los dos prodigiosos y luminosos médicos por culpa de cuyo dictamen inapelable yo llegué hasta esta celda. Y todos los días afirman que, si yo aseguro que estoy cuerdo, perfectamente razonable, es que continúo loco, rotunda e irreparablemente loco, y que mi caso puede ser de los incurables.

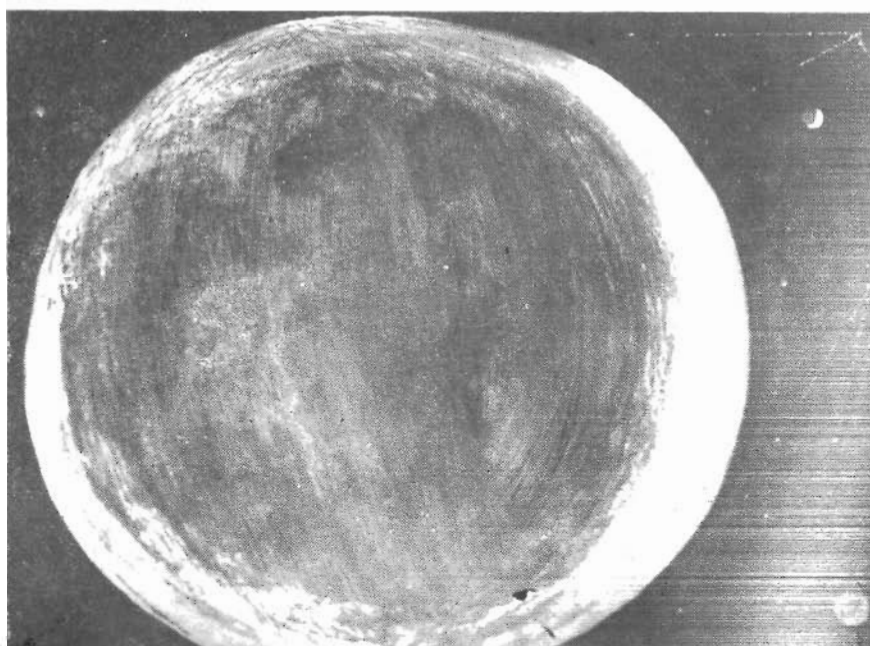
"Tal vez más tarde, cuando me ponga loco de veras, que será de un día para otro, y diga que estoy loco, ellos decidirán que estoy cuerdo y me pondrán en libertad"...



SALARRUE

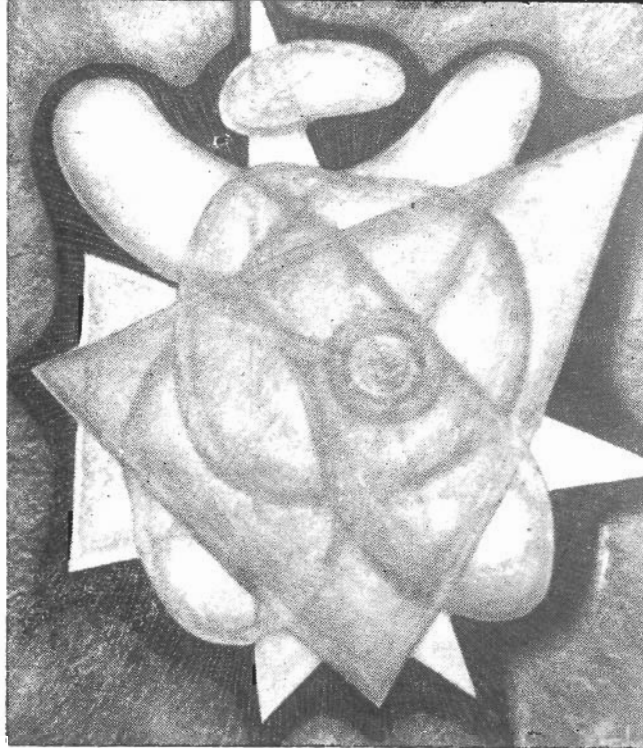


MEMORIA DE UNA CASA



PAISAJE ESPACIAL

TRANSPARENCIAS



CRÍA DE CAPRICORNEO



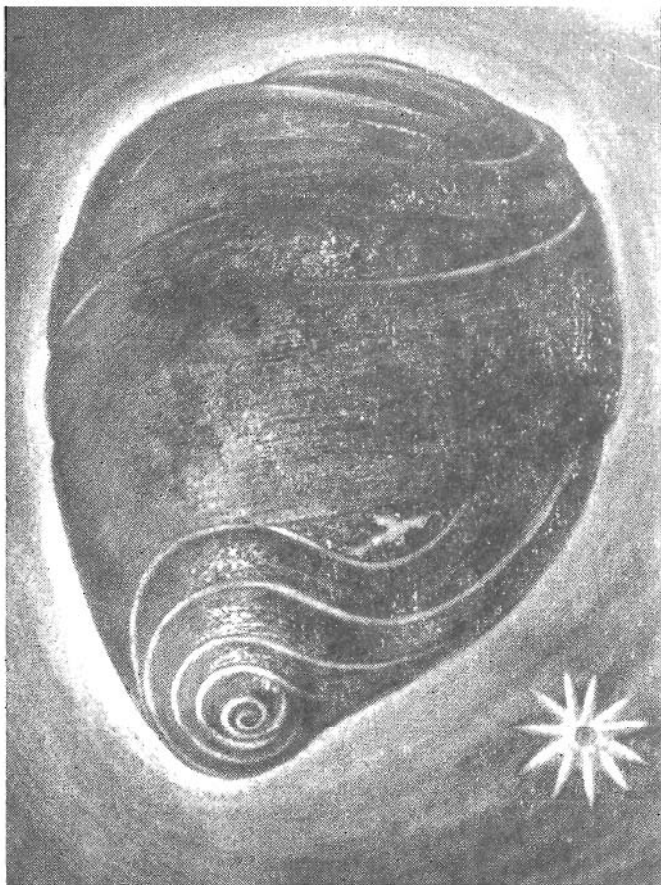


MONTAÑA

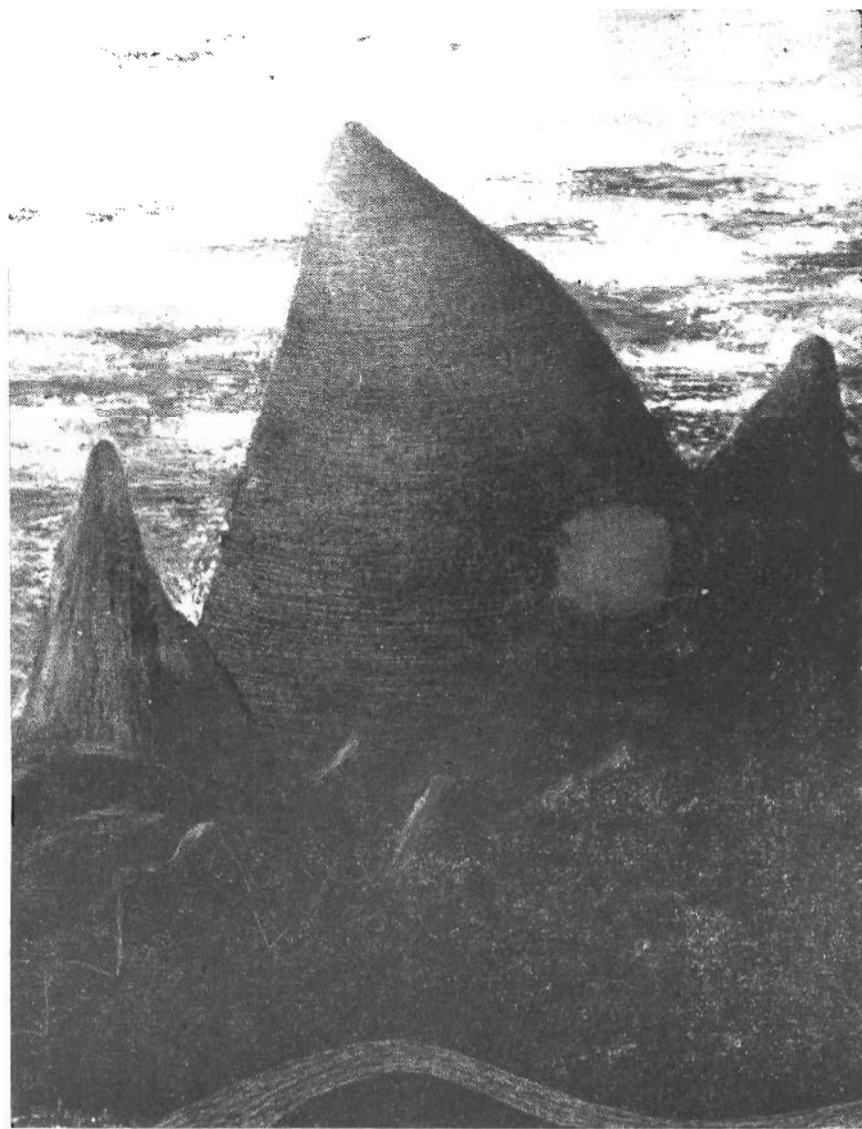


REGION AGRARIA

MELOCATE Y SU FLOR

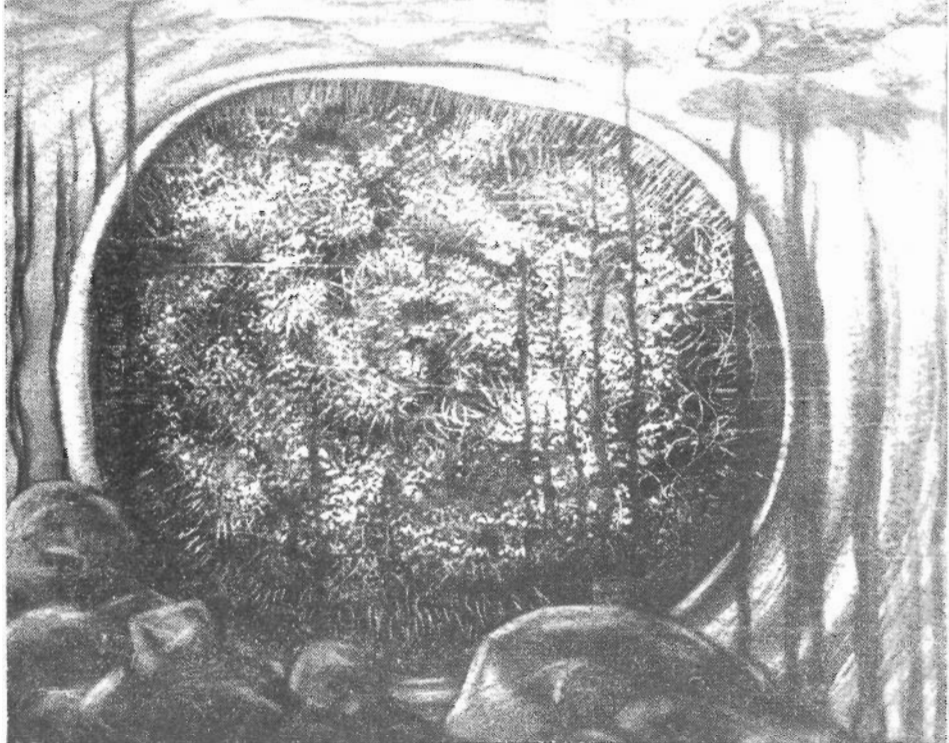


MEDITACION SOBRE
FORMAS DEL MAR



EL IVADEV (Las Ubres del Planeta)

FLOR DE MAR



FRUTA EN LA
ISLA DEL MANTEL



PAISAJE CON MAGUEY

LA NUEVA PINTURA DE SALARRUE

(Breve Entrevista)

A su regreso de Nueva York, donde permaneció durante algunos años como Agregado Cultural a nuestra Embajada, Salarrué se ha radicado en Los Planes de Renderos. Hasta allá fuimos con el objeto de conocer sus nuevas producciones y para rogarle nos dijera algo acerca de su nueva pintura. Salarrué, como todo gran artista, es sencillo y cordial. Nos sentimos en un clima de confianza y empezamos a preguntar:

—Se dijo que haría usted una exhibición de su reciente obra pictórica al abrirse el nuevo Hotel EL SALVADOR INTERCONTINENTAL. ¿A qué se debe la demora?

—A la premura con que se llevó a cabo dicha inauguración. Se aplazó la exhibición para mediados de Julio o para el final del mes.

—¿Cuántas obras?

—Eso depende del local que se escoja. Tengo que avistarme con el Gerente señor di Génova para disponer en qué forma es posible organizar la exposición.

—¿Puede decirnos algo en relación con su pintura?

—Creo que el aspecto más característico de mi pintura actual es el sentido de síntesis. No siempre es de carácter abstracto y algunas cosas aun parecerán un tanto realistas. Cuando lo son, lo pintado pertenece al realismo de un mundo de mi propia invención. De allí la alusión constante a cosas extraplanetarias o al medio ambiente de “GUARAJAMBA”, la isla fugitiva creada por mí.

—¿Puede entenderse que su nueva pintura es de carácter humorista?

—Alguna sí, no toda. Hay mucha cosa absurda o excéntrica pintada muy en serio. Esta es la razón de mis muchos cua-

dros intitulados “Meditación”, “Meditación sobre formas del mar”, “Meditación sobre una flor en forma de ojo”, “Ensueño de Sandía”, “Meditación sobre la nuez”, etc. Luego, en algunos casos las meditaciones se vuelven “Proyectos”, v. g.: “Proyecto de castillo en el aire”, “Proyecto de una flor”. Hay algunos temas de gran excentricidad pero escogidos con amor y no al capricho: “Túnel en el ojo del buho”, o “Concha noctiluca a la hora del alba”, “Restos de una góndola de feria” (que, a decir verdad, es un estudio de *calidad* sobre viejas maderas coloreadas y rotas), “Armadura de mujer”, “La mujer pintada” (que lo está en los dos sentidos), “El toro azul”, “Ave María en el crepúsculo”, “Espíritu Santo de la alfarería” y otras.

—¿Son sus obras lo que ha dado en llamarse del “Arte por el Arte”?

—Son. Su ideología es tan liviana y tan seria como la del poema. Se pretende poner al observador directamente en armonía, en concordancia (la palabra exótica “Rapport” sirve mejor, a mi modo de ver) con la Belleza. El Arte por el Arte, será, sin duda eso: la obra por la belleza y no por la Verdad o la Justicia como en otros casos. Cada artista hace lo que debe hacer si es sincero con él mismo. Unos tienden a hacer la Revolución hacia afuera (en el campo de la Justicia como Orozco y Siqueiros), otros en el campo interno, ya sea por la Verdad o por la Belleza. No me cansaré de recordar que el Artista moderno es un introvertido y está pintando IDEAS y no FORMAS. La idea suele ser la forma arquetípica vista y expresada desde el mundo de las ideas y los conceptos que forman la rai-gambre de todo lo que el Hombre obtiene después como cosas reales (naturales o

artificiales) en el mundo físico-químico.

—¿No pinta usted del natural o hace el retrato de personas más o menos caracterizadas?

—No. Por de pronto estoy haciendo y diciendo esto. Si Dios me concede un poco más de tiempo quiero pintar algunos retratos de muy escogidas personas, particularmente de ciertas mujeres. Tengo demasiado mundo interno para fijar mi atención en los paisajes y las cosas que nos rodean. Usted me entiende... lo que no quiere decir que adverte la expresión realista cuando sabe ser lo que debe ser. Aun con una cámara fotográfica se puede tener obra de gran belleza. Esto es obvio, ¿no es verdad?

—Pero hay, según veo, algunos cuadros suyos que aluden a figuras humanas.

—Son mis personajes. Por lo general yo pinto lo que llamo una “semblanza”, algo así como la caricatura no jocosa, ni siquiera irónica o humorista de algunos caracteres en el círculo de mis amistades intemporales. Un personaje es la semblanza de Claudia Lars, v. g., otro es Lázaro el hermano de Marta y de María, o mi propia semblanza que ya ha aparecido en la prensa del país desde hace rato. También pinto espíritus de la naturaleza o seres de la mitología cuscatleca. “La Ciguánaba”, “Tlaloc” el dios de las aguas o “Tlascaltipoca” (el hermano de Guishilipostli) quien es la divinidad de la Luna-Menguante y el mismo Dios de la Guerra. También tengo unos “Managuas” (espíritus de la lluvia). Algunas de mis cosas son simples motivos decorativos ejecutados en forma más o menos personal, puros motivos líricos, hermanos de lo que en música son el preludio, el nocturno, la sonata...

—¿Cree usted que venderá?

—Ya he vendido. De esto he estado viviendo al reacampar en Cuscatlán. En tal esfuerzo he contado con la ayuda de algunos amigos generosos, entre ellos el poeta chileno Juan Guzmán Cruchaga, Raúl Contreras y Francisco y Ernesto Núñez Arrué que son, como lo indica el apellido, mis parientes muy cercanos.

—Algunas personas han extrañado que usted no exhibiera en la sala de Bellas Artes o en la Junta Nacional de Turismo. ¿A qué se debe?

—Trato de encontrar para exponer el sitio que más convenga a mi trabajo de pintura y a su mensaje. Es posible que me equivoque pero Bellas Artes no tiene aún la sala de exposiciones que pueda ofrecerse a un artista profesional. La sala actual es de carácter escolar, educativa. Me entenderá por sugerencia cuando le diga que *no tiene la acústica* indispensable a una buena orquesta que toca con gran amor y desea trasmitir el sonido puro “alta fidelidad”. Lo mismo ocurre con el salón de Turismo aunque en menor grado.

—¿Cómo cree usted que podrá solucionarse este problema?

—Tengo la impresión de que las autoridades de Cultura intentan mejorar la sala de exposiciones cuando hagan el edi-

ficio en proyecto. Me alegré de que el doctor Guzmán se opusiera a construir en el mal llamado “centro” que será pronto la antigua ciudad y se dedicará exclusivamente a mercado, en todas las categorías del mismo. La capital se está lentamente deslizándose hacia el W., buscando a Santa Tecla. Parece que Bellas Artes se construirá por la Colonia Flor Blanca, o más arriba, lo cual aplaudo, deseando que los arquitectos se asesoren con los artistas para saber su opinión en cuanto a forma y comodidad de una Galería de Arte. Todo esto no ahoga la esperanza que tengo de que, en alguna forma las altas autoridades acepten mi idea de poner el hemiciclo del Parque Cuscatlán en condiciones de servir como una buena Galería de Arte profesional. He hablado antes al Presidente Lemus de ello y me parece que aprueba mi idea; lo mismo diré del Ministro de Relaciones Exteriores, Ortiz Mancía, y del Subsecretario, doctor Martínez Moreno. Creo contar con la cooperación del Director de Bellas Artes, don Luis Gallegos Valdés, porque la cosa es indispensable para el buen nombre de las Bellas Artes en El Salvador, al menos, mientras se construye el Museo de Arte propiamente dicho.

R. M. C.

Indagación sobre la Libertad

LOS MITOS EN LA HISTORIA.— VIEJOS Y NUEVOS MITOS

Por RAIMUNDO LAZO

Presionado por una realidad física y social circundante, cuya estructura y sentido trata de descubrir, y apremiado por la insospechada existencia de situaciones y fenómenos recién descubiertos de esa realidad indefinidamente compleja y sorprendente, el hombre sigue viviendo, sin embargo, influido por una superrealidad de leyendas y mitos. Lo mítico, como fuerza histórica, no ha desaparecido del mundo en los albores de la edad atómica. El espíritu científico de ésta no ha disipado el poder de ficciones y convencionalismos de naturaleza análoga a la de los que se descubren en todos los procesos históricos.

La ciencia de hoy no logra aún diferenciar lo convencional y lo real en la vida del hombre de nuestro tiempo. La ciencia física progresa vertiginosamente; pero a ella le es ajeno este proble-

ma, pura y cabalmente social. Se avanza a gran velocidad en el dominio científico de la Naturaleza; pero la interpretación del hombre en su proceso social sigue sometida a criterios y métodos que no convienen con las nuevas situaciones históricas creadas por el asombroso avance de la técnica y las nuevas concepciones de la Naturaleza. Muchos viejos mitos desaparecieron, deshechos por el pensamiento filosófico y social del siglo XIX; pero el de hoy es hasta ahora insuficiente para hacer lo mismo con los mitos que prosperan favorecidos precisamente por los recursos de la técnica actual.

No es en modo alguno aventurado pensar que vivimos en un mundo peligrosamente perturbado por el desajuste entre una ciencia física nueva y un pensamiento filosófico y social cuyos

avances son insuficientes, y, con toda evidencia, por lo menos, no son comparables con los de la ciencia de la Naturaleza y la técnica que a su amparo se desarrolla.

Para el hombre de nuestro tiempo, el balance de la situación vital creada por el progreso de la ciencia física y las consiguientes realizaciones de la técnica, es desfavorable en último término: hasta ahora ha servido para apretar la red de intereses y prejuicios que lo atan. Las soluciones encontradas en ese orden científico y técnico son desfavorablemente superadas por los nuevos problemas creados en el orden social y en lo relativo a la preservación y perfeccionamiento de la personalidad humana. El progreso alcanzado, lejos de mejorar las condiciones de vida, ensombrece el panorama histórico, conduce a la guerra y justificadamente acrecienta el imperio del temor en el mundo ante la multiplicación de posibilidades de destrucción general. Los pueblos, armados sin saberlo ni quererlo, sólo pueden barruntar el riesgo que corren, y permanecen inermes ideológicamente ante las dos amenazadoras realidades de nuestro tiempo: el miedo a la guerra científicamente perfeccionada y el poder universal de la propaganda.

La técnica sirve así para dominar la Naturaleza y al propio tiempo para esclavizar al hombre, para dosificarle sus recursos, limitar sus iniciativas y hacer maleable su pensamiento. Y los mitos, las ficciones con vigencia histórica, readquieren y aun superan el valor capital que tuvieron en el pasado. En este último sentido, las pérdidas particularmente superan a las ganancias. Antes,

los mitos, aunque siempre sublimación de algo existente en una realidad histórica, eran esencialmente creaciones de la fantasía humana socialmente elaboradas y proyectadas merced a una obra de colaboración colectiva evidentemente mayoritaria. Hoy los nuevos mitos de la propaganda son el producto de procesos mecánicos fulminantes previamente planeados y estudiadamente dirigidos. En manos de una minoría urgida de poder e influencia, las máquinas de nuestro tiempo fabrican mitos por medio de un proceso que posee todas las características de magnitud, aceleración y eficacia de la producción económica actual. Un personaje, un sistema, un conjunto de intereses o designios, se convierten así en ideal estilizado del momento, en tema y patrón ideológico, en impulso incontrarrestable para la acción, en fuerza histórica con igual o mayor influencia que la de los mitos antiguos.

De esta manera, nuestra época, o más exactamente, la época que se inicia al promediar el siglo XX, se caracteriza, entre otras notas, por la elaboración mítica peculiar, verdaderamente nueva y revolucionaria; y a esa tendencia y a ese poder de mitificación, como era inevitable, no se escapa el impulso humano y la noción de la libertad. Este planteamiento que conduce al estudio del más importante de los problemas humanos básicos, presupone el examen del proceso histórico a través del cual se integra y transforma el concepto de la libertad del hombre.

HISTORIA DE LA LIBERTAD

Profundamente enraizada en un im-

pulso biológico del hombre, el concepto de la libertad se integra y sufre esenciales transformaciones a través de un proceso histórico milenario. Ha habido siempre siquiera un vago, pero invencible impulso hacia la libertad en el hombre. Se puede hablar, por eso, y por múltiples observaciones de la Naturaleza, de la raíz biológica de la libertad; pero el concepto que la representa, resultado de una lenta y laboriosa formación intelectual, naturalmente no ha podido ser siempre el mismo, ni su tipo de proyección histórica.

Con la primera definición de la personalidad humana, nace en Grecia la noción de la libertad. En el mundo de la cultura grecolatina aparece la problemática alusión al tema de la libertad; pero la libertad es sólo una pieza en los sistemas de abstracciones que corren por cada una de las vertientes del pensamiento clásico. Su influencia histórica es puramente teórica hasta que el Cristianismo, con el poder transformador de una radical revolución religiosa, incorpora la noción de la libertad al nuevo orden de vida que proclama y victoriosamente expande por el mundo. A la luz del Evangelio, la libertad del hombre no es sólo una abstracción filosófica, sino además una básica norma de vida y una condición necesaria de la personalidad. Desde entonces libertad es sinónimo de personalidad. Hasta entonces el problema de la libertad fue el de su existencia y el de su integración como concepto en el mundo de las especulaciones filosóficas. Después del triunfo del Cristianismo, el problema de la libertad es el de sus metamorfosis, el de sus limitaciones, el de los penosos y lentos avances y los

naufragios del ideal en las entrecruzadas corrientes de los procesos históricos de Occidente.

Para el pensamiento grecolatino, la libertad era una noción creada por la especulación filosófica a la que, por la misma vía de la dialéctica era ideológicamente válido oponer reservas o limitaciones; pero en el ámbito originaria y esencialmente religioso del Cristianismo, se trataba de una básica norma de vida, de un principio necesario de validez universal sin el cual desaparecen las nociones de personalidad y responsabilidad. Sin la libertad así entendida, es teóricamente inconcebible la doctrina de la Buena Nueva que Cristo trajo al mundo. Pero este principio era tan temiblemente demoledor de prejuicios e intereses materiales, que tuvo que suscitar vigorosa y persistente oposición, y por tal motivo, la historia de Occidente se resume en la lucha milenaria entre el genuino ideal cristiano y un proteico anticristianismo negador de la libertad, abroquelado en las más variadas justificaciones dialécticas. Ha sido y continúa siendo una lucha cruenta, remedo histórico de la legendaria batalla entre los principios del Bien y del Mal de las religiones orientales; larga e intrincada sucesión de ortodoxias y heterodoxias empeñadas en interminables y desesperados encuentros; violenta contraposición de ideas y actitudes en la que a veces el combatido y defendido ideal de libertad desaparece en las sutilezas, argucias y complicadas peripecias del entrechocar de los partidos. Pero lo cierto y definitivo es que la historia del mundo occidental hay que verla e interpretarla de esa manera. Su tema capital, su gran

motivo y su sentido se reduce a la historia de la libertad, con su leyenda heroica de sacrificios, trabajos y utopías, y sus episodios sombríos de traición, hipocresía e inhumana crueldad que integran la serie de inquietudes religiosas, movimientos filosóficos y conmociones sociales que culminan en las revoluciones ideológicas y políticas del siglo XVIII.

La Revolución Francesa produce la secularización del ideal cristiano de libertad, y concede capital importancia al empeño de su universal realización. Era, pues, la culminación y perfeccionamiento de viejas teorías y anhelos designios de libertad. Hoy el siglo XIX y los primeros años del XX nos parecen como la turbulenta historia de las realizaciones y fracasos de aquel programa dieciochesco.

Hasta la primera Guerra Mundial, la libertad tuvo entonces, más que críticos, tercios e interesados enemigos que no podían substraerse a las desgraciadas consecuencias de un anacronismo sin emoción y sin promesas; y sólo el no ser esto último fue lo que hizo posible en nuestro siglo el triunfo y expansión de un movimiento antiliberal como la Revolución Rusa.

La Revolución Soviética, para justificar su oposición al ideal de libertad que culmina en las concepciones y realizaciones del siglo XIX, ofrece y pretende imponer un nuevo concepto de libertad, planteando así la violenta polémica que conmueve y divide al mundo en el siglo XX. Pero, con esto, el milenario problema de la libertad deja de ser historia con perspectiva para convertirse en apasionante vivencia de nuestra época.

LA CIVILIZACION CONTRA LA LIBERTAD

La crisis de la libertad es el tema fundamental de nuestra época. Está en el origen de todas las crisis, preocupaciones y polémicas de nuestro tiempo. Es un hecho que continuamente se constata, que obsesiona, y, a despecho del examen que lo asedia desde diferentes puntos de vista, no se llega a conclusiones consistentes acerca de él; se le caracteriza de diverso modo; pero indudablemente lo que menos se precisa es su causa, la subyacente motivación que específicamente lo determina.

En el mundo de Occidente, que vive de la ya transformada herencia liberal del siglo XIX, suele relacionarse causalmente la crisis de la libertad con la estructura social, o se limita a un problema de educación; pero, por esta vía, a pesar de las valiosas observaciones y conclusiones relativas a otros temas que se consiguen, no se esclarece de modo decisivo la cuestión que específicamente se examina, por lo que parece necesario orientar hacia otro rumbo la investigación.

Mejor que en la estructura social o en el desarrollo de las aptitudes del individuo, o sea en formas de vida impuestas o sugeridas al hombre, debe buscarse el origen de la presente crisis de la libertad en la vida misma, en el conjunto de condiciones que determinan y caracterizan la vida del hombre al promediar el siglo XX.

Ante la pregunta ¿cómo vive el hombre ahora?, tenemos que reconocer, en primer término, que la civilización en que vivimos sirve, no al hombre en sí mismo, universal y objetivamente consi-

derado, sino a quienes puedan controlar los sorprendentes y eficaces recursos creados por el progreso científico y técnico.

Ante el avance de la civilización actual con su tecnificación dominadora, la iniciativa del hombre retrocede y su personalidad forzosamente se empequeñece. Y lo más grave, curioso y peculiar del fenómeno consiste en que se produce pausada y aun confortablemente, bajo las formas de una ventajosa y atrayente evolución. La droga de la civilización narcotiza agradablemente al producir sus efectos. Se trata de un agradable intercambio de posibilidades de iniciativa personal por comodidades y ventajas materiales, que bien pudiera expresarse, más gráfica, y exactamente, como un peligroso trueque de libertad por civilización, de libertad por tecnificación y progreso material.

Examinando la vida del hombre actual, fácilmente se observa que por día tiene menos qué hacer, y aun qué poder hacer, para vivir, y más necesidad de depender de cosas en cuya hechura él no interviene, ni influye, ni siquiera conoce. Es una creciente y universal delegación de poderes, de posibilidades, de iniciativas, de influencias, que, por cierto, no se reducen a la vida material, sino que alcanza a todas las actividades de la persona. Todo lo tiene que adquirir hecho, todo lo tiene que juzgar prefigurado, predeterminado por otros. Las facilidades para construir la casa en que vive, debidas al perfeccionamiento del sistema de crédito, conllevan limitaciones a la libre iniciativa con la que antaño realizaba el mismo propósito. La tecnificación aun de las

mínimas actividades de la vida doméstica, presupone estrecha dependencia de la técnica y de la estructura económica, de la organización de la industria y del comercio, en las que apenas remotamente interviene, y cuyos problemas generalmente ignora. La propaganda tecnificada, dotada de poderosos recursos y medios de difusión, presiona continuamente su pensamiento y tiende a moldearlo de acuerdo con intereses que a veces ni siquiera sospecha cuáles son. Aun en regímenes de aceptable estructura democrática, la iniciativa personal queda limitada a seleccionar entre lo que previamente han decidido los partidos, organizaciones en las que la posibilidad de intervención personal está prácticamente anulada por el encadenamiento de poderosos factores de orden económico y social, además de los específicamente políticos. Aun en la apreciación de cuanto ocurre en el mundo, su información y su juicio dependen de la versión estereotipada de agencias de noticias, que por momento desplazan la influencia orientadora del libro o del comentario periodístico independientemente pensados y difundidos. En todas partes, y por diversas razones, la observación de lo que ocurre y las denuncias que parten del campo religioso, educacional y aun del de la política, señalan la dispersión de la vida del hogar, básico centro de formación y último reducto protector de la personalidad humana. Impulsado por esta civilización mecanicista y despersonalizadora, el hombre vive en la calle, en el seno de la colectividad, en donde su persona se diluye, en dependencia creciente del Estado, de los partidos, de las organizaciones económicas, de

las instituciones religiosas y sociales, de la colectividad, gobernada a su vez por poderes difícilmente precisables.

Estas observaciones de lo que realmente es la vida contemporánea es sólo una caracterización de la civilización que con ella coexiste; pero no puede ser causa suficiente para condenar esa civilización. No es menos cierto y evidente que esa civilización es beneficiosa y aun necesaria; aunque a la vez produce el desastroso efecto de limitar y destruir la libertad. Entre civilización y libertad hay una esencial oposición en nuestro tiempo y es evidente que a ella hay que buscarle adecuada solución; pero, antes de intentar acercarnos a ésta, conviene precisar una consecuencia fundamental del mismo planteamiento: la oposición entre libertad y civilización sirve para explicar decisivamente la actual crisis de la libertad con sus peculiares características, una crisis nueva, diferente de las que anteriormente registra la evolución de este ideal en la historia de los pueblos occidentales.

EL MITO ACTUAL DE LA LIBERTAD EN OCCIDENTE

En Europa y en América, a despecho de muy notables desniveles en el proceso económico y social, la noción de la libertad perdura de tal modo que constituye el común denominador ideológico que esencialmente relaciona a los pueblos de Occidente. La libertad está inscrita en las constituciones políticas, se destaca en la doctrina y las aspiraciones religiosas; distingue, con diversos matices, el programa de los partidos políticos; influye en los principios y

normas de la economía; y está presente en la filosofía, en el arte y en las ciencias sociales; y se refleja en tradiciones y costumbres. Sin embargo, en pocos casos como en éste, se manifiesta de manera más tajante el divorcio entre la teoría y la práctica, ni es más evidente la enorme distancia entre el ideal y la realidad. Continuas y convincentes experiencias demuestran que libertad es un concepto universal de utópica aplicación, una palabra vacía a pesar del poder nominal y el prestigio de su leyenda. Su autoridad generalmente se acata; pero, con igual o mayor generalidad, no se cumple. La propaganda la utiliza como uno de sus grandes motivos; pero al mismo tiempo trabaja decisivamente a favor de principios e intereses que hacen su victoria imposible.

Se puede concebir y con explicable frecuencia se pretende organizar la vida como una pacífica y armoniosa coordinación de libertades; pero la libertad excluyente de los poseedores del poder convierte aquellas aspiraciones en vanas utopías.

La leyenda es un relato fabuloso en que aparecen sublimados elementos de alguna realidad. Cuando la anima un ideal, cuando se concreta en un sentido trascendente, nace el mito, alma de la leyenda. Y la libertad es un mito actual con una leyenda milenaria.

Si la naturaleza misma del hombre repugna la negación de la libertad, como un suicidio de la personalidad, y como la libertad a su vez es contraria al poder en sí, los poseedores de éste dejan al hombre su libertad, pero convertida en mito, en un mito a la vez poético, útil e inofensivo, en cuyo nombre, invocándolo como animador slo-

gan, puede despojarse al hombre de su personalidad, degradársele y rebajársele de hombre a individuo de una masa, y cometerse, en fin, todas las agresiones contra la verdadera libertad.

EL MITO SOVIETICO DE LA LIBERTAD Y EL DE LAS DICTADURAS OCCIDENTALES

Las dictaduras personalistas hispano-americanas se empeñan cuidadosa y aun complacidamente en respetar el mito de la libertad, del que disponen en su provecho. Invocan la libertad y pretenden protegerla, glorifican su leyenda heroica, y rinden rutinario homenaje a los personajes insignes que la encarnan; y de este modo, conservan, fomentan y usufructúan una especie de religión utilitaria y oportunista de la libertad que es sólo liturgia, un culto cívico tan ostentoso como vacío de doctrina y despojado de toda eficacia y efectiva significación.

Por el contrario, apoyándose en otras condiciones económicas y sociales, las dictaduras europeas inexactamente llamadas totalitarias de derecha, hijas del caos que produjo la primera Guerra Mundial, partieron de la cruda y básica negación de la libertad. Negaron la idea de libertad, la calificaron de utopía demagógica, de señal de decadencia, y la persiguieron brutalmente como peligrosa herejía. Pretendieron derogar ideas e ideales por decretos fundados sólo en la coacción de la fuerza material y en la fuerza dominadora de la propaganda. Sobre las ruinas de la libertad, impusieron el culto fanático de la disciplina y de la jerarquía. Buscaron, consiguieron y pregonaron la concesión, policial-

mente regulada, de algunas ventajas materiales; pero ninguno de aquellos regímenes pudo consolidarse históricamente, como para poder legar su herencia a otra época, porque ninguno pudo ocultar el cruel anacronismo de su agresiva tiranía antihumana, ni impedir que en su seno le nacieran hombres con el congénito impulso vital hacia la libertad que creían aniquilada aun como concepto de la especulación filosófica.

Si no los procedimientos, el punto de partida y la orientación antiliberales de la Revolución Rusa fueron completamente diferentes. Atrincherao el régimen que creó tras sus vastas fronteras geográficas, ni aceptó ni negó esencialmente el concepto de libertad de la tradición cultural de Occidente. Elaboró una nueva teoría de la libertad, y la ofreció al mundo como una innovación revolucionaria. Y naturalmente le ha sido muy fácil denunciar las mitificaciones de la libertad fuera de Rusia y las naciones asociadas a ella o sometidas de manera preponderante a su influencia, pero no ha conseguido el régimen soviético ofrecer una nueva concepción satisfactoria de la libertad, y éste ha sido precisamente el mayor de sus fracasos, señalado cuantas veces ha sido sometido el experimento ruso-asiático al examen objetivo y perspicaz del pensamiento libre.

En el caso actual del mundo comunista ruso-asiático, como en el de los pueblos occidentales, mejor que dialécticamente, hay que discutir la existencia y carácter de la libertad en las condiciones reales de vida que de manera precisa y desapasionada pueden observarse, examinando el conjunto de hechos ciertos y significativos que no pue-

den ser deformados por cualquier forma de propaganda. No es razonable confundir el problema, como suele ocurrir, desviándolo hacia el tema de la soberanía del Estado, sus funciones y las nuevas relaciones económicas y sociales policialmente reguladas por el régimen, precisamente porque todo eso tiene que reconocer, como previo postulado básico, la existencia real de la libertad del hombre con todas sus racionales implicaciones y ninguna de sus posibles limitaciones o reservas nulificadoras.

A la pregunta ¿cómo vive el hombre en los pueblos del mundo soviético? no se ha contestado nunca, por nadie, negando la existencia de un Estado policíaco gobernado por una burocracia onnipotente que fija y modela las ideas, dicta y aplica la ley y señala en todo acaso inexorablemente la movediza y peligrosa frontera donde empieza la punible y perseguida heterodoxia así de la conducta como la del pensamiento. La libertad no existe allí lícitamente ante el criterio oficial; y hasta los fervorosos y autorizados partidarios del régimen, lejos de negar esa evidente realidad, sólo tratan de explicarla y justificarla dialécticamente. En esa explicación siempre se intenta presentar una transferencia del sujeto de la libertad a favor de la colectividad; pero la delegación de poderes y la mutilación de iniciativas personales que esto, en cualquier forma, supone, ni explica ni justifica la comprobada existencia del Estado policíaco y la onnipotente burocracia que lo encarna, con efectivo e ilimitado dominio sobre la propiedad, la producción, las ideas y la vida misma. No ha habido dialéctica

suficientemente eficaz para destruir la certeza de que la libertad es inseparable del hombre, como la vida de los seres que la poseen. O la libertad existe en el hombre, o éste no existe, sino un individuo con funciones biológicas de conservación y reproducción y un mecanismo intelectual de relojería.

El comunismo ruso-asiático, impuesto a un mundo en que el concepto de la personalidad tradicionalmente se desconoce, habla continuamente de libertad, de guerras de liberación, de pueblos libres; pero esto no constituye sino la existencia del mito soviético de la libertad, porque al amparo de aquel régimen y del movimiento ideológico que le sirve de base, la libertad, como atributo e impulso inseparable de la personalidad humana, si no es una función administrativa policialmente regulada, sólo se concibe como manifestación peligrosa y punible de un individualismo obsoleto.

CARACTERES ESENCIALES DE LA LIBERTAD

El impulso biológico hacia la libertad culmina en el hombre en el escamoteado concepto cuya laboriosa formación se manifiesta en el proceso histórico; pero la historia de la libertad ofrece además los supuestos y experiencias para determinar los caracteres esenciales de ésta.

La libertad se manifiesta históricamente como condición necesaria en los múltiples aspectos de las relaciones humanas. Se distingue una libertad específicamente personal, una libertad económica, una libertad política, y la serie es posible extenderla según el

punto de vista de clasificación que se adopte; pero, a la par que esta multiplicidad, se comprueba que la libertad es una, que, en último término, es la misma en diversas manifestaciones, y como no puede fraccionarse, como no puede limitarse o deformarse en cualquiera de sus aspectos sin que las consecuencias se comuniquen a los demás, como no admite el discutido concepto discriminaciones o excepciones, ni en el tiempo ni en el espacio, que no sean las propiamente circunstanciales, a la libertad, una y múltiple, hay que caracterizarla además por su indivisibilidad y su continuidad. Racionalmente no es dable suprimir o mutilar la libertad personal y pretender que no sufran parejas consecuencias la libertad económica y la libertad política, o viceversa; ni diferenciar geográficamente, en lo esencial, tipos o formas divergentes de libertad en la misma etapa del proceso histórico; ni suspender la libertad sin que la suspensión, tanto al producirse como posteriormente, determine perturbaciones que no es posible desconocer para restablecer la efectiva vigencia del principio en condiciones normales.

Importa mucho precisar que estos caracteres no pueden razonablemente entenderse como notas que conduzcan a un concepto inmutable de libertad, sino como las condiciones generales de éste, susceptibles de adaptarse a la influencia de las circunstancias históricas. Pero, es claro, adaptación no puede significar mutilación deformadora, ni desconocimiento del concepto que niegue o deforme sus caracteres esenciales. La libertad así caracterizada dentro de esos requisitos o formas necesarias de

existencia, marcha históricamente con el hombre; pero con el hombre de la historia, socio-cultural y generacionalmente influido, y a éste corresponde la preservación de lo esencial y definidor de la libertad en el proceso histórico.

CONDICIONES HISTORICAS DE LA LIBERTAD

Puede decirse que en la libertad hay naturaleza e historia, lo esencial, definidor y permanente y lo mutable y circunstancial, en la misma forma que ambos factores concurren y se combinan en el hombre. Y para que el concepto de libertad deje de ser una abstracción filosófica o un mito político, y se realice en la vida, hay que situarlo en la vida misma, en el cauce de la historia, y determinar las condiciones históricas que requiere esa realización.

La libertad del hombre en soledad absoluta puede ser sólo un intrascendente esfuerzo de imaginación. La libertad con sentido y valor real es la del hombre en sociedad. La primera sólo podría concebirse como la más típica ejemplificación de lo inútil e intrascendente, mientras que la segunda adquiere categoría de básico valor humano, y suscita apasionante interés, por su existencia polémica, derivada de la necesaria concurrencia y coordinación de libertades. Precisamente la libertad adquiere valor por razón del imperativo problema de su limitación.

El límite de la libertad del hombre está en la Naturaleza y en la libertad de los demás hombres. Esos límites, por el lado de la Naturaleza, se extienden

con el desarrollo de la ciencia física y de la técnica. Los sorprendentes avances de la civilización actual amplían la libertad del hombre ante la Naturaleza; pero, en virtud de un complicado y poderoso encadenamiento de causas, reducen y mutilan la libertad del hombre ante el hombre, en el proceso económico y social, en la medida en que fomentan la mecanización de la vida y la abrumadora preponderancia de los intereses materiales.

Se comprende, en consecuencia, que precisado el concepto de libertad, hay que determinar las condiciones históricas que permitan su efectiva realización, que es como decir las condiciones históricas de vida del hombre en nuestra época.

Ante los peligros del anhelo de poder, multiplicados por razón de los instrumentos de dominio de la técnica actual, no hay otro recurso sino la aplicación de la clásica fórmula de la coordinación de libertades, pero renovada, adaptada a un nuevo orden de vida en el que dos nociones, la de la autarquía individual y la del precio de la libertad, adquieren capital importancia.

En las condiciones históricas actuales, el hombre, para preservar su libertad, necesita la efectiva existencia de una zona de autarquía individual. El derecho de las democracias liberales gestadas por la Revolución Francesa se contentaba con el reconocimiento teórico de una zona de libertad individual; pero ello, en el pasado siglo, y mucho más en el actual, es una concepción insuficiente. Más que de libertad del individuo, debe hablarse de autarquía, concepto que en este caso, como en todos, sirve de base a la liber-

tad, que presupone libertad y medios para tenerla efectivamente.

No puede ignorarse que la libertad, además de un principio elaborado por la especulación ideológica y reconocido por el derecho, tiene que ser una realidad histórica, y como tal, un fenómeno de la vida social en la que todo tiene su valor, su función y su finalidad. La libertad teóricamente es gratuita, reconocida al hombre como uno de sus atributos; pero en la vida, socialmente, como todo lo que tiene una función necesaria, tiene valor y presupone recursos o medios para poseerla y conservarla. La libertad examinada por los pensadores, proclamada por los políticos, escrita en la constitución y en las leyes de los Estados democráticos, es un lujo inasequible para el hombre dependiente de una organización económica y social que le da recursos materiales a cambio de libertad.

Se trata, por eso, de un inadvertido tipo de intercambio entre el hombre y la colectividad, representada siempre por los titulares del poder social. Y en esta relación, para que sea justa, y para que no se torne en medio de destrucción del principio que se trata de preservar, hay que reconocer al individuo su facultad de autodeterminación, y tanto como eso, asegurarle los recursos para ejercerla. Para que posea la libertad, hay que capacitar al hombre cultural, económica, socialmente, para ella, lo que a su vez presupone una autarquía, un bastarse a sí mismo en cierta medida justamente regulada, de lo cual no puede despojarse ni en nombre de la civilización ni en nombre de la ley. Sin recursos adecuados, el hombre sólo puede ser libre teóricamente.

Se ha hablado mucho del precio de la libertad, pero sólo como referencia a los sacrificios y trabajos que cuesta su conquista por medios heroicos; y hay que hablar además de su precio cuantas veces el hombre tenga justa y racionalmente que renunciar a una parte de ella en el proceso de la vida social. Hasta ahora, esas renunciaciones han sido generalmente inadvertidas, o impuestas en virtud de una necesidad o conveniencia que no se relaciona como debe con el valor de la libertad cedida, cuando no arrebatada.

Por un lado, hay que establecer que toda renuncia a la libertad sólo puede serlo cuantitativamente. Puede renunciarse a cierta cantidad de libertad sin que ésta desaparezca; pero no de tal modo que la cesión afecte a los caracteres esenciales de la misma libertad. Y por otra parte, hay que llegar, como a última explicación y justificación de la renuncia de libertad, a la ponderación de lo que el hombre realmente recibe de los demás o de la colectividad en sí, al ceder una parte de libertad, que es como decir determinar y apreciar el carácter y valor de lo que en cada caso da y recibe el hombre, desde el punto de vista así social como puramente humano.

Respetada la necesaria autarquía personal, dotado el hombre de los medios o recursos para que ésta exista, y justificada la cesión de libertad desde el punto de vista del interés social y de los que corresponden a la persona humana, la cesión de libertad, en realidad, deja de serlo para convertirse en lo que debe ser: justa y pacífica coordinación de libertades e intereses para una vida mejor.

UNA ECONOMÍA, UNA MORAL Y UN DERECHO PARA LA LIBERTAD

La solución decisiva al problema de la libertad tiene que empezar en la economía, tomada ésta en el sentido más amplio posible y más racional: como la organización de la vida material del hombre. Porque el problema de la libertad no es solo, pero sí comienza siendo siempre un problema de medios o recursos materiales. Ello es como decir que debe adoptarse un criterio intermedio entre el liberalismo románticamente individualista y el comunismo más o menos marxista que se le contraponen.

Para el liberalismo tradicional de Occidente y sus derivaciones el problema de la libertad no se enlaza satisfactoriamente con la economía. Y en la práctica, este liberalismo tiende a atrincherarse en una vistosa libertad económica, que, como no se organiza para el hombre, sólo sirve, en último término, para cercenar a éste su verdadera libertad. Por otra parte, no puede justificarse una economía como la de los actuales regímenes comunistas, que se concreta a la organización monopolista de la producción por el Estado, una economía con fines puramente económicos de conservación de una estructura político-social determinada.

Por economía se entiende una ciencia o una actividad relativa a los medios materiales de vida, concepto que nos indica que a lo económico hay que buscarle fin y razón de ser fuera de la economía. La economía tiene que estar al servicio del hombre, o se vuelve catastróficamente contra él. Por eso,

el primer fin de toda economía debe ser proporcionar al hombre los medios materiales para acercarse a la libertad. La economía debe ser, en primer término, una economía para la libertad. La organización de una economía para la libertad es el primer paso hacia la emancipación del hombre en el orden material, hacia un mínimo de autarquía económica individual, primera base de la libertad.

Sobre estas bases de una economía humanizada, debe apoyarse una moral social para la libertad, que legitime y regule al hombre la consecución y conservación de la libertad.

Por lo menos teóricamente la ley protege la libertad. Pero esto no es suficiente. Dicha protección tiene que encomendarse además a las normas y sanciones de una moral social de campo más amplio que el de las normas jurídicas. En toda sociedad racionalmente organizada debe atenderse, con particular interés, a una moral para la libertad, que defina y regule los deberes de cooperación, solidaridad y previsión que la libertad impone, que determine y sancione los delitos y prejuicios que atenten contra la libertad, que, en fin, contribuya a integrar una conciencia social de la libertad, sin la cual, la libertad tiende a ser sólo una simulación más o menos laboriosamente urdida.

La formación teórica de esa conciencia social de la libertad corresponde naturalmente a las ciencias del hombre, a la psicología, a la sociología, a la moral, a las ciencias históricas. Su transmisión al individuo y su difusión, a la educación, que en este sentido, debe ser una educación para la libertad.

Sólo como culminación e instrumento

de cohesión de este sistema, debe concebirse y manifestarse el derecho. Su función consiste siempre en la formulación, con el carácter de normas y sanciones legales, de conceptos que están radicalmente fuera del derecho mismo.

Al campo del derecho van a decidirse batallas que se libran fuera de lo estrictamente jurídico, y una de ellas, la más importante, es la de la libertad.

El derecho, si va a tener el carácter de justa y conveniente regulación de las relaciones humanas que necesariamente le corresponde, ha de ser un derecho para la libertad, así en la teoría como en la norma positiva. Y, para serlo, tiene que apoyarse firmemente en los efectivos supuestos de una economía y de una moral social organizadas también para la libertad. Con una economía organizada sólo para fines específicamente económicos, o con el de sostener una estructura política y social, y sin una definida e influyente conciencia social que se concrete y exprese en una moral para la libertad, el derecho, en el mejor de los casos, podrá ser sólo el complacido diseñador de un mito de la libertad.

Sobre esos fundamentos, el derecho puede y debe ser un derecho para la libertad. Así podrá y deberá adaptar justamente los caracteres esenciales de la libertad a las circunstancias históricas, sin deformar aquéllos ni desconocer la influyente realidad de estas últimas; podrá y deberá realizar en cada época y en cada sociedad, el ideal de una justa y pacífica coordinación de libertades, y de igual modo, prever y evitar cualquier antagonismo y asegurar la armoniosa coordinación entre la libertad del individuo y la soberanía y el

poder del Estado. Así será, así podrá ser algún día el derecho lo que idealmente se pretende que sea: el gran coordinador de la vida humana inspirado en la idea de lo humanamente justo. Su principio básico podría ser, parodiando el apotegma de Juárez: el respeto a la libertad ajena es la justicia.

En fin, la indagación acerca de este gran tema inseparable de todo lo humano, a través de las teorías y la batalla perenne de partidos contrapuestos, conduce naturalmente a la vida misma tal como es y debe ser para el hombre. Vivir es ser libre, y a la inversa. Para valorar cualquier organización humana hay que empezar por comprobar en ella

el valor y sentido de la libertad del hombre. Nada dicen, y mucho dan que sospechar siempre, los que en tal caso se contentan con examinar el índice de los progresos materiales. No se puede pretender apreciar una situación, un orden de vida, examinando sólo lo que el hombre hace, o le obligan que haga, y desconociendo la manera cómo el hombre vive. O la libertad está efectivamente presente en la vida humana, o todo en ella carece de sentido, y no vale el esfuerzo que en ella se realice. De cualquier modo que sea, vivir sin libertad es sólo existir inútil y riesgosamente.

Miami, enero de 1958.

Ideas en Torno a Algunos Aspectos de las Tesis Metafísicas Sobre los Valores

Por JORGE ARIAS GOMEZ

I

Tenemos la convicción que la Axiología o Teoría de los Valores a fuerza de quererla fundamentar en principios puros del pensamiento, en sentimientos o en meras idealidades, ha sido conducida a un campo en el que domina el juego verbalista. Se gastan palabras altisonantes que nada explican, aunque pretendan explicar; que nada resuelven, aunque intenten resolver; que, en definitiva, y esto es lo más importante, niegan la ciencia, aunque proclamen su apego estricto a ella.

Uno de estos juegos verbalistas, que tiende a ponerse en boga en nuestro medio universitario y extra universitario, es la tesis metafísica que trata de fundamentar los valores, por ahora y para siempre, haciendo caso omiso del Hombre como entidad biológica, histórica y social.

El metafísico parte desde el “más alto grado de abstracción” para erigir el edificio axiológico, olvidándose del hombre real y concreto. A éste lo desarraiga de su terrenalidad transformándolo en una entidad poseedora de un pensamiento puro y una conciencia deshistorizada. Esta tendencia, que es resultante de una posición filosófica determinada, jamás podrá concebir que tal pensamiento y conciencia humanos son productos de su ser social.

II

Las conclusiones a que arriba la tesis metafísica no son nada científicas. Coro-

na su edificio axiológico con una cúpula celestial: desemboca en los dogmas religiosos. En esta forma se hablará de valores eternos, dados de una vez y para siempre y, en lo que respecta al ser más importante que habita sobre la faz de nuestro planeta, a saber el hombre, nos lo describirá desde el punto de vista abstracto, conduciéndonos en forma irremediable a la concepción de una sociedad y una humanidad abstractos.

III

Pero la ciencia no permite semejantes falsificaciones. El estudio científico de los valores es capaz de llevarnos a conclusiones diametralmente opuestas. La Teoría de los Valores no necesita acudir a Dios para encontrar los argumentos que le den validez y exactitud a sus conclusiones. Es en la terrenalidad del hombre que vive en sociedad en donde hallará las raíces auténticas de esos ideales ejemplares que se llaman valores.

Los *valores eternos* no serán, asimismo, parte de sus conclusiones. Como teoría científica, la de los valores, tendrá que buscar la enunciación de verdades científicas que no son, por otra parte, un todo cerrado, sino abiertas a futuras rectificaciones, investigaciones y corroboraciones. En este aspecto, en donde la práctica será el único criterio de verdad, se constatará que los valores son contingentes, sujetos a la historicidad del hombre y que éste es un ser de conciencia sujeta a condiciones; y que si es un ser de tal naturaleza, sería un error hablar de un hombre y una humanidad abstractos. La vida nos impone su irrefragable realidad: existen diversas clases sociales y, por lo tanto, diversas conciencias sociales, diversas ideologías sociales y diversos modos de valorar, en el tiempo y en el espacio históricos.

IV

¿Desde dónde se originan los errores en que incurren los metafísicos en relación a la fundamentación de los valores?

A nuestro entender el primer error se origina en su concepción del mundo, la naturaleza, la materia, del Ser. Pese a que el Ser es una realidad objetiva, es decir que existe fuera e independientemente de nuestras conciencias, los filósofos no cansados de ensayar juegos verbalistas, han inventado un nuevo apartado dentro de la filosofía bautizándolo con el nombre de "Ontología" o "Teoría del Ser o del Ente", la cual, además de ser un quebradero de cabeza para los estudiosos lo mismo que una razón más para decir de los filósofos que "ellos viven en las nubes", constituye una confabulación de la metafísica para describirnos y hacernos creer en un mundo dividido en una multiplicidad de objetos sin ninguna unidad.

Es tal la actitud anticientífica de estos filósofos que recomiendan a sus alumnos, antes de estudiar el capítulo de la "Ontología", que adopten un aire de ingenuidad que consiste en ponerse ante los problemas de la Teoría del Ser o del Ente

desprovistos de “prejuicios” científicos, porque es menester, aseguran, que lo que se sabe, lo que se ha estudiado en los libros y teorías, no venga a superponerse sobre la intuición clara que se logre producir en los estudiosos, de los objetos. Esta intuición directa, clara, de los objetos mismos, no debe ser enturbiada por una atmósfera de teorías o de conceptos aprendidos o estudiados antes. (Manuel García Morente, “Lecciones Preliminares de Filosofía”).

Una vez lograda esa disposición de ánimo, esa ingenuidad negadora de la ciencia, el sujeto investigador de la Teoría del Ser o Ente se halla listo para emprender su labor. Mas, precisa saber qué método seguirá para llegar al corazón de la Ontología. Unos, se dice, seguirán el método aristotélico, mediante el cual se toma la noción del SER, se dirige a ella la atención para separar después, por análisis, las distintas significaciones de la noción, para compararlas intuitivamente con el conjunto de la realidad y ver hasta qué punto, cómo y en qué sentido, cada una de las distintas significaciones de la noción del ser tiene algún sentido y no es simplemente una palabra. Otros, se sigue diciendo, optarán por colocarse ante la realidad, ante el ser pleno, ante el conjunto total de los seres, en la situación en que la vida misma nos coloca. Este método consiste en “arrancar y partir de nuestra vida actual; de nuestra realidad de seres vivientes, de nosotros mismos tal como estamos rodeados de cosas, viviendo en el mundo”. (García Morente, obra citada).

Al establecer el método, todo sale a pedir de boca para “el investigador de la realidad”, puesto que fácil será para él, si utiliza tanto el primero como el segundo métodos, metafisiquear con la existencia, en vista de que arrancan de un plano meramente especulativo, sin contacto con la vida que fluye.

Acordes con tales métodos, el metafísico podrá concluir, una vez reconocida la existencia de los objetos, que éstos no tienen igual estructura. Así, una *cosa* no tiene igual estructura que los *objetos ideales*, ni que los valores ni que la vida misma en su totalidad; y que, por lo tanto, habrá en la vida de cada individuo, *objetos que son y objetos que valen*. Ante estas últimas distinciones exclama el metafísico: “Ya tengo aquí dos grandes provincias ontológicas, porque he descubierto dos estructuras ónticas diferentes: la estructura óntica del *ser que es* y la estructura óntica del *valor*”. (García Morente, obra citada).

Al llegar a este punto, la fundamentación del valor es cuestión sumamente fácil. Se logra especulativamente, por abstracción, con claros objetivos confesionales, que tienen por consigna desembocar en el regazo de la religión.

Para ilustrar lo que afirmo en último término transcribimos las siguientes palabras: “Nuestras ideas de valor marcan justamente el límite que separa el misterio insondable del ser en cuanto ser, de ese otro misterio que es la realidad tangible y contingente”. “Se deduce de lo anterior, que una correcta y completa teoría de los valores tendría que anclar sus conclusiones no simplemente en el ser en general de la Ontología (ni siquiera en el Ser que es acto puro, en el Ser subsistente, en el Ser cuya esencia se confunde con la existencia, de la Teología Natural),

sino en el Dios personal, providente, eterno e infinitamente bueno de la Teología Sagrada". (Dr. Julio Fausto Fernández, "Los Valores y el Derecho").

V

El segundo error, íntimamente ligado al primero, en que incurren los metafísicos al tratar de fundamentar los valores consiste en la adopción de un instrumento gnoseológico inadecuado, que consiste en "la tentativa de construir la teoría sobre las formas del pensar fuera e independientemente de la existencia, de la realidad objetiva que es reflejada en ellas", como dice Rosental.

La filosofía idealista ha tenido suficientes arrestos para inventar a su manera, además de la Ontología, el capítulo de la filosofía que distingue con el nombre de Gnoseología o Teoría del Conocimiento. Rasgo característico de ese fraccionamiento intencionado es el de oponer la Teoría del Ser (Ontología) a la Teoría del Conocimiento (Gnoseología). En esta forma se crea una antítesis insalvable entre tales apartados dentro de la filosofía que asesta un golpe mortal a la ciencia.

VI

Intentaremos, pidiendo de prestado a otros autores, contraargumentar sobre algunos puntos sostenidos por los metafísicos en relación a la Teoría de los Valores.

En primer lugar, como lo dijimos más atrás, el Mundo, la Naturaleza, la Materia, el Ser, existen como una realidad objetiva, fuera de nuestra conciencia e independientemente de ella.

En segundo lugar, e íntimamente unido a lo anterior, reconocemos la unidad del mundo material; y, consecuentes con este principio, llegamos a esta tesis fundamental: La Naturaleza, la Materia, el Ser es lo primario; y la conciencia, el pensamiento, el espíritu, lo secundario.

Sin embargo, lo expresado no agota todo el problema. Apenas constituyen enunciados de algunos principios muy generales, por lo que nos vemos precisados a decir que ese mundo material no se halla en estado de reposo, sino de constante evolución; que no es inmutable, dado de una vez para siempre, sino que está sujeto a un eterno desarrollo, que es cambiante; que progresa, en fin, de formas inferiores y simples a formas superiores y más complejas. Estos problemas y otros más que abordamos en forma científica, nos sitúan en la posibilidad de conocer correctamente la realidad, mediante la demostración de que tanto la Naturaleza, así como la Sociedad, "se desarrollan y evolucionan de acuerdo a sus propias leyes objetivas y no tienen necesidad de ninguna fuerza divina, del "más allá", ni de ninguna otra entidad misteriosa e indemostrable para explicar su existencia. Dentro de toda esta concepción afirmamos también las conexiones universales y la interdependencia de los fenómenos de la Naturaleza.

Contrariamente a lo que nosotros sostenemos, los metafísicos, al abordar el

problema de la Naturaleza, del Mundo, del Ser, se despojan de todo “prejuicio científico” (sic) envolviéndose en un halo de ingenuidad absoluta. Es así como arriban a distinciones especulativas, diciendo que la existencia nos revela “objetos que son” y “objetos que valen”, es decir, que inmediatamente después de abordado el campo de la Ontología, el metafísico, además de un mundo material descubre un mundo paralelo: el mundo ideal, que se halla fuera e independientemente del hombre.

Con esta postura, la metafísica pone una muralla insalvable a toda ulterior investigación acerca de cómo surge ese “mundo ideal” de que nos hablan. Nosotros no negamos la existencia de ideologías, religiones, moral y valores, entidades del pensamiento que, como adelante veremos, adquieren una “relativa sustantividad” en las sociedades. Lo que negamos es que esas entidades del pensamiento tengan existencia fuera del hombre.

A esa pretensión metafísica de querer fundamentar los valores por medio de un acto de pensamiento puro, replicamos que su “mundo ideal” al igual que todo lo que existe, tiene su evolución y su historia. Las ideologías, la moral, las religiones, los conceptos de belleza y los valores, tienen sus orígenes, su pasado, su presente y su futuro. Acordes con esta verdad, podemos constatar que algunas religiones han caducado ya, lo mismo que algunas ideologías o ideas morales; y que igualmente ha sucedido con los conceptos sobre la belleza, la bondad o la justicia. Podemos decir enfáticamente que así como han muerto algunas partes de ese “mundo ideal”, en el transcurso de la historia, otras se han mantenido y otras nuevas han surgido. El científico no solamente debe conformarse con hallar y describir ese “mundo ideal”, sino investigar *por qué existe y cómo existe*.

A nosotros nos interesa primordialmente la evolución de las cosas y de las ideas. Los metafísicos cierran los ojos ante la historia y los procesos evolutivos, siendo explícitos en manifestar que la investigación de la Naturaleza, del Ser, debe iniciarse a partir de nuestra propia vida, de nuestra vida actual, rehusando en esta forma toda investigación de carácter histórico sobre ese mundo de “objetos que valen” que encuentra solamente desde un punto de vista puramente intelectual.

Lo expresado en este párrafo VI se refiere al primer error de los metafísicos.

VII

En lo que concierne al segundo error (Párrafo V), los metafísicos no salen tampoco airosos de la prueba.

Ellos aseguran que “las ideas de valor y la objetividad de los valores mismos sólo pueden fundarse en una operación intelectual por excelencia: la abstracción que extrae, por así decirlo, los conceptos esenciales de los seres y bienes concretos”. Sosteniendo más adelante que “podemos y debemos hablar de una aprehensión intelectual del valor, puesto que la inteligencia descubre los valores en el ser, el cual es intrínsecamente valioso, pero nunca pueden constituir una

respuesta total a la valiosidad del ser, porque el valor perfecciona al ser, debido a ello los conceptos de la inteligencia deben ser complementados por el sentir y el querer; dicho en otras palabras, el valor como propiedad trascendental del ser sólo encuentra una respuesta plenamente adecuada en la inteligencia auxiliada por el sentir y el querer, esto es, en el entendimiento apetitivo". (Dr. Julio Fausto Fernández, obra citada).

Plantear en los anteriores términos la *aprehensión* de los valores, equivale a introducirnos al campo de la Teoría del Conocimiento.

Antes de seguir adelante, debemos apuntar que la Metafísica cumplió, a su debido tiempo, muy airoosamente su papel dentro del pensamiento humano. La metafísica, preparó el terreno para futuras investigaciones que llevaron a cauces más verdaderos las concepciones filosóficas. Sobre este particular, M. Rosental dice:

"En el transcurso de un largo tiempo, hasta el siglo XIX, en la explicación de las leyes de la Naturaleza y de la Sociedad, predominaba el método metafísico, que nació y se afianzó en el periodo de evolución de las ciencias (siglos XV-XVI), cuando se planteaba en primer plano la tarea de la desintegración de la naturaleza en sus diversas partes y el análisis de estas partes aisladas, tomadas fuera de sus conexiones con los demás fenómenos, fuera de su evolución y mutación. Esta fue una fase obligatoria, necesaria, por la que tuvo que pasar la ciencia.

"Sin ese análisis, la ciencia no hubiera podido componer un exacto cuadro general del mundo. Pero el modo de investigación de las cosas fuera de sus conexiones con los demás fenómenos, independientemente de su desarrollo, afianzó el hábito de abordarlos ignorando su evolución, su mutación.

"Los sabios pensaban en ese entonces que el mundo había surgido de golpe en la misma forma que existe; que el mundo no sufre alteraciones básicas, y la Naturaleza, por consiguiente, no evoluciona; que entre los fenómenos de la Naturaleza no hay una conexión interna necesaria, etc.

"Precisamente entonces también se formó la concepción metafísica del mundo, trasplantada más tarde de las ciencias naturales a la filosofía. El método metafísico, el modo metafísico de discurrir, se convirtió en el método imperante de todos los dominios del conocimiento".

Si fuerza es reconocer el papel que desempeñó la metafísica, obligatorio es defender los fueros de la ciencia en nuestra época. Y en este sentido, al abordar el tema del conocimiento de los valores tenemos que enunciar la tesis que estimamos correcta.

Las ideas solamente son un reflejo de la realidad en el cerebro del hombre. La base de todo conocimiento procede del contacto de nuestras sensaciones con un mundo material. Estos principios no son dogmas, sino la parte introductoria para una Teoría del Conocimiento Materialista, teoría que está demás decir, no constituye un apartado amurallado dentro del cual solamente opera el pensamiento "puro". Nuestro método científico sitúa en la base de su Teoría del Conocimiento a la *práctica humana* y al *realismo ingenuo*: la práctica es el punto inicial del

proceso del desarrollo del conocimiento; el realismo ingenuo es la convicción humana sobre la existencia objetiva de la Naturaleza.

"La práctica está en el origen del conocimiento (actividad en la sensación) y también en el fin (verificación, control, aplicación, realización)", dicen Guterman y Lefebvre. Estos mismos autores nos expresan además:

"La práctica es siempre concreta. La teoría vuelve a encontrar y desprende la universalidad envuelta en el conjunto de las particularidades de la práctica. Así se desarrolla el movimiento dialéctico de lo concreto a lo abstracto y del regreso a lo concreto enriquecido —de lo particular a lo general y recíprocamente— que lleva a lo universal concreto, a la idea. Práctica y teoría no se confunden, sino que se superan recíprocamente. La práctica plantea los problemas y exige la solución. La teoría elabora, anticipa, formula, une y completa".

La "convicción ingenua de la humanidad" es la inquebrantable convicción de que las cosas, el medio, el mundo, existen independientemente de nuestra sensación, de nuestra conciencia, de nuestro YO y del hombre en general. Tal convicción, denominada "realismo ingenuo", la ha adquirido el hombre por medio de la experiencia, en virtud de la praxis.

Lo dicho es suficiente para notar a simple vista que la Teoría del Conocimiento Materialista es sumamente modesta en sus orígenes, al atribuir a la práctica una importancia primordial y no a las especulaciones de tipo profesoral.

Un autor ha dicho certeramente que el conocimiento humano ni en pequeñísima escala puede ser separado de la práctica y que es un error la negación de la importancia de la práctica, y admitir, además, la ruptura entre ésta y el conocimiento.

"¿De qué modo el conocimiento humano se origina de la práctica y de nuevo sirve a la práctica? Para comprenderlo, es suficiente conocer el proceso de desarrollo del conocimiento.

"Inicialmente, los hombres en el proceso de la práctica perciben tan sólo algunos aspectos aislados de los fenómenos de los objetos aislados en el proceso de su desarrollo, ven aspectos aislados de los objetos, ven la vinculación exterior entre los diversos objetos... Esto es lo que se llama la etapa perceptiva del conocimiento, es decir, la etapa de las sensaciones y de las imágenes... En esta etapa los hombres aún no pueden formarse un concepto profundo y extraer conclusiones lógicas.

"La continuación de la práctica social da lugar a que, en la práctica de los hombres se produzcan reiteradas repeticiones de sensaciones e imágenes de cosas, debido a lo cual, en el cerebro del hombre se verifica un salto en el proceso del conocimiento formándose por conceptos. El concepto en sí no refleja ya solamente los fenómenos de los objetos, los aspectos parciales de los objetos, su vinculación exterior, sino que representa en sí la posesión de la esencia de los objetos, la totalidad de los objetos, su vinculación interior. El concepto y la percepción se diferencian no sólo cuantitativamente, sino también cualitativamente. El ulterior desarrollo en esta dirección, la aplicación de los métodos del juicio y del

razonamiento, pueden conducir a deducciones acordes con la lógica... Este es el segundo momento del conocimiento". ("A propósito de la Práctica").

Pero el proceso general no finaliza en esta etapa, sino que prosigue a través del juicio y del razonamiento hasta llegar a la etapa más importante: la del conocimiento racional. Arribar al conocimiento racional es, como afirma el autor de la tesis "A propósito de la Práctica", "la auténtica tarea del conocimiento". Esta tarea consiste en alcanzar por el pensamiento, a través de las percepciones, la explicación de las contradicciones internas de las cosas que existen objetivamente, la explicación de sus leyes, la vinculación interior entre tal y cual proceso.

El mismo autor recalca sus conceptos sobre el conocimiento perceptivo y el conocimiento lógico: "...el conocimiento lógico se diferencia del conocimiento perceptivo, en que éste abarca aspectos parciales, mientras que el conocimiento lógico abarca el conjunto, la esencia y el vínculo interno de los objetos, lleva al descubrimiento de las contradicciones internas del mundo circundante, y por esta razón, puede dominar el desarrollo del mundo circundante, en su totalidad y en todas sus vinculaciones internas bajo todos sus aspectos". Más adelante expresa: "...lo específico de las dos etapas en el proceso del conocimiento consiste en que, en la etapa inferior, el conocimiento aparece bajo la forma de percepciones, mientras que en la etapa superior, el conocimiento aparece como racional, siendo ambas etapas partes integrantes de un único proceso de conocimiento".

Para dejar una completa claridad sobre el tema, permítasenos seguir con las transcripciones: "El conocimiento a través de las percepciones y de la razón es diferente por su carácter, empero, es inseparable; forman una unidad sobre la base de la práctica. Nuestra práctica testimonia que los objetos que percibimos no pueden ser comprendidos por nosotros de inmediato, y que solamente las cosas comprendidas podemos sentir las de manera más profunda. Las percepciones pueden resolver sólo el problema de los fenómenos; en cambio, el problema de la esencia lo resuelve sólo el entendimiento. Estos problemas no pueden ser resueltos separados de la práctica. El conocimiento de cualquier hombre sobre un objeto determinado es imposible sin su contacto con dicho objeto, es decir, sin su vida —o sea la práctica— en el medio en que dicho objeto se halla".

La distinción entre "experiencia directa" y "experiencia indirecta" es valiosa para comprender que nosotros no estamos negando el raciocinio ni el conocimiento discursivo. Es imposible que el hombre experimente todo de una manera directa. Como bien se ha afirmado ya la mayor parte de los conocimientos son el producto de la experiencia indirecta, "son los conocimientos que nos vienen de siglos pasados y de países extranjeros. Pero estos conocimientos son el producto de la experiencia directa de los antepasados de aquí y del exterior... Por lo tanto, el conocimiento consiste en la experiencia directa y la indirecta. Pero al mismo tiempo, aquello que para mí es una experiencia indirecta, para otros resulta una experiencia directa. Por consiguiente, al hablar del conjunto de los conocimientos cabe decir que no puede existir ningún conocimiento al margen de la experiencia directa".

VIII

Todo lo manifestado ha sido únicamente con este propósito breve y fundamental: que el movimiento de lo concreto y sensible a lo abstracto es la práctica histórico-social de los hombres. Introducir entidades misteriosas dentro de la Teoría del Conocimiento, como esas de la "intuición eidética" y del "entendimiento apetitivo" es conducir al conocimiento abstracto o racional dentro de un plano meramente escolástico.

Para comprender la complejidad de las categorías de lo abstracto y lo concreto, debemos decir que éstas se hallan "íntimamente vinculadas con otras categorías de la dialéctica y, en particular, con las de esencia y fenómeno, ley, análisis y síntesis, lo lógico y lo histórico, lo sensible y lo racional". Además, precisa recalcar que "lo abstracto y lo concreto, como otras categorías gnoseológicas, poseen un contenido objetivo, es decir, reflejan las leyes objetivas por las que se rigen los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad". (Rosental y Straks).

Es en base a estas consideraciones fundamentales, que la unilateralidad en el análisis de los valores solamente nos puede conducir a conclusiones unilaterales.

Los metafísicos, ya lo dijimos, prescinden completamente del hombre en cuanto sujeto histórico. Omiten el hecho social en forma absoluta, describiéndonos a un hombre que es propietario a la vez que de una intuición intelectual o eidética (acto puro de la inteligencia que capta el ser), de una intuición, también intelectual, teñida de sentir y de querer (que descubre la valiosidad del ser).

Para nosotros el hombre, con su conciencia, es una entidad esencialmente histórica. Pero existe algo más: al hablar nosotros del hombre como entidad histórica, hacemos las necesarias distinciones de las circunstancias sociales que han enmarcado su acción, y dentro de éstas las diferencias de nivel a que han estado sujetos los hombres dentro de cada ordenamiento social.

Por lo tanto, creemos que una investigación sobre los valores, no puede arribar a conclusiones valederas, desde un punto de vista científico, sino a condición de utilizar un método que, arrancando del pasado histórico, más o menos lejano, reúna todo un acopio de material sobre el cual se construyan en forma objetiva las mutaciones que han sufrido ciertos ideales humanos, explicando, al mismo tiempo, el porqué de tales mutaciones.

¿Quién es capaz de asegurar que la conciencia del griego antiguo o del europeo de la Edad Media es exactamente igual a la del ciudadano de las modernas urbes industriales?

Herbert Read, de quien es imposible dudar acerca de su pensamiento filosófico idealista, expresa atinadamente:

"Normalmente ajustamos nuestra mente a un lapso de unos setenta años, y bien puede dudarse de que haya mucha gente que pueda captar un período histórico de más de treinta siglos, período que incluiría la poesía de Homero y los albores de la filosofía de Oriente. Necesitamos ahora ajustar nuestra mente a un

lapso de 400 siglos y el esfuerzo, en términos de facultades y las instituciones humanas, es tremendo". (Del libro "Imagen e Idea").

IX

Al llegar a este punto es posible que se nos diga: El metafísico reconoce que el Ser es el objeto primero e indispensable de nuestro pensamiento. De acuerdo. El metafísico reconoce la existencia del mundo material, pero el Ser, lo existente, no se les revela mediante los sentidos sino que es captado, conocido "de por sí" por el entendimiento, por medio de una intuición de tipo misterioso. El concepto Ser queda, en esta forma, con un origen casi mágico, algo así como un efluvio que emana de las cosas existentes.

Jacques Maritain (citado por el Dr. Julio Fausto Fernández en su obra ya mencionada) nos habla precisamente del *Ser* que él capta mediante la intuición eidética: "Lo veo —dice— como una realidad inteligible que mana de la menor cosa y que vale para todas, pero en sentidos diversos; es como si el brote de la hierba arrojara, de su seno mismo, algo más grande que el mundo, que, con valores y sentimientos esencialmente variados, conviene a la brizna de hierba en que lo he visto primeramente, como a mí mismo y como a la causa de todo cuanto existe; el ser en cuanto ser, el ser propio del metafísico, no se capta de una intuición pura y auténtica, sino cuando al mismo tiempo se capta su *polivalencia* o su *analogía*, su valor esencialmente análogo".

"Se trata —añade— de una realidad independiente de mí que constituye, considerada en sí misma, todo un inagotable universo de saber posible y de inteligibilidad, de misterio inteligible y que no es *una cosa*, pura y simplemente una, sino que se encuentra en todas partes de una manera esencialmente variada. Nos encontramos en un plano intelectual en el que ninguna imagen sensible puede servirnos, ni la de un cuerpo (que es uno pura y simplemente), ni de una multiplicidad de cosas visibles (que son una dispersión sin unidad); su consistencia es puramente inteligible y no impide, sino que exige, por el contrario su multiformidad y diversificación. Se podría decir que el ambiente propio de la inteligencia metafísica es como un cristal líquido; me presenta, en efecto, una diversidad inteligible infinita, que es la diversidad de cualquier cosa que puedo no obstante nombrar, con todo derecho con un solo nombre; es algo que encuentro en todas partes y nombro con el mismo nombre, porque se me presenta, en todas partes, notificado por la similitud de las relaciones que las cosas más diversas tienen con un cierto término esencialmente diverso designado en cada cosa —por mi concepto de ser—, como encontrándose formal e intrínsecamente en ella."

Para nosotros no hay tales "emanaciones", ni "misterios inteligibles". Repetimos que el Ser existe fuera e independientemente del hombre y que su concepto es inferido por medio de la observación y la práctica.

Todos estos malabarismos verbalistas tienen por objetivo primordial demostrar "que el valor es una de las especificaciones trascendentales del ser, lo cual equivale

a decir que el ser es valioso y que el valor tiene carácter ontológico". Pero se va algo más lejos cuando se afirma que "las cosas son apetecidas por ser valiosas y no son valiosas por ser apetecidas", pretendiendo establecer en esta forma "la objetividad de los valores".

X

A las tesis metafísicas que aseveran que "el valor es una de las determinaciones trascendentales del ser"; que "la inteligibilidad del ser funda la inteligibilidad de lo valioso"; y que "la realidad no es indiferente al valor" puesto que los valores "son cualidades y relaciones de las cosas y de los actos que integran la realidad existente y extrasubjetiva" (Dr. Fernández, obra citada), nosotros respondemos que los valores existen en y por los hombres.

Los valores son parte de la experiencia humana que llegan a adquirir categoría de ideas ejemplares en virtud de la actividad práctica del hombre, no del hombre aislado, sino del que vive en sociedad. Los valores son parte integrante de la *conciencia social*. Esta se manifiesta en diversas formas, que bajo una sola denominación los filósofos llaman "mundo ideal" contraponiéndolo artificialmente al "mundo real" y tangible. La conciencia social, manifestada a lo largo de la historia, está sujeta a cambios, puesto que no hay razones para pensar que se ha decretado su inmutabilidad. Las ideas políticas, jurídicas, morales, científicas, religiosas, artísticas y filosóficas forman parte de la conciencia social: son *ideas sociales* sujetas a nacimiento, evolución y desaparecimiento, porque todas ellas son el reflejo del ser social del cual proceden.

Iniciar una excursión en el campo de la teoría de los valores, partiendo de dogmas metafísicos resulta sumamente cómodo porque se evita la investigación que lleva al fondo del asunto. Atribuirle "determinaciones trascendentales" a las cosas existentes, por ejemplo al agua, al aire o a la tierra, equivale a hacer del hombre un sujeto completamente pasivo que en el transcurso de su historia solamente se ha dedicado a descubrir tales "determinaciones trascendentales".

Sostener la objetividad de los valores, como cualidades y relaciones de las cosas, equivale a asegurarnos que antes de que el hombre apareciera sobre la tierra los valores ya tenían existencia y que, por lo tanto, el mundo estaba plagado de ideas que no habían salido del cerebro humano. Los mastodontes y los dinosaurios tuvieron la desdicha, o la suerte quizá, de vivir despreocupados frente a un mundo que ya *emanaba* los valores.

Como se nota, basta la más pequeña reflexión sobre los dogmas metafísicos para arribar a consideraciones que nos dejan completamente atónitos.

XI

La labor de sustraer al hombre de la historia, tal como la realizan los metafísicos, conduce inevitablemente a dejarlo solamente con su conciencia. Pero no

basta con que el hombre capte su conciencia: es preciso que capte también sus fundamentos. La metafísica, y con ella todos los sistemas filosóficos idealistas, rehuyen esa captación; en cambio un método que en verdad sea científico tendrá que descubrir y partir de las *condiciones* de la conciencia. "El ser precede al conocer. La conciencia está condicionada biológica, fisiológica y socialmente. El idealismo es una curiosa pretensión de la conciencia para producirse ella misma por medio de una contorsión insensata. Se mistifica al presentar como un proceso creador los tormentos que en los hombres reales y en los filósofos, como hombres, provienen de la pretensión de ignorar el objeto, de la ignorancia de las relaciones y de las condiciones de su propia existencia lúcida". (Guterman y Lefebvre, obra citada).

F. V. Constantinov, nos afirma con certeza: "Los idealistas buscan la fuente de que manan las ideas sociales, las teorías políticas, las concepciones religiosas, artísticas y de otra clase, en el campo de la conciencia, en el campo de las ideas, en las cabezas de tales o cuales pensadores, ideólogos, creadores de esas ideas y teorías". Señala el mismo autor que "la fuente real en que se originan las ideas sociales, la fuente de la que brota y en la que se forma la vida espiritual de la sociedad hay que buscarla, no en las cabezas de los hombres, sino en las condiciones de la vida material de la sociedad misma. Sólo este modo materialista de abordar el problema nos permite comprender por qué en distintas sociedades o en diferentes fases del desarrollo histórico existen diversas ideas y concepciones sociales, por qué estas concepciones e ideas cambian al cambiar las condiciones de vida de los hombres.

No recurrimos a entidades misteriosas para iniciar la investigación de los valores: Sencillamente vamos a la búsqueda de las condiciones en que los ideales de valor surgen.

XII

La conciencia puede ser falsa, como se demostró el siglo pasado, por razones históricas concretas.

La división del trabajo, el vocabulario, ideologías, acción de clase, etc., son determinantes sociales que condicionan a la conciencia. Sin embargo, ésta "puede reflejar inadecuadamente sus propias condiciones y su propio contenido humano. La conciencia siempre está limitada, ya que es la conciencia de un individuo, de una clase, de una época. En esta limitación reside la posibilidad de la ilusión ideológica y del error (de la mistificación). Pero la posibilidad del error es la condición histórica y lógica de la conciencia *más verdadera*". (Guterman y Lefebvre).

Pero la posibilidad de la ilusión ideológica y del error no es considerada por la metafísica en los anteriores términos. A la pregunta de la fenomenología consistente en "¿Cómo es posible hablar de un ideal de justicia, de bondad o de belleza permanente, cuando sabemos que las ideas de justicia, de bondad moral y de belleza cambian de época a época y de latitud a latitud?", la metafísica responde: "lo que en las ideas de valor hay de eterno y permanente es precisamente aquello que tienen de puro ideal de perfección, aquello que, por ser expresión o manifestación

de la valiosidad trascendental del ser está llamado a reflejarse de modo constante en la mente de los hombres; lo que en las ideas de valor hay de transitorio y mutable, esto es, el contenido concreto de ellas, que cambian de época a época y de pueblo a pueblo, es aquello que la mente del hombre abstrae de los objetos valiosos, los cuales sólo imperfectamente realizan la valiosidad trascendental del ser y, por ello, están sujetos a mutaciones históricas”.

Esta cita continúa en la siguiente forma:

“La solución propuesta tiene definido fundamento metafísico. En efecto, el ser es un trascendental, al igual que la unidad, la verdad y la valiosidad. Dicho en otras palabras, el ser y cada una de sus propiedades trascendentales son conceptos de igual extensión: el ser y las propiedades trascendentales son convertibles. Si el ser es eterno; también son eternas su unidad, su verdad y su valiosidad. Estas propiedades eternas, entre ellas la valiosidad, están llamadas a reflejarse, de un modo o de otro, en la mente humana en tanto haya hombres sobre la tierra, mejor dicho, en tanto haya seres inteligentes capaces de reaccionar ante la inteligibilidad del ser.

“Como nuestras ideas de valor sólo borrosamente reflejan la riqueza infinita de la valiosidad trascendental, también sólo borrosa e imperfectamente tienen permanencia en la conciencia histórica de la humanidad. Por otra parte, como ningún ser finito agota en su esencia las posibilidades infinitas del ser, ninguna cosa creada podrá jamás realizar en plenitud la bondad, la justicia, la belleza o la verdad. La realización histórica de los valores es, por ello, mutable, contingente; pero es de esta realización histórica de donde la mente humana se ve obligada a abstraer sus conceptos de valor, intuyendo oscuramente, dentro de lo cambiante y transitorio la valiosidad trascendental y eterna”. (Dr. Fernández, obra citada).

La solución dada a este aspecto del problema de los valores, es decir a su variabilidad de pueblo a pueblo y de época a época, nos confirma una vez más que el hombre metafísico frente a lo cambiante de la sociedad solamente es un ser pasivo que debe conformarse con intuir “borrosamente” la valiosidad. Este hombre metafísico debe asimismo llenarse de resignación frente a la realidad llena de injusticias y desigualdades porque “ninguna cosa creada podrá jamás realizar en plenitud la bondad, la justicia, la belleza o la verdad”. (sic)

Nosotros al replicar que la conciencia de los hombres es una conciencia social, reflejo del ser social, estamos borrando toda mistificación del problema. Resumimos nuestra posición con estas palabras certeras de Rosental:

“La conciencia se conquista práctica e históricamente”.

XIII

Lo expresado, apenas constituye un ligero esbozo de nuestros puntos de vista acerca de la fundamentación metafísica de los valores. Pensamos que un replantamiento de la Teoría de los Valores en términos materialistas dialécticos podría hacer mucha claridad en torno a un problema oscurecido por un desafortado ánimo especulativo.

Siguiendo la clasificación del Dr. Julio Fausto Fernández, diremos que ni las teorías subjetivistas, ni las teorías neokantianas, lo mismo que las teorías fenomenológicas objetivistas dan tampoco una respuesta satisfactoria en la fundamentación de los valores: todas ellas convergen al quehacer metafísico. Veamos algunos ejemplos: Scheler nos habla de un "órgano de apreciación de los valores"; Recasens Siches, asegura que la estimativa (Axiología) tiene una raíz de carácter *a priori* ideal, "con validez necesaria en sí y por sí". Aloys Müller (citado por el Dr. Fernández) al decirnos que los valores constituyen una esfera "no sensible" dentro de las regiones ontológicas, expresa: "Estos objetos (los valores) son *reales*, pero su realidad es diferente de las de los seres existenciales: *los valores no "son", sino valen*. Los valores son "valentes", carecen de existencia y son atemporales, mejor dicho, son omnipresentes en el tiempo y en el espacio, pues lo mismo valen hoy que siempre; al igual que los objetos ideales, los valores no son demostrables, sino apenas mostrables".

Podríamos escoger indistintamente cualquiera de las teorías mencionadas, y con toda seguridad encontraríamos esta nota común: un afán de fundamentar los valores en forma especulativa, olvidándose completamente del hombre social e histórico, de ese hombre de "carne y hueso" del que hablaba Unamuno. De manera que cuando existen alusiones sobre el hombre, ellas llevan todos los vicios provenientes de sus errores, porque desde el principio sus teorías se hallan desarraigadas del ser social y de la conciencia social de los hombres.

Me atrevo a manifestar que un replantamiento en los términos que dejo señalados en forma somera, y cuyo desarrollo exhaustivo es factible, aunque bastante laborioso, podría abrirnos nuevas perspectivas que conducirían a la exactitud. Entonces la Axiología dejaría de ser motivo de hipótesis o de desenfrenadas especulaciones, y se desgajaría del árbol de la Filosofía para proclamar sus derechos como ciencia.

San Salvador, Mayo de 1958.

EL IMPACTO DE LA DEMOCRACIA EN LA EDUCACION

Por ARNOLD J. TOYNBEE

(Estudio de la Historia. Tomo IV. Primera Parte. Págs. 205 a 211)

Uno de los mayores cambios sociales producidos por el advenimiento de la democracia en nuestro mundo occidental moderno ha sido la difusión de la educación. En los países progresistas, un sistema de instrucción pública general gratuita y obligatoria ha hecho de la educación el derecho innato de todos los niños de la comunidad, en contraste con el papel de la educación de la época predemocrática, en que era monopolio de una minoría privilegiada. Y este nuevo sistema educacional que los estados progresistas del mundo occidental ya han puesto en práctica ha llegado a ser uno de los principales ideales y aspiraciones sociales de cuantos estados aspiren a ocupar un sitio honorable en el concierto de la “Gran Sociedad” actual. Cuando se inició por primera vez bajo la inspiración de la democracia, la educación universal fue saludada por la opinión pública liberal de la época como una de esas cosas que muchos profetas y hombres rectos a través de todas las edades, habían deseado ver y no habían visto: el triunfo de la justicia y de la ilustración, del que podía esperarse que inaugurase una nueva era de dicha y bienestar para nuestra Sociedad Occidental y acaso para la humanidad toda. Ahora, a distancia, puede advertirse que estas esperanzas no contaron con la presencia de numerosos estorbos en ese ancho camino hacia el Milenario; y en esto, como a menudo sucede en los asuntos humanos, los factores imprevistos han resultado los de mayor importancia.

Un obstáculo imprevisto ha sido el inevitable empobrecimiento de

los beneficios intelectuales de la educación cuando se reduce el método a los rudimentos y se lo divorcia de su trasfondo social y cultural tradicionales con el fin de hacerlo “aprovechable” para las masas. Las buenas intenciones de la democracia no tienen poder mágico para realizar el milagro de los panes y los peces; y la bebida que en su caritativa administración puede conseguir llevar a los labios de todos los niños de la comunidad será, en el mejor de los casos, una débil dilución del elixir de la vida intelectual. Un segundo obstáculo ha sido el espíritu utilitario con que tienden a aprovecharse los frutos de la educación cuando se los pone al alcance de todo el mundo. Bajo un régimen social en que la educación se restringe a unos pocos miembros de la comunidad que han heredado como privilegio el derecho a recibirla o que se han ganado ese derecho por el empeñoso cultivo de sus naturales dotes de inteligencia, la educación es una margarita arrojada a los cerdos que la pisotean, o una perla de gran precio que quien la encuentra compra con todo lo que tiene. En ningún caso es un medio para un fin —instrumento de ambición mundana o de entretenimiento frívolo—. La posibilidad de aprovechar la educación como un medio de diversión para las masas —y a beneficio de los *entrepreneurs* que proporcionan la diversión— sólo ha surgido a partir de la implantación de la educación universal de tipo elemental; y esa nueva posibilidad ha puesto un tercer obstáculo que es el mayor de todos pues es el que ha chasqueado a los educadores que arrojaron su pan a las aguas con la esperanza de volver a encontrarlo después de muchos días. En cuanto se arroja a las aguas de la vida social el pan de la educación universal, un cardumen de tiburones brota de las profundidades y devora ese pan de los niños ante los ojos del filántropo. En la historia educacional de Inglaterra, por ejemplo, las fechas hablan por sí mismas. La instrucción pública universal, gratuita y obligatoria se implantó en ese país en 1870 d. de C.; ⁽¹⁾ “la prensa amarilla” fue inventada unos veinte años más tarde —no bien la primera generación de niños de las escuelas nacionales llegó al mercado de trabajo y conquistó cierto poder adquisitivo— por el golpe de un genio irresponsable que adivinó que la obra de amor del educador filántropo podía aprovecharse para que rindiere magníficas ganancias a un rey del periodismo.⁽²⁾

Un genio de otro tipo, y que fue en el siglo XVIII una de las lumbreras intelectuales de nuestro mundo occidental, descubrió, estudiando la historia educacional del mundo helénico bajo el Imperio Romano, la ley social según la cual la enseñanza tiende a esterilizarse con la difusión; y por analogía predijo la verdad —que ahora nosotros hemos aprendido por experiencia— de que en nuestra misma sociedad un desenvolvimiento semejante produciría un efecto semejante.

“Todas las ciencias y artes liberales nos han sido traídas del sur; y es

fácil comprender que al primer pedido de que se las aplicase, sus escasos adictos, acicateados por la emulación y la gloria, las llevaran a las mayores alturas y pusiesen todas sus energías y toda su capacidad para alcanzar la cima de la perfección. Esos ilustres ejemplos difundieron el conocimiento por todas partes y granjearon a las ciencias la estimación general; después de eso, no es extraño que la laboriosidad decaiga, toda vez que a esos hombres no se los alienta como corresponde ni consiguen con lo que hacen grandes distinciones. Por ello la difusión general de la enseñanza en un pueblo y la supresión total de la zafiedad y la ignorancia crasas rara vez van acompañadas de perfeccionamiento notable en las personas. En el diálogo *De oratoribus* parece darse por sabido que los conocimientos estaban mucho más difundidos en la época de Vespasiano que en la de Cicerón y Augusto Quintiliano se queja también de que el saber se hubiese generalizado demasiado. “Antes”, dice Juvenal, “la ciencia estaba limitada a Grecia y a Italia. Ahora todo el mundo imita a Atenas y a Roma. La elocuente Galia ha enseñado a Britania, ducha en leyes; hasta Tule aspira a tomar rectores para su instrucción”. Esa estimación de la enseñanza es notable, porque el mismo Juvenal es el último de los escritores romanos que tuvo algún genio. A quienes le siguieron no se los aprecia sino por las informaciones que nos suministran. Espero que la reciente conversión de Moscovia al estudio de las ciencias no resulte un presagio igual con respecto al actual período de la enseñanza”.

La creencia de Hume, de que bajo el régimen imperial romano hubo una progresiva difusión del saber, ha sido confirmada por los hallazgos de los últimos arqueólogos, entre los cuales citaremos, como testimonio, a un estudioso actual, sumamente distinguido, que casualmente es uno de los “moscovitas convertidos” de Hume.

“El siglo III representa el clima de la difusión de la educación primaria en todo el imperio. A las escuelas de las pequeñas aldeas de Egipto probablemente ligadas a los templos, debemos la mayoría de los papiros literarios últimamente descubiertos, y que sirvieron como libros de texto para los alumnos; y es en el siglo III, en tiempos de Alejandro Severo, que oímos hablar, como de una clase, de los maestros primarios rurales. En el libro tercero de sus *Opiniones*, Ulpiano habla de esos maestros y destaca el hecho de que se los podía encontrar tanto en las ciudades como en las aldeas”.

En la historia helénica, ese clima de la difusión de la educación primaria anuncia, como sabemos por lo que sucedió después, no sólo la extinción de una vida intelectual que había conservado su vigor durante mil años, sino también el derrumbe de una civilización, pues el ilustrado y benévolo emperador Alejandro Severo era el correlato de Luis XVI: la víctima ino-

cente de un diluvio evitado por sus menos estimables predecesores. El asesinato de Alejandro Severo en 235 d. de C., fue, como hemos visto, la señal del desplome de la pax augusta y del “triumfo de la barbarie y de la religión” en los cincuenta años de anarquía que siguieron. Y si dispusiésemos de un más íntimo conocimiento de la historia espiritual de aquellos tiempos de tribulación, seguramente nos encontraríamos con que los educadores de la época de los Antonino y los Severo habían venido traicionando sus propios fines al colocar a las masas a merced de una propaganda que en la plenitud de los tiempos desembocó, con efectos sociales subversivos, en la otra, más hábil, de “los treinta tiranos”.

En el mundo de nuestra generación algo hemos conocido de la monstruosidad que el impacto de la democracia en la educación puede producir. Hemos sufrido bajo la tiranía de los amos de la prensa de los países beligerantes democráticos durante la guerra general de 1914-18. Tal vez sea cierto que la eficacia de la tiranía dependió en parte de la perturbación de los espíritus ante la agonía de una prueba para la que no estaban preparados intelectual o moralmente; y es verdad que con el restablecimiento de la paz el poder de los amos de la prensa sobre los asuntos públicos menguó tan visiblemente como las ganancias de los demás explotadores de la guerra. Sin embargo, nuestra experiencia de esa temporaria tiranía de la prensa en tiempos de excepcional tensión nos ha permitido sospechar que esa monstruosidad sería capaz de convertirse en rasgo permanente de nuestra vida social si aquella tensión que fué excepcional en 1914-18 llegase a ser la condición normal de vida en las últimas décadas del siglo XX, o si el espíritu de las masas hubiese de pervertirse tan profundamente bajo las corruptoras influencias a que su educación imperfecta las expone que acabasen por ceder, dóciles, a la sugestión de los amos de la prensa aun en épocas en que los corruptores no contasen para su obra demoníaca con la ayuda de una calamidad pública. En realidad, aun en los años relativamente tranquilos de postguerra la monstruosidad de la “prensa amarilla” —y de los otros instrumentos que, como el cine, han sido inventados desde entonces para el mismo negocio lucrativo de explotar a la masa divirtiéndola— ha sido tan enorme que ha provocado tentativas de eliminarla mediante una revolución.

Estas reacciones revolucionarias al impacto de la democracia en la educación, como las reacciones revolucionarias al del industrialismo en la propiedad privada, encontraron su arma en el “estado totalitario”; y en la Rusia comunista, en la Italia fascista y en la Alemania nacionalista los amos de la prensa y del cine han sido los primeros miembros del grupo capitalista privados por la violencia revolucionaria de su poder mal habido y mal empleado. También aquí el remedio revolucionario puede resultar peor que

la monstruosa enfermedad, pues en todos esos estados “totalitarios” el medio por el cual las masas han sido liberadas de la maldición de la explotación mental en beneficio privado ha sido la confiscación y el manejo de la prensa y del cine por el gobierno. La complicada e ingeniosa maquinaria para esclavizar en masa los espíritus educados rudimentariamente, inventada en el siglo XIX para la obtención de ganancias comerciales privadas bajo un régimen de *laissez faire*, ha sido en este caso aprovechada simplemente *in toto* por los jefes de estado que decidieron utilizar ese instrumento mental para sus facciosos propósitos políticos; y su tiranía intelectual, si bien puede tener objetivos menos sórdidos, es de acción más aplastante y más penetrante que la de los *entrepreneurs* privados cuyas huellas sigue el departamento de propaganda de los gobiernos “totalitarios”.

En países donde ha sido implantado el sistema de la educación universal, el pueblo se halla en peligro, pues, de caer bajo una tiranía intelectual de uno u otro tipo, ejercida ya sea por los capitales privados o por la autoridad pública; y si han de salvarse de ambos destinos igualmente lamentables, la sola tercera alternativa posible es la de elevar el nivel de cultura de la masa a un grado tal que inmune a los niños sometidos a la noria educacional por lo menos de las formas más groseras de la propaganda pública o privada. Esto no es tarea fácil, pues las corruptoras influencias intelectuales a que se hallan expuestos esos espíritus cuando han sido educados de modo rudimentario complotan contra la conquista de todo progreso intelectual por parte de cualquiera de los que han caído envueltos en la red. De hecho, la acción de la propaganda sobre los espíritus educados en forma elemental tiende a crear un círculo vicioso que es difícil romper; y si no se lo rompe no podemos siquiera mantener la cultura intelectual de las masas en su bajo nivel actual y deberemos admitir la posibilidad de un retroceso intelectual que al mismo tiempo sería retroceso moral y que dejaría abandonadas a las masas occidentales de hombres y mujeres en un nivel espiritual muy inferior a aquel en que se hallaban sus antecesores cuando se les aplicó por primera vez el dispositivo social de la educación elemental universal.⁽³⁾ Afortunadamente, en el mundo occidental de hoy hay ciertas instituciones educacionales desinteresadas y eficientes —instituciones tales como la “Worker’s Educational Association” y la “British Broadcasting Corporation”, en el Reino Unido y las escuelas superiores para trabajadores del campo, en Dinamarca, y la extensión de muchas universidades más allá de sus muros en muchos países que efectivamente han abordado el problema de darle a la educación elemental un nuevo y vigoroso impulso suficiente para colocar el espíritu de las masas fuera de la zona de peligro intelectual, donde se hallan a merced de la propaganda, sea cual fuere la fuente de ésta. Si esos intentos de adaptar el sistema de educación al impacto de la democracia alcanza cierto éxito dentro de un

plazo prudencial, nuestra Sociedad Occidental podrá aún pilotear su arriesgada travesía educacional por el estrecho canalizo que corre entre la Escila northcliffana y la Caridbis hitleriana; pero por ahora la suerte de nuestro peligroso viaje sigue siendo dudosa.

- (1) El sistema de la obligatoriedad universal directa no se completó hasta 1880, y el de la implantación práctica de la educación gratuita no se completó hasta 1891.
 - (2) Ya nos hemos referido por adelantado, a este punto, en III. C (III) (a), vol. III, págs. 260-1, supra. Hay un rápido y brillante bosquejo de la carrera de Lord Northcliffe en H. G. Wells: *Experiment in autobiography* (Londres 1934, Gollanez), págs. 325-33. "Los hermanos Harmsworth... se embarcaron en el negocio de producir impresos vendibles por monedas al nuevo público, con entera despreocupación por el buen gusto, el valor, la influencia educativa, las consecuencias sociales, la responsabilidad política. Eran tan ciegos como mininos recién nacidos, para todos esos aspectos de la vida. Desde el punto de vista en que me coloco, éste es el más notable de los hechos que a ellos se refieren, y creo que a la posteridad le resultarán aun más asombrosos. Con inocencia original, carentes de todo sentido de la responsabilidad, y con una inmensa energía innata, se pusieron a tirar millones de hojas impresas, con cualquier clase de basura que pudiera venderse, para el espíritu de las masas británicas que despertaban". Wells destaca también el hecho aun más extraño de que el instinto comercial que instigó esas actividades irresponsables fuese igualmente ciego, a pesar de la infabilidad que persiguió su propósito y con lo que lo logró. "Ni Newnes ni Harmsworth tuvieron la menor idea, cuando emprendieron esas aventuras, de la magnitud de las nuevas fuerzas que estaban concitando. Creyeron que iban a vender a un público de unos pocos millares, a lo sumo, y se encontraron con que editaban para millones de hombres. No puede decirse que hayan escalado el éxito; fueron más bien aferrados por él y arrojados a lo alto, sin sospechar en lo más mínimo el "absurdo empuje de la oportunidad".
 - (3) Si es cierto, como se sostuvo en una Parte anterior de este Estudio (en III. C (II) (a), vol. III, págs. 258-64), que en las sociedades primitivas, la gran mayoría de los miembros han permanecido siempre en el nivel primitivo, la instrucción de un sistema de instrucción universal obligatoria puede ser interpretada justamente como una ofensiva intelectual contra la barbarie que subsiste —en un "sólido núcleo de paganismo y salvajismo"— bajo la superficie de las mismas civilizaciones más altamente educadas conocidas hasta ahora. Si la comparación es legítima, recordemos el hecho de que una civilización no puede, cuando lanza una ofensiva militar contra una sociedad bárbara ajena a su propio cuerpo social, permitir que su avance se acerque a la victoria final sin al mismo tiempo provocar una violenta contraofensiva y correr el riesgo de un gran desastre. Hemos visto que la *wolkerwanderung* crítica es atribuirle al fracaso de los etruscos en la conducción de su ambiciosa ofensiva de la cuenca del Po (II. D (VII), vol. II, págs. 280 y 284), y la escandinava al fracaso análogo de Carlomagno en su ataque contra sus vecinos bárbaros de la Europa septentrional (II. D (VII), vol. II, págs. 345-7). En vista de esas semejanzas, no nos conviene, en esta época y en nuestro mundo, detenernos en la indecisa situación actual de nuestra campaña educacional contra el barbarismo de nuestro naciente proletariado occidental.
- Para ilustrar, *ad hancem*, cuán real es el peligro actual de regresión, el autor recurrirá a su trato personal con gente de la aldea de Yorkshire. En 1935, vivía aún en esa aldea un viejo agricultor que aunque no había ido nunca a la escuela ni sabía leer y escribir era indiscutiblemente un hombre culto, pues conocía de memoria buena parte de la Biblia y la repasaba mentalmente, gozando de la belleza de su lenguaje y sintiendo su fuerza espiritual. En la misma aldea, el mismo año, había un muchacho que era el niño más inteligente de la familia (hasta el punto de contar con probabilidad de ser elegido para pasar de la escuela primaria a la secundaria) y que demostraba su inteligencia especialmente por el hecho de ser un lector omnívoro. A una felicitación de buena fe, la madre dio la siguiente respuesta: "Sí, lee todo lo que le cae en las manos; pero ya me encargaré yo de que no siga consiguiendo esas cosas". Para la mentalidad de esa campesina (y se trataba de una persona estimable) la palabra impresa equivalía a desechos espirituales del tipo de los de la prensa amarilla, y la propensión a la lectura significaba para un niño exponerse a la corrupción moral. El criterio de aquella mujer era un trágico comentario a los efectos sociales de nuestro sistema de educación universal, todavía a medio hacer.

Ensayo, enfoque y trayectoria

“El Cristianismo y su Contribución a la Paz Social del Mundo”

Por CARLOS LOBATO

I

Con este título “El Cristianismo y su Contribución a la Paz social del Mundo”, se llevó a cabo, el miércoles doce de marzo, en el Club de Prensa, la primera conferencia, que estuvo a cargo del doctor Mauricio Guzmán. Se inició un ciclo que ha de ser la expresión mental de quienes integran ese Club de Cultura.

El trabajo del doctor Guzmán es un esfuerzo por condensar un jalón de la historia de la humanidad en función del cristianismo. No es cosa fácil emprender una tarea de esta índole. Es necesario en la contemplación del panorama poseer una capacidad de análisis y de síntesis a fin de enfocar en la tesis, los cambios más sensibles.

El recorrido de este comentario quie-

ro hacerlo con el lector, dándole, en primer término, una visión sincrética de la posición del doctor Guzmán. Señalando si se quiere, los eslabones de una concatenación de hechos históricos bien determinados y definidos en el proceso de la tesis.

Anticipadamente quiero expresar además, que incluyo en este comentario, párrafos del Ensayo, no con el fin de hacer más largo este itinerario; sino con el propósito consciente de poner al lector en contacto directo con el pensamiento del Ensayista.

Tampoco quiero hablar de pensamientos profundos, ni de la solidez y estilo de ellos mismos. Ni del lineamiento tan especial que toman las palabras cuando las lanza el autor por

determinados objetivos, bien dirigidas, bien acopladas y bien cosidas. No. Deseo que el lector descubra estas cualidades y escuche la música de los propios conceptos, de la fuente verdadera, sin que les llegue, por mi parte, de segunda mano. Sólo me queda la libertad de escoger y buscar eslabones y párrafos en esta carta de viaje, que se inicia con un pórtico político-social de la vida de Roma.

“El populacho romano había contemplado enardecido de admiración, el soberbio carro que conducía vencedor a Cayo Julio César, cuando éste, ya dueño de la tierra, rivalizaba con los dioses”.

Esta es la primera idea en marcha. Enuncia esa clarinada el rompimiento de más de dos milenios de historia universal, la cual plantea una solución adecuada en el campo de la condición humana. Pero la introducción del tema, centro de gravedad del Ensayista, nervio y camino de la tesis, es el que sigue:

“Hombres barbados, hambrientos, semidesnudos y sucios, procedentes de las lejanas y desérticas tierras del Asia Menor habían llegado a la Roma de Claudio, profiriendo un palabrerío extraño, insólito e incomprensible. Eran como locos. Entre sí y a hurtadillas, sin reparar en los dioses vengativos de Homero, ahora gobernantes del pueblo rey, hablaban de un Dios único, bueno, amoroso, que trataba a los hombres como a sus hijos, sin distinguos de nin-

gún género, y que les había prometido la gloria eterna del cielo si sufrían con paciencia y resignación, el oprobio de las cadenas del vencedor”.

El Hombre. Esta es la idea que se tornó gigantesca e incontenible. La idea del *Hombre*, del hijo de Dios representada en Jesucristo. El *Hombre* que había subvertido los valores religiosos de su tiempo y que habló en un lenguaje dulce y enérgico, con una filosofía extraña y sugestiva. Con la filosofía de la fraternidad, del amor, de la pureza espiritual, el cristianismo adquiere un desarrollo inaplazable, rotundo; y el tema, la tesis cobra vigor en la pluma del doctor Guzmán:

“El cristianismo se difundió, en su etapa inicial, como una doctrina revolucionaria que se proponía reformar las costumbres y la mentalidad de los hombres, pues sus enseñanzas entrañaban un nuevo género de vida y una concepción definitiva del universo y de la existencia”.

Mas el cristianismo, puesto en el crisol de sus luchas, renacía más humano, florecía más divino, entrañaba más santidad, más cerca de Dios. Entró en todas partes: en la choza humilde como en el palacio del príncipe. Iluminó la testa de los inteligentes y resplandeció en la frente de los brutos. No respetó familias, ni razas, ni naciones. Iluminó, es cierto, el mundo interior y oscuro de los hombres de aquella época.

II

Todo este fervor por la cruz, culmina en la etapa que el Ensayista titula el “Reino Místico”. Estado e Iglesia per-

seguían un mismo fin de que los hombres fueran piadosos, humildes, carentes de toda ambición terrena. El doctor

Mauricio Guzmán con sus propios términos se expresa así del Reino Místico:

“Todo estaba animado por la voluntad de Dios y la justicia era expresión de su sabiduría y bondad. En los procedimientos judiciales la verdad debía ser revelada por el fuego, por la destreza. etc., pues se suponía que la justicia divina inspiraba a quien realizaba lo imposible. La inocencia requería, para evidenciarse, de hechos extraordinarios o del heroísmo religioso del acusado. La actitud más noble estaba en el abandono de los deleites mundanos. un sentimiento místico teocéntrico imperaba en todas las capas sociales. En estos venturosos tiempos el sentimiento místico, como el éter, penetraba todas las cosas. La razón era una humilde servidora de la fe. Había que creer para entender”.

Y aquí nacieron los filósofos del cristianismo. Estos crearon los postulados de la fe. Aquí prueba el Ensayista que durante estos años, la más importante era la ciencia religiosa.

Después, ya vigoroso el cristianismo, está preparado para las cruzadas. Este fue otro choque de la cristiandad, a cuyo contacto los pueblos occidentales salieron favorecidos. Pero sigamos la exposición interesante y maciza del tema:

“Al iniciarse la guerra de la cristiandad contra los “Enemigos de Dios”, la sagrada muralla claustral del reino místico abrió sus puertas para que los buenos hijos de Cristo se dirigiesen al Oriente a la reconquista de Jerusalén. Este acontecimiento originó profundas consecuencias en los ejércitos de Dios y los pueblos que los sostenían. Un intenso comercio material y espiritual se

produjo por el contacto de los pueblos cristianos, que bajo el símbolo de la cruz tuvieron oportunidad de confraternizar en Constantinopla, Jerusalén, etc., y como consecuencia del trato con los árabes, indios y demás súbditos de reinos orientales que en ese tiempo disfrutaban de una civilización superior”.

“Expresa el autor que todo estaba dicho y previsto en el Reino Místico”. La razón andaba de capa caída de la fe, al menos, era una humilde servidora. Los filósofos, pensadores, escolásticos todos crearon sus propios métodos. Estructuraron sus propios sistemas para sentar sobre cimientos incommovibles la fe cristiana.

Como consecuencia de las Cruzadas, por el contacto de Europa con el Oriente, se evidenció un cambio sensible en la mentalidad de aquellos hombres. Aparece allá en el fondo de todas las cosas el concepto, huraño pero patente, de la libertad. Apareció una nueva clase social que a través de la historia toma el nombre de burguesía. Y uno de los acontecimientos más sobresalientes de la humanidad guerrera, conmueve al mundo conocido: la toma de Constantinopla. Ya no se mira bien la vida de lujo y esplendor del alto clero que había empezado la pendiente de corrupción y desorden. Pero contra este orden de cosas, hay monjes que ofrecen voto de humildad y pobreza.

Estamos en pleno siglo XIII. Hay viajeros que relatan la vida de países lejanos. El lujo asiático entra en Europa. Los ojos se vuelven deslumbrados hacia Grecia. Aristóteles toma de nuevo la Dirección de la Ciencia. De nuevo la razón intenta su autonomía. El hombre vuelve los ojos hacia la naturaleza

para desentrañarla y descubrirla. Doy paso al siguiente párrafo con el objeto de que lo explique el mismo Ensayista:

“Esta conmoción racionalista puso en guardia a los defensores de los dogmas católicos. La resistencia más brillante la ofreció el portentoso genio de Santo Tomás, que produjo un sistema teológico y filosófico respetado por los siglos. El doctor Angélico le determinó

su campo de acción a la razón humana: verdades interiores del mundo y las extraídas de la contemplación de la naturaleza”.

El cristianismo había librado otra batalla más. Santo Tomás de Aquino dejó las cosas en su lugar: las verdades reveladas de la fe descansan en Dios; las del filósofo se apoyan en las causas propias, de la naturaleza y de los hechos.

III

Prosigo, estimable lector, enfocando la trayectoria de la conferencia del doctor Mauricio Guzmán, que dictó el miércoles 12 de marzo en el Club de Prensa. Mi primer comentario se refirió al pórtico del Ensayo, a la propagación del cristianismo y al capítulo que se titula “Reino Místico”.

Abro un nuevo capítulo, y se lee “Decadencia del Reino Místico”. Las últimas páginas del Siglo XIII, marca un milenio del cristianismo consciente. El tiempo es nuevo. Con la caída de Constantinopla las nuevas ideas viajan y promueven un florecimiento que se acentúa en todos los órdenes del espíritu. El propio catolicismo busca una organización más en armonía con los cambios políticos, sociales y económicos. El doctor Guzmán expresa así esta fase del cristianismo:

“El fermento crítico del Renacimiento, que ya empezaba a manifestarse, impulsó las “Rebeliones espirituales oscuras, pero intensas”, de que habla Helaire Belloc. La voz de combate de Juan Ball, de Wycliffe, de Juan Huss, etc., había empezado a preparar la resistencia contra la Iglesia. Este clima

de opinión se acentuó con la caída de Constantinopla en manos de los turcos, que intensificó el humanismo, y con otros acontecimientos como el empleo de la pólvora en operaciones bélicas, el uso del papel y la imprenta, etc. “La imprenta sirvió a los innovadores, ha dicho un historiador insigne, como a Mahoma la espada”. Las universidades respondieron a las nuevas inquietudes. Por su irreverencia mordaz, cundió la celebridad de Erasmo, y finalmente se descargó el rayo aterrador de Lutero”.

El Ensayista enumera una serie de razones en la decadencia del Reino Místico tales como “el análisis crítico de los pueblos europeos”, y el producto de esta aptitud fue la libertad de opinión religiosa. Otro motivo de fracaso para los contenidos de la fe, residió en la “desilusión clerical”, “la corrupción de la corte pontificia”. Fundamental es también en la decadencia que apunta el Ensayista “las frecuentes intervenciones del Papa en los negocios temporales de los gobernantes”. Y algo más que nos dice el doctor Guzmán al respecto:

“La reforma rompió la unidad del

Reino Místico y puso, en discusión libre, los dogmas y la autoridad espiritual. Esto favoreció la formación de los vigorosos estados nacionales, donde los príncipes protestantes no reconocían la supremacía papal”.

Múltiples son los argumentos con que el Conferenciante apunta la Decadencia del “Reino Místico”. Entre los más fuertes está el reaparecimiento del racionalismo en el hombre de esa época. Vuelve al escenario el pensamiento siempre clásico de los griegos, el arte, la ciencia, la filosofía, la química, la medicina, las matemáticas, la cosmografía, etc. Hay mutaciones fundamentales en todas estas ramas del saber y del arte. Y por otra parte, los nuevos descubrimientos geográficos, la aplicación de la pólvora y de la imprenta, se habló de igualdad

natural, de gobierno democrático, de derechos naturales, etc. Todo este cúmulo de ideas van de nacionalidad a nacionalidad, sin que haya fronteras lo suficientemente escoltadas para detenerlas; y hay una idea fuerte, muy noble y muy simbólica, que no entraña ningún repudio religioso, al contrario, lo acerca más a Dios. Me refiero cuando el doctor Guzmán expresa con un profundo contenido humano:

“La libertad reconocida al hombre para que se salvara de pecado por la devoción mística, la penitencia y las buenas obras se destinó también para el conocimiento de la ciencia griega, árabe o judía. Se pensó en que las buenas obras se debían ofrecer a la humanidad antes que a Dios, cuyo reino no es de este mundo”.

IV

El Ensayista indica de nuevo una fase más del cristianismo que lo titula “Ocaso del Reino Místico”. Para llegar a esta etapa han transcurrido cuatro siglos. Para entonces, Copérnico había corregido a la Biblia, pues la tierra dejó de ser el centro del universo; más tarde, Galileo le da la razón a Copérnico y las cuantifica; y por último Newton redujo a fórmulas todo cuanto soñaron Copérnico y Galileo. Para entonces también la ciencia descubre nuevos métodos de investigación: Bacon, el método inductivo. Y en Filosofía, Descartes, con su “Cogito Ergo Sum”. Para llegar a este final, el filósofo habría dudado de todo cuanto existe; pero partió de algo muy fundamental para construir su sistema: de que había algo de lo cual no podía dudar, y era de lo que él

pensaba, del pensamiento mismo: “Yo pienso, luego existo”. Y subraya con una cauda elocuente y clara el Dr. Guzmán:

“En adelante, la verdad temporal ya no vino de Dios, sino de la duda; el Reino Místico perdió gravedad y empezó su declinación”.

Y otros impactos más cayeron sobre el “Reino Místico”. Y apunta el Ensayista, que también llegaron los productos del racionalismo: “el deísmo, panteísmo y materialismo”.

“Todos los valores religiosos se sometieron a discusión profunda. La razón tomó la dirección de la conciencia y la voluntad. El Dios de los cristianos fue procesado y sobre la cabeza del Divino Redentor, cayeron de nuevo las salpicaduras de la ironía, el sarcasmo y el desprecio. La responsabilidad de los

torpes intérpretes del evangelio se hizo extensiva al Dios del amor”.

Y llegó el huracán de la Reforma que dividió a los cristianos. De sus luchas nació la libertad de cultos y la neutralidad del Estado en materia religiosa.

Y el hombre tomó en sus propias manos su destino. Ya no fue el hombre una criatura puesta en el Cosmos para recibir los dones de Dios, sino una cria-

tura que es parte del Cosmos. Y recalca el Ensayista:

“Conmovido en sus propios cimientos el Reino Místico se derrumbó con las declaraciones de derechos de las revoluciones norteamericana y francesa. El hombre se emancipó de la tutela paternal de Dios y tomó sobre sí la dirección de su destino. Comenzó la construcción de la Ciudad del Hombre”.

V

Ha caído el “Reino Místico”. El hombre, la sociedad, el mundo espiritual de los siglos XVI - XVII - XVIII, van construyendo otro reino. El reino de la conciencia moral. Expresa el doctor Guzmán, que el hombre construye una nueva morada: y esta es, la “Ciudad del Hombre”.

Esta idea de la “Ciudad del Hombre”, tiene raigambre en el espíritu del Conferenciante. Su bello libro que lo titula precisamente, “La Política en la Ciudad del Hombre”, nos trae a la mente en el enfoque de su tesis, la República de Platón, o la Ciudad de Dios de San Agustín. En ese libro, “La Política en la Ciudad del Hombre”, el autor llega a conclusiones hermosas, como es la de buscarle al hombre y en su situación actual de guerrero, a encontrar la Paz y la Justicia Universales por medio de una fórmula:

“que el talento humano descubra o ingenie el dogma político que habrá de fundamentar con indiscutible certeza, la organización política-económica que será capaz de brindar suficiente bienestar material y espiritual a los pueblos; y que las distintas naciones estén en capacidad de estructurar élites competen-

tes para ese cometido”. (“La Política en la Ciudad del Hombre”, Pág. 269).

El doctor Guzmán propone en su libro, la reunión de los hombres más entendidos en asuntos políticos y económicos, con el fin de estudiar una organización capaz de llenar el ideal universal de un buen gobierno. Tal vez se acerca tanto a aquella fórmula de Balme: “El mayor bien para el mayor número”. Porque hasta hoy las fórmulas más hermosas han fracasado. La dictadura rusa llena los siete u ocho metros del intestino del hombre masa; pero olvidan que el hombre tiene alma; que ama la libertad, lo justo, lo bello, etc. Otros sistemas, olvidan que las masas comen, que tienen un cuerpo físico que nutrir, que alimentar; y les dicen: “no sólo de pan vive el hombre”. Y les hablan de un paraíso que no está en este mundo. La piedra filosofal de esa fórmula, o de ese dogma, como expresa el conferenciante, no deberá olvidar el alma y la materia, el espíritu y el cuerpo. Sólo para entonces habrá paz y justicia universales.

Y cerrando este paréntesis de la “Política en la Ciudad del Hombre”, repetimos, que agotado y caído el “Imperio

Místico", ha de venir la sustitución, y ella será: "la moral racionalista".

Se puede enseñar "moral como se enseña a leer, escribir, etc." Se estructura un hombre moral como se hace un médico, un ingeniero: y al respecto expresa el autor:

"En esta forma, la educación venía a crear los frenos morales que habrían de sustituir, en el orden temporal, a la religión como sistema regulador de la conducta humana".

Expresa el Conferenciante que en este clima propicio, también es fortalecido por las ideas del renacimiento del "derecho natural", "la propiedad inmobiliaria fue objeto de severas discusio-

nes. El Evangelio fue interpretado por San Clemente de Alejandría en tal sentido que no estuviera divorciado con el orden civil".

En la estructuración o creación de la nueva morada espiritual del hombre los puntos más sensibles de discusión fueron la igualdad y la libertad. Y en este punto argumenta así el doctor Guzmán:

"Sobre estos tópicos, el cristianismo ofrecía algunas bases racionales. Ya no como religión, sino como sistema moral, las enseñanzas evangélicas contenían datos de incalculable valor. El cristianismo estimaba libre al hombre para determinarse entre el bien y el mal, como "dueño de sí mismo".

VI

Suena la corneta y entra al escenario de la evolución político-social, un nuevo ser, temible, porque a veces ama, odia; aúlla o canta; se enloquece o se sentimentaliza, este señor se llama el pueblo libre: se encara con el Papa; ha derribado reyes, mandado a la horca a los señores. El autor, lo considera en sí como un nuevo soberano. Su voluntad se concretaría más tarde, en lo que se llama la "ley".

Nació posteriormente el capitalismo y con él su opuesto, el proletariado. Al choque de estas dos fuerzas, da origen a un nuevo sentido de ver las cosas; nace el materialismo histórico. Es un proceso de acciones y reacciones, de causas y efectos; o tal vez como lo concibe el filósofo: "un proceso dialéctico de la historia".

En este oscuro paso aparentemente se nota una descomposición. La iglesia

culpa a las ideas imperantes, y son ellas todos los derivados del racionalismo.

León XIII procura conciliarse con las ideas sociales de su tiempo, y suelta su conocido *Rerum novarum*, principios reguladores entre obreros y patronos. Asoma también la frente el neotomismo como una voz conciliadora con la libertad religiosa y libertad de pensamiento.

Y se inicia el siglo XX. El pueblo liberal, fue depositando sus conquistas democráticas en manos de dictadores, y lo expresa así el doctor Guzmán:

"Otro soldado romano —Mussolini— dijo con sarcasmo, que el pueblo era un soberano con corona de cartón, cuyo título de preeminencia se debía, más a la mecánica que a la moral; y que el calificativo de soberano aplicado al pueblo había sido una trágica broma".

El destino de Mussolini no requiere comentario. Aquel pueblo con "corona

de cartón” pisó su orgullo y su vanidad pasajera de “Dictador”.

Siempre el imperativo de la razón será el soberano de los pueblos. Bajo el signo de la razón se moverán las fibras dormidas y los estratos humanos que no han tomado desarrollo en su evolución.

Actualmente hay dos ideas en batalla. La fortaleza de la Democracia que defiende la dignidad humana; que antepone al hombre como ser digno frente a la sociedad. El hombre como hombre es anterior al grupo, a la sociedad misma. En los sistemas político-totalitarios, el hombre es un tornillo, un clavo, un golpe de martillo de una maquinaria que se llama Estado. El hombre como tecla, como individuo de esa inmensa maquinaria no significa nada. Por el contrario, en una democracia, el hombre tiene dignidad humana, la sociedad lo respeta; y el hombre, respeta también a la sociedad. Y con un sentido vigoroso, en esta encrucijada de la humanidad, el Conferenciante apunta:

“Sin ánimo profético, me aventuro a afirmar que en la Ciudad del Hombre, habrá felicidad duradera cuando se logre un avenimiento equitativo y firme de esa trinidad de libertades: la del espíritu, la económica y la de bienestar de las masas. En la coexistencia armónica de estas tres libertades está la clave de la paz mundial, la salvación de los bienes de la actual civilización; pero esta coexistencia sólo puede alcanzarse en la democracia”.

Y algo muy digno de repetirse es lo que expresa el Dr. Guzmán al decir que el fascismo, el nacional-socialismo y el comunismo, sólo han atendido dos libertades: el bienestar de las masas y la condición económica; y para la liber-

tad espiritual, para la libertad del pensamiento, de conciencia, etc., han “erigido nomás campos de concentración”.

¿Qué relación encuentra el doctor Guzmán entre estas libertades que pueden florecer en la Democracia y esto que se llama cristianismo?

Y la mirada penetrante del Ensayista encuentra esa coordenada. Hay en las raíces de la moral racionalista, un sedimento de ideas cristianas. Este elemento cristiano se traduce en preceptos en la moral racionalista, y que se han convertido en norma y vida para mayor suerte del destino del hombre en la Ciudad del Hombre. A este le llama el Ensayista: “Un Cristianismo laico, mundano”.

El doctor Guzmán, en su libro “La Política en la Ciudad del Hombre” nos impone de un credo universal, nos informa del combate incesante del hombre que se angustia frente a la crisis del mundo, y que él como hombre idealista, pero terreno, piensa en la liberación del hombre, en la paz y justicia universales; no sólo del hombre, sino de las naciones.

En su Ensayo sobre “La Federación Colegiada de las Repúblicas de Centro América”, con un sentido realista, llega a la conclusión de que Centro América no podrá alcanzar un auge económico, ni un desplace financiero digno de llamarse tal, ni un desarrollo social, “si no se integra en una sola Estructura Política”. Y esta Federación Democrática, deberá ser, dice el doctor Guzmán, colegiada. Es una fórmula estilo de la Federación Suiza, o una forma de gobierno parecida al caso uruguayo. Pero no hay duda, que como fórmula concreta, en ese escabroso campo político-

social, es lo más sugerente, lo más accesible de cuanto se ha dicho y escrito en materia de centroamericanismo.

Y por último, en el Ensayo: “El Cristianismo y su Contribución a la Paz del Mundo”, nos vuelve a sorprender con otra fórmula universal capaz de sacar al hombre de esta encrucijada en la

cual está por derrumbar su propia evolución conquistada. Y para ello, propone su fórmula, que no la consideramos utópica, sino racional, concreta: las tres libertades: “La del espíritu, la económica y la de bienestar de las masas”. No es una utopía, no es una metáfora: es un Plan Integral.

EL DESPERTAR DE LA FILOSOFIA

Por IGNACIO ELLACURIA, S. J.

II

DE EMPEDOCLES A LOS SOFISTAS

De la historia no importa tanto el recuerdo como la presencia. La historia como recuerdo se escribe y se cultiva cara a la erudición y al renombre; en el mejor de los casos como crónica que prepara los elementos de la presencia y la eficacia. De ahí que el recuento de los presocráticos no se haga aquí a modo de inventario, sino como un esfuerzo de "presentación" que nos introduzca a nosotros hasta su vida, y, a su vez, introduzca su historia filosófica que es llanamente su vida filosófica hasta nuestra vida y nuestra historia. Sólo así se logra la presencia de la historia en la propia vida, con lo que, como dice Plotino a propósito del arte, el alma quédase atónita y refiere a sí misma lo que contempla y se acuerda de sí y de lo que le pertenece; sólo así la historia saldrá, en algún sentido no completo, de aquel rango inferior en el que

la situó Aristóteles en parangón con la poesía.

Sabido es que filósofos contemporáneos, principalmente Heidegger, han detenido su atención en los presocráticos, ya que en ellos no sólo se patentiza cómo es la primera entrada del hombre en la filosofía sino, hasta cierto punto, cómo es la primera entrada de las cosas en la filosofía, con lo que se alcanza un contacto desnudo con la realidad que se ofrecería tal como es a la mente sin el desvío siquiera negativo y coartador de la espontaneidad que las categorías y hábitos de los sistemas históricos van imponiendo a los filósofos. Las ideas, desde luego, tienen un haz abstracto cuya validez como significado es independiente de toda subjetividad; pero, por el otro haz, son indudablemente una cuestión humana, resultado de un habérselas el hombre con las cosas,

de un efectivo trato con ellas. Para captar aquella vertiente abstracta viene bien enfrascarse en esta otra concreta de la que fueron histórico resultado; sin embargo, no se agota ahí la eficacia, ya que además de lo que se dice puede importar lo que se pretendió decir, en cuanto tal pretensión descubre una visión primigenia a la que los conceptos que la pretenden explicar no acaban de amoldarse por su tosquedad primitiva.

Tal mirada trascendente es la que pretenden facilitar y posibilitar estos apuntes. Si muchos de los contenidos mentales de los presocráticos eran provisorios, no se puede decir que el fenómeno humano e histórico que representan sea pasajero o irrepetido en su marco general; cosa que si era ya clara en los primeros pasos contados en el artículo anterior, viene a ser más patente aun en los pasos, todos ellos iniciales, que restan por contar: la sima abierta entre el pensamiento de Heráclito y el de Parménides, abierta más por la visión inicial de que parten que por los conceptos que la expresan, va a condicionar el esfuerzo de los próximos pensadores, incapaces de desprenderse del pasado en que se abrieron a la luz del pensamiento. Como lo primero que se le ocurre al hombre, enfrentado con un abismo inconciliable, es trazar un puente, los inmediatos seguidores en el curso de la filosofía serán los conciliadores que, por una parte, no pueden desprenderse de la veneración por el pasado y, por otra, se encuentran que aquel pasado no es conciliable tal como se halla ni se acopla a su personal visión del mundo. Porque en lo restante de la historia de la filosofía, el auténtico filósofo si no puede romper con el influjo del pasado, no puede ser tampoco un mero repetidor de cosas idas, en lo que se patentizan funciones muy claras del hombre y del filósofo.

En toda la filosofía anterior a los conciliadores se daba, ya desde los primeros tiempos de Tales, una dualidad: la de naturaleza por un lado, y la de cosas por otro, realidad y apariencia, ser y seres, aunque esto último más como intuición

oscura que como planteo definitivo. Tal dualidad suscitaba de inmediato dos cuestiones fundamentales: cuál es la verdadera realidad tras las cosas que aparecen, y cómo se posibilita el cambio real desde aquella realidad a estas cosas. Heráclito proponiendo una realidad fundamental en esencial devenir estaba aparentemente más a punto para explicar la aparición y la desaparición de las cosas que pasan y que, en su primera superficie, se muestran como algo que realmente está pasando; Parménides, en cambio, adscrito hasta las últimas consecuencias a su concepción de la realidad fundamental como ser fijo, negará la posibilidad del cambio y, consecuentemente, la realidad de las cosas en cuanto tales. Fischer dice a este propósito apretadamente: "Así como del no-ser no puede salir el ser, así tampoco puede del no-ser-así salir un ser así".⁽¹⁾ Heráclito parecía negar la razón y la metafísica, Parménides la experiencia tal como se nos impone; los conciliadores con la ventaja de no estar sobrecogidos por el vértigo de los descubrimientos iniciales y personales, juzgan que ninguna de ambas negaciones es legítima. La cuestión entonces se circunscribirá a ver cómo se mantienen las posiciones positivas de Heráclito y Parménides evitando las conclusiones negativas de aquellas posiciones; se trata pues de una conciliación y no, propiamente, de una superación, que sólo hubiera sido posible en la percatación de que los conceptos básicos de Parménides y Heráclito eran, a pesar de su carga positiva, desacertados como conjuntos.

Ya que no son capaces de una auténtica superación no les quedaba en su modesto papel de conciliadores más que una explicación cuyo esquema general fuese éste: el ser debe tener las cualidades propuestas por Parménides; no se admitirá más devenir que el que sea conciliable con las cualidades exigidas por el ser. Sin embargo en esta dualidad que, inmanteniéndose como tal, intenta ser una unidad se

(1) La Filosofía presocrática, en el tomo Los Grandes Pensadores, Rev. de Occidente, Madrid, p. 84.

prepara el camino para la dualidad unitaria con que Aristóteles concibe la realidad por medio del acto y la potencia, la sustancia y el accidente, con lo que no sólo concilia sino que supera e indica la posibilidad formal de cualquier superación. Windelband sintetiza bien la solución general de los conciliadores: "Aunque invariables en sí los múltiples elementos del ser hacen comprensible, gracias al movimiento, el cambio y la pluralidad de las cosas".⁽²⁾ Dentro de ese esquema general van a plantearse las concretas soluciones posibles sólo diferentes en su concreción y no en el horizonte general que las comprende; seguirán una pauta a la que los filósofos en su mayor parte se sentirán siempre afectos y que Suárez usará continuamente en su formulación: "non sunt multiplicanda entia sine necessitate", no debe explicarse con más lo que puede explicarse con menos. Nietzsche razona profundamente la legitimación de tal actitud: "Habría que preferir la hipótesis que explicase el mundo existente con el menor dispendio de supuestos y medios, pues en ella habría un *mínimum* de arbitrariedad".⁽³⁾

Empédocles, nacido después de Anaxágoras, muere antes que él, aunque prácticamente son contemporáneos. Llenan ambos gran parte del siglo V, mientras que Demócrito entra ya cumplidamente en el siglo siguiente. De Empédocles dice Aristóteles (Met. I, 3) que es por su edad posterior a Anaxágoras, aunque por sus obras anterior; lo cual amplifica Hegel asegurando "que su filosofía es también anterior y menos madura que la de Anaxágoras en lo tocante al grado de madurez del concepto".⁽⁴⁾ Nietzsche, con todo, parece opinar lo contrario, enfocando la cuestión desde el punto de vista de la simplificación que antes expusimos.

Empédocles es, o se estima, un segregado de los demás. Su poema *Sobre la Naturaleza*, comienza con aquel verso

"Apartad de mi lengua, oh dioses, la locura de estos hombres", y en el otro de las Purificaciones dice "En adelante, seré para vosotros un dios inmortal y no un hombre mortal". En realidad, la gente le seguía como a un profeta capaz de mostrar el camino de la salvación en el orden personal tanto como en el político, y en él mismo debió de plantearse una seria crisis personal, como lo demuestran las diferencias fundamentales de estilo y orientación entre sus dos obras, de las que desgraciadamente no se sabe con certeza cuál sea el orden cronológico.⁽⁵⁾ La cuestión no fuera inútil, pues en ella podía ir entañada el sentido en que entendía Empédocles su función de filósofo científico y su posible conversión a una actitud religiosa que satisficiera mejor sus vacilaciones e inquietudes espirituales.

El esquema de su pensamiento puede trazarse a partir de los cuatro elementos que, impulsados por el amor y el odio, van estructurando cíclicamente el mundo. Dentro de este esquema y, en relación con él, debe introducirse su peculiar teoría del conocimiento. Al estadio representado por su libro de las Purificaciones hay que atribuir sus ideas sobre un mundo distinto de éste con el que debe juntarse sus concepciones de tipo ético y religioso. Pero tal esquema, si quiere ser entendido y valorado debe medirse desde el punto de mira y en el horizonte propios de Empédocles.

El punto de mira es el de la conciliación entre los sistemas anteriores dentro del plano expuesto antes; el horizonte es el peculiar de la especulación presocrática, circunscrita sustancialmente a lo cosmológico y con permanentes interferencias entre los campos de la física y la metafísica, dado que ni contaban con una teoría exacta de la abstracción ni, consecuentemente, podían precisar bien el grado de ser de las realidades metafísicas; hay, desde luego, un aspecto metafísico en la búsqueda real de un principio inmutable capaz de explicar el devenir y la plurali-

(2) Historia de la Filosofía, I. La Filosofía de los Griegos, Pallas, México-Quito, 1941, p. 103.

(3) Obras Completas, I, Aguilar, Buenos Aires, p. 383.

(4) Lecciones sobre la Historia de la Filosofía, Fondo de Cultura Económica, México, I, p. 288.

(5) Souilhé, J., L'Enigme d'Empédocle, Archives de Philosophie, vol. 9, cah. 3.

dad de lo que se nos muestra, pero la interferencia con el aspecto físico es ya patente desde su mismo planteo del problema: de qué cosas primordiales están constituidas las cosas derivadas. Claro que tal interferencia se ha repetido muy frecuentemente a lo largo de la historia de la filosofía, mientras las “ciencias” como tales no adquirieron un desarrollo adecuado, pero lo significativo es que se ha dado entre la cosmología y lo físico, lo cual nos indica que en Empédocles y los demás presocráticos la metafísica se reducía fundamentalmente a cosmología, haciéndose así imposible una verdadera metafísica general como doctrina del ser. No habían dado el paso último con lo que al penúltimo se le atribuía un carácter de ultimidad que no le era propio y que llevaba, en definitiva, a sus desarrollos doctrinales a ese hibridismo e interferencia que les es tan típico.

En el caso de Empédocles la atención primordial está dedicada a explicar este mundo de acá y no todo mundo posible; de él pregunta la unidad posible en su multiplicidad, unidad y multiplicidad que se plantea en el mismo plano de las realidades y que, por tanto, fuerza a la peculiar dificultad de conciliar contradictorios en un mismo plano y sentido, lo cual no es factible sino con cierto margen de ilogicidad. Este no reconocer más que un solo plano de realidad es lo que obliga, como a casi toda la especulación presocrática, a formular la cuestión de la unidad y la multiplicidad como una cuestión sobre el “origen” real de las muchas cosas a partir de una sola; con el agravante de que tras las doctrinas de Heráclito y Parménides se ha introducido ya en el problema una cuña metafísica sobre la verdadera condición de la realidad que no permite soluciones tan limpias y, también, tan simples como la de los primeros pensadores. Tenemos, pues, a Empédocles queriendo explicar la unidad de este mundo múltiple con el preciso enfoque de preguntarse por el origen de las cosas todas naturales a partir de unas pocas, las menos posibles. En esto último percibimos inme-

diatamente el paso decisivo a que ha obligado el esfuerzo filosófico de la bina Heráclito-Parménides, ya que antes de ella el origen de las cosas era una sola: agua, apeiron, aire, fuego...; en cambio, desde ellos, los presocráticos restantes acudirán a una multiplicidad como origen: cuatro elementos en Empédocles, átomos infinitos en Demócrito, homomoerías en Anaxágoras. Así es de implacable la historia de la filosofía.

Todos estos filósofos van admitir con Heráclito la presencia múltiple y variable de la realidad en lo que van a dar fe a los sentidos o a la experiencia intelectual de origen sensitivo; pero, por otra parte, van admitir con Parménides que lo que verdaderamente “es” tiene que ser inmutable, que todo cambio esencial es imposible. “No puede ser que algo nazca de lo que en modo alguno existe, y es inaudito que lo que es deba perecer, pues será siempre, llevésele adonde quiera”.⁽⁶⁾ “Insensatos. Ciertamente tienen un cerebro pequeño (dolijófrones) quienes piensan que llega a ser lo que antes no era y que puede morir y perecer totalmente lo que antes era”.⁽⁷⁾ Con esto estamos ya a un paso de entender el sentido de la solución propuesta por Empédocles: si se reconoce una multiplicidad real de seres; si, por otra parte, no se admite que pueda darse un cambio esencial de no-ser a ser o de no-ser-sustancialmente-así a ser-algo-sustancialmente distinto; si, finalmente, deben admitirse todos y sólo los elementos que se requieran y basten para explicar la realidad tal como se presenta, bastará con admitir el aire, el fuego, el agua y la tierra como realidades primarias e inmutables de las que por mezcla puramente externa y superficial resultan las demás cosas, que no son sino combinaciones en grado diverso de aquellos cuatro elementos primigenios, raíces de todas las cosas.

Cabe preguntarse todavía por qué eligió Empédocles cuatro elementos entre sí

(6) Citado por Fischer, I c., p. 86.

(7) Diels, Bll, citado por Fraile, Historia de la Filosofía, I, BAC, Madrid, p. 165.

irreductibles como principio y origen de todas las otras cosas, y por qué esos cuatro elementos fueron el aire, el fuego, el agua y la tierra. Conviene notar previamente que tales cuatro elementos permanecieron como principios, físicos siquiera, de todos los cuerpos en la estimación de los sabios hasta el siglo XVIII. Desde luego, esos cuatro elementos habían sido elegidos separadamente como principio de toda la realidad por sus predecesores: Tales, el agua; Anaxímenes, el aire; Heráclito, el fuego; Jenófanes, tierra. Quiere esto decir que si los antiguos, antes del valladar impuesto por Parménides, veían la posibilidad de explicar las cosas múltiples todas a partir de un solo principio que evolucionase intrínsecamente, al no admitir esta evolución intrínseca se veía forzado Empédocles a aceptar conjuntamente como principios, todos aquellos y sólo aquellos que fueran exigidos por la realidad múltiple enfocada bajo el presupuesto de la no mutabilidad esencial e intrínseca. La especulación anterior demuestra que tales cuatro principios tenían algo de tales, de originarios e irreductibles y, por tanto, dentro del presupuesto parmenideo no era posible el paso de uno a los otros; al haber aceptado conjuntamente el valor de la tradición y el valor del razonamiento parmenideo, y al haber añadido por cuenta propia que en el mundo físico tal como se ofrece no hay ningún ser que no pueda explicarse por mera combinación externa de aquellos cuatro primarios elementos, la conclusión obvia y racional era que tan sólo se daban y necesariamente se daban cuatro principios de todas las cosas. Si, además, de este razonamiento de tipo filosófico y de la propia experiencia como investigador de la realidad experimental, se juntaron en su decisión sugerencias de tipo mítico y religioso a partir de cosmogonías órficas, no habría por qué extrañarse dado el carácter de Parménides, mezcla de filósofo, poeta y hombre religioso. Afortunadamente para la autenticidad de los primeros pensadores, entendían ellos la filosofía tanto o más que como ciencia, cual una

forma perfecta e integral de existencia y vida.

Pero el principio fundamental de la inmutabilidad del ser propugnado por Parménides necesariamente debía llevar a ulteriores consecuencias: era menester desde luego para evitar toda mutabilidad esencial atenerse a unos cuantos principios originarios a partir de los cuales por una simple mezcla se explicasen todas las otras cosas; pero, además, era preciso buscar "fuera" de esos principios algo que les pusiese en movimiento sin el que no podría explicarse aquella mezcla. Ese movimiento no puede proceder, en efecto, de aquellos principios ya que esto implicaría introducir en ellos una intrínseca alterabilidad y diferenciación cualitativa; consiguientemente, aparece clara la pauta de la solución: el movimiento procederá de algo exterior a aquellos principios, y el movimiento no podrá entenderse como una mutación intrínseca sino como un desplazamiento de tipo local y cuantitativo.

Los principios de tal movimiento son expresados por Empédocles bajo la forma del Amor y del Odio. Obviamente, dada la índole poética, concretizadora del agri-gentino, junto con su observación de la realidad, debiera explicar las separaciones y uniones de aquellos cuatro elementos como un proceso en que alternativamente predominan el Amor y el Odio; por lo menos aparentemente y de ordinario, el amor une los hombres y las sociedades, mientras que el odio los separa. Pero este no es un razonamiento suficientemente profundo ni filosófico. En la aceptación de los cuatro elementos originales, raíces de todas las cosas sí se daba un ahondamiento de tipo filosófico así como en la aceptación del hecho de que por separación y juntura en diversas proporciones de ellos, tuvieran que resultar las cosas derivadas que son; pero como una metafísica así planteada choca necesariamente con la realidad, tiene que dejar de ser sí-misma, dejar de ser metafísica para revestir su desnudez e impotencia con imágenes vagas que si se hubieran ahon-

dado, hubieran dejado al descubierto los estrechos márgenes de la metafísica elegida como propia. “*Dos cosas te voy a enseñar; ya surge algo particular de la junta de muchos, ya se disocia de nuevo... y este cambio constante nunca cesa. Ya se reúne todo en uno en el amor, ya se separan las cosas particulares en el odio de la contienda*”.⁽⁸⁾ Después de haber visto bien la necesidad de fuerzas exteriores que pusiesen en movimiento local a las cuatro raíces, y haber intuido que hacían falta dos fuerzas porque de lo contrario o no habría más que un ser por la fuerza unitiva del amor o no habría más que aquellos cuatro primigenios que propiamente no son cosas sino principios de cosas por la fuerza disociadora del odio y entonces se negaría el hecho mismo de la realidad múltiple que se pretendía explicar y no negar, Empédocles no se hace la pregunta fundamental y verdaderamente filosófico: cual es la naturaleza de esas fuerzas. Esto es lo que llevaba probablemente a Hegel a decir que Empédocles “*parece entregarse más bien a la concepción real de las cosas, a un desarrollo más amplio de la filosofía natural o de la consideración de la naturaleza... Tiene más de poeta que de filósofo*”.⁽⁹⁾ Y poco después: “*En la representación de los cuatro elementos va implícita la exaltación de una representación puramente sensible al plano del pensamiento*”.⁽¹⁰⁾

Ya Aristóteles lo notó que, ante todo, no se puede decir sin más precisiones que el Amor sea la causa de la unión y el Odio de la disgregación porque ni siempre es así ni es posible una unión sin disgregación ni ésta sin aquélla. En efecto, el fuego pierde su unidad e identidad consigo mismo cuando impulsado por el amor se mezcla con lo otro; y, a su vez, cuando un ser se disgrega, los elementos primitivos de que constaba vuelven a perfeccionar su unidad. Además, como observaba el mismo Aristóteles, no se da una distinción precisa y permanente de los

cuatro elementos constitutivos de las cosas de un lado, y de otro las dos fuerzas impulsoras del movimiento y de la mezcla. Esto nos muestra bastante obviamente que Empédocles no se había detenido suficientemente en el estudio de la naturaleza de estas dos últimas: ¿son ellas mismas cosas? ¿son algo real, y no son cosas? ¿hay, pues, algo real que no proceda de las cuatro raíces de todas las cosas? El reconocimiento de la necesidad del hecho de la unión y disgregación, el haber colocado como causa de ese hecho una fuerza exterior sensibilizada o, mejor, expresada en el amor y el odio es justa implicación de sus premisas; pero, al mismo tiempo, es un *deus ex machina* que rompe la unidad del sistema, con lo que ese sistema se demuestra a sí mismo al menos como de bases insuficientes, incapaces de contener lógicamente todos sus desarrollos lógicos.

Una vez admitido este *salto* puede ya Empédocles completar su explicación fáctica desde un principio temporal a unos desarrollos también temporales que alcanzan hasta la realidad concreta que vivimos. Pero siempre permanecerá el margen de ilogicidad que viene obligado por ese *salto* y por ese no enfrentarse lógicamente con el sentido, la esencia y la trascendencia de esas fuerzas. Evidentemente para no caer en la disputa sin sentido de que fue primero el huevo o la gallina, Empédocles debía decidirse por un comienzo determinado en el que, de algún modo, predominase el Amor o el Odio; él se decide por situar como principio una Esfera en que estaban reunidos en su totalidad los cuatro elementos aunque de un modo inerte e informe sin explicitación concreta ni individualización. Mas no queda en claro si esta unidad relativa es resultado del amor o es, simplemente, el principio originario en el que el amor es el resultado, el efecto de la coexistencia de los cuatro elementos, ya que no se apela a un estado previo en que los cuatro elementos simples estuvieren disgregados y fuesen unidos posteriormente por el amor. En conclusión ni se justifica la separación posible inicial ni la unión afir-

(8) Diels, 17; Hirschberger, Hist. de la Fil., Herder, I, 26.

(9) I c., p. 290.

(10) ib., p. 291.

mada como principio, ya que los elementos son de por sí indiferentes y, por tanto, no pueden dar razón de una forma de ser determinada de cada uno en relación a los otros; si se afirmara una no-indiferencia según la cual el fuego de por sí repeliese a la tierra, entonces aparecería una razón intrínseca pero con menoscabo de la base del sistema que es la fijeza unitaria y sin quebraduras de lo que es ser original y originario.

No sería histórico ensañarse con Empédocles llevando hasta el extremo la posibilidad de contradicciones que su sistema pudiese encerrar, pero sí es aleccionador ver cómo su reducción de la metafísica a física, cómo la no trascendencia consecuente de sus categorías experimentales le han impedido llegar a una concepción cabal y coherente. Se dejó llevar de su índole experimentalista, mítica y concretizadora; le faltaba verdadero espíritu metafísico. De ahí que su pensamiento se resienta como el de todos aquellos que pretenden estructurar una metafísica, es decir, una visión última de la realidad sin salir de elementos próximos y determinados, cuales los proporciona la índole de la física. Esto último aparece patente en la explicación evolutiva necesaria para llegar desde un principio diferenciado apenas y prácticamente uno hasta la plena diferenciación y multiplicidad del mundo tal como se nos aparece. En Empédocles tienen los evolucionistas un predecesor muy de su línea.

Esta apelación al evolucionismo no está fuera de lugar, ya que también éste llevado por hombres de índole más científica que metafísica confunde a veces el plano de los hechos, con el de las razones últimas. Empédocles oscila entre ambos planos: propende a ser metafísico o, simplemente, filósofo cuando expone, en general, el esquema de la evolución como un proceso cíclico que pendularmente marcha del extremo en que reina el amor al otro en que predomina el odio y en que la unidad se pierde en una disgregación absoluta. La razón de esta marcha necesaria y cíclica, la propone al hablar

de una necesidad intrínseca, de una cierta ley que nos recordaría a Heráclito si tuviera algo de "logos". Propende a ser físico en la explicación desmenuzada de la aparición de los distintos seres que se le hacen presente, en donde sienta propiamente el precedente evolucionista.

En efecto, un evolucionismo sano se defiende en la explicación de las distintas realidades materiales a partir de otras también materiales pero más indiferenciadas estructurando así hipótesis cosmogónicas desde un enfoque más bien apriórico en cuanto no directamente experimental: de la Esfera se pasa al Cosmos; van ascendiendo el aire y el fuego para estructurar los cielos, van descendiendo la tierra y el agua para formar la Tierra; sigue la disgregación debido a la discordia, al odio. "*Si no hubiese Discordia entre las cosas, todas serían uno. Pero interviene la Discordia, y de ella proviene todo, excepto el Uno*".⁽¹¹⁾ A tal afirmación le impulsa la necesidad de superación filosófica que este científico tenía: de nuevo como en los restantes presocráticos la preocupación es recta, siendo desacertada la solución por las razones tantas veces expuestas arriba. Además no es posible resolver la cuestión cosmogónica del origen concreto del mundo desde bases exclusivamente filosóficas, ya que tal origen no es necesario en su determinabilidad; cierta fundamental cautela es imprescindible a físicos y metafísicos para no interferir en campos ajenos para los que no poseen categorías, hábitos ni medios suficientes.

Vuelve a imperar el amor. No dice por qué Empédocles sino que lo afirma como un hecho necesario, ya que sólo con el odio tendríamos una disgregación absoluta que es tan incompaginable con la realidad como la unión absoluta si es que sólo se diese el amor. En este sentido hay una razón deductiva pero que salta a lo último sin pasar por lo próximo, pero al mismo tiempo falta una razonable ultimidad ya que apelar a una ley necesaria es explicación demasiado fácil y poco pro-

(11) Aristóteles, Met. II, 4; Fraile, 1.º, p. 166.

fundizada. Y de resultados del imperio del amor, lo semejante se une con lo semejante: primero surgen los árboles que se alimentan de tierra, después se van unificando las distintas partes de los animales que surgieron separadas, cuyo resultado son los animales de los que han ido desapareciendo los informes hasta convertirse en la variedad y perfección maravillosa actuales. Claro está que aquí se procede por saltos y desorganizadamente, pero esto no quita la semejanza con el evolucionismo, ya que el problema es similar: cómo explicar desde un principio indiferenciado y material los seres actuales, hasta el hombre, tal como se nos manifiestan; y esto sin recurrir a ninguna intervención superior que distinga grados esencialmente distintos e intransitables. Pero esto mismo nos vuelve a señalar que en el problema del evolucionismo, falta consideración metafísica de un lado, y suficiente atención a la experiencia del otro: cuestión vidriosa de las relaciones entre *ciencia* y filosofía.

Hay, pues, en Empédocles un intento de sistema completo en el que se viene de una metafísica general hasta la consideración del hombre, una consideración poco humana, poco histórica. Es este un defecto que grava frecuentemente a la filosofía del hombre, cuando no se ha estructurado como consideración humana sino como aplicación de una metafísica general a lo diferenciado y específico del hombre. En realidad, la metafísica presocrática se ha suscitado evidentemente de la consideración del mundo físico material, la cual aplicada a la psicología específicamente humana es necesariamente deficiente. Punto este esencialísimo que si no se capta en su auténtico sentido histórico, imposibilita una verdadera intelección del hombre y aun una ciencia psicológica enfocada con elementos específicos suyos que estén enlazados con una metafísica general libre del lastre que supondría un origen exclusiva o primordialmente "natural", de mundo sensible. Claro que tal dificultad es mayor para quienes vienen de una actitud puramente cientísta y, por tanto, de enfoque puramente corporalista como sería

el caso de un evolucionismo estricto, entendido al modo moderno; en cambio, los presocráticos aun partiendo del mundo corporal procuraban como filósofos cierto grado de abstracción que podía liberarles del sentido más corporalista.

Respecto del hombre Empédocles inicia una psicología del conocimiento. De claro y recto sabor filosófico son aquellas frases: "*Con tierra conocemos la Tierra; con agua conocemos el Agua; con éter conocemos el divino Eter; con fuego conocemos el devorante Fuego; con amor conocemos el Amor; con discordia conocemos la Discordia funesta*".⁽¹²⁾ La explicación concreta será falsa, pero el principio de que lo semejante es conocido por lo semejante no deja de ser profundo y trascendente; y sucede lo mismo con el intento de explicación de la objetividad de nuestro conocimiento sensitivo a partir de emanaciones que viene de la realidad en busca de su sentido específico que, a su vez, sale en busca de lo que le es semejante.

El otro extremo requerido para, en unión con el hombre, explicar las obligaciones éticas de éste, es Dios. Empédocles no es pensador de una sola línea, y así como alternan en él las actitudes del filósofo y del científico sin llegar a una jerarquización mutuamente beneficiosa, también se aprecian en su pensamiento como en su vida la mezcla de su condición de profeta religioso y de pensador racionalista. Difícilmente podía él llegar desde sus presupuestos metafísicos a la idea de la divinidad; sin embargo, ésta se hace presente en su obra y en su vida. Esta presencia de la divinidad tiene su origen en influjos órficos religiosos y en la persuasión común que tan brillantemente había introducido Jenófanes en la filosofía.⁽¹³⁾ Generalmente, en estos primeros filósofos más que la exigencia racional de la existencia de un verdadero y único Dios se da un intento de explicar su naturaleza, supuesta incontrovertiblemente su existencia; esto hace que no se presente la divi-

(12) Diels, B109; la traducción es de García Bacca.

(13) Cfr. CULTURA, n. 11, pp. 26-27.

nidad como culminación de sus sistemas sino que va al lado de ellos aunque sí se le aplican unas características en consonancia con la propia filosofía.

Aristóteles parece entender que el Dios de Empédocles es la Esfera o estado inicial de los cuatro elementos reunidos y, que por tanto excluye la discordia e incluye en algún modo el amor.⁽¹⁴⁾ De nuevo estaríamos en una concepción panteística que confundiría a Dios con la Naturaleza de los presocráticos, es decir, aquel principio del que fluyen los demás seres pero de modo que el principio siga activamente constituyéndolos. Y se ve bien el motivo de tal confusión: se da una semejanza entre la idea de Dios y la de Naturaleza en cuanto ambas se conciben como principios fundamentales de los que proceden y a los que se subordinan todas las cosas; pero no se aprecia la radical diferencia que se da en la procedencia y en la subordinación de las cosas respecto de Dios y respecto de la Naturaleza; no está aún preparada la filosofía ni el filósofo para precisar el sentido de Dios y de la Naturaleza. Por eso, aunque ya Empédocles rechaza una consideración antropomórfica de la divinidad, sigue enfocándola bajo un panteísmo materialista que patentiza cuán basto era aún su pensamiento filosófico.

De nuevo en la ética da un salto Empédocles si no respecto de su forma de ser que ya dijimos se presenta como combinación de filósofo, científico y religioso, sí respecto de su sistema filosófico, aunque obviamente se interpretan estos nuevos principios ético-religiosos a la luz de las propias consideraciones filosóficas. El salto, sin embargo, subsiste, por cuanto su ética no se deduce de su metafísica sino que es una acomodación de elementos órfico-pitagóricos interpretados a la luz del Amor y la Discordia: se da una preexistencia de las almas —concepto éste oscuro y aun confuso en Empédocles—, una caída de las almas a este mundo, una purificación por sucesivas transmigracio-

nes, y una vuelta a un estado primitivo feliz cuya esencia no se ahonda. De tal concepción se deducen ciertos preceptos morales que intentan facilitar la purificación y liberación definitivas. A cuya luz se justifican; el pecado y la falta son estimados como tales más por la íntima y general persuasión de que son tales, que por un razonamiento.

Sin embargo, Empédocles no agotó cualquier posible conciliación de Parménides con Heráclito, de la unidad y la multiplicidad, de la permanencia y la mutabilidad; al problema trajo él una actitud más de científico que de metafísico, con lo que la solución se resiente precisamente por su falta de metafísica como repetidamente se concluye de la exposición de sus doctrinas tanto en la falta de profundidad y ultimidad como en la ausencia de una suficiente abstracción y diferenciación de planos en la realidad. Aristóteles, por ejemplo, dice de él: “habla como si el cambio fuese necesario, pero no asigna causa a esta necesidad”.⁽¹⁵⁾ Hablar de un majestuoso juramento entre el amor y el odio es una explicación más aparente que real. Frente a él, dentro de su línea y su filiación parmenideo-heracliteana, pero con un vigor metafísico muy superior, surge Anaxágoras (500-428). Son bien conocidas las alabanzas con que Aristóteles le enfrentó al resto de los presocráticos: “Cuando hubo un hombre que proclamó que en la naturaleza... había una inteligencia, causa del concierto y el orden universal, pareció que este hombre era el único que estaba en pleno uso de su razón, en desquite de las divagaciones de sus predecesores”.⁽¹⁶⁾ Y aunque no todo son alabanzas ni en el mismo Aristóteles ni en Platón o Hegel, pues aquel en cierto sentido sistemático lo pospone a Empédocles, y éstos con aquél le achacan el poco uso y desarrollo a que llevó su adquisición más original, esto no impide en que se le pueda considerar como un hombre genial que, por vez primera, introduce en la filosofía una luz definitiva,

(14) Obras Completas, Anaconda, Buenos Aires, II, p. 98-99, en el libro III de la Metafísica.

(15) ib. p. 99.

(16) ib., libro primero, 3. p. 55.

abre una dirección profunda y nueva que requerirá perfeccionamiento pero no sustitución.

Como tipo humano tiene Anaxágoras profundas divergencias con su coetáneo Empédocles pues lo que éste tiene de actitud vital compleja: científico y filósofo, poeta y religioso, tiene aquél de puramente contemplativo intelectualista de la realidad. De él se refiere que, preguntado para qué había nacido, respondió: para contemplar el cielo y el orden del Cosmos; porque no mostraba demasiada pasión por su patria, que tampoco la demostró por él, le achacaban desamor; él les dijo que su patria era el cielo y en ella estaba su verdadera preocupación. La muerte de su hijo no le apesadumbró históricamente porque sabía que lo había engendrado mortal; tampoco el repudio de sus conciudadanos —de una camarilla de ellos, los envidiosos y descontentadizos que persiguen a los filósofos— le aterraba, porque desde todas partes la distancia al Hades es la misma. Esa profunda contemplación le parecía la forma más adecuada de poseerse a sí mismo y libertarse. Es significativo que tanto él como Sócrates dedicados exclusivamente al pensamiento y al enjuiciamiento de los contemporáneos y su situación sin entrometerse en la política ni en ocupación alguna lucrativa, acabaron acusados y condenados por quienes se consideraban instauradores de la democracia; no obstante, Anaxágoras no alcanzó la limpidez y la firmeza, la religiosidad y la seriedad consecuente hasta el heroísmo de Sócrates.

En filosofía su problema fundamental es el mismo que el de Empédocles: hay que admitir con Parménides la inmutabilidad del ser; hay que fiarse de los sentidos y admitir la pluralidad de los seres. ¿Cómo conciliar ambos extremos? A su mirada metafísica le pareció pobre el esquema con que su predecesor había intentado la conciliación: cuatro elementos primigenios puestos en movimiento por dos fuerzas que van logrando mezclas distintísimas en su apariencia. El problema así enfocado no podía resolverse satisfac-

toriamente pues sus presupuestos adolecían de inexactitud y confusión; sólo restaba ir puliendo la solución hasta demostrar con los hechos y las consecuencias absurdas que se estaba avanzando a partir de presupuestos inadecuados. Sin embargo, su situación no es exactamente la misma en la que se había hallado Empédocles pues precisamente éste y su obra habían cambiado el horizonte mental de la filosofía. Desde él se vislumbra la posibilidad de que la naturaleza, la realidad radical y fundamental puede ser un principio múltiple; para determinar concretamente tal principio se apunta a la idea de “elemento” cualitativamente irreductible que, componiéndose o, mejor, mezclándose con otros, constituye la aparente diversidad que conocemos; se abre así la secular solución mecanicista que explica el universo físico a base de movimientos locales extrínsecos.

Ante esta nueva situación Anaxágoras se ve forzado a establecer dos correcciones fundamentales al sistema de su predecesor: sustituye los cuatro elementos por las homeomerías, e introduce el concepto capital de una Inteligencia promotora y rectora del universo.

La primera corrección viene reclamada por mayor profundización de unos mismos presupuestos. Anaxágoras se persuade de que tan gran diversidad con que se nos presenta el mundo no puede surgir de cuatro elementos que en su filiación parmenídea impiden un cambio sustancial y no permiten sino mutaciones locales. Era imposible a un temperamento metafísico creer que el puro movimiento local fuera razón suficiente para transformar los cuatro elementos en la diversidad tan maravillosa del mundo real. Supuesto, además que del no-ser es imposible que se origine el ser como del ser el no-ser, Anaxágoras se atiene a dar ser y a dar tal-ser a todas las cosas que lo vayan a tener, un ser germinal que no necesitará más que un desarrollo cuantitativo y mecánico —único inteligible dentro de sus presupuestos— para alcanzar su ser perfecto y aparente.

Tiene, por ejemplo, este planteamiento con que determina y concretiza su pregunta fundamental ante la realidad: "*Cómo es posible que de lo que no es pelo salga pelo y carne de lo que no es carne?*".⁽¹⁷⁾ Desde luego él ve que no será necesario proponer tantos principios como cosas distintas aparecen sino los que correspondan a materias simples, es decir, aquellas que por más que se dividan —con la división tan relativa para la que estaban capacitados— los cuerpos siguen presentándose como cualitativamente idénticas entre sí y con el todo del que proceden; pero eso sí exigirá tantas materias simples como se requieran para evitar cualquier cambio sustancial sin dejar de explicar toda la evidente diferenciación cualitativa de la realidad. Bajo la fuerza de esas consideraciones concluye que, primero existe una multitud de primigenios elementos pequesísimos pero divisibles en partes cualitativamente idénticas, unos distintos de los otros, incapaces de toda alteración en sí, inertes a pesar de sus cualidades diferenciativas, inconscientes y eternos; segundo, en cada cosa de las que se nos aparecen existen todos los elementos aunque nos muestre fundamentalmente la cualidad de aquellos que en ella predominan: "*todo está en todo*".⁽¹⁸⁾

A esa multitud de elementos llamó Anaxágoras simientes y constitutivos de las cosas (spérmata y jrérmata), Aristóteles homeomerías. La primera denominación es clara; la aristotélica trata de aclarar la naturaleza de esos elementos como algo que por más que se divida sigue siendo cualitativamente idéntico. Si el pelo es pelo y la carne es carne; si, además, de lo que es no-pelo es imposible que salga pelo se concluye que en el alimento que hace crecer el pelo y aumentar la carne debía estar precontenido el pelo y la carne; si, finalmente, extremando las cosas todo puede convertirse en todo, la conclusión de Anaxágoras debe ser mantenida: todo está en todo. Son pues principios ló-

gicamente deducidos de presupuestos discutibles.

Quedan dos cuestiones fundamentales una vez admitidas las homeomerías: cómo y por qué se juntan hasta formar cosas determinadas; quién imprime el movimiento necesario para que se junten tan determinada y ordenadamente.

Anaxágoras, por lo que respecta a la primera cuestión, había respondido ante todo que "*aquello de lo que hay mayor cantidad en una cosa, por lo que más claramente es cognoscible, eso es y eso fue cada cosa en particular*".⁽¹⁹⁾ No se trata tanto de una explicación como de una posición, aunque de particular importancia: lo que da el ser a la cosa es lo que le hace cognoscible y, consecuentemente, es cognoscible la cosa en cuanto hay facilidad de dar con su verdadero ser por cima de aquello que se le adhiere y que de suyo, no es capaz de deformar su aparienciabilidad. Al asegurar tal paralelismo entre la manifestabilidad en sí de las cosas y la inteligibilidad por parte del sujeto dependiente de la realidad, se sostiene decididamente un firme realismo y una constante confianza en la objetividad de nuestro conocimiento; de ningún modo le es valedera la posición de Parménides que niega como pura apariencia lo que es inconformable con su estrecha metafísica. Como dice Nietzsche hablando de la realidad del cambio: "*si la arrojamos por la ventana, vuelve a entrar por el ojo de la cerradura*".⁽²⁰⁾ Pero antes de que en las cosas se diera mayor cantidad de homeomerías, qué era de éstas?

Es preciso admitir un estado previo caótico y, al mismo tiempo, inerte; esto quiere decir que si se requiere un movimiento para salir de tal estado y que el resultado final es un espléndido cosmos, está claro que se debe admitir un principio de movimiento distinto de las homeomerías, un principio capaz de ordenar. Tenemos así respondidas en bloque las dos cuestiones que se le planteaban a Anaxágoras, de las que la primera es co-

(17) Diels, 59B10.

(18) Diels, B9; Fraile, 1 c., p. 175.

(19) Diels, 12, Hirschberger, 32.

(20) 1 c., p. 368.

mún en planteo y solución a la de Empédocles, pero la segunda es profundamente original: las cosas —aquí Empédocles— se originan y desaparecen por agregación o disgregación de las homeomerías; pero el amor y el odio —aquí la profunda divergencia con su predecesor— no son capaces lo que Hirschberger llama “*unidades de sentido, las totalidades y los complejos de orden y de fin*”.⁽²¹⁾ Ambas preguntas y problemas se solucionan en el hallazgo espléndido del *Nous*, de la mente, del espíritu que trata de explicar honda y metafísicamente no sólo el hecho del movimiento sino su razón, su origen y significado que exige trascenderse a sí mismo.

El movimiento, en efecto, sí produce resultados tan ordenados y armónicos como los del “cosmos” implica una causa del movimiento y una causa inteligente. Anaxágoras no se queda en este planteamiento sino que sitúa en la misma *Nous* la causa inicial del movimiento y la causa del orden con lo que alcanza a una nueva forma de causalidad. La base de la que arrancó esta nueva solución la sitúa Nietzsche en una experiencia común a todos los hombres pero de la que Anaxágoras fue quien sacó primero su trascendencia metafísica: las representaciones no sólo se mueven a sí mismas con lo que demuestran que la causa del movimiento está dentro de ellas, sino que mueven a lo que no son ellas mismas: al cuerpo. Con lo que podía llegar a la conclusión que el principio del movimiento corporal podía situarse en algo que fuera de la misma naturaleza que las representaciones.⁽²²⁾ De ahí la aparición de la *Nous* que, por otra parte, por su misma naturaleza racional podría ser la explicación adecuada del movimiento ordenado y finalista.

La trascendencia de este hallazgo es, pues, enorme, tal que puede considerarse como una de las piedras miliare de la filosofía, una adquisición para siempre que diría Tucídides, y una dirección por

la que debiera avanzar la auténtica filosofía perenne: hasta entonces los filósofos habían ido señalando los principios y causas constitutivas de las cosas dando la primacía y casi el exclusivismo a los principios de orden sensible e indeterminado en el sentido de que no se atendía a la totalidad formal y a lo determinante si no es en el caso de los pitagóricos; también se había hecho mención con bastante claridad ya en Heráclito y Empédocles a principios eficientes como causas del movimiento. Pero aún no se había alcanzado el concepto de causalidad final, pues si es cierto que Heráclito la prenuncia con su *logos* y que Anaxágoras no alcanza a medirla en toda su trascendencia ni a aplicarla constante y consecuentemente, no obstante con este último, por la misma formulación de su problema, se llega al planteamiento claro y filosófico de la necesidad de una causa inteligente, ordenadora y finalista.

Además de la finalidad, la *Nous* de Anaxágoras apunta a un nuevo tipo de realidad distinta de la materia: el *espíritu*. Todavía él no es capaz de diferenciar ambas realidades entitativamente, pero ya reconoce su esencial distinta forma de comportamiento; de ahí que se le vea vacilar en la determinación del ser propio de la *Nous*: unas veces la caracteriza como la más pura de las sustancias pero siempre en su misma línea; otras, en cambio, sostiene que es “*autocrática, y no está mezclada con ninguna cosa, sino que está sola por sí misma*”.⁽²³⁾ Lo cual hace que los comentaristas se escindan en su interpretación negándoles unos la entidad espiritual y concediéndosela otros; tal como se presentan los textos se debe concluir que Anaxágoras intuyó la entidad del espíritu como independencia intrínseca de toda materia pero no fue consecuente con esa intuición fundamental cayendo, por lo menos, en expresiones que la confunden entitativamente con la materia a pesar de que en el *comportamiento* que la atribuye ya anuncia una forma de ser estrictamente espiritual. En efecto,

(21) 1 c., 33.

(22) 1 c., p. 369.

(23) Diels, B12, Fraile, 177.

para él la *Nous* es ya una actividad que se determina a sí misma de una forma independiente y que sigue siendo *si-misma* a pesar de su actividad; capaz de determinarse por un fin que se lo plantea a sí mismo intelectualmente; capaz de orientar las demás cosas a través de un movimiento con orden y finalidad; capaz de conocer y determinarse libremente.

Finalmente su hallazgo de la *Nous* le lleva a una purificación sustancial del concepto de divinidad aun sobre los logros ya obtenidos por Jenófanes: un único ser, infinito, libre, potentísimo, purísimo y no mezclado de materia, conocedor de todo y ordenador de todo este mundo armónico y admirable. Para él ni el sol ni la luna podían considerarse como dioses sino sencillamente como conjuntos incandescentes; de ahí que, si bien su concepción no es perfecta tanto por no ser suficientemente espiritualista como por ser excesivamente inmanentista, el progreso es indudable y significativo.

Una vez aceptados los dos extremos; homeomerías y *Nous* ya cuenta con elementos suficientes para explicar este mundo y su formación. Inicialmente se admite una multitud innumerable de homeomerías; en un punto de ese caos introduce la *Nous* un impulso que imprime un movimiento en forma de torbellino debido al cual lo semejante va compaginándose con lo semejante pero siempre de modo que todo esté en todo, principio que no está lógicamente establecido en cuanto a su pleno absolutismo si es que Anaxágoras no admitía que de cualquiera de los cuerpos pudiera pasarse a cualquiera otro distinto. Aceptado este primer movimiento que se regula conforme a leyes mecánicas, la *Nous* se retira pues es ya innecesaria; esto supone una limitación en su sistema, pero no tanta como se le suele atribuir desde los comentarios de Platón y Aristóteles, ya que no es inferior sino superior inteligibilidad que la *Nous* desde un principio adornase al mundo con todos los prerequisites que fueran necesarios para su evolución armónica. Pero lo que no se acaba de percibir claramente es si

la *Nous* de Anaxágoras tiene tanta trascendencia metafísica como para poder concluir que todo el mundo sea racional, esté estructurado finalísticamente de modo que, si no llegue al mejor de los mundos sensibles, sea un mundo plenamente inteligible en el que cualquier deficiencia esté ordenada a un fin y bien superior.

Ahora bien en esto puede cometerse un abuso por ambas partes, tanto por la de Anaxágoras como por la de sus críticos. El exceso de Anaxágoras radicaría en concluir una finalidad absoluta y abstracta habiendo observado tan sólo un orden en general y, más concreto y probativo, en parcelas determinadas del mundo; el exceso de sus críticos, principalmente de Sócrates en el *Fedón*, al que propenden los griegos con un racionalismo y mundo o antropo-centrismo muy marcado, consiste en exigirle al que sostuvo la inteligibilidad y ordenamiento del mundo que explique con su mente necesariamente limitada, las finalidades concretas de seres que son necesarios en cuanto carecen de libertad pero cuya actuación y finalidad no puede ser formulada a priori por cuanto admite diversas posibilidades independientes de su esencia al menos en parte por lo que se refiere a su actuación y aun a los fines concretos. Sócrates ni Platón podían entonces prever a qué excesos anti-científicos podía llevar su teoría de lo mejor visto y comprendido por el hombre, y de la finalidad apriorica que no cuenta con el estudio experimental y detenido de las leyes tal como la ciencia de los últimos siglos viene realizándolo. Tuvieran razón si Anaxágoras hubiera identificado la *Nous* con la mente de cada hombre, es decir, la divinidad ordenadora con la inteligencia reproductora lenta y balbuciente del orden: tal presupuesto que implícitamente domina la crítica platónica no aparece en el pensamiento de Anaxágoras, que quizá con espíritu más moderno no mete fines conocidos donde la mente humana no alcanza sino causas de tipo inmediato y físico; el ejemplo que el mismo Sócrates aduce de la razón de

su estancia al borde de la muerte que no se explica por el estado de sus músculos y huesos sino, en definitiva, por su libre determinación, nos muestra en su paso imperceptible de lo natural a lo humano que su argumento no prueba sino contra la ciencia del hombre, y que ya la filosofía ha cambiado de signo en su época convirtiéndose de especulación sobre el mundo en reflexión sobre el hombre. A lo más en el pensamiento de Anaxágoras la mente humana no pasa de ser una participación del *Nous* que no agota sus medidas.

Lo que el filósofo de Clazomene ha traído a la filosofía perenne es, pues, de un valor extraordinario más, desde luego, por el capítulo de la *Nous* que por el de las homeomerías aunque también por éste como veremos en Demócrito. En lo que antecede queda su valoración; resta tan sólo señalar el equilibrio maravilloso entre su personalidad metafísica y su personalidad científica. A tal equilibrio debe atribuirse ese general sentido de contención que le hizo detenerse para no llevar su hallazgo del finalismo hasta extremos que, si son en sí válidos, desbordan la inteligencia humana, por lo que debe atribuírsele una suprema elegancia intelectual hecha de intuición profunda, poder arquitectónico, vigor sintético y comedimiento equilibrado que le condujeron a esa solución finalística tan universal y, al mismo tiempo, tan moderada.

Demócrito, sin embargo, va a arrinconar como una vía falsa la concepción finalística de su predecesor jónico. Era muy posterior a él (ca.460-370) aunque sus vidas se emparejan alrededor de treinta años; lo mismo que Empédocles y Anaxágoras, Demócrito llega a la filosofía con una extraordinaria preparación científica, superior a la de aquéllos en extensión y profundidad, pero impulsada por el mismo afán de encontrar una visión orgánica y última del mundo, sus hechos y sus apariencias en que pudiese descansar la preocupación de ciencia una y última tan típica del temperamento filosófico. Paralelamente corren, asimismo,

los lineamientos de su problemática filosófica, lo cual fuerza, en parte, a una semejanza fundamental en las soluciones: es preciso conciliar la inmutabilidad del ser con la pluralidad y movilidad de las cosas, siempre entendiendo que tal inmutabilidad y pluralidad deban darse en un mismo plano de realidad o de consideración ontológica, y que todo el ámbito del ser necesitado de explicación es el de este mundo de acá, tal como los sentidos lo ofrecen a la mente. Este punto de arranque era común a los tres conciliadores, pero mientras Empédocles en parte y Anaxágoras plenamente se veían forzados a trascender este mundo corporal, precisamente para explicarlo tal como es, Demócrito intentará su solución sin salirse de este mundo con lo que, en mayor medida, se verá forzado a reducir su pensamiento a una filosofía de la naturaleza y aun a simples explicaciones de índole física.

Demócrito va a atenerse más que ningún otro al pensamiento fundamental de Parménides del que tan sólo se apartará lo indispensable para poder explicar la pluralidad y diversidad de este mundo: si el ser es inmutable mal se le puede considerar ya en su mismo origen como cualitativamente determinado sea en forma de cuatro elementos, sea en forma de homeomerías; era necesario salvar, al menos, la unidad cualitativa del primer principio, de la naturaleza si es que como a tales se les aplicaba por antonomasia el concepto de ser. Pero al estar pensado este "ser" concretamente por confusión del orden físico con el metafísico e imposibilidad de llegar a un pensamiento general que no fuese coaccionado por el paralelismo entre la mente y la realidad propugnado por Parménides, Demócrito tiene que preguntarse por la *naturaleza*, por la determinación esencial que pueda competir a ese primer principio; reflexionando sobre la realidad, esa realidad trunca y material que es el único dato inmediato de nuestros conocimientos primarios, se ve forzado a caracterizarla como cuerpo y extensión. Consecuentemente si esa realidad se

ha derivado de su principio sin ninguna inmutación de éste, ese primer principio debe ser estimado, a su vez, como cuerpo y extensión. Su discurso y su actitud preñan ya el pensador de corte experimentalista-sensualista sin más horizonte que las cosas físicas experimentadas por él y presupuestas implícitamente como las únicas existentes; el contraste con la preocupación teleológica de Anaxágoras es violentísimo y señala paladinamente la desviación y la cerrazón en que caen los demasiado atentidos a lo próximo y experimentable.

Pero si se debe salvar la inmutabilidad intrínseca del ser, es necesaria también una explicación conciliatoria de la pluralidad y diversidad de las cosas. En el artículo anterior quedó anotado el paso en falso que dio Parménides cuando concretizó y sensibilizó su ser uno en la esfera compacta; enfrentándose con esta esfera más que con la consideración metafísica del ser, Demócrito no ve dificultad en que se pulverice en una infinitud de elementos: los átomos. Efectivamente lo extenso debe ser divisible; esta erosión del pensamiento parmenideo era necesaria, puesto que hasta entonces ningún pensador había traído a la palestra intelectual suficientes razones como para negar tranquilamente la existencia del mundo tal como en lo fundamental se nos presenta.

Desgraciadamente no se conservan ni siquiera suficientes restos de la prodigiosa fecundidad de Demócrito como para poder seguir en detalle las razones de sus proposiciones que en lo fundamental se reducen a tres por lo que toca a la explicación de lo múltiple a partir de lo uno: —existe el ser en forma de una multitud infinita de átomos sin más determinación o diferenciación que su figura, magnitud, peso y situación; —existe el no-ser o vacío pues sin su presencia es imposible el movimiento que, a su vez, es necesario para explicar la pluralidad actual de las cosas; —ese movimiento necesario no ha venido a los átomos desde fuera sino que es una propiedad esencial e intrínseca que les es propia. A su parecer no se

requieren más principios para explicar el mundo que a él se le enfrenta y que cierra su horizonte mental.

La inmutabilidad de los átomos sin determinación ni diferenciación cualitativa que diversificara sus esencias, es decir, su ser, el ser, venía exigida por su adscripción a la metafísica de Parménides, porque de lo contrario el ser sería esto y lo otro, es decir, sería y no sería, lo cual es imposible. La pluralidad de los átomos y su naturaleza de átomos, esto es, de indivisibles venía exigida por sus personales reflexiones: alguna pluralidad, en efecto, se requería para explicar la diversidad existente; evidentemente no podían ser cuatro elementos porque con cuatro elementos idénticos cualitativamente era imposible entender la realidad múltiple. Tenían, pues, que ser muchos; cuántos? Indudablemente en su concepción metafísica no podía decir un número determinado, para lo que no habría razón alguna; de ahí que su respuesta sea un número infinito en el sentido de innumerable e indeterminado: la infinita variedad que contemplamos no puede suscitarse sino de una innumerable diversidad inicial que permita sin ningún cambio esencial armar figuras tan diversas. Ahora bien, esas semillas de cosas, que son esencialmente cuerpo y extensión, plantean la cuestión de su divisibilidad; pero para no caer en las mallas de Zenón, es preciso detener la divisibilidad en algún momento si no se quiere perder uno en las paradojas levantadas por aquél: de ahí nacen los *á-tomos*, los *in-divisibles* que por su pequeñez y dureza no permiten ulterior división física. En conclusión, tenemos los átomos, llenos, compactos sin poro ni hueco alguno, homogéneos, cualitativamente idénticos en cuanto carecen de toda cualidad, inalterables en sí: se requería divisibilidad porque se trataba de cuerpos y había que habérselas con la pluralidad; se requería indivisibilidad porque, de lo contrario no podría lograrse un cuerpo y una extensión; le es imposible al ser toda intrínseca mutabilidad. La conclusión es obvia: la atomística democritea.

Mas no bastaba con tales átomos si no se admitía como algo real el vacío, porque aún no se había alcanzado la peregrina idea cartesiana del movimiento circular en un espacio lleno. Se da realmente el vacío porque sin él es imposible el movimiento, la diversidad de las cosas, su distinto peso a tamaños iguales. Con todo, la formulación metafísica de este razonamiento físico es totalmente desmesurada si es que la ponderamos conforme a nuestras medidas: no menos existe el no-ser que el ser; pero no lo es si la proyectamos ante la pantalla que enmarca el pensamiento de Demócrito: el ser de Parménides concretizado en una esfera maciza. A los átomos les había atribuido, en pequeño y en pluralidad, las mismas características que al ser y a la esfera había concedido Parménides; pero Demócrito intuye que esa esfera no agota toda la realidad. Ciertamente los átomos son el *ser* porque realizan en sí con perfecta semejanza las propiedades que al *ser* le habían sido dadas; quien no cumpla con esas propiedades no puede llamarse *ser* sino que deberá apellidarse *no-ser*. Sin embargo no podrá negarse a este *no-ser* realidad si es que cumple con funciones reales, con lo que se alcanza a ampliar el concepto de *es* dándole mayor extensión y privándole de aquellas notas que, al determinarlo confusamente, le empequeñecían. No se ha salido con eso de un círculo físico pero se ha introducido una cuña que, al menos, permite pensar en una consideración metafísica y análoga del ser que libertaría al pensamiento de innumerables contradicciones. Ese es el módulo conforme al cual deben ser entendidas las palabras de Aristóteles: "*Leucipo y su amigo Demócrito admiten por elementos lo lleno y lo vacío, o, usando de sus mismas palabras, el ser y el no-ser. Lo lleno, lo sólido es el ser; lo vacío y lo raro es el no-ser. Por esta razón, según ellos el no-ser existe lo mismo que el ser*".⁽²⁴⁾

Una vez más se comprende por qué a los presocráticos se les ha calificado como

fisiólogos o físicos: ellos han reducido todo su problema original a la naturaleza, al mundo sensible aunque en su totalidad; ellos no han sabido trascender apenas a otros campos ya que cuando lo han conseguido se han encontrado forzados a entender lo que no era *este mundo* en función de él; ellos, finalmente, no han logrado separar la noción y realidad del *ser* de su verificación concreta en el mundo material, anegando así la metafísica en concreciones, singularizaciones sensibles y materialismos que cierran el horizonte e impiden el hallazgo de categorías no gravadas con sentidos tan alejados de la verdadera realidad humana y transhumana. De ahí que en el *no-ser* de Demócrito no pueda verse propiamente una sustantivación de la nada, porque ha olvidado el sentido general del *ser* en Parménides para ceñirse a la expresión sensible que de ese *ser* nos dio en la Esfera; olvido que no alcanza a la determinación de los átomos donde sigue ateniéndose al *ser* general y abstracto sino tan sólo a la calificación del vacío como *no-ser*. Ciertamente estas elucubraciones son hijas de un afán metafísico y, hasta cierto punto, trascienden la experiencia en cuanto que no son resultados experimentales sino conclusiones deductivas; pero esta deducción no sobrepasa el orden material y se refiere a un ser concreto: el átomo como realmente existente aunque no necesariamente como realmente separado de cualquier otro átomo. Tal determinación sensible de la realidad es la que imposibilita una concepción racional del vacío como algo real y, sin embargo, no corporal; por lo que o se trasciende el sentido corporalista aplicado a toda realidad ampliando así el concepto de ser, o no se amplía este concepto convirtiéndose entonces el vacío o no-ser en un cuerpo más sutil. Aún no estaba preparado el pensamiento para poderse enfrentar satisfactoriamente con el problema del espacio y sus múltiples posibilidades de explicación tales como las que han proliferado a lo largo de la historia de la filosofía desde un realismo exagerado al que parecen

(24) I c., I, 4, p. 57.

afiliarse Leucipo y Demócrito hasta una concepción plenamente subjetiva al modo de Kant, pasando por las que ven en él algo negativo o relativo o mental con fundamento en la realidad. El haber reducido la metafísica a filosofía de la naturaleza ha impedido a Demócrito enfrentarse con la auténtica cuestión de metafísica general que su solución del vacío planteaba. Aristóteles romperá nítidamente con tal estrechamiento del mundo dando respuesta distinta al problema del ser y a la explicación de las distancias, las presencias y los movimientos locales.

Para la explicación de lo real se necesitaba aún un tercer elemento que completase la labor de los átomos y del vacío. Ese tercer elemento es el movimiento que inmediatamente se manifiesta como real y que, además, es exigido como una hipótesis necesaria para explicar la diversidad compuesta a partir de los átomos simples. Inmediatamente surge la cuestión del origen del movimiento, de su principio; Empédocles lo había situado fuera de los cuatro elementos y Anaxágoras fuera de las homeomerías porque los unos y las otras eran indiferentes al movimiento. Frente a ellos, Demócrito lo sitúa *dentro* de los átomos como perteneciente a su esencia y, por tanto, tan eternos como los mismos átomos. En este punto señala Aristóteles en su *Física* que la eternidad del movimiento no le da licencia al filósofo para escamotear la cuestión decisiva: cuál es la razón de ser, el principio en su sentido más metafísico de ese movimiento. Y en esto tiene fuerza absoluta el apuntamiento aristotélico: la eternidad no está en absoluta contradicción con la contingencia; pero, tal vez, la fuerza sea más relativa cuando dice que Demócrito no se ha hecho cuestión del origen del movimiento, porque al haber apelado a un movimiento eterno nos ha dicho que los átomos eternos se mueven porque en su misma esencia tienen la razón de su movimiento; y si a Aristóteles no le ha chocado la admisión de unos átomos eternos sin movimiento, de unos átomos que tienen su ser *ab aeterno* y por sí mis-

mos, lógicamente no le debía chocar tan absolutamente la admisión de tales átomos moviéndose por sí mismos por juegos de atracción y repulsión de las masas. Sin embargo, el estagirita apreciaba mayor dificultad en el tránsito de la potencia al acto que en el conceder relativa aseidad a una materia increada.⁽²⁵⁾ No obstante es cierto que la tendencia de Demócrito es la de contentarse rápidamente con explicaciones reales pero no últimas por lo que, a las veces, más parece constatación de hechos que filósofo profundo de los mismos.

Con estos tres principios: átomo, vacío y movimiento explica Demócrito el origen del cosmos; en la concreción de la causa del movimiento vacila. En realidad, si todos los átomos son inicialmente iguales —y no hay razón alguna para que sean desiguales— con la misma extensión y el mismo peso cabría un movimiento rectilíneo pero el choque entre ellos parecería imposible, como juzgarán más tarde los estoicos. Mas Demócrito necesita del choque y lo admite originándose un torbellino que va juntando lo semejante con lo semejante —¿pero no era inicialmente todo semejante?— originando así la diversidad actual por las diferentes formas, posiciones y orden.⁽²⁶⁾

Todo esto sucede conforme una ley necesaria con lo que aparece injusta la acusación según la cual Demócrito explicaría el movimiento y el orden del mundo por la casualidad. Desde luego, él admite vigorosamente el influjo causal determinado, pero además junto con Leucipo exige que ese influjo y su correlato: el orden del mundo esté regulado por una ley inmutable que niega todo otro posible orden. Tampoco aquí es suficientemente profundo porque tal orden no tiene ninguna razón de ser necesario, sino que se refugia en un hecho que como tal no puede tener ninguna absoluta necesidad: “*Nada acaece sin plan, sino todo con sentido y con necesidad*”.⁽²⁷⁾ En última

(25) No todo el escolasticismo exige un motor distinto de la potencia activa en su paso al acto.

(26) Diels, 68 B 164; Aristóteles, I. c., pp. 57-58.

(27) Diels, 2; Hirschberger, 30.

instancia se reclama la ayuda del acaso ya que no puede presentarse un motivo racional del estado presente sobre cualquier otra posibilidad opuesta.

Con tales explicaciones parece que se explica el mundo y en realidad se explica dentro del campo no último que es propio de las "ciencias"; se atiende a lo experimentable, a lo palpable y de ello no se pregunta sino por sus constitutivos que agotan el todo en cuanto a su concreción material. Si no se requiere reconocer más realidad que esa y se admite la aseidad eterna de esa realidad, no hay efectivamente por qué sobrepasarla; pero la experiencia intelectual se enfrenta con otras realidades cuya razón de ser no estriba en los constitutivos materiales de las cosas que, como tales constitutivos, no poseen ninguna determinabilidad armónica y finalística; como observaba Platón por boca de Sócrates: "*Que se diga que si no tuviera huesos ni músculos y otras cosas parecidas, no podría hacer lo que juzgara a propósito, pase; pero decir que estos huesos y estos músculos son la causa de lo que hago, y no la elección de lo que es mejor, sirviéndome para ello de mi inteligencia, es el mayor de los absurdos*".⁽²⁸⁾ Lo cual si tiene fuerza contra Anaxágoras, la tiene contundente contra los que como Demócrito no ven sino las causas de orden material; Goethe, a su vez, le diría: "*Tienes ya en tu mano las partes; ay! falta ahora el lazo del espíritu*". Entendemos, pues, a Demócrito; apreciamos la razonabilidad de su posición dentro del estrecho margen experimentalista y no último que ha elegido para sus investigaciones; por eso, comprendemos también su fallo fundamental que consiste en cierta forma de positivismo, según la cual se confunde la filosofía con cualquier clase de ciencia con lo que, simplemente, se niega la filosofía. En decir lo que hay acierta generalmente Demócrito y, con él, los que siguen desahogada y científicamente los reclamos de la realidad manifestada; pero en asegurar que se da tan sólo eso que experi-

mentan adopta una posición injustificada y, en ese sentido, irracional y anticientífica. En él, como en tantos otros, el hábito científico y experimentalista le hizo sumamente perspicaz para lo próximo y parcial pero le obstaculizó el paso a lo último, a lo total, a lo formal y teleológico.

Como parte de todo este mundo explicado a partir de los átomos, el vacío y el movimiento se encuentra en esa cosa singular que llamamos hombre. Demócrito, como nuestros modernos científicos materialistas, no aprecia en él ninguna diferencia sustancial respecto de las demás cosas; disgregado el hombre no encontraríamos en él más que un conjunto de átomos que entitativamente no difieren de aquellos en que se disgregarían los demás objetos; en lo único que difieren es en la disposición de los átomos. A Demócrito no le espantaba explicar diferencias tan sustanciales como aparecen efectivamente entre los distintos grados de ser, por medio de diversidades tan ligeras como las posibles en el orden de la colocación de unos mismos átomos; verdaderamente el positivismo obceca la mirada metafísica y achata los horizontes mentales.

Tal diversidad aparente no le dejaba tranquilo a Demócrito; de ella no admitirá sino lo que sea conciliable con su metafísica, reducida a filosofía de la naturaleza como vimos. Y, en consonancia con esa teoría por intentar dicha conciliación, estructurará un esbozo de psicología del conocimiento.

Ante todo, como cualquier otra teoría que no esté en armonía con los datos del sentido común, se verá forzado a enfrentarse con la discrepancia entre lo que los sentidos anuncian y lo que la razón prueba en la propia filosofía. Esto siempre lleva a cierto género de escepticismo. de impotencia en el dominio de la realidad: "*En verdad, no sabemos nada de nada, y cada uno recibe las opiniones del exterior*". "*Es imposible conocer la verdadera naturaleza de cada cosa*". "*No sabemos nada; la verdad está en lo profundo*".⁽²⁹⁾

(28) Fedón: Hegel, I. c., p. 317.

(29) Diels, B7, 8, 117; Fraile, 184.

No hay que entender estas frases como profesión de escepticismo doctrinal, ya que un escéptico doctrinal no estructura un sistema como el democriteano; en ellas debe verse una introducción a la verosimilitud de sus ideas por más que choquen con las apariencias; así nos dirá que si lo cualitativo como lo dulce y lo amargo, lo caliente y lo frío es *opinión*, los átomos y el vacío constituyen la *verdad*.⁽³⁰⁾ En ellas debe estimarse asimismo una preparación de su postura negativa ante aquellas cualidades que no se concilien con su metafísica. Es aquí donde tiene lugar su teoría que en interpretación más moderna se puede caracterizar como de cualidades primarias y secundarias o comunes y propias.

En tal concepción puede apreciarse un afán de objetividad por encima de las vacilaciones de la opinión: si lo dulce y lo cálido, por ejemplo, no es para todos del mismo modo dulce y cálido, ni siquiera lo es para uno mismo en diversos estados, puede concluirse que lo dulce y lo cálido son más bien interpretaciones subjetivas que realidades objetivas; es, en definitiva, la razón quien debe criticar al sentido sin dejar que éste avasalle despóticamente a la razón. Una vez más surge la oposición entre un mundo sensible y un mundo inteligible que llevará hasta la extremada interpretación platónica y, mucho más tarde, a la aun más excesiva de los idealistas. Si juntamos, pues, los presupuestos metafísicos que niegan la posibilidad de cualidades diversas a las observaciones epistemológicas sobre la relatividad de las mismas; y, por otra parte, consideramos la armonía existente entre dichos presupuestos por lo que tocan a la existencia de lo corpóreo y cuantitativo con lo que la experiencia de distintos sentidos sobre ese carácter cuantitativo, entenderemos por qué Demócrito califica las cualidades específicas de cada sentido como interpretaciones subjetivas de algo puramente mecánico, mientras que estima como algo realmente objetivo las sensaciones avaladas por el mensaje de diversos

sentidos referentes a la extensión y al movimiento local. Los mecanicistas modernos no han tenido así que procurar excesiva originalidad para sostener proposiciones en un todo parecidas a las de Demócrito.

Queda aún otro aporte al pensamiento universal en su doctrina psicológica de la sensación: la teoría de las *eidola* o imágenes. Habiendo reducido el alma punto menos que a la materia más crasa, era menester interpretar sus operaciones de forma desnudamente mecanicista: así serán los objetos quienes envíen de sí un como mensaje material sutilísimo que penetra los sentidos a través de los poros y justifica tanto la efectividad como la objetividad del conocimiento. A pesar de la pésima interpretación que esto supone de la vida cognoscitiva, puede verse en ello un prenuncio de la especie impresa.

Con tales presupuestos carece de sentido hablar de aspectos éticos y teológicos. De ahí que lo referente a esos apartados filosóficos tenga en Demócrito un claro carácter marginal sin lógica orgánica ni transcendencia: interpreta los dioses admitidos por creencia popular como conjuntos de átomos más sutiles. Su ética está condicionada más por su temperamento elevado y digno que por su sistema filosófico negador de la libertad inherente al espíritu: "*Quien se entrega de voluntad a acciones que son justas y según ley, ése pasará día y noche feliz, confortado y sin cuidados; quien desatiende en cambio la justicia y no hace lo que debe, todo le será sinsabor al caer en la cuenta de ello, vivirá en angustia y se atormentará a sí mismo*".⁽³¹⁾ Con todo, asienta como norma de moralidad el agrado, inclinándose a un estilo de moral hedonista: "*El placer y el dolor constituyen el criterio de lo útil y lo perjudicial*".⁽³²⁾ Sin embargo, una vida dedicada en su totalidad al pensamiento, a la concordancia entre los razonamientos de la metafísica y las observaciones experimentales le había galar-donado con una actitud moral elevada

(30) Ib. 5.

(31) Diels, 174, Hirsch. 30-31.

(32) Fraile, 185.

que pretendía el dominio de las pasiones, la tranquilidad del alma, el equilibrio jerárquico que es capaz de entender el placer y la utilidad en su sentido más depurado sin caer en el grosero materialismo al que su teoría parecería que debiera impulsarle.

Se ha visto en Demócrito un egregio predecesor del investigador científico de los tiempos modernos por su carácter general de atenerse a los datos experimentales, por mantenerse en lo natural y físico al explicar las cosas naturales y físicas, por la estructura general de su sistema mecanicista. Todo ello es verdad; pero resulta improbable que tal tipo de sabio sea el modelo del genuino científico; al contrario tal actitud, si necesaria y provechosísima en el orden del progreso y aun del conocimiento, es insuficiente y, estimada como absoluta, falsa: querer explicar lo más a partir de lo menos, querer ser riguroso científico y admitir sin prueba que no es real sino lo experimentado, querer ser metafísico y reducir toda la filosofía a un estudio más bien

físico de la naturaleza, planear un sistema que empequeñece al hombre y le priva de sus mejores valores... no podrá ser nunca el ideal del científico ni el ideal del hombre.

Ciérrese aquí la etapa de los conciliadores. No es posible conciliar lo contradictorio manteniendo a un tiempo las dos posiciones opuestas y conformándose con la llamada imperiosa de la realidad. No obstante, ha sido fructuoso su trabajo: tras ellos, la *filosofía* que ellos han ido haciendo con sus *filosofías* está más cerca de la realidad, está posibilitada mejor para arrancar al mundo su ser y su verdad tanto por lo que han dicho bien como por lo que han dicho mal o han dejado de decir. Basta con ahondar sus proposiciones para entender el camino que debe seguirse para evitar sus fallos; asimismo, y es la mejor prueba de lo anterior, quien haya seguido aunque sea a través de estas líneas el pensamiento de los presocráticos, estará más cerca de que en él despierte la filosofía.

EL MAESTRO Y LA SOCIEDAD

Por MANUEL GUILLERMO CAMPOS

I

EL MAESTRO

En su más amplia acepción, Maestro, es, el que conscientemente y con un propósito determinado, influye en la educación de un individuo, de un grupo y aun de toda una Comunidad organizada. Y en este caso, se consideran Maestros: el sacerdote, el filósofo, el estadista, el magistrado, los padres de familia, los grandes escritores, y en general, toda persona que se propone estimular, encauzar y dirigir el pensamiento, la conducta o la vida de sus semejantes. A veces, una personalidad robusta y vigorosa, que trae al mundo un nuevo mensaje, influye más en la educación y la cultura de un pueblo o de la humanidad, que muchos miles de

maestros prácticos. Jesús, Buda, San Francisco, Homero, el Dante, Miguel Angel (para no mencionar más que unos pocos), se cuentan entre los más grandes Maestros de la Humanidad.

La palabra MAESTRO, sin embargo, se aplica comúnmente al instructor profesional, que ya tiene una preparación especial, y dedica su tiempo y energías, a la enseñanza. Hasta principios del siglo XIX, la consagración especial a esa labor fue la única nota o carácter distintivo del maestro como profesional. La creencia era que, para ser maestro, bastaba un poco de buena voluntad y una instrucción por lo menos igual, a la que debía impartirse a los

alumnos. El magisterio de escuela primaria, se reclutaba casi siempre entre personas de escasa cultura: licenciados del ejército, obreros manuales, mujeres de instrucción muy limitada, etc. etc. También ejercían la enseñanza los miembros de muchas congregaciones religiosas, los curas párrocos y, con no poca frecuencia, los sacristanes y hasta los compañeros de la iglesia. De allí la exigua consideración y respeto social de que gozaban los maestros y la escasa retribución que recibían.

A fines del siglo XVII y en la centuria del XVIII, se crearon en Francia, en Alemania y en otros países, algunas instituciones consagradas a la formación de los futuros educadores elementales; pero estos establecimientos, llamados "Seminarios de Maestros" o "Escuelas Normales", fueron muy contados y tuvieron una organización muy deficiente hasta mediados del siglo XIX. Desde entonces, la creencia general de que la prosperidad económica y la cultura y bienestar del pueblo dependen, en gran parte, de la educación primaria o elemental, dio impulso a la multiplicación de las Escuelas Normales. Tomó un carácter axiomático la idea de que el maestro necesita una sólida preparación académica y profesional y poco a poco, en los países más adelantados de Europa y América, el diploma de la escuela normal o de otros institutos de carácter pedagógico llegó a ser requisito indispensable para la enseñanza en la escuela elemental. Maestro, en la acepción estricta del vocablo, es hoy el que se dedica a la educación y enseñanza y, a este fin domina no sólo los conocimientos y habilidades que ha de transmitir a sus alumnos, sino

la ciencia y el arte de la educación.

Las características del tipo de maestro sugeridas por la moderna filosofía pedagógica son: "El maestro como amigo, como un ser comprensivo que ahonda en el corazón de sus alumnos; el maestro de mente amplia, que permite y estimula la discusión de los problemas de actualidad, en vez de sofocarla por temor a la supervisión o por su propia ignorancia; el maestro que despierta la capacidad inquisitiva del alumno frente a lo vital; el maestro jovial que participa del goce juvenil, pero no mortifica cruelmente al alumno con el ridículo; el maestro que hace la enseñanza agradable, utilizando motivaciones psicológicas; el maestro que exige lo que debe y consigue el mayor esfuerzo voluntario de los alumnos; el maestro que no tiene favoritismos, porque posee un alto sentido de justicia; el maestro que deja hablar a sus alumnos, en vez de consumir la mayor parte del tiempo en palabrería inútil; el maestro que conoce a cada uno de sus alumnos, y por lo tanto, los califica dentro de la mayor honradez intelectual; el maestro que trata con igual afecto y consideración a todos sus alumnos, ya sean blancos o negros, ricos o pobres, torpes o inteligentes; el maestro que le falta mucho por saber, esto es, que tiene la humildad de la verdadera sabiduría, reconoce sus limitaciones y no apabulla a sus alumnos con la fatuidad de sus conocimientos; el maestro, como estímulo perenne a la acción rital, noble y desinteresada, a la cooperación mutua; o en una palabra, el maestro que actúa dentro de los más sanos principios democráticos. Este es el maestro que todos anhelamos.

¿Cuál ha de ser la preparación del maestro, para responder a las exigencias de la vida moderna?

En el Boletín de Investigación de la N.E.A., abril de 1944, se afirma, que "la preparación del personal docente debe enriquecerse y vitalizarse". Sugiere que todo el personal deberá tener amplia educación general, orientándose luego hacia la profesión del magisterio en un curso profesional de dos años como mínimo presentando suma atención a *la formación de ideales y actitudes profesionales*: Entre los estudios sugeridos están: 1) Historia y filosofía de la educación. 2) Psicología. 3) Orientación educativa y vocacional. 4) Planes de estudio. 5) Administración y organización escolar. 6) Ética Profesional. Inclúyese además, observación práctica bajo supervisión competente, estudio de problemas especiales en laboratorios (work-shops), investigación de las agencias y condiciones de la comunidad, participación en varias actividades cívico - sociales, experiencias para desarrollar una mejor comprensión de otros países y otros pueblos, y, sobre todo, estímulo en el estudio consciente y reflexivo de los problemas de la post guerra".

Además, es necesario que conozca cómo adaptar la enseñanza a cada uno de sus alumnos y cómo evaluar los resultados de esa enseñanza.

Para todo el personal en ejercicio, no importa cuál haya sido su preparación, se implantará un sistema que estimule el programa continuo, mediante lecturas, observación de procedimientos óptimos, laboratorios, investigación, viajes, estudios avanzados y participación en las actividades de organizaciones

profesionales. Estas actividades no le serán impuestas al maestro. Deberá estimulársele, ofreciéndole hábil dirección técnica, en un ambiente democrático.

La Comisión de Normas Educativas recomienda enfáticamente la formación de una agencia internacional de educación. Uno de los deberes más destacados de esta agencia sería el de fomentar la comprensión entre los pueblos del Orbe. "Este organismo ayudará y estimulará a los maestros de todas partes del mundo civilizado a plasmar la conciencia de que las condiciones del siglo veinte hacen imposible que el mundo continúe sobre la base de un nacionalismo irresponsable. Es decir, el maestro desarrollará actitudes correctas hacia los problemas mundiales, actitudes de responsabilidad, tolerancia, comprensión, respeto y humanitarismo".

Es indudable que la democracia como fe social, como método de vida, como forma de gobierno, exija mejores maestros; maestros que comprendan profundamente la significación de los ideales democráticos y se adhieran a ellos tanto como les sea posible. Cada maestro deberá ser un líder en esta cruzada democrática que libra el mundo.

El maestro desempeña un papel trascendental en la vida de un pueblo. La responsabilidad de las personas dedicadas a la profesión del magisterio, en cualquiera de sus niveles, es enorme: Los miembros de la sociedad, desean ver en el Maestro un ejemplo de vida correcta y buena, tal como corresponde a las personas bien educadas. Delicada es la misión del Maestro; y es necesario que sea consciente de ella, para que sus

actos estén en armonía con las normas deseables del grupo social. La preparación del Maestro comprende tres aspectos: a) *La personal*, que se refiere a su salud física y mental; a su moralidad y a su conducta; b) *La cultural*: el Maestro debe dominar las asignaturas que enseña, y además, poseer riqueza, profundidad y variedad en sus conocimientos para usarlos de manera oportuna; y c) *La profesional*: o sea la capacidad para enseñar, para guiar el aprendizaje y para dirigir a sus alumnos.

Además, necesita ciertas cualidades especiales, como por ejemplo: *paciencia, fe, entusiasmo, amor al trabajo, tolerancia y amplitud mental*. Un Maestro fanático o perezoso; apático o carente de fe; impaciente o escéptico, es un factor destructivo de la sociedad: en lugar de ayudar al progreso del grupo social lo estanca o aniquila. Por eso, en los países más cultos se prepara al Maestro con esmero y se le ayuda ampliamente, a fin de que viva bien y desempeñe sus funciones con la mayor comodidad. Así se cuida mejor el futuro de la sociedad. En cambio, cuando la niñez o la juventud se entregan en manos de Maestros mal preparados, el porvenir de la sociedad corre un grave riesgo.

El Maestro es un trabajador social, por eso necesita, además de su inspiración como educador, conocimientos científicos que le permitan ayudar inteligentemente al adelanto de la comunidad donde trabaja. El concepto moderno de lo que es la Escuela, sitúa al Maestro en una posición muy difícil; antes, la Escuela era una cosa hermética o aislada en donde un grupo de personas (niños, jóvenes o adultos), ad-

quiría ciertas habilidades o memorizaba algunos conocimientos, con la ayuda del Maestro. Hoy, la escuela es un sitio abierto a la comunidad, en donde el maestro convive con los habitantes para interpretar sus intereses y aspiraciones, y los ayuda, los dirige y los orienta en la mejor forma posible.

La escuela democrática es como el gobierno: "*Del pueblo para el pueblo*", y no *de* una minoría selecta o *para* un sector privilegiado de dicho pueblo. Además el aprendizaje, antes se limitaba a la memorización de ciertos datos o lecciones; hoy, aprender es "Adquirir una nueva forma de conducta o modificar una forma de conducta anterior"; es decir, modificarse en la manera de vivir; cambiar actitudes; adquirir nuevos hábitos; enriquecer la vida propia y la vida de los otros.

La escuela democrática y el Maestro deseoso de trabajar en ella, persiguen el perfeccionamiento del educando por medio de la simpatía, de la comprensión y de la convivencia amistosa.

Entre las responsabilidades básicas del Maestro, están: 1) *El respeto y la difusión de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza*; 2) *La alegría en el proceso de la enseñanza-aprendizaje*; 3) *El respeto a la personalidad, del estudiante*; 4) *El cuidado y la atención de las potencialidades de crecimiento y desarrollo del alumno*; 5) *La elevación del mismo a un nivel superior*; 6) *La capacitación para que él continúe ascendiendo por sí mismo, sin la tutela de nadie*; y 7) *El aprendizaje constante del Maestro y su amor decidido al estudio*.

Falta imperdonable del educador, es el cerrar su espíritu a la corriente vivi-

ficadora del saber. Fracasa como maestro, quien al terminar su contacto con el grupo de estudiantes bajo su dirección, apaga su afán de aprender más y ampliar su propia cultura.

El Maestro debe preguntarse constantemente: ¿Cuáles son mis ideas acerca de la enseñanza? ¿Cuál es mi filosofía en materia de educación? ¿Cuáles son mi credo y mi doctrina de fe acerca de la profesión del Maestro? ¿Qué es lo más importante para mí: los alumnos o las asignaturas?, ¿la memorización, o

el discernimiento?, ¿la participación activa, o la pasiva de los alumnos? ¿Sé lo que es el aprendizaje? ¿Tengo normas educativas amplias y claras? ¿Sé Psicología, Sociología y los métodos más recomendados para enseñar? Tales aspectos requieren estudio. El Maestro no debe confiar únicamente en su amor a la profesión; es indispensable el estudio constante. Sólo así podrá acercarse al ideal educativo que la sociedad desea ver cristalizado en él.

II

LA SOCIEDAD

La Sociedad, por su parte, debe estar consciente de su misión educadora en los distintos aspectos de su actividad vital. Es un deber y un derecho, ver qué clase de maestros tiene y esmerarse por sostener maestros bien preparados, pues la democracia necesita mejores ciudadanos y éstos no se forjarán si la juventud es orientada por maestros de poca o ninguna preparación. El concepto democrático no se limita a contemplar la formación y el establecimiento de un gobierno cuyo poder emane de la voluntad de su gobernados. El concepto es mucho más amplio. Implica: “un estímulo de vida; una organización social que haga posible la participación de cada individuo, hasta donde le permita su capacidad, en todas las actividades sociales y políticas, sin menoscabo de la unidad colectiva; una filosofía que afecte el diario vivir; enfatizando la vida cooperativa y que desarrolle en los individuos una acti-

tud de preocupación por el bienestar social”. Tal concepto, exige que la sociedad se interese más por la Escuela y por el Maestro, no dejando al azar la formación de los futuros ciudadanos.

Hay una secuencia lógica en el proceso educativo: Buenos maestros, darán buenas escuelas, y éstas a la vez, prepararán mejores miembros para la comunidad. El mundo contemporáneo pide a los hombres muchísima atención a este magno problema. La UNESCO por ejemplo, tiene un programa de mejoramiento para maestros, digno de todo encomio por su amplitud. Ofrece becas y da facilidades para estudiar. Entre sus objetivos están los siguientes: “1º Promover la paz mundial; 2º Mejorar la cooperación internacional y el entendimiento mutuo a través del sistema educativo de los distintos países; 3º Reducir la iliteracia; 4º Ayudar al establecimiento de oportunidades educativas iguales para todos los pueblos;

y 5º Combatir los prejuicios de superioridad o inferioridad racial, así como también reducir los pensamientos de guerra que comienzan en la mente de los hombres”.

Los principales medios para alcanzar estos fines, son: 1º Divulgar entre los estudiantes, de todas las naciones, normas educativas con métodos adecuados; 2º Intensificar el intercambio de estudiantes entre los distintos países, así como el material educativo que se use; 3º Ayudar a las naciones destruidas por la guerra a tener facilidades educativas; 4º Cooperar, lo más posible, para que todos los países puedan realizar investigaciones científicas y culturales; y 5º Publicar informes anuales en los que se expresen los progresos hechos en cada país.

Conviene que El Salvador aproveche esas ofertas y que la sociedad dé el apoyo necesario para que los maestros en actual servicio y los futuros maestros, reciban una constante y vigorosa corriente de renovación profesional.

Actualmente, la situación del Magisterio salvadoreño, en su mayoría, no es nada ventajosa. Si vemos el índice de maestros graduados en las Normales, encontramos *sólo el 30%*; Maestros con estudios completos de Sección Normal, *sólo hay un 15%*; y el resto, o sea el 55%, tiene únicamente estudios de Escuela Primaria. Estos datos refiérense a los Maestros de la Escuela Elemental del país. Si vemos la Escuela Intermedia o la Secundaria, el horizonte presenta un cuadro poco halagador. Si analizamos la situación económica del Maestro salvadoreño, vemos una situación *muy triste*. El salario no corresponde a la función social que tiene. El

nivel de vida del Maestro salvadoreño, no está acorde con lo que la sociedad le exige. Y si contemplamos los otros aspectos vitales, como son la salud, el seguro social y los estímulos dignificantes del trabajo esmerado, vemos que nada llamativo hay.

Un país democrático tiene como base la educación de sus miembros. Para cumplir con tan hermoso principio, es indispensable el esfuerzo coordinado del Gobierno, los Municipios y la Comunidad. Entre los hombres y mujeres, y los niños y los jóvenes que constituyen un pueblo, hay individuos que demandan una educación especial. En El Salvador faltan Escuelas de Artes y Oficios; Escuelas Industriales; Escuelas para ciegos, para sordo-mudos, para delincuentes, etc. La rehabilitación del lisiado físico o mental, ha sido totalmente olvidada. Y la Sociedad es víctima de ese descuido. Por eso aumenta cada vez más, la ola de crímenes y el número de delincuentes de toda clase.

No puede desarrollarse bien la ciudadanía democrática, si la educación organizada, no recibe la ayuda y el empuje decidido del conglomerado social. Es un deber del hombre culto esmerarse por el progreso general del pueblo; y la tarea de hacer mejores maestros es una misión fundamental. La sociedad debe atender con más esmero las necesidades, los intereses y las aspiraciones del Magisterio Nacional, pues sin buenos maestros, el progreso será muy lento y artificial.

Es necesario comprender, de una vez por todas, que en el “complicado proceso social, va surgiendo, gracias a la educabilidad del hombre, el progreso de la Nación y con él los ideales de una

vida mejor". La educación del pueblo se basa en el apoyo del grupo social. Si éste ayuda, aquél avanza. Si no hay cooperación, no hay progreso.

Los miembros de la Sociedad, deben interesarse por conocer la Filosofía educativa del país, es decir, saber cuáles son los fines que persigue la Escuela de El Salvador, y cuáles son los valores e ideales que sustenta. Sólo conociendo la filosofía educacional puede juzgarse su desarrollo. El estudio de las doctrinas educativas, de la concepción de la vida, de las funciones y de los problemas propios de la Escuela, permite juzgar con mente clara y corazón sano, lo que se está haciendo bien y lo que está lleno de errores. El examen de todo ese complejo campo del saber humano y la

búsqueda de los fines educativos, debería ser una aspiración constante de toda la sociedad.

A su vez los maestros, al verse estimulados por el conglomerado social, buscarían los medios de su automejoramiento personal. Tal vez entonces se iniciaría el movimiento de agrupación gremial. Se formarían las Sociedades de Maestros, los Círculos de Educación, las agrupaciones pedagógicas de diversa índole. Surgirían acaso, los Programas de Mejoramiento Profesional: Los Cursos de Extensión Pedagógica bien organizados; las Escuelas de Verano, y tantas otras agrupaciones que hoy no existen, porque todas ellas requieren el estímulo directo de la Sociedad en general.

LA EDUCACION MORAL, PROBLEMA CANDENTE

Por JOSE BRUIN

Si nos preguntaran cuál es de los problemas universales el que más preocupa actualmente a la humanidad, responderíamos sin titubeos: la delincuencia.

Aquellas famosas plagas de Egipto, compendio y signo de los desastres de antaño, son hoy superadas con creces por la moderna plaga social de la delincuencia cuya presencia se acusa apremiante en todas las latitudes.

Cuando leemos la interminable reseña de hechos punitivos acaecidos en el transcurso de veinticuatro horas, nos preguntamos ansiosos a dónde nos llevará ese desajuste moral, esa pérdida de los valores que se titulan eternos, esa ceguera de la conducta sufrida por una sociedad que se considera civilizada no obstante su obrar mejor corresponde al del hombre de las cavernas.

Alarmados ante semejante problema,

y el no entenderlo así significaría ausencia de dignidad, repetimos con Forgione: "La educación actual se resiente de falta de sensibilidad y emoción", y nos preguntamos: ¿Cuál es la causa básica de la delincuencia juvenil? ¿Cuál la razón de la inmoralidad creciente de las actuales generaciones? ¿Dónde reside el mal que está atacando todo el organismo social? En cuanto al problema típicamente nacional, ¿dónde buscar las causas y cómo señalar los remedios?...

Interpretándolo así es por lo que creemos que el actual Ministro de Cultura, Dr. Mauricio Guzmán, ha lanzado la voz de alerta en una llamada al patriotismo y al buen sentido de la nación para que reunidas las fuerzas vivas de la misma se aúnen en el próximo Seminario de Moral para estudiar dicho pro-

blema en busca de una solución urgente y decisiva.

La gran pregunta de nuestra época referente al niño es ésta: ¿Por qué se comporta tal como lo hace? Y seguidamente: ¿Qué medidas tomar para evitarlo?

Es innegable que el niño actúa de acuerdo con el espíritu de la época. La infancia reproduce y recapitula con su obrar los mandatos de la herencia y del medio que le circundan. "Hoy hay más violencia y crueldad en nuestras escuelas y en nuestros jóvenes y ello es un reflejo de la auto indulgencia de nuestra cultura", dice el Dr. William C. Evaraceus, eminente autoridad en delincuencia juvenil y profesor de la Universidad de Boston.

Tanto los ideales como los fines educativos de la actual generación se hallan maltrechos por los duros golpes asestados universalmente por los sistemas políticos de excepción que han hecho trizas el concepto humano del Derecho. La violencia entronizada con la violencia es la razón iconoclasta, demoledora de principios que se consideraban inmutables. Nuestra era del átomo, del industrialismo, del tecnicismo, del seudo intelectualismo que, al decir de Bergson no garantiza una conducta ejemplar porque un exceso de ciencia mata el espíritu y diseca la vida, son en definitiva muestras inequívocas, aunque muchas veces disfrazadas de falsas promesas de tolerancia y humanidad, que equivalen a intentos agresivos deseosos de lograr la hegemonía de unos pueblos sobre otros. Consecuencia de tales fines, impregnados de violencia, resulta el que los niños sientan, como los mayores, el odio y la hostilidad heredados de éstos

en formas de conductas desajustadas.

La crisis de los valores pisoteados por la ley del más fuerte o burlados por el triunfo de los audaces en los campos del comercio y del industrialismo; el ejemplo destructor de fáciles éxitos logrados por taumaturgos, demagogos y sofistas con sus elucubraciones del pensamiento; la inquietud flotando en la conciencia universal y amenazando la pervivencia humana ante el temor de una nueva guerra; el desajuste económico; la incredulidad religiosa; el hogar deshecho; la herencia neurosicopática; los padres irresponsables; la escuela mal dirigida y otros muchos factores causantes del luto, llanto y ruinas forman el índice macabro de un voluminoso sumario acusador de la humana degeneración.

Si dirigimos nuestra mirada hacia el panorama nacional, observaremos que la influencia de otras latitudes no nos permite considerarnos inmunes al mal y que la presencia de éste se hace sentir en la comunidad salvadoreña sin respetar clases sociales privilegiadas.

El próximo Seminario de Moral tendrá que dedicarse no sólo a plantear un problema que es de todos sobradamente conocido, sino también a estructurar unas normas de conducta de todo orden capaces de cambiar el contenido ideológico cultural y social de la nación.

Poco puede lograrse señalando errores; lo que importa es rectificar conductas.

Esas conductas a modificar deben comprender los ámbitos siguientes: los padres y la escuela, el ambiente y la herencia.

LOS PADRES.—Es innegable que un tanto por ciento de responsabilidad incumbe a la escuela en su papel de edu-

cadora de la conducta moral de la juventud. Sería pueril y además absurdo desconocer la función esencialmente formativa de los valores humanos que a la educación sistemática le está reservada; pero también creemos que no debe condenarse a la escuela en forma tan categórica al triste papel de entonar el "mea culpa" de un desajuste en el que otros poderes muy allegados a la vez intervienen.

¿Por qué eludir a los padres de este problema que hoy tanto nos preocupa? ¿Por qué silenciar la sentencia de Erasmo, el cual dice: "La naturaleza cuando concede a los padres el don de la paternidad, les entrega un material que hay que plasmar: los hijos serán lo que los padres hayan hecho de ese material". Y nosotros nos preguntamos: ¿Cuántos son los padres que conocen y cuántos los que practican la enseñanza del gran humanista?

La rebeldía y agresividad de algunos adolescentes se debe a la falta de amor y de comprensión por parte de los padres. El joven ansioso de sentir el amor que se le niega en el hogar y de resolver su problema emocional escoge una senda equivocada. No encontrando solución lícita a su desespero cae en el delito, más por repulsa a la sociedad que no le comprende que por tendencia al mal. Es su conducta un fracasado intento por calmar sus tensiones interiores. El niño mimado excesivamente, lo mismo que el tratado con demasiado rigor por padres desorientados, condúcese en forma desajustada. Se ha roto en él el equilibrio emocional y es víctima de los complejos.

No cabe esperar buenos frutos en aquellos hogares faltos de responsabili-

dad paterna. Si el abandono de la familia es moneda corriente; si los lazos familiares se rompen por cosas de poca monta; si la tutela no cumple su cometido; si el ejemplo moral es en muchos hogares censurable, y la familia erige altares a divinidades puramente materiales, o la superstición y la ignorancia se entroniza en ella, y la autoridad paternal es un mito, porque ésta no puede sostenerse cuando la conducta de los mayores está reñida con ella, entonces el ambiente familiar acusa con gritos aterradores la indiferencia o la represión extremas, y los hijos cuya alma juvenil es más dúctil y flexible que la de los adultos y que por estar en período de formación la hace más receptiva a influencias tanto positivas como negativas adquieren una personalidad frustrada cayendo por rebeldía en las esferas del delito.

Claro que existen honrosas excepciones; pero el cuadro no por ser demasiado subido de color adolece de verismo. En tales circunstancias, ¿nos atreveremos a acusar a la escuela de ser la más responsable del problema moral que hoy plantea la sociedad salvadoreña?...

Creemos que uno de los aspectos más importantes a tratar en el próximo Seminario es éste: **SI QUEREMOS EDUCAR MORALMENTE A LOS HIJOS, DEBEMOS ANTES PENSAR EN LA EDUCACION DE LOS PADRES.**

LA ESCUELA.—Si tuviéramos que opinar acerca de cuál es el fin más importante de la educación del niño diríamos sin rodeos que el moral ya que éste es también el aspecto decisivo en la vida del hombre.

Sin embargo la respuesta no es completa por cuanto encierra en sí una nueva pregunta, ¿qué fin o ideal de educa-

ción moral elegiremos? ¿Una educación moral puramente formal? ¿Una educación moral basada en la formación del carácter? ¿O una educación moral sostenida en la adquisición de las ideas o valores éticos?

Ninguna de estas finalidades por sí solas son capaces de llenar a nuestro entender los verdaderos objetivos que la escuela debe perseguir.

Para nosotros la única y verdadera educación moral es la que tiene por fin la formación de la personalidad moral, aquella que alcanza la autonomía moral, la autodeterminación que únicamente se logra por medio de la solidaridad que a su vez desarrolla la propia personalidad.

Ahora bien: cualquiera que sea el ángulo desde el cual se enfoque la educación moral del niño no podemos perder de vista su naturaleza, sus impulsos, sus tendencias, sus actividades anímicas originarias, sus apetitos y afectos, sus sentimientos.

El niño miente, es egoísta o mejor egocéntrico, lo quiere todo para sí. Aquello que le causa placer será lo que desee. Si el mentir le proporciona alguna ventaja, no reparará en hacerlo, lo mismo que jugar haciendo trampas y vengarse del agravio que le hayan inferido.

Cuando el niño reacciona de tal modo no hace más que presentarnos manifestaciones de su propia vida, dar satisfacción a un imperativo señalado por los ciclos de sus propios intereses. Pretender juzgar por tales motivos a los niños en buenos y malos es caer en falsos errores justipreciativos. El niño no es bueno ni malo originariamente como pretenden demostrar algunas teorías filosófi-

cas o creencias religiosas. Ni Tolstoy ni Macaulay ni Rousseau están en lo cierto cuando sostienen respectivamente que el niño es malo como un demonio o bueno como un ángel. El niño es indiferente respecto a la moral. Lo justo es que el niño busca lo que satisface su vida, lo que necesita para subsistir.

Sería absurdo por no decir cruel suprimirle totalmente las tendencias egoístas. Lo que hay que hacer es dirigirlas, encauzarlas, sublimarlas haciendo ver al niño la conveniencia de ajustar sus normas de conducta no solamente por su propio beneficio sino también por el de la comunidad. Llevar a su entendimiento la conclusión de que un bien particular no puede alcanzarse sin la colaboración general. Que donde terminan sus derechos comienzan los ajenos y que el bien suyo no puede alcanzarlo si no tiene en cuenta el de los demás. En una palabra: deberá limitar su egoísmo y frenar sus impulsos hasta someterlos a las normas de la convivencia humana. Tendrá que ajustar su conducta a los hábitos aceptados por las costumbres que la ley social decreta válidos o morales.

La educación moral será dada al niño como algo tan íntimo como es la propia vida del niño. No se trata de un adoctrinamiento, de un catecismo que debe aprenderse y repetirse con caracteres externos. Nada tiene que ver la memorización automática de unos preceptos "aprendidos" si no son a la vez "vividos". No perdamos de vista que el niño aprende a hablar, hablando y a escribir, escribiendo. Lo mismo diremos de los hábitos morales.

Para que éstos sean efectivos en el niño, haremos que los conozca, mejor

que “estudiándolos”, “viviéndolos”. Y esta es misión del hogar y de la escuela.

EL AMBIENTE.—La influencia más grande que se manifiesta en la educación moral de los niños parte en primer término del hogar y seguidamente de la escuela. Ambas comunidades dejan impreso en el corazón de los pequeños aquellas huellas profundas de una buena o mala formación que no se borrarán jamás. En las familias constituidas normalmente, las tradiciones virtuosas se transmiten sin dificultad aunque generalmente aparezcan con formas egoístas. En aquellas otras de vida irregular en las cuales el padre o la madre o ambos a la vez están muy lejos de cumplir el cometido tutelar que les corresponde, rompiéndose los lazos de unión que el amor, el respeto y la dignidad imponen, los hijos sufren un traumatismo moral de fatales consecuencias. La vagancia, el abandono, el alcoholismo, la inmoralidad por parte de los progenitores prepara el camino de la ineludible delincuencia en que caerán los hijos. Si a esto añadimos el carácter psicológico de los padres, tendremos que dar la razón a Adler el cual ve en ello el origen del sentimiento de inferioridad de muchos niños.

Cuando la infancia ha sido tratada en el seno de la familia arbitrariamente, sometidos a efectos dispares, unas veces por preferencias desorbitadas y otras con malos tratos, sufren las consecuencias de una gran perturbación moral. Las estadísticas señalan como causas de la gran crisis de la moral juvenil en los Estados modernos, entre las más importantes: el abandono de los padres, la mala situación económica de la familia y los malos ejemplos.

A esta influencia perniciosa del hogar debemos agregar la de la calle que viene a añadir otras causas de malos hábitos y peores ejemplos. El desheredado de buenas enseñanzas en la familia acaba de pervertirse en el arroyo, porque falto de la tutela previsor de los padres cae irremediabilmente en brazos de los halagos callejeros. El tabaco, la cantina, la vida de la golfemia, el vagabundeo, el hurto, la prostitución y la delincuencia son los maestros que se prestan voluntariamente para educarle en la carrera del vicio.

En las ciudades industriales, en las zonas urbanas aglomeradas donde no hay espacio para el recreo y el esparcimiento de los niños la moralidad de éstos sufre grandemente.

Si a todo esto añadimos los films de gangsters y las películas “prohibidas” para menores, la literatura pornográfica, las noticias sensacionalistas de la prensa diaria, la tolerancia de estas zonas erógenas establecidas en las grandes ciudades, donde se entroniza el vicio para atractivo y explotación de propios y extraños, etc., comprenderemos cuán nefasto resulta para la formación moral del niño su tolerancia.

La escuela debe luchar contra todo ello contrarrestando en lo posible dichas influencias. Dará el calor y afecto que le niega el hogar. Suplirá hasta cierto límite la tutela paterna. Creará un ambiente de moral vivida mediante la cual llegará a convencer al niño de que existen normas que no se pueden quebrantar.

LA HERENCIA.—Los hombres se perpetúan, por lo general, faltos de todo alto concepto de los deberes que la paternidad impone. Los hijos de nuestra

sociedad actual, son muchas veces frutos de la ignorancia, de la maldad, de la violencia, de los intereses bastardos, del vicio... Somos padres, en muchas ocasiones, por un imperativo de la naturaleza, ¡qué pocas veces lo somos guiados por un noble ideal! En cuanto a este aspecto se refiere, los hombres de nuestros días se conducen con mayor torpeza que los antiguos. Ya en el siglo V, antes de Cristo, Theogmas de Magara decía: "Cuidamos con esmero de nuestros caballos, ovejas y carneros. Seleccionamos las razas para que produzcan buenos ejemplares. En cambio entregamos nuestros hijos al mejor postor que los reclame. Y así vemos uniones condenables de mujeres y hombres sanos y virtuosos entre hombres y mujeres degenerados y perversos".

Si en este aspecto no hemos mejorado gran cosa desde aquellos tiempos que fueron, tampoco podemos invocar superiores cualidades por lo que respecta a nuestra ignorancia acerca de las leyes de la herencia. Para muchas gentes constituye un "tabú" suicida descender el velo que ocultan aquellas verdades que se presentan como misterios. Todo lo concerniente a la generación es tildado inmoral y preferimos que nuestros hijos se ilustren acerca de estas materias en la superstición, el error o la pornografía en lugar de la discreta iniciación científica.

La eugenética está vedada en los pro-

gramas escolares. La higiene infantil no la conocen las futuras madres y en cuanto a la puericultura es considerada como una materia exclusiva de los médicos tocólogos. Mucho menos admitir el dictado de una ley que prescriba a todo futuro contrayente la posesión del certificado prenupcial, sin el cual no sea posible contraer matrimonio.

La educación moral no puede limitarse a prescribir para modificar la conducta de la infancia y de la juventud la enseñanza oral de la ética estudiada en la escuela como una disciplina más.

Debemos ir mucho más lejos si queremos obtener resultados positivos. Hay que formar primero una conciencia ciudadana en el sentido de que tanto la escuela como el maestro, el hogar, el ambiente y la herencia necesitan una revisión profunda de sus ideales, fines y valores, y si queremos salvar a todos ellos, recordar las palabras de Fichte quien señalaba "que en cada época, la humanidad, ante el fracaso de sus ideales, creía atravesar una crisis sin precedentes —por sentir sus efectos inmediatos— y se echaba en brazos de la esperanza, añorando una nueva época que hiciera al hombre más feliz". Y también aceptar la opinión del propio Kant, cuando dice: "El hombre es lo que la educación hace de él" lo que supone una alteración del carácter originario.

LOS ATOMOS HAN RESULTADO DEMASIADO GRANDES

Por MAX RICARDO CUENCA

CUENTAN las historias que Demócrito, uno de los grandes filósofos griegos, 500 años antes de Cristo, acostumbraba llevar a sus discípulos a los alrededores de la ciudad, y que su lección principal consistía en tomar un pedazo de mármol y dividirlo en varios fragmentos. Separaba uno de estos fragmentos y lo dividía en otros; luego uno de éstos, en otros, y así sucesivamente hasta llegar a uno tan pequeño que ya no le era posible dividirlo. Explicaba que si hubiese dispuesto de medios adecuados, hubiera podido seguir haciendo subdivisiones y subdivisiones hasta llegar a una partícula tan pequeña que le hubiera sido verdaderamente imposible dividirla más: a esta partícula llamaba "átomo". Advertía que con ellos estaba formada toda la materia existente en el mundo. Para los sabios romanos, herederos de la ciencia de los griegos, especialmente para Lucrecio, los átomos eran unas bolitas pequeñísimas provistas de garfios que, en los sólidos, se entrelazaban fuertemente, haciéndose difícil separarlas; estaban menos unidas en los líquidos y menos aún en los vapores. Este apasionante modo de razonar se perdió durante 1.700 años, en el largo período de la Edad Media, y sólo hasta hace unos ciento cincuenta años, la ciencia volvió a tomar el camino de los sabios

griegos, de manera que los sabios antiguos y los modernos aparecen de acuerdo en que la materia está formada de átomos. Pero si para los antiguos el átomo era una esferita de materia compacta provista de garfios, para los sabios de hoy el átomo es algo muy diferente. Para los sabios contemporáneos el átomo ya no es materia propiamente hablando sino energía. Algo así como burbujas de energía, concentrada en una porción central llamada núcleo, compuesto a su vez de unas cargas eléctricas llamadas protones; un espacio vacío y a cierta distancia del centro otras cargas llamadas electrones, moviéndose en sus órbitas a grandes velocidades. En total los sabios han descubierto 24 partículas diferentes dentro del átomo y se cree que faltan otras por descubrir. Pero como se ha asegurado que estos átomos no podrán ser vistos por el ojo humano ni aun disponiendo de los más poderosos microscopios, muchos se preguntan si, en realidad, existen. *Hoy se ha comprobado que los átomos no sólo existen sino que han resultado ser demasiado grandes.* No pudiendo verse, la existencia de los átomos se prueba por medio de evidencias indirectas, de las cuales hay cuatro muy interesantes. Primera: los cuerpos simples o elementos se combinan siempre en las mismas proporciones. El agua se forma invariablemente con dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno. Si los átomos no existieran esto no podría ocurrir. Segunda: si se mezclan 500 cc. de alcohol con 500 cc. de agua destilada, se deberían obtener 1.000 cc. de la mezcla; pero en realidad, sólo resultan 934 cc. Esto prueba que tanto el agua como el alcohol, están formados por partículas que de un modo o de otro penetran las unas en las otras. Tercera: la película que refleja el arco iris en las pompas de jabón, con las que todos hemos jugado, tiene la mitad de una millonésima de milímetro de espesor, lo que indica que las partículas que forman la película tienen que ser mucho más pequeñas aún; y Cuarta: si un centímetro cúbico de colorante rosa se diluye en 30 litros de agua destilada, o sean 30.000.000 de milímetros cúbicos, toda el agua toma un tinte rosado, lo que demuestra que en el milímetro cúbico de colorante hay, por lo menos 30.000.000 de átomos.

Hoy se estima que 5.000.000 de átomos de hidrógeno puestos en línea, tienen un milímetro de largo. Hace unos pocos años sólo se conocían unos 92 cuerpos elementales o elementos; hoy llegan a 104, pero ya no se distinguen por sus nombres sino por números. Estas cifras indican el número de protones del núcleo y como a cada protón corresponde

un electrón, el mismo número indica los electrones del átomo. Así el hidrógeno el más simple de los átomos naturales, es 1. Esto indica que el hidrógeno tiene un sólo protón y un sólo electrón girando vertiginosamente. El Carbono es 6; el Azufre 16; el Hierro 26; la Plata 47; el Oro 79, y el Uranio tan famoso en la actualidad con el más complicado de los átomos naturales, es 92; 92 protones y 92 electrones. Los electrones giran a tal velocidad que ella les permite estar en todas partes y formar, como si se dijera, la concha del átomo. Esto se explica, la luz, como se sabe, se mueve a 300.000 kilómetros por segundo. Si un haz de luz siguiera la curvatura de la Tierra en el Ecuador, a unos 500 kilómetros de altura, le daría 12 vueltas por segundo y formaría una corona luminosa compacta, es decir, que cada segundo pasaría 12 veces por nuestra vista. Si los haces cruzaran en todas direcciones, la Tierra se cubriría de una capa luminosa permanente que estaría a la vez en todas partes. Así ocurre con los electrones girando sobre el núcleo central: aparecen en todas partes formando la concha del átomo, considerada hasta hace poco, impenetrable. Para traspasarla y llegar hasta el centro ha sido necesario bombardear el átomo con proyectiles mucho más veloces que los electrones, con partículas fantásticamente aceleradas, con las cuales se ha llegado al corazón del átomo, logrando desintegrarlo; partículas que atraviesan la concha del átomo tal como los proyectiles de la ametralladora de un avión de caza atraviesan al disco que forma la hélice sin tocarla. Pero, como ya hemos señalado, entre el núcleo y las órbitas de los electrones que forman la concha del átomo, hay un espacio. De manera que los átomos no son tan pequeños como se creía y si se pudiera suprimir el vacío que existe dentro del átomo y se formara una masa compacta con sólo los núcleos y los electrones de la materia, la Tierra, que tiene unos 12.000 kilómetros de diámetro, quedaría reducida a una esfera de sólo 800 kilómetros de diámetro, pero pesaría exactamente igual a la otra. Si se vaciara el lecho del Atlántico, no alcanzaría el agua de todos los océanos, mares, lagos y ríos para volver a llenarlo; un gigante de 6 metros y 400 kilos quedaría reducido a algo apenas visible, y el metal de 10 mil acorazados de los más grandes, podría reducirse al tamaño de una pelota de fútbol, pero no tendríamos cómo manejarla, porque pesaría igual a los 10.000 acorazados y por su propio peso se hundiría atravesándolo todo, hasta llegar al centro de la Tierra.

LOS PIPELES EN CENTRO AMERICA

Por PEDRO GEOFFROY RIVAS

I

LAS GRANDES MIGRACIONES NAHUAS

La llegada del pueblo pipil a la zona centroamericana sigue siendo un problema de difícil solución, debido a la falta de datos históricos y a la inexistencia de investigaciones arqueológicas en Centro América. Nuestros historiadores siguen sosteniendo antiguas fábulas inaceptables al respecto. Juarros habla de una blanca *comizahual* y de un viejo de barbas venerables que surgieron de las aguas de Güija vistiendo las túnicas azules de los *techtis* y levantaron un templo para honrar a Quetzalcóatl. Otros repiten la leyenda de la venida de Topiltzin Nácxitl y los toltecas que con él huyeron de Tula. Otros, en fin, sostienen que los pipiles estaban recién llegados en la época de

la Conquista española, relacionando su arribo con la expansión del Imperio azteca durante el reino de Ahuitzotl y afirmando que los pipiles eran un grupo marginal mexicano que huyó del terror azteca.

Las investigaciones realizadas en México por diversos historiadores arrojan alguna luz sobre el problema. Expondré someramente tales investigaciones y los resultados obtenidos, no porque considere éstos definitivos, sino únicamente con el deseo de ofrecer las bases de las cuales puedan arrancar futuras investigaciones o los temas acerca de lo que es necesario y urgente entablar una seria discusión.

No sabemos a ciencia cierta de dónde

de fueron originarios los pueblos nahuas que en sucesivas oleadas invadieron Mesoamérica a lo largo de 400 años. No ha podido establecerse si su cuna fue la legendaria Tula de los toltecas o la misteriosa Aztatlán de los aztecas. Sólo podemos conjeturar que la gran diáspora nahua debe haber tenido lugar en algún sitio del noroeste de México o suroeste de los Estados Unidos a fines del siglo VII o principios del VIII de la era cristiana. Sabemos también que una de las grandes migraciones nahuas, la primera que invadió Mesoamérica, hablaba un dialecto terminado en *t*; que viajó a lo largo de la costa del Pacífico, pasando por Michoacán y Jalisco, hasta alcanzar el actual Estado de Guerrero;

que remontó el río Balsas y penetró en el Valle de Morelos, de donde siguió a Veracruz, Tabasco y Chiapas. Con esta primera oleada relaciona el profesor Wigberto Jiménez Morenó a los pipiles de Centro América, afirmando que están cercanamente emparentados con los grupos cohuixca de Guerrero y tlahuica de Morelos. La segunda gran migración nahua hablaba un dialecto terminado en *tl* y penetró al Valle de México, procedente de Zacatecas, Jalisco y Nayarit, remontando el curso de los ríos Santiago y Lerma. Esta segunda migración nahua es el pueblo que conocemos con el nombre de tolteca. Los últimos nahuas arribados a la meseta central mexicana fueron los aztecas.

II

TOPILTZIN NACXITL Y LA MIGRACION TOLTECA

Algunos historiadores centroamericanos siguen sosteniendo la teoría de que los pipiles formaron parte del grupo tolteca que siguió a Topiltzin Náxítl cuando éste fue expulsado de Tula. Y repiten la leyenda trascrita por don Fernando de Alva Ixtlilxóchítl, que afirma que Topiltzin fue hijo de Tecpancaltzin y la princesa Xóchítl, la "inventora del pulque".

Los historiadores mexicanos han aclarado debidamente que Topiltzin fue hijo de Mixcóatl, gran jefe tolteca, con una mujer de Tepoztlán llamada Chimalma; que Mixcóatl, conocido también como Topeuh, murió antes de nacer Topiltzin y que éste fue educado en la tribu de su madre, que adoptó el culto de Quetzalcóatl, probablemente en Xichicalco, alcanzando la categoría de

Sumo Sacerdote; que un partido legitimista lo llamó a Culhuacan para luchar contra el usurpador Atepanécatl, que se había apoderado del trono después de asesinar a Mixcóatl, y que, triunfador en la lucha, Topiltzin trasladó la capital tolteca primero a Tulancingo y más tarde a Tula.

Topiltzin Náxítl fue un hombre de cultura superior, educado en Xochicalco, centro olmeca de gran importancia cultural. Al trasladar a Tula la capital tolteca, Topiltzin llevó consigo artistas y artesanos olmecas y olmecoides para construir los templos y los grandes monumentos. Estas gentes, extranjeros para los tolteca-chichimecas, fueron llamados por éstos *nonualcas*, es decir, *mudos*, debido a que no hablaban el náhuatl. Los nonualcas, naturalmente,

seguían el culto de Quetzalcóatl, en tanto que la deidad de los tolteca-chichimecas era Tezcatlipoca.

La caída de Topiltzin y su huida de Tula han sido atribuidas a diversas razones y los indígenas, tan dados a lo sobrenatural y misterioso, forjaron alrededor de este hecho una leyenda que hace descender a Tezcatlipoca, el cual, so pretexto de curarlo de sus males, induce a Topiltzin a la bebida y a los placeres de la carne, haciéndolo así perder sus atributos de Sumo Sacerdote y la corona de Tula. Es indudable que el sacerdocio de Tezcatlipoca no veía con buenos ojos la introducción del culto de Quetzalcóatl en el pueblo tolteca, pero la clave de la caída de Topiltzin la encontramos en el siguiente párrafo de Sahagún:

“Pero tenía Quetzalcóatl todas las riquezas del mundo en oro y plata y piedras verdes llamadas chalchihuites y otras cosas preciosas, y mucha abundancia de árboles de cacao y los dichos vasallos de Quetzalcóatl estaban muy ricos y no les faltaba cosa alguna ni había falta de maíz, ni comían las mazorcas de maíz desde pequeñas, sino que con ellas calentaban los baños como leña”.

Es decir, que la gran rebelión tolteca-chichimeca que culminó con la caída y huida de Topiltzin tuvo profundas causas económicas. La aristocracia tolteca y los extranjeros que rodeaban a Topiltzin habían acumulado grandes riquezas a costa del hambre del pueblo, cuyo descontento debe haber sido há-

bilmente aprovechado por el sacerdocio de Tezcatlipoca para provocar una violenta revolución que derrocó al régimen de Topiltzin. Este abandona Tula alrededor del año 1000 y se dirige al Golfo de México, seguido por sus nonualcas y un numeroso grupo de aristócratas toltecas. Algunos historiadores sostienen que murió o se suicidó en Coatzacoalco y otros que en este lugar se embarcó para dirigirse a la región maya. Ambas versiones son probables. Topiltzin había nacido en un año *ce-ácatl*, seguramente el 947. Al abandonar Tula, era, pues, un hombre de más de 50 años y padecía una grave enfermedad —probablemente sífilis— que lo había deformado. Es entonces posible que en realidad haya muerto en Coatzacoalco y que quienes lo substituyeron en la jefatura del grupo tolteca siguieran usando el título de Topiltzin, que significa “nuestro príncipe”. Es también posible que Náxitl Ce-Acatl haya logrado alcanzar la zona maya, pero seguramente no logró vivir hasta una avanzada edad.

En la literatura maya encontramos numerosas referencias a los toltecas y algunas explícitas acerca de Topiltzin o Náxitl o Kukulkán —que en lengua maya equivale a Quetzalcóatl—. El Popol-Vuh dice que los señores quichés y katchikeles recibieron su investidura de manos de Náxitl, “el único juez supremo de todos los reinos”, quien les entregó las insignias del reinado. Posteriormente, todos los reyes y señores de las tribus guatemaltecas se vanagloriaban de su ascendencia tolteca, pretendiendo ser descendientes de Topiltzin.

Como he dicho, Topiltzin era solamente un título que se dio a este per-

sonaje, cuyo nombre era en realidad Náxixtl Ce-Acatl. Los señores que lo substituyeron en la jefatura cuando el grupo tolteca se impuso sobre la población maya, continuaron seguramente usando el título y es probable que alguno de estos señores haya llevado su civilizador dominio hasta las regiones centroamericanas, pero no hay prueba

alguna de que Topiltzin Náxixtl Ce-Acatl haya llegado hasta las costas del Pacífico centroamericano, y mucho menos de que haya sido el fundador de Escuintla, Tecpan-Izalco y Cuzcatlán. Si algún señor tolteca llegó a reinar en Cuzcatlán, lo hizo seguramente imponiéndose a una población náhuatl que ya se encontraba en esta región.

III

LOS PIPILES Y LAS CONQUISTAS DE AHUITZOTL

Quienes sostienen que los pipiles estaban recién llegados a Centro América en la época de la Conquista española, se basan en el dicho del oidor Tomás López, quien a fines de 1549 informaba a la Real Audiencia de los Confines: "En este pueblo de Aguachapa los hombres hablan como los de Cuzcatlán y las mujeres como las de Chalchuapa", indicando que los hombres hablaban náhuatl y las mujeres pokomame. De esto se ha querido deducir que los pipiles habían llegado tan recientemente, que las mujeres pokomames de que se habían apoderado aún no aprendían el náhuatl. Tal afirmación puede ser verídica y valedera por cuanto hace a la zona pokomame de Ahuachapán y Chalchuapa, pero ello no significa que los pipiles no tuviesen ya mucho tiempo de estar en Cuzcatlán. Sólo podemos conjeturar que recientemente habían conquistado a los pokomames.

Sabemos que las grandes migraciones indígenas se realizaban, no a base de conquista violenta, sino siguiendo las líneas de menor resistencia, bordeando las regiones habitadas, evitando conflictos inmediatos y tratando ante todo de

congraciarse con los grupos ya establecidos. No era sino después de haberse asentado definitivamente y arraigado en un sitio que los nahuas iniciaban su expansión y luchaban contra aquellos grupos que no se les sometían pacíficamente. Esto pudo haber sucedido con los pokomames. Los pipiles penetraron seguramente a El Salvador por la región de Güija, siguieron por Santa Ana, La Libertad, San Salvador, etc., hasta tropezar, al oriente, con los lencas y potones, y al sur con los pokomames. Transcurrieron seguramente muchos años antes de que los nahuas trataran de sojuzgar a estos pueblos.

Ahuitzotl reinó en Tenochtitlan de 1486 a 1502. Fue en realidad el gran conquistador azteca, el que más dilató las fronteras del Imperio, sembrando el terror en las comarcas que ocupaban sus ejércitos. Es indudable que numerosos grupos marginales huyeron ante la acometida azteca y es posible que algunos de estos grupos, de Guerrero, Veracruz y Chiapas, hayan buscado refugio en Centro América, pero ello no significa que fuesen los primeros nahuas arribados al istmo. De 1486 a 1524, año

en que llega a Cuzcatlán Pedro de Alvarado, han transcurrido apenas 38 años. No es posible que en tan corto plazo, aquellos refugiados que pretenden algunos historiadores, hubiesen ocupado un vasto territorio —desde Es-

cuintla hasta Nicaragua—, organizado un Estado poderoso, el único que logró infligir a los españoles una seria derrota en Centro América, y conquistado a las tribus circunvecinas.

IV

UNA MIGRACION NAHUATL EN EL SIGLO VIII

El Dr. Thompson recogió en Santa Lucía Cozumaluapan una tradición pipil que afirma que este pueblo huyó de Cholula al imponerse en dicha ciudad la tiranía de los olmecas históricos. Torquemada, por su parte, registra este relato y dice que tal migración había tenido lugar hacía aproximadamente “siete u ocho vidas de viejos muy viejos”.

Relacionando entre sí estas tradiciones y aunándolas a otros datos históricos, el profesor Jiménez Moreno, considerando que una vida de viejo muy viejo se refiere a dos ciclos indígenas de 52 años, y tomando el término medio entre siete y ocho, llega a la conclusión de que siete y media vidas de viejos muy viejos abarcan un período de 780 años, que restados de 1580, año en que Torquemada recoge la tradición, dan como resultado 800, fecha que el profesor Jiménez Moreno considera como la más segura de esta migración nahua.

Por otra parte, se ha aclarado ya que el año Ce-Técpatl en que los olmecas fueron expulsados de Cholula corresponde a 1292, y si sabemos que el dominio olmeca duró 500 años, llegaremos a la conclusión de que la tiranía olmeca se instauró en Cholula alrededor del año 792, es decir, en una fecha casi

igual a la que obtuvimos de la tradición pipil. Concluye el profesor Jiménez Moreno:

“Es una lástima que desde el punto de vista arqueológico no podamos precisar nada de los orígenes de esta cultura pipil y por el momento más parece que esa cultura se especializó grandemente en esa zona de Santa Lucía Cozumaluapan y lugares cercanos. Menciono esto porque realmente este es el primer movimiento histórico importante desde el punto de vista de la historia documental y creo, además, que cuando Sahagún habla de unos famosos tlamatinos, de unos sabios en su tradición, que malamente han sido traducidos en la versión española como toltecas, cuando él habla de una llamada migración de tlamatinos, de sabios, se refiere probablemente a los pipiles, los que estaban tal vez viviendo en una zona de Morelos y que de ahí fueron a Veracruz, de aquí hacia la zona del Istmo, al sur de Chiapas y finalmente a Guatemala y El Salvador...”

La tradición recogida en Santa Lucía Cozumaluapan por el Dr. Thompson afirma también que los pipiles provenían de Tuxtla, pudiendo referirse a Tuxtla, en el sur de Veracruz, o a Tuxtla, actual Estado de Chiapas.

Los pocos trabajos arqueológicos realizados en la zona pipil de Guatemala y alguna cerámica recogida en El Salvador, nos revelan también que los pi-

piles tenían una cerámica muy parecida a la de Teotihuacán III y distinta de la azteca. El final de Teotihuacán III ha sido situado por los arqueólogos mexicanos entre 750 y 800, lo cual coincide con la migración nahua a que nos hemos referido, y el hecho de que los pipiles usaran esta cerámica y no la azteca constituye un nuevo indicio de la antigüedad de su migración.

v

QUE DATOS NOS APORTA LA LINGUISTICA

Los estudios glotocronológicos realizados por el Dr. Mauricio Swadesh acerca de las relaciones internas de los dialectos nahuas arrojan también datos sumamente interesantes.

La glotocronología se basa en el hecho de que la parte menos cultural de un léxico cualquiera, es decir, su porción más universal —aquella que denomina partes del cuerpo, objetos de la naturaleza, pronombres, etc.— cambia a un paso relativamente constante; que las secciones locales de una comunidad lingüística mantienen una uniformidad de habla en el grado de lo íntimo y que el grado máximo de divergencia se registra en los casos de aislamiento total o de contactos indirectos.

Para medir el tiempo de separación entre dos dialectos del mismo idioma se usan vocabularios diagnósticos uniformes, cuya constante mínima de retención común se ha determinado de antemano. Se toman igualmente en cuenta los datos geográficos relativos a distancias, obstáculos naturales y vías de comunicación. Sobre el número total de comparaciones se encuentra el

porcentaje de cognadas y el índice de divergencias por siglos mínimos de separación.

El estudio del Dr. Swadesh fue realizado con vocabularios diagnósticos de 100 elementos y la escala para convertir el porciento de cognadas en siglos mínimos de divergencia se basa en la constante de 74% de cognadas conservadas después de 10 siglos. El reconocimiento de las cognadas lo hace el Dr. Swadesh tomando en cuenta las fórmulas de correspondencia fonológicas entre los idiomas del estudio y algunas nuevas correspondencias que se desprendan del material. Así obtiene para el pipil de El Salvador las siguientes divergencias:

Mexica	10
Milpalteca	8
Norpoblano	9
Zacapoaxteca	8
Chicontepecano	9
Tatelteca	9
Tuxteca	5
Mecayapaneca	11
Pochuteca	12

Yo, por mi parte, he encontrado una diferencia de siete siglos entre el pipil de El Salvador y el náhuatl de Tetelcingo, Estado de Morelos.

A los datos obtenidos por el Dr. Swadesh debemos agregar dos siglos, ya que los vocabularios pipiles con que trabajó son de la época de la Conquista, por lo que es necesario agregar la media aritmética del tiempo transcurrido desde entonces hasta la fecha. Así tenemos que el dialecto pipil debe haberse separado de otros dialectos de su rama —norpoblano, chicontepecano, tatelteca— hace alrededor de once siglos, es decir, en la época de la migración desde Cholula, y del tuxtéca hace siete siglos. Ello viene a confirmarnos la tra-

dición recogida por Torquemada y por el Dr. Thompson, que nos dice que los pipiles huyeron, al igual que otros grupos, alrededor del año 800 para radicar en Tuxtla, de donde algunos siglos más tarde salieron hacia Centro América.

¿Son todos estos datos suficientes para considerar resuelto el problema del origen de nuestros pipiles? No, indudablemente. Pero el material me parece sumamente interesante y, como dije al principio, podríamos utilizarlo como punto de partida para nuevas investigaciones históricas, arqueológicas y lingüísticas, que finalmente puedan aclararnos el origen de nuestros antepasados pipiles y la fecha probable de su arribo a Centro América.

NOTICIA SOBRE LOS MAYAS

Por CARLOS SAMAYOA CHINCHILLA

Entre todas las culturas alcanzadas por los pueblos que han ocupado los territorios conocidos hoy con el nombre genérico de Mesoamérica, o sea la zona comprendida entre los valles centrales de México y el oriente de las repúblicas de Honduras y El Salvador, se destaca, con rasgos inconfundibles y vigorosos, la que lograron desarrollar los hombres de raza maya.

¿De qué repliegue del remoto ayer surgió tan prodigiosa estirpe?... ¿Cómo se explica que esos aborígenes, casi sin contacto alguno con otros pueblos del universo, hayan logrado alcanzar índices tan elevados de progreso espiritual y material, que aún ahora nos llenan de asombro?... ¿Por qué sendas luminosas llegaron a determinada meta y enseguida, como si su existencia no hubiera sido más que un inesperado relámpago entre dos eternidades, abandonaron sus populosos centros urbanos para dedicarse a vagar, anónimos y empobrecidos, por las selvas milenarias del Petén y Yucatán?... ¿En qué estado se encuentran actualmente los descendientes de los hombres que un día, casi sin instrumentos, fueron capaces de predecir con absoluta seguridad la sucesión de los solsticios y de los equinoxios; descubrir el valor de la cifra cero para emplearla en sus cálculos de altas matemáticas; tallar la piedra sin el auxilio de los metales, y practicar el ejercicio de la arquitectura y las bellas artes con un sentido tan original y seguro que siempre hace inconfundibles sus múltiples manifestaciones?...

Por desgracia, las respuestas a todas estas preguntas, con excepción de la última, están aún contenidas en una sola palabra: Misterio...

Volviéndonos por unos instantes hacia edades pretéritas, hemos de convenir en que, hasta ahora, el problema que entraña la aparición del hombre en el escenario americano es muy complejo y en que, por esa y otras razones, la historia de los mayas, es en muchos de sus pasajes un crucigrama o casi una fábula.

Animados por el deseo de precisar los períodos que señalan su probable aparición en el centro del continente americano, así como su extraordinario apogeo y los factores que probablemente influyeron en su decadencia, trataremos, en primer lugar, de hacer un esbozo panorámico del área en que se desenvolvió su portentosa cultura.

En las diferentes etapas de su gesta los mayas ocuparon —dejando huellas visibles de su paso o permanencia—, las regiones que hoy se conocen en la república de México con los nombres de estados de Yucatán, Campeche y Tabasco, buena parte de Chiapas y todo el territorio de Quintana Roo; casi la totalidad del departamento del Petén, parte del de Izabal, y las mesetas o tierras altas adyacentes por el lado del sur, sin llegar hasta las costas del Pacífico, en la República de Guatemala; todo Belice; y dos franjas en el Occidente de las Repúblicas de Honduras y El Salvador; extensión que sumada da, aproximadamente, una superficie de 350,000 kilómetros cuadrados. Lo que determinará siempre con mayor exactitud el área de influencia maya, es la presencia de la escritura jeroglífica y las manifestaciones de una arquitectura de piedra, que se caracteriza por techos en forma de bóveda salediza, o sea el arco falso.

La mitad, poco más o menos, de esa extensa área está integrada por altiplanicies surcadas por sierras de origen volcánico, cuyas cimas se elevan con frecuencia a alturas de más de 4,000 metros, según puede observarse en las mesetas de Guatemala y Honduras Occidental. La otra mitad está representada por un conjunto de sabanas divididas por cadenas de cerros, en las que el agua es poco abundante, como sucede en una sección del Petén y en casi toda la Península de Yucatán, en la que una parte de su superficie está cubierta de bosques, y la otra por arbustos bajos y espesos, en vez de los gigantescos árboles de caoba, ceiba, chicozapote, palo volador, ramón y cedro tropical, que caracterizan la vegetación que cubre la parte septentrional del Petén.

La fauna de las tierras altas, aunque no tan abundante y variada como la que habita las selvas peteneras y yucatecas, es rica en jaguares, pumas, dantas, armadillos, monos saraguates, venados, peligrosos ofidios, y bellísimos pájaros, entre los cuales destaca por su señorío y exótica belleza el famoso quetzal, que, como es sabido, se reproduce casi exclusivamente en

la región norte de Los Altos de Guatemala y Honduras o en las montañas de Chiapas.

Fuera del maíz, el cereal divino que desde épocas muy remotas fue el producto alimenticio que más contribuyó en el sostenimiento y progreso de nuestros pueblos autóctonos, probado está que los mayas cultivaban sistemáticamente otras plantas útiles o comestibles: frijol negro y rojo, güisquil o chayote, varios géneros de calabazas, tomate, frutos y legumbres, diversas clases de yuca, cacao, algodón, tabaco, chile o ají, vainilla y gran cantidad de tubérculos.

Además de los productos de caza, la selva o la montaña proporcionaron a los mayas muchos materiales para la construcción ligera: troncos y bejucos, paja, hoja de palma y ciertas resinas, muy usadas aún por los actuales indígenas en sus actos de magia, exorcismo, o invocaciones de carácter religioso. En esos lugares abunda la piedra caliza, uno de los mejores materiales de construcción de toda la América Precolombina, ya que no solamente puede extraerse con bastante facilidad, mediante instrumentos de madera, sino que también endurece al quedar sometida a la intemperie, convirtiéndose al ser quemada, en cal o rudimentario cemento.

En lo que hoy día constituye la sección norte y central del Petén, la tierra es generosa en productos de toda especie, y el clima, aunque cálido y húmedo, es generalmente sano, a pesar de que en los meses de abril y mayo la temperatura sube hasta 40 grados centígrados; factores naturales que unidos al esfuerzo y al talento de los indios mayas, dieron por resultado el nacimiento de una cultura que más tarde irradió sobre los cuatro puntos cardinales de la región, hasta cubrir toda la Península de Yucatán, los sistemas de valles adyacentes al centro petenero, y las faldas septentrionales de las cordilleras que se ramifican hacia el sur y sureste.

Así se formó lo que el ilustre arqueólogo Silvano G. Morley designó con el nombre de Viejo Imperio —usando la palabra, no con un sentido de dominio, sino de influencia cultural—, imperio que alcanzó su edad de oro en las ciudades o sitios arqueológicos conocidos en la actualidad con los nombres de Palenque, Piedras Negras y Yaxchilán, en la cuenca del río Usumacinta, al oeste del departamento del Petén, y Copán y Quiriguá, durante el siglo VIII de la Era Cristiana.

Pero como resultaría confuso para mis oyentes hablar de la Edad de Oro de los mayas sin decir antes unas cuantas palabras respecto a sus primeros pasos en nuestro suelo, séame permitido traer a cuento las deducciones que sobre los primitivos hombres del Nuevo Mundo han hecho los antropólogos.

Se supone que la historia de América principió al final de la Epoca

Glacial, es decir, cuando, al fundirse las grandes masas de hielo, el Continente se separó del casquete polar.

Es entonces la hora decisiva de los grandes éxodos, de los avances, de los contactos, de los intercambios, de los descubrimientos y de los asombros, pues todo un continente salía al paso de las tribus errantes con sus fértiles valles, sus altas montañas, sus ríos caudalosos y sus ardientes y doradas costas. En pocas palabras es la hora señalada para una de las grandes revelaciones cosmogónicas...

Por su posición geográfica y central, Guatemala es una de las regiones arqueológicas más importantes de este Continente. Así lo ha reconocido la mayoría de los americanistas, agregando que en alguna parte de su territorio deben existir restos o indicios de sus primeros habitantes.

Se sabe que al extremo sur de Sudamérica existían indios en una época en que muchas especies de animales —ahora desaparecidas—, vivían todavía, y todo hace suponer que los antecesores de esos indios deben haber pasado, en su largo descenso desde el Norte, por el Istmo Centroamericano. ¿Pero dónde encontrar las huellas evidentes de ese paso por Centro América? Hasta hoy el único indicio seguro, es el de los huesos petrificados de la fauna del pleistoceno superior, que Barnun Brown descubrió en los bancos y riberas del río de La Pasión, en el Petén, entre los cuales hay un fragmento con tres cortes agudos en forma de V, que sin duda fueron hechos por la mano del hombre.

Fauna similar ha sido encontrada esporádicamente, en otras partes del país, sobre todo en el valle del Motagua, en los departamentos de Quezaltenango y Huehuetenango, y en Kaminal-Juyú, en las goteras de la capital de Guatemala.

Pero aquí cabría preguntar ¿fueron las tierras altas o más bien las costas marinas, llanas y pródigas en caza y pesca, las que facilitaron el tránsito o el establecimiento de las hordas trashumantes?

No cabe duda de que en los valles del interior del país, que probablemente han sido habitados desde hace milenios, deben existir restos que datan del período que se extiende desde la aparición del hombre en el Nuevo Mundo hasta el principio del período siguiente, o sea aquel en el que aparecen los primeros brotes de cultura agrícola y el arte de la alfarería. Pero, desde luego, y debido a factores entre los cuales se cuentan en primer lugar la falta de investigación sistemática, las erupciones volcánicas, con la consiguiente perturbación de las capas geológicas, el hallazgo de esos restos es sumamente difícil, si no se debe a una causa fortuita.

Mas, entre ese ir y venir de razas viajeras, que se mezclan y combaten, que se multiplican y exterminan, buscando acomodo en el cuerpo del Continente, ¿qué datos, por vagos que ellos sean, existen respecto al posible origen de la raza maya?

La respuesta, como antes dije, es una sola palabra: Misterio.

Tratando de descifrarlo algunos arqueólogos, después de largas investigaciones en la zona central del Petén, que probablemente fue la cuna de la civilización maya, basan sus asertos, en los siguientes hechos, ya que sobre esa época no hay documentación de ninguna especie, ni siquiera vagas tradiciones.

Primero: en las relaciones de semejanza que existen entre la arquitectura y la escultura de determinados pueblos, pues ellas establecen límites o contactos entre unos y otros. *Segundo:* en la evidencia proporcionada por los monumentos con fecha. *Tercero:* en los objetos o residuos encontrados en las excavaciones, en la estructura de las tumbas, y en las huellas dejadas en los estratos terrestres, las cuales revelan los usos, costumbres y relaciones de los hombres que un día habitaron determinado suelo.

En esa forma se han llegado a establecer tablas de períodos que hasta ahora, y mientras no se hagan nuevos descubrimientos, son las únicas guías en el intrincado laberinto de los orígenes mayas.

Período Arcaico: (de una época indefinida a 1,000 años antes de Cristo). Época vaga en la que ocurren migraciones, mezclas y establecimientos de índole sedentaria, en los que el hombre americano se inicia en la agricultura y el maíz hace su aparición.

Período Post-Arcaico o Pre-Maya: (1,000 años antes de Cristo a 317 años después de la Era Cristiana). Este período señala el principio del uso de la piedra en las construcciones, el desarrollo de la cerámica y de los tejidos, la expansión de los ritos religiosos y la iniciación del arte de labrar la piedra.

Viejo Imperio Maya: Época temprana: (317 años antes de Cristo a 633 de nuestra Era). Algunos arqueólogos aseguran que el primer monumento maya de importancia fue edificado muy a principios del siglo IV antes de la Era Cristiana, pero lo más seguro es atenerse a la fecha 317 años, que corresponde, con tres años de diferencia, a la registrada en la Placa de Leiden, la cual señala la fecha más antigua descifrada hasta ahora o sea la de 320 antes de Cristo.

Durante ese lapso poco más de 900 años florecieron las ciudades de Uaxactún y Tikal, que son los dos centros mayores del norte petenero, así como Copán, Altar de Sacrificios, Toniná, Xultún, Yaxchilán, Piedras Negras, Naachtún, Naranjo, Uxmal, Calakmul, Chimuic y el legendario Palenque.

Viejo Imperio Maya: Época Media: (633 a 731 después de Cristo). Durante los 98 años que comprende ese lapso, los mayas dedicaron sus esfuerzos al afianzamiento de los conocimientos adquiridos en agricultura, arquitectura, matemáticas, astronomía, etc., durante las últimas centurias

de su laboriosa existencia. Dos centros ceremoniales importantes fueron creados durante ese período: Quiriguá y Etzná.

Viejo Imperio Maya: Gran Epoca: (731 a 987 años después de Cristo). Período de gran progreso que abarca 250 años, durante el cual las ciencias y las artes llegan a su máximo esplendor. Nuevas y portentosas ciudades brotan como inmensas flores de piedra en medio de la selva: Nakúm, Tayasal, Cancuén, Tzimin-Kax, Ceibal, Quen Santo y Chichén-Itzá. Sin embargo, al final de este período las ciudades principian a ser abandonadas por sus habitantes, cundiendo al mismo tiempo la desorganización social y política.

Nuevo Imperio: Liga de Mayapán o Período Mexicano (987 a 1194 años después de Cristo). Aunque la penetración de la cultura maya se inició en la Península de Yucatán a partir de la Epoca Temprana del Viejo Imperio, puede asegurarse que la verdadera trasculturización se llevó a cabo entre los años de 889 a 987 después de Cristo.

El renacimiento maya o Nuevo Imperio no es, en realidad, sino la creación de una liga política y racial Maya-Mexicana. Un vigor bárbaro y despótico fecunda o prostituye a los viejos y consagrados estilos. Las efigies de los sacerdotes son substituídas por figuras de guerreros cubiertos de plumas; se abandona, hasta cierto punto, el estudio de los textos y astros, y se concede gran importancia a la "guerra florida" y al juego de pelota. En campos y ciudades no se habla más que de nuevas ideas y nuevas formas, religión, arquitectura, vestuario, arte y ciencia militar, todo sufre cambios o alteraciones. Así nace, como una confederación política, lo que se ha dado en llamar *Liga de Mayapán*, o sea la alianza concertada entre dos grandes Imperios: Chichén-Itzá y Uxmal. Bajo la inspiración de Kukulcán, un poderoso señor *tolteca*, identificado en el panteón mexicano como Quetzalcóatl, se levanta la gran urbe de Mayapán.

La influencia tolteca es decisiva y notoria por entonces. El progreso y las innovaciones están presentes en todas las actividades del nuevo estado, pero, desgraciadamente, en 1194 la guerra civil estalla y el éxodo de los pueblos principia otra vez, determinando el final de esta segunda florecencia del espíritu maya.

En 1441 los grandes capitanes mayas, congregados bajo la autoridad de Xiú, el señor de Uxmal, atacaron Mayapán y, después de un sangriento sitio la asaltaron, ultimando a su gobernante. Con la caída de Mayapán se anuncia la época final, o sea la de la desintegración definitiva del mundo maya. Las sólidas y populosas ciudades fueron abandonadas y los descendientes de los Itzás, a pesar de haber sido sus antepasados los vencedores en la guerra civil, resolvieron abandonar sus señoríos y fundar una nueva metrópoli, que más tarde se llamó Tayasal, al sur del lago Petén-Itzá, en el norte de Guatemala. Otros arqueólogos, tratando de simplificar la tabla

anterior, dividen la historia maya en cuatro grandes períodos: el Formativo, el de Series Iniciales, el Mexicano y el de Absorción Mexicana. El Período Formativo —explica Thompson— comprende las fases Mamón y Chicanel, de Uaxactún, y las fases contemporáneas halladas en el área central del Petén, Honduras Británica, Chiapas, Tabasco, y el Bajo Motagua, en el área septentrional (Yucatán, Norte de Campeche, Quintana Roo), en el área meridional. Esta última abarca el altiplano y vertiente del Pacífico de Guatemala y partes adyacentes de El Salvador Occidental. El período de Series Iniciales comprende los seis siglos (325 a 900 de la Era Cristiana), durante los cuales los Mayas, especialmente en el área central, erigieron estelas con inscripciones de series iniciales y otras formas parecidas de fechas. Es la Edad Clásica de la Historia Maya, a la cual corresponde el grandioso desarrollo arquitectónico del área central, así como los edificios premexicanos de Yucatán, estando caracterizada además por el apogeo de la escultura y la cerámica. Abarca la fase de la cazuela con reborde basal (o sea Tzakol) y la fase Tepeu, notable por el sorprendente desarrollo de la pintura de figuras en la cerámica. Entre el final de la época del culto de las estelas y la fecha histórica escogida de manera un tanto arbitraria para marcar el principio del Período Mexicano, se interpone durante menos de un siglo otra etapa que probablemente corresponde al primer impacto de las influencias mexicanas que se relacionan con Tula —gran centro de la civilización tolteca.

El Período Mexicano (de 978 a 1204 de la Era Cristiana) se desarrolló probablemente en el área central, pero aparece representado hasta cierto punto en Honduras Británica. Las fechas son las del Katún (Período de veinte años), durante el cual los itzáes se establecieron en Chichén Itzá, y la del Katún, durante el cual fueron desposeídos y arrojados de dicha ciudad. Este es el período de arquitectura mexicana en Chichén Itzá (templos de Chac Mool, de los Guerreros, del Castillo, Tumba del Gran Sacerdote, etc.) Se introdujo el metal oro, plata, cobre; y la cerámica plomiza con efigies, pero la cerámica policromada tuvo escaso desarrollo. Es de gran importancia el cambio de la teocracia a un militarismo agresivo. Aunque la religión continuó siendo el factor preponderante de la vida del pueblo, tuvo que ceder terreno ante las instituciones políticas y militares de los nuevos gobernantes. El arte militar, que había sido un medio para obtener un fin, se transformó en algo más importante que el fin. El tipo de cultura se trocó, de moderado en todas las cosas, en otro en el cual los excesos llegaron a ser la norma común, aunque éstos nunca fueron aceptados por el viejo núcleo maya.

También por diversas razones hay poca información respecto al período comprendido entre el abandono de los grandes emporios del mundo maya y la llegada de los conquistadores hispanos en el año de 1524.

Por sistema, implacablemente, los españoles trataron de destruir todo

aquello que significara poder espiritual o material en la raza vencida, con el fin de imponer su cultura y su ley. Sin embargo, varios cronistas indígenas se dedicaron a escribir memorias en las que, si bien es cierto que a veces se advierte la influencia del espíritu cristiano y de la civilización europea, también quedaron vivas e indelebles algunas huellas de su pasada gentilidad.

Por la estructura de esas memorias o relaciones se colige que, como natural consecuencia de las mezclas de sangre entre las razas mayas y neomayas, surgieron otras razas, que, a su vez se mezclaron con los representantes de nuevas migraciones, entre las cuales, merecen citarse la procedente de la legendaria Tula o Tulán, en el año de 1035, después de Cristo, bajo el mando de Gucumatz, y la cual, según esas memorias, se dividió más tarde en tres cacicazgos: los quichés, los cakchiqueles, y los tzutuhiles, que aún perduran en las riberas del lago de Atitlán. La de los mames, que se radicó en lo que ahora es el departamento de Huehuetenango, y la de los rabinales, que se estableció en las Verapaces.

Los notables progresos alcanzados por los mayas durante el período de su mayor florecimiento han sido objeto de numerosos estudios. Para detallar lo que de esos progresos se conoce hasta la fecha sería necesario la lectura de una biblioteca. No queriendo abusar de la paciencia de mis oyentes, me limitaré a hacer una breve relación de ellos y de las características de la ilustre raza que los llevó a cabo, advirtiendo que algunas de esas referencias o noticias están todavía sujetas a dudas o enmiendas, pues la mayología está aún, como si dijéramos, en su primera infancia.

No ha sido posible establecer cuál fue la ruta que siguieron los mayas para llegar a los territorios de Centroamérica, en los cuales, siglos después, desarrollaron su singular cultura, o si ellos fueron una raza autóctona. Sobre eso no hay nada completamente esclarecido.

Lo que sí se puede afirmar es que los mayas antiguos y modernos, difieren en muchos sentidos de los pueblos o razas que han habitado Mesoamérica.

Sus representantes actuales tienen un tipo bastante homogéneo. Su estatura no es grande, pues el promedio de los varones no llega más allá de 1.55 metros, y el de las mujeres rara vez alcanza el de 1.43 metros. Sus brazos son largos y la dilatación de su pecho tan amplia como la de los individuos de otros grupos indígenas de mayor estatura. El maya es bronceado, su pelo es negro y generalmente lacio, el ojo almendrado y con esa inclinación tan característica que aparece en las esculturas. La nariz aquilina y el labio inferior algo prominente. El color de su piel es un poco menos bronceado que el del resto de los otros indios, y su dentadura, magnífica. Algunos creen que sus lejanos ancestros hayan sido mongoloides, pero ciertos antropólogos han emitido juicios que los alejan de ese tipo

racial, a pesar de que en ellos la mancha mongoloide está siempre presente. Hooton, por ejemplo, creyó encontrar por la forma de su cabeza, mentón y nariz, cierto parentesco con los antiguos sumerios, recordando que éstos, fueron activos constructores de pirámides y muy aficionados a los estudios y cálculos astronómicos.

La lejanía de sumerios y egipcios de las tierras de América hace suponer que si la hipótesis de Hooton tiene algún valor, aún se desconoce la ruta que trajo a esos hombres hasta este Continente.

Los rasgos morales e intelectuales de los mayas actuales también tienen señaladas diferencias con el resto de los pueblos que habitaron Mesoamérica. El maya es inteligente y emprendedor, muy devoto de sus tradiciones, es fatalista, supersticioso, y muy amigo de trabajar en grupo. Notable es su capacidad para captar la línea y el color o para interpretar sus emociones por medio de la música o la poesía. En una palabra, tiene temperamento de artista.

Uno de los rasgos que más los caracterizan es su actitud conservadora ante el silencioso gotear del tiempo; actitud que explica por qué razón fueron capaces de conservar su idioma durante cuatro siglos de dominación española, así como sus costumbres, sus creencias y sus supersticiones. Los antiguos mayas eran gentes de vida austera —tomándolos en conjunto— y los asuntos sexuales no tenían para ellos la importancia que el hombre actual les da. Su contacto con los mexicanos los hizo abandonar buena parte de sus sanas costumbres, y cuando los españoles llegaron ya habían adquirido ciertos hábitos que no tenían en la antigüedad.

Durante el régimen del Viejo Imperio, es casi seguro que con pequeñas variantes, se habló la misma lengua desde las tierras altas del sur hasta el norte, cubriendo toda la Península de Yucatán.

Tosser dice al respecto:

“La unidad geográfica de los pueblos de habla maya es admirable, si se la compara con las de las colonias de pueblos de lengua náhuatl esparcidas a lo largo de la costa del Pacífico de la América Central, a veces tan al sur como el Istmo de Panamá. Los mayas parecen haberse contentado con permanecer largo tiempo en un mismo lugar, y es evidente que no tenían por costumbre establecer colonias en regiones distantes del país. Además, las investigaciones realizadas nos demuestran que los viajes de los mayas, en el territorio que ocupaban, no eran de consideración”.

“La mayor parte de los dialectos del maya parecen haberse identificado con ciertas localidades desde la época de los documentos españoles más antiguos hasta nuestros días. No parece haber habido aquellos movimientos de población que podrían esperarse como un fenómeno natural. Las circunstancias geográficas pueden haber tenido algo que hacer con esta aparente falta de mezcla de las gentes de un dialecto con las de otro. La Pe-

nínsula de Yucatán está relativamente aislada del resto del territorio maya y el dialecto que en ella se habla ha cambiado muy poco, hasta donde puede juzgarse, comparándolo con la época más antigua de que poseemos constancias escritas. Las numerosas cadenas de montañas del sur hacen difíciles algunas veces las comunicaciones, y un sistema de montañas separa a menudo las distintas diferencias lingüísticas en lo que se refiere a los dialectos del maya”.

Y más adelante, al describir las características de esa misma lengua, agrega:

“Desde el punto de vista de la lexicografía, el maya es distinto de cualquiera de las otras lenguas que se hablan en México o en la América Central, y no tiene afiliación, hasta donde puede juzgarse, con ninguna otra lengua de México o Centroamérica. Algunos autores pretenden que el zapoteca es pariente más cercano del maya que del náhuatl, pero el maya es morfológicamente diferente de aquél”.

Sus medios de expresión gráfica, a pesar de los progresos en otras ramas del humano conocimiento, eran aún imperfectos. Para conservar memoria de los hechos, nuestros antepasados indios dibujaban ideogramas simbólicos que se aproximaban al fonetismo, pero que aún están lejos de las articuladas y eficaces letras del mundo moderno.

Si esto fue así, ¿cómo es posible imaginar que los mayas hayan cultivado la literatura? ¿Cómo, sin letras, puede evitarse que se pierda la magia de un poema, el hilo de una narración o la elocuencia de un discurso? Y la respuesta es clara, porque probado está que ni el papel ni las letras son necesarias para que exista la literatura, ya que el hombre, gracias a su memoria, puede conservar el pensamiento de sus antepasados, por medio de las tradiciones orales.

Pero, ¿ha llegado hasta nuestros días algo del acervo literario de los pueblos mayas? Sí; a pesar de los años, todavía quedan muestras de su singular expresión. En primer lugar está el Popol-Vuh, famoso libro maya-quiché que con exaltado y religioso imaginismo refleja en sus primeros capítulos, la forma del sentir aborígen. Dignas también de figurar en el cuerpo de esa literatura son las narraciones o probanzas escritas por algunos indios conversos, en los años que siguieron a la conquista y numerosos poemas que, probablemente son restos, más o menos adulterados de los viejos códices.

La cronología maya fue sin duda artificio mental y manual muy complicado. Seguro es que, después de numerosos tanteos, los sacerdotes llegaron a determinar con toda exactitud la duración del año trópico y posiblemente también los movimientos de la luna. En esta materia fueron admirables sus progresos, pero, infortunadamente, hasta la fecha no se ha logrado descifrar más que unas dos terceras partes de las inscripciones grabadas en los

altares o en las estelas que aún perduran, pues, como es sabido, muchas de ellas fueron destruidas.

Es tanto lo que, por incuria o ignorancia, se ha perdido respecto a los mayas, que se ignora hasta los nombres de la mayoría de sus ciudades, sobre todo los que correspondieron a las fundadas durante el Viejo Imperio. Por los libros de Chilam Balam se conocen los de Chichén-Itzá, Chakanputún, Uxmal, Mayapán —este último que por derivación dio su nombre actual a los mayas— y otros de menor cuantía, pero en cambio, se ignora el nombre original de Tikal, que probablemente, junto con Copán, fue el centro más populoso y tradicionalista del orbe maya.

Muy poco se puede decir respecto a la organización política y social que prevaleció en la fabulosa edad del Primer Imperio. Lo que de ella se sabe o presume depende de las deducciones que se han hecho de los sistemas administrativos que rigieron durante el Segundo Imperio, y por la prueba directa que proporcionan las esculturas, vasos y pinturas de épocas posteriores.

El carácter eminentemente continuista de su cultura, hace suponer que los mayas estaban organizados en estados, ciudades independientes, al estilo de la antigua Grecia, unidos, a veces, en confederaciones que conservaron la cultura, el idioma, la religión y las instituciones políticas. La jefatura de cada estado era desempeñada por un señor o cacique territorial, con carácter hereditario. El cacique era llamado “ahau”, palabra que los diccionarios del idioma maya, hechos por los españoles en el siglo XVI, definen como “rey, emperador, monarca o príncipe”. Después de este señor estaban los “bataboole” o jefes menores, que generalmente desempeñaban las funciones de Magistrados, y tras ellos, los capitanes de guerra. Las casas reinantes, a pesar de la persecución de que fueron objeto sus miembros durante la Colonia, conservaron por largo tiempo, con orgullo, sus tradiciones de familia y sus árboles genealógicos.

La clase sacerdotal debe haber sido tan importante como la de los caciques o señores. Sus puestos principales eran hereditarios y se llegaba a ellos por nobleza de sangre. Los grandes sacerdotes eran los depositarios de la ciencia y sus actividades eran múltiples, pues todas ellas estaban relacionadas con la astronomía, la agricultura, la política, los rituales de sacrificio, la adivinación, las inscripciones y los cálculos cronológicos.

Al principio, durante los siglos en que los mayas llevaron una vida errante, sus ideas religiosas deben haber sido muy sencillas. Más tarde, cuando se establecieron y organizaron, su religión sufrió importantes modificaciones, tomando, poco a poco, el sentido de una filosofía panteísta ideológica, concebida y cultivada por el sacerdocio profesional, al que sin duda se deben, a través del tiempo, la invención del calendario, la individuación y multiplicación de los dioses y la escritura jeroglífica. Siglos des-

pués, durante los últimos períodos, o sean los que corresponden a la influencia mexicana, se registraron alteraciones degradantes, como las de los sacrificios humanos. Algunos de sus principios cosmogónicos son notables. Ejemplo: el reconocimiento de una sola voluntad que es la ordenadora de todas las cosas; la creencia de que han existido varios mundos anteriores al actual; y la convicción dualística de que el hombre se debate entre dos poderosas influencias: el bien y el mal.

En el campo de las ideas abstractas, el pueblo maya practicó lo que podríamos llamar la reverencia del tiempo, prestándole un culto especial, que se tradujo siempre en una excesiva esclavitud a sus mandamientos y en un fetichismo por los números que señalan o pretenden señalar sus divisiones. Con antelación el tiempo era el que regía, inexorablemente, todas sus actividades y hasta los días llegaban ya calificados como buenos, malos o indiferentes.

Se ha dicho con frecuencia que la arquitectura es el mejor índice para valorar el grado de adelanto alcanzado por un pueblo, porque ella resume los conocimientos de varias artes y varias ciencias. Si esto es cierto, justo es reconocer que los antiguos mayas fueron un pueblo que supo enaltecerse y distinguirse por su cultura. La prueba es evidencia en los centros ceremoniales y templos de Tikal, entre los cuales hay uno, el Número 4, que alcanza 69 metros de altura; en la piedra trabajada como un encaje de los frisos y bajorrelieves de Copán, y en los altares o tumbas de Palenque o Ceibal. La arquitectura maya es única, inconfundible, pura y hermosa como una oración al Espíritu Eterno.

En términos generales puede afirmarse que el hombre maya fue observador poco fiable, en lo relativo a la realidad física del mundo, no porque careciera de dotes para apreciar el medio que lo rodeaba, sino por el clima de alucinación y embrujo en que vivió en el regazo de las selvas tropicales; clima que lo hizo confundir lo real con lo imaginario, el mito con el hombre y la bestia.

Por eso es que su imaginación plástica —ya se trate de arquitectura, pintura o escultura—, es algo que siempre bordea un mundo irreal y fantástico; sobre todo si se pretende apreciar sus mensajes artísticos según los cánones de la concepción europea. Teniendo esto en cuenta, fácil será concebir el asombro —que a veces más bien fue horror—, de los hombres blancos, cuando éstos contemplaron por vez primera sus manifestaciones de arte. Incapaces de comprender y valorar su extraño sentido, las rechazaron, calificándolas algunas veces de bárbaras y otras de diabólicas.

Al lado de este particular aspecto, en otros campos, el agrícola por ejemplo, el maya fue hombre práctico. Debe recordarse que ninguna raza humana ha logrado cultivar y mejorar mayor número de plantas salvajes, convirtiéndolas en útiles, como lo hicieron los agricultores mayas. Entre esas

plantas se cuentan, en primer término, el maíz, luego el cacao, la papaya, el aguacate, el chayote, el tomate, etc., etc.

Nunca se podrá incurrir en abuso al afirmar, repetidas veces, que la base de sustentación de toda la cultura indígena fue el maíz. Entre las más remotas creencias que ha sustentado la humanidad está la que sostiene que el hombre fue hecho de arcilla. Los mayas, en cambio, sostuvieron siempre que el hombre fue hecho de masa de maíz.

Simple y auténtica es esta afirmación, puesto que la civilización Maya se basó en el maíz, y en ese grano se encuentra su punto de partida cultural y material. Desde él, sin contactos con otras civilizaciones ni auxilio de animales domésticos, sin metales, ni principios mecánicos como el de la rueda, llevaron a cabo un programa de trabajo y construcción que cada día causa mayores asombros.

Varias son las hipótesis que se han formulado para explicar el abandono de las ciudades y el éxodo de los mayas. Unas se basan en los cambios climatológicos, otras en las guerras, las hambres, las enfermedades epidémicas o los terremotos, pero la más aceptable, según mayoría de opiniones, es la que se asienta en causas de origen agrícola, pues, como dice Morley “para existir, la civilización depende de la agricultura, aunque esa verdad se haya olvidado casi por completo en nuestra edad industrial”. Las tierras se empobrecieron por el continuo laboreo y, posiblemente, otros factores se sumaron en un momento dado para producir, fatalmente, lo que por muchos años ha constituido uno de los más grandes misterios de la historia.

En el área central el colapso fue relativamente rápido, una tras otra las ciudades y villorrios fueron abandonados. En Yucatán y Mesetas Centrales de Guatemala el proceso fue mucho más lento porque los invasores mexicanos o toltecas, al mezclarse con los naturales, establecieron nuevos centros de resistencia.

Los restos más o menos mezclados, de esa ilustre raza se encuentran dispersos en todo Guatemala, Chiapas, Belice, Quintana Roo, y el norte de Yucatán. Dichos grupos pueden estimarse en cerca de dos millones de almas, de los cuales, en números redondos, corresponden 1.400.000 a Guatemala, país que, desde luego, está muy interesado en profundizar los conocimientos que ya se tienen sobre la historia y la cultura de las razas mayas y neo-mayas, pues de su futura integración social y cultural depende el desarrollo y consolidación de su nacionalidad.

Los únicos representantes directos de los mayas son los lacandones, tribu indígena que aún habita los bosques de Chiapas y el Petén, en estado casi salvaje.

Desde hace dos años se está trabajando en la restauración de Tikal, y todo parece indicar que, gracias a esas importantes labores arqueológicas,

surjan nuevos datos relacionados con la cultura maya y la confirmación de la teoría sostenida por los americanistas de que esa ciudad fue el imperio de donde irradió una de las civilizaciones más altas y originales del Nuevo Mundo.

Noticias Sobre un Mastodonte del Cantón San Juan Buenavista

Por TOMAS FIDIAS JIMENEZ

Trabajo presentado al 33 Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en San José, Costa Rica, del 20 al 27 de Julio de 1958.

“EL MASTODONTE DE LAS VIBORAS”

INTRODUCCION

Andando los meses del medio año de 1957 tuve en mi mesa de trabajo, como Jefe del Departamento de Excavaciones Arqueológicas, la noticia de que en la confluencia de una quebrada del Valle del Cantón San Juan Buenavista con el río PANPE o Río de Chalchuapan, se encontraban restos óseos que la ingenuidad de los llaneros los calificaban como “recuerdos de los gigantes”; quienes cuando hablan de gigantes, siempre lo atribuyen a los hombres de los primeros días de la humanidad.

Como por entonces, fuese la época de más abundancia de lluvias, hube de esperar condiciones favorables durante algunos meses más, hasta que, a fines

de Octubre, practiqué un reconocimiento en la región mencionada y sus alrededores acompañándome de dos de mis ayudantes, quienes ya habían recabado datos suficientes para orientarnos en la localización del área requerida. Así fue como emprendimos viaje de exploración, llegando, primero, a unas huertas del valle pertenecientes a los Hermanos Macal, personas a las que, afortunadamente, encontramos en descanso en la casa de dicha huerta y se nos ofrecieron gustosos a contestar nuestros datos indagatorios sobre las piezas paleontológicas que buscábamos. La causa de nuestra visita despertó mucha curiosidad entre la familia y algunos

vecinos cuando les relatamos que nuestra misión era la de hallar el sitio preciso de los yacimientos de esqueletos de animales que, probablemente, existieron antes del Diluvio tan nombrado por la Biblia, para estudiarlos en favor de la ciencia del país; de tal manera, pues, que anuentes a cuanto les pedimos, fueron nuestros guías y con ellos llegamos a una quebrada que la llaman de "Las Iguanas" que confluye con otra, llamada de "Las Víboras", después de pasar ambas por un trecho de cárcavos bastante tortuoso y accidentado que sirve de lecho a una profunda erosión a guisa de cañón, entre dos estribaciones de mesetas no tan elevadas.

Ambos torrentes o "quebradas", antes de unirse, paran en dos profundas pozas circulares cubiertas de exuberante vegetación tropical, donde muy escasos son los beneficios de los rayos solares y es en la POZA de LAS VIBORAS, donde se hizo la localización de la fuente prehistórica que nos atraía e, inmediatamente, nos dimos a la tarea de encontrar los puntos de referencia que, después, nos dieron la pauta para las primeras excavaciones en las reducidas playas y en los cortes sedimentarios del terreno que las limitaba. Trabajamos durante una semana extrayendo algunos restos incrustados en rocas sedimentarias cuyo buceamiento no nos permitió seguir adelante por tocar el nivel de las aguas de la poza; motivo que nos obligó a suspender las exploraciones hasta que descendiera el nivel de dichas aguas y nos permitiera profundizar en su lecho, lo que se logró a fines de marzo del siguiente año, con tan halagadores resultados para nuestras pesquisas, que exploramos más exten-

samente, hasta agotar el hallazgo; por cuanto esto tiene que hacerse por cortas etapas, a consecuencia de que los intervalos de la baja de nivel de las aguas con el de subida, es de tiempo limitado a unos cuarenta días.

HISTORIA

El Valle del Cantón San Juan Buenavista nunca había sido conocido dentro de la incipiente Paleontología salvadoreña, ni tampoco tenemos referencia de él dentro de la arqueología; sin embargo, en un periódico llamado "El Faro", citado por Lardé y Larín⁽¹⁾ y editado en el siglo pasado, se lee la noticia siguiente: "En las capas gledo-sas de la jurisdicción de Atiquizaya, departamento de Ahuachapán, fue encontrado el 19 de noviembre de 1870 un esqueleto petrificado de 14 varas de largo perteneciente a un *reptil del Terciario salvadoreño*. Y, más adelante: "En jurisdicción de San Lorenzo, departamento de Ahuachapán, cerca de la frontera con Guatemala, existe un rico depósito de fósiles. Jorge Lardé".⁽²⁾

Por lo anteriormente escrito no se podría intentar afirmar que los terrenos fosilíferos de los que se habla en los dos lugares, pudieran ser del subsuelo del Valle de San Juan Buenavista, ya que, tampoco, se puntualiza la localización correcta de tales yacimientos, ni nadie guarda memoria del acontecimiento, ni tampoco se sabe el paradero de dichos restos; por lo que podemos recalcar que San Juan Buenavista entra en los campos de la investigación prehistórica de El Salvador, con

(1) Lardé y Larín, Jorge.—Paleontología Salvadoreña 1950. Pág. 5. Editorial Casa de la Cultura.

(2) Lardé y Larín, Jorge.—Obra citada, Pág. 9.

los depósitos descubiertos en la Poza de la Quebrada de Las Víboras, dando la oportunidad de proporcionar datos fehacientes para el levantamiento de las primeras investigaciones científicas de consideración.

Cuentan los vecinos del lugar que desde hace más de cuarenta años se venía corriendo la noticia que de la desembocadura de la Quebrada de "Las Iguanas" aguas abajo del río Panpe, se encontraban, en tiempos de la estación seca, "pedazos de huesos hechos piedra" en las riberas de la corriente y que quienes los hallaban los guardaban para regalarlos o venderlos, de tal suerte que entre la familia Macal, también se conservaba esta tradición, por cuya curiosidad, al fin, dieron con ciertos restos que inestimados por ignorancia, unos los regalaron y otros, los dejaron para diversión y juego de la prole; habiendo ocultado restos que resultó ser un colmillo que nos fue obsequiado, dándonos él la llave para abrir las exploraciones.

SITUACION

Aproximadamente, en el kilómetro 84 de la vía asfaltada que de San Salvador conduce a la ciudad de Ahuachapán hay un desvío marginal al pueblo de El Refugio de donde se parte, con rumbo N.W., por el camino de los Cantones San Antonio y San Juan Buenavista para llegar a las Pozas "Las Iguanas" y "Las Víboras", sitio final de las torrenteras de la Quebrada de San Juan. La distancia a recorrer es más o menos de seis kilómetros del dicho pueblo de El Refugio, pudiéndose llegar, también, partiendo de la ciudad de

Atiquizaya y caminando unos cinco kilómetros al N.E. El lugar de más fácil acceso es el de la estación ferroviaria de El Refugio, por donde pasa el camino al Cantón aludido. El yacimiento de los fósiles está en el Cantón San Juan Buenavista, situado en el Departamento de Ahuachapán en la Zona Occidental del país.

ESTRATIGRAFIA

El subsuelo del Valle está constituido por Rocas Volcánicas Indiferenciadas del Período Plioceno cubiertas por tierras aluviales.⁽³⁾ La Poza de "Las Víboras" fué, probablemente, el asiento de una gran solfatara cuando el nivel del suelo era el normal en la Era Terciaria. Sobre este suelo se encuentra una capa de conglomerados de cantos rodados cementados con sílice, de un metro de espesor cubriendo a manera de manto, la última sección erosiva de la barranca en la parte superior de la poza, sirviendo de límite a los cárcavos y de lecho a las aguas que quedan estancadas durante la estación seca de la región. Este conglomerado cuyos cantos oscilan desde piedras de 20 centímetros de diámetro hasta pequeños pedruscos fue roto por la remota solfatara, canalizándolo por el lado Norte y sirviéndole, ahora, de desagüe hacia el Río Panpe.

Sobre este conglomerado se encuentra otro de color amarillento de cantos más pequeños con cemento arcilloso y de unos cuatro metros de espesor en el

(3) Howell Williams and Helmut Meyer-Abich: *Vulcanism in the Southern part of El Salvador with Particular Reference to the Collapse Basins of Lakes Coatepeque and Ilopango*. (University of California Publications in Geological Sciences, Vol. 32, No 1, pp. 1-64, plates 1-8, 7 figures in text. 1953).

cual se encontraron las huellas de lo que habían sido colmillos de un gran paquidermo y del que sustraímos unos cuantos últimos restos en la Primera Exploración. Encima de este variado conglomerado se encuentran capas de grava, arcilla y arena que con la exigua capa vegetal, miden un poco más de metro para dar con el nivel actual del terreno. Es de advertir que estas capas sedimentarias están cubiertas, a más distancia, por mantos de lava volcánica que tal vez sean las calificadas como del Plioceno. También, bajo del conglomera-

do silicoso roto por la solfatara se encuentra una arenisca amarillenta no muy compacta cubierta por el cono de deyección del torrente y en la que se encuentran los depósitos de osamentas que fueron el objeto de nuestra Segunda Exploración.

Ambas pozas son estanques de aguas retenidas un tanto difíciles de desecar por los medios escasos con que hemos contado para ello; de modo que es la desecación natural la que permite continuar o no continuar las investigaciones. Véase el cuadro adjunto.

PLIOCENO

Rocas eruptivas y erosión cubierta de humus

Arcillas comunes y terrosas

Cenizas volcánicas y sedimentos arenosos

Grava multiforme

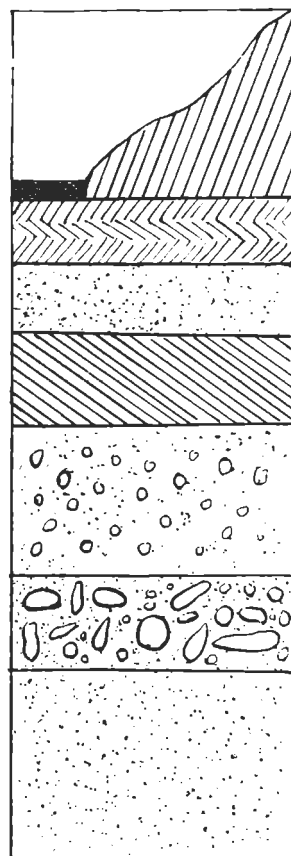
Manto Fosilífero.—Conglomerados de guijarros y arenas cementados con silicatos y caliza
(Tabique entre ambas pozas)

Conglomerados de cantos rodados polimorfos cementados con sílice

MIOCENO

Manto Fosilífero muy compacto de areniscas amarillentas con caliza, arcilla y azufre.

Limonitas



LOCALIZACION

Nuestra exploración nos condujo al examen de los diferentes segmentos circulares de las paredes que rodean las aguas estancadas de la poza, topando, al fin, con la muesca dejada en la roca por las huellas de un colmillo de regulares dimensiones que estuvo incrustado en el segmento Oriental del pequeño acantilado. Esta primera señal encontrada, después de un ligero reconocimiento de la erosión ocasionada y unas conclusiones inmediatas, nos llevó a localizar puntos de referencia que con el estudio nos llevarían a resolver el propósito de nuestra búsqueda y, así fue como aprovechamos tal hallazgo para comenzar lo que hemos denominado: Primera y Segunda Jornadas, encauzándonos de la manera siguiente:

PRIMERA JORNADA

Después de encontrar las huellas apuntadas, tratamos de subir al casco de la finca con el objeto de acompañarnos de algunos de los dueños que nos habían relatado la leyenda que despertó nuestras sospechas, con el fin de servirnos de un guía que nos indicara los lugares donde habían recogido algunos restos de los "huesos de gigante" de cuyo encuentro y leyenda eran testigos. En efecto, el señor Macal nos llevó a la confluencia de las dos barrancas relatiándonos que de cuando en cuando, caminando por ella hasta el río Panpe, varios campesinos y él mismo habían encontrado pedazos de muelas y colmillos de animales que vivieron antes del Diluvio Universal. Por la impresión que nos causara este recorrido inaugural,

dimos por sentado que tales piezas eran producto del arrastre de la fuerte corriente de la torrentera y nos situamos, por ende, en lo que calificamos como foco paleontológico e, inmediatamente, emprendimos las primeras excavaciones y limpieza del terreno, con tan buena suerte que al instante dimos con la primera, se trataba de la mitad de un molar anterior cuyas raíces daban al lado de la poza.

Continuamos la excavación por las zonas marginales a este hallazgo y considerándolas infructuosas, las extendimos en sentido concéntrico hasta 80 cm. de profundidad y dos metros de diámetro, espacio permitido entre las raigambres de dos grandes árboles. No se encontraron más restos en esta excavación; entonces, aprovechando el derrumbe ocasionado por la caída de un grueso árbol que la corriente impetuosa de hacía dos años había derribado, se nos ocurrió explorar el derrumbe cuya tierra ya se había compactado y aquí sí logramos encontrar nuevas piezas que acusaban trozos de huesos planos y rollizos, pero habiendo llegado un poco abajo de las aguas retenidas, picamos pequeñísimos fragmentos dentarios recubiertos de un marfil bastante hendido que estaban incrustados en tierra dura de guijarros cementados con arcilla. Prosiguiendo nuestro trabajo y siguiendo el rumbo Norte, hacia el desagüe temporal de la quebrada hallamos más restos óseos y así, continuamos hasta agotar el tiempo y los recursos que se habían destinado para este Primer ensayo de Exploración que nos proporcionó 67 piezas, al parecer de un esqueleto muy diferente al que estuvo en la roca lateral del rumbo oriental,

roca que, también, sirve de pared al lado poniente de la poza de "Las Iguanas", a la cual hemos dejado para una Tercera Jornada de investigaciones. Se trabajó de Octubre a Noviembre de 1957, dando lugar a la desecación de dicha poza.

SEGUNDA JORNADA

Transcurrido un lapso prudencial después de unas cuantas semanas de receso, se hizo una visita de inspección al lugar y no fue, sino, hasta principios de Abril del año en curso que volvimos a situarnos en "Las Víboras" reanudando nuestros trabajos en lo que hemos llamado la Segunda Jornada. La oportunidad no era tan halagüeña por cuanto el nivel de las aguas retenidas descendió no más que un metro, dejando, sin embargo, regular superficie al descubierto en su mayoría originada por montón de arenas deleznales con que el cono de deyección del torrente relleno la cavidad de la poza. Así, con tal ocasión sólo unos tres décimos de la superficie total estaban cubiertos por agua y tuvimos, como iniciación de los trabajos, el remover unos cuantos metros cúbicos del depósito para dejar libre el lecho del suelo compacto donde sospechábamos el yacimiento de más fósiles.

Habíamos acertado, pues, en cuanto principiábamos a socavar a unos cuantos centímetros, topamos con los primeros huesos cortos más o menos completos, ya que eran las epífisis las deterioradas por una fosilización imperfecta e irregular. Con estas excavaciones, casi superficiales, continuamos el nivel del borde Norte y Este de la poza, topando

con un canto rodado de unos cuantos quintales de peso y volumen aproximado a las dos terceras partes de un metro cúbico, proveniente de alguna otra rotura del conglomerado ocurrida a distancia del lugar. Fue necesario remover este trozo de roca; porque la región fosilífera había sido cubierta por él y en efecto, luego que lo hicimos seguimos encontrando piezas casi perfectas; mas habiendo agotado nuestro tiempo disponible e investigado lo más que se pudo ya cuando amenazaba, nuevamente, la estación lluviosa iniciada con tanta abundancia, al grado que ocho días después de las últimas excavaciones, la poza había vuelto a llenarse con las aguas torrenciales, impidiendo seguir las excavaciones, nos retiramos dejándolas para reanudarlas el mes de noviembre del actual; pues, aunque ha sido bastante lo cavado y abundoso el hallazgo, suponemos que daremos con más huesos con la esperanza de llegar a encontrar los suficientes elementos para armar un esqueleto completo y emitir datos de investigación para la identificación concreta y correcta del animal o animales que yacen en estas rocas sedimentarias del Período Mioceno de la Era Terciaria.

Como dijimos, la subida del nivel de las aguas lluvias determinó nuestro paro; pero, con esfuerzos fructíferos que nos proporcionaron buen número de piezas, entre las que contamos 15 huesos largos y 3 huesos planos algo enteros, más 50 fragmentos con los cuales hemos enriquecido la Sección de Paleontología del Museo Nacional y ayudado al Primer Ensayo de investigaciones científicas en esta materia, dentro del campo esencialmente salvadoreño;

pues los anteriores hallazgos, muy contados por cierto, llegaron a dicha Institución sin más datos que los proporcionados por personas ajenas a estas disciplinas, mencionando la jurisdicción y, muy rara vez, el sitio auténtico de su descubrimiento. Así, finalizó lo que he-

mos llamado Segunda Jornada, inapreciable, por cuanto que entre las pequeñas piezas encontradas aparecieron dos dientes alóctonos, tal vez de Danta o Hiparión, asunto que estudios posteriores lo aclararán y se dará a conocer en su oportunidad.

PIEZAS NOTABLES

PRIMERA JORNADA

Nº	CLASIFICACION	LARGO CMS.	ANCHO CMS.
1	Fragmento arqueado de hueso plano	21	9
1	Fragmento arqueado de hueso plano	20	8
1	Fragmento de hueso coxal	19	13
1	Fragmento de hueso corto	18	7
1	Fragmento de hueso arqueado	17	10
1	Fragmento de costilla	17	5
1	Fragmento de clavícula	16	7
1	Fragmento de diáfisis	16	6
1	Fragmento de hueso plano	15	10
1	Fragmento de hueso coxal	14	10
1	Fragmento de costilla	14	3
1	Fragmento de hueso plano	13	7
1	Fragmento de vértebra con apófisis espinosa	12	11
1	Fragmento de articulación de tibia	12	8
1	Fragmento de costilla	12	4
1	Fragmento de vértebra	11	8
1	Fragmento de articulación de la tibia	9	14
1	Fragmento de vértebra con el agujero	8	5
1	Fragmento de colmillo	12	5
1	Fragmento de colmillo	11.5	6
1	Fragmento de colmillo	11.5	5
1	Fragmento de colmillo	10	5
1	Fragmento de colmillo	9.5	3.5
1	Fragmento de colmillo	9	6.5
1	Fragmento de colmillo	8.5	5
1	Fragmento de colmillo	8	4.5
1	Fragmento de colmillo	7.5	6
1	Fragmento de colmillo	6	6
1	Fragmento de colmillo	4	5.5
36	Fragmentos suplementarios de huesos y la mitad de un molar anterior.		

SEGUNDA JORNADA

- 1 Hueso largo de 30 cms. con dos epífisis incompletos de 8 cms. de largo por 8 cms. de ancho.
- 1 Hueso en forma de S, midiendo 37 cms. de largo con una diáfisis rugosa y coniforme cuyo diámetro transversal es de 12 cms. y el sagital de 16 cms.
- 1 Fragmento de maxilar de 28 cms. de largo y 20 cms. de altura con alvéolo de 11 cms. de largo por 9 cms. de ancho.
- 1 Hueso plano en forma de retorta cuyo fragmento mide 26 cms. de largo por 14 cms. de ancho en su parte globulosa.
- 2 Fragmentos de diáfisis: una triangular y otra trapezoide, ambas, de 12 cms. de largo.
- 1 Fragmento de costilla con 2 largas rugosidades, midiendo 22 cms. de largo por 8 cms. de ancho.
- 1 Fragmento de hueso plano de 20 cms. de largo.
- 1 Fragmento de diáfisis de hueso largo de 20 cms. de longitud.
- 1 Fragmento de epífisis lobular de 16 cms. de diámetro.
- 1 Fragmento de articulación catiloidea de 14 cms. de largo por 8 cms. de ancho.
- 1 Fragmento de omóplato de 22 cms. de largo por 8 cms. de ancho.
- 45 Fragmentos diferenciados oscilando entre los 12 y 4 cms. de largo y los 8 y 0.5 cms. de ancho.

CONCLUSIONES

1. Los estratos sedimentarios de la "POZA DE LAS VIBORAS" están constituidos por rocas características de la *Era Cenozoica*, vulgarmente llamada *Era Terciaria*, pertenecientes a los Períodos MIOCENO y PLIOCENO.
 - 1.1 *El Mioceno*, reconocido solamente en su margen superior, está formado por un conglomerado silíceo muy compacto de cantos rodados roto en circunferencia por el agente eruptivo que hemos calificado como *Solfatará Mofetosa*, bajo del cual el lodo y demás detritus rocosos de ésta, sedimentaron en un conglomerado menos coherente que contiene areniscas amarillentas, caliza, arcilla y azufre. Es en este último estrato donde se encuentra la Capa Fosilífera encontrada en la Segunda Jornada.
 - 1.2 *El Plioceno*, es caracterizado por conglomerados menos coherentes que los de la Era Secundaria compuestos con guijarros, arenas, arcillas, calizas, cenizas volcánicas y otros materiales; conglomerados y rocas que han sido puestos al descubierto por una falla encontrada por el torrente que ha causado la erosión de esta profunda barranca. En la capa más profunda de este Período, es en la cual se encontró el manto fosilífero.

- ro explorado en lo que hemos llamado la Primera Jornada.
2. Los restos paleontológicos encontrados sufrieron el fenómeno de la fosilización: a) por soluciones silíceas y cálcicas en el Plioceno y b) por limonita y materiales deleznales en el Período Mioceno.
 3. El examen de los materiales encontrados en la Primera Jornada, localizados en el estrato fosilífero calificado como del Período Plioceno y formado por un conglomerado de guijarros y arenas cementados con silicatos y caliza; nos ha dado la idea de que se trata de un *esqueleto de mastodonte*, incompleto, por cuanto un accidente indeterminado lo dividió en dos porciones menores que quedaron en el lugar y la porción mayor y mediana del cuerpo, fue arrastrada con las constantes erosiones del torrente, dando origen a los hallazgos aislados de que se tiene noticia histórica.
- 3.1 El mastodonte estuvo en posición de pie en la época en que se quedó atrapado por el cieno, coligiéndose que medía unos 2.50 metros de alto, por unos 3 metros de largo calculándosele una edad, tal vez, en los linderos de la adulta, ya que el fragmento de molar encontrado muestra las prominencias mamilares no gastadas y su masa con apariencia que no había llegado al completo desarrollo.
 - 3.2 El esqueleto, originalmente vertical, fue cortado en fragmentos por los continuos derrumbes de la roca, ocasionados por la expansión de raigambres de árboles corpulentos y es probable que el primero de esos derrumbes volcó la parte posterior del esqueleto y ésta al rodar quedó soterrada y tumada en el sedimento compacto que está inmediatamente sobrepuesto al conglomerado último del Período Mioceno.
 - 3.3 El mastodonte caminaba de poniente a oriente; pues los restos de colmillos y el fragmento de molar fueron hallados incrustados en lo que es el tabique de separación con la "POZA DE LAS IGUANAS", situado al Oriente; mientras que los demás huesos, acusaban fragmentos de la parte posterior del esqueleto; es decir, restos de los huesos coxales y de las extremidades posteriores.
 - 3.4 Afirmamos que se trata de MASTODONTE valiéndonos: a) del estudio de la *pieza molar* encontrada por nosotros y la que posteriormente, nos fue mostrada por un agente de la Guardia Nacional que hizo servicio en el Cantón y le fue regalada por uno de los vecinos que la halló en las riberas del río Panpe, lugar donde confluía la barranca.
- b) Porque la mayor abundancia de Mastodontes ocurre en el área (vasta, por cierto), comprendida desde el Hemisferio Norte de América hasta la Siberia, en el Continente opuesto.
- c) Y, porque las condiciones estables de la fosilización, edad y situación, no nos hacen dudar de que se trata de un Período de la Era Cenozoica ya estudiado y

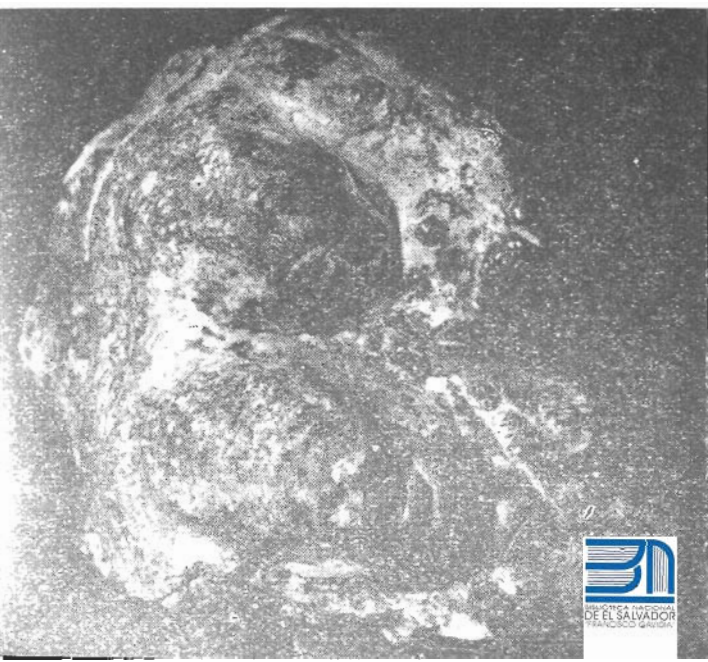
- reconocido por las investigaciones geológicas oficiales del suelo nacional.
- 3.5 Este es el hallazgo investigado, hasta agotar esfuerzos, en las exploraciones realizadas en la PRIMERA JORNADA, marcando un nuevo rumbo dentro de las disciplinas que, hasta hoy, se seguían en el País en las indagaciones paleontológicas.
 4. Pareciera que el lugar fue, aún, a finales del Período Mioceno, un sitio volcánico activo que terminaba con una fase de Solfatara para morir en una Mofeta, cuyo lodo constituyó el estrato fosilífero que se encontró como una arenisca amarillenta que emana olor a azufre, formando parte de un conglomerado cementado con arcilla y caliza. Esta roca sulfurosa está cubierta por un conglomerado compacto de cantos rodados cementados con sílice que constituye la capa impermeable de los pantanos del Plioceno y que fue roto en forma de agujero de llave por los enormes cantos arrastrados por el torrente hacia el río Panpe. Rotura que alcanzó cerca de 10 metros de diámetro, por la cual se fueron infiltrando las aguas torrenciales que, con el tiempo, fueron socavando la roca aludida y arrastrando nuevos materiales fósiles y originando a la vez, el cono de deyección que en la actualidad cubre la oquedad.
 - 4.1 El conglomerado silíceo al ser socavado fué rompiéndose poco a poco y de todos los pedazos caídos al lado de la poza, sólo persiste uno de metro cúbico de volumen que tuvo que ser removido para facilitar la exploración de lo que hemos llamado, SEGUNDA JORNADA.
 5. Los fósiles encontrados al remover los materiales del cono de deyección, sufrieron un fenómeno de mineralización muy diferente al de los restos que hemos calificado como *los de un mastodonte*; pues, si aquéllos lo fueron por sales cálcicas y silíceas, éstos los consiguieron con sales ferruginosas y arcillas poco coherentes que han hecho difícil la manipulación; de modo que la conservación de los huesos del nuevo hallazgo, requiere mayores cuidados para encontrar datos.
 6. Aun cuando las piezas son más o menos similares a las anteriores, acaso difiriendo por detalles incompletos de fosilización, nos han hecho problemático el resolver la especie animal a que pertenecen, por habernos encontrado dos dientes parecidos a los del caballo actual o a una especie herbívora coexistentes en aquella época.
 7. Se conjetura que estos restos de esqueleto, tal vez, pertenezcan a la especie extinguida y precursora del Tapir de hoy; es decir, al PALEOTHERIUM, dado que por estas tierras centroamericanas la *Danta* ha sido abundante y ocupa, dentro de la leyenda indígena, lugar muy destacado entre las aventuras de los antiguos cazadores, formando parte de algunos giros de nuestro folklore.

8. Hallazgos posteriores nos darán la pauta para la identificación de los tipos o especies encontradas, ya que en El Salvador la Paleontología es nueva y estos son los primeros ensayos por métodos científicos.
9. El autor del presente trabajo cree haber cooperado con el más sencillo y simple de los aportes, para iniciar un futuro proyecto de exploraciones paleontológicas com-

pleto que abarque, en conjunto y en un solo entendido, todo el subsuelo del Istmo desde Guatemala hasta Panamá. También agradece de antemano, la atención que la discusión de este ensayo haya distraído de los Honorables Miembros asistentes al Trigésimo Tercer Congreso Internacional de Americanistas.

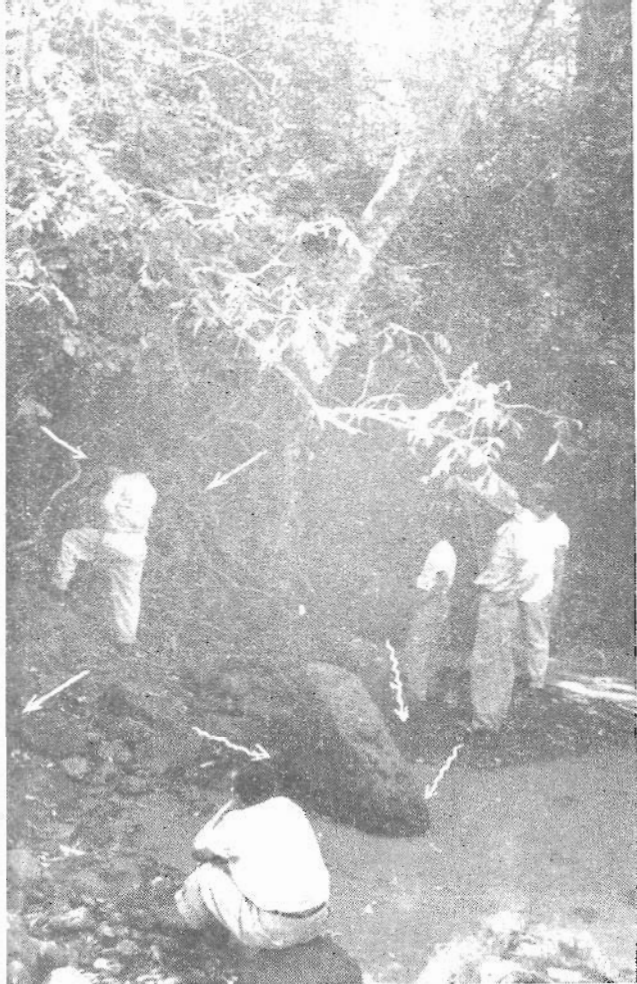
San Salvador, Junio 17 de 1958.

Fragmento de molar con fosilización silícico-cálcica. Las prominencias mamilares de dentadura de mastodonte son bastante notables. Fósil de Plioceno.



El molar del mastodonte visto desde la parte superior, mostrando con claridad las prominencias mamilares

Poza de Las Víboras durante la Primera Jornada. Las flechas rectas indican los puntos de los fósiles del mastodonte. Las flechas en espiral indican los hallazgos de la Segunda Jornada.



Otro de los huesos coxales aislado, encontrado en el mismo lugar bajo el canto errático del conglomerado.





Los diferentes estratos del corte occidental de la poza de Las Víboras. La flecha indica el lecho del torrente.

Los vecinos observan los restos fósiles extraídos, frente al rancho campesino de la familia Macal.





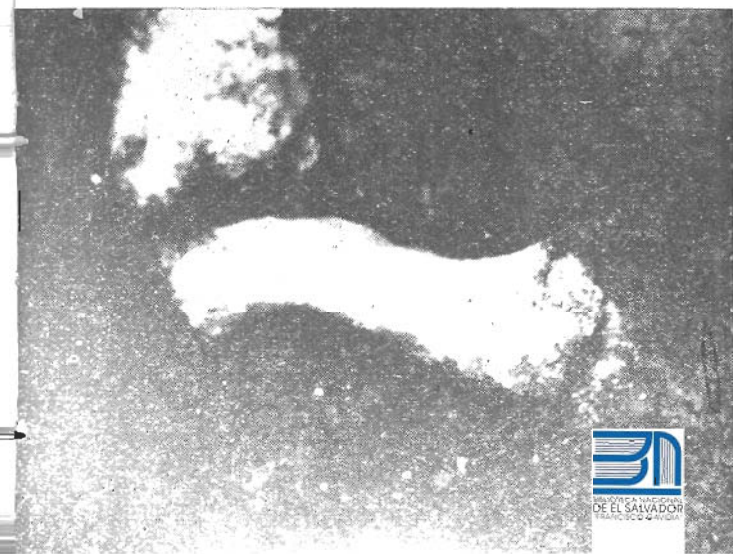
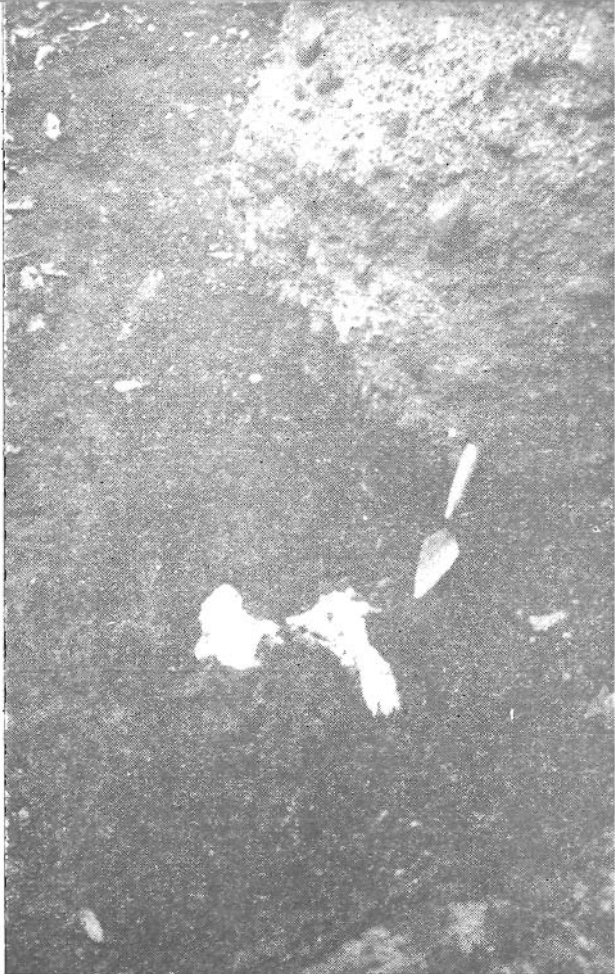
Vista panorámica de la poza de Las Víboras en el Cantón San Juan Buenavista. Las flechas indican los yacimientos fosilíferos. Tipo de vegetación del lugar.

autor de este trabajo, poniendo al descubierto los primeros restos encontrados en la poza ecada. Segunda Jornada.



Esta es la poza de Las Iguanas, separada de la anterior por el tabique que contenía los restos de mastodonte.

Restos de coxales fósiles encontrados al tumbar el bloque del conglomerado de cantos rodados que sirve de límite entre el Plioceno y el Mioceno.



Clavícula y fragmento de húmero encontrado en la arenisca antes de remover el bloque del conglomerado de cantos rodados.

PRECURSORES DE AMERICA

Un Gran Centroamericano Desconocido por los Centroamericanos

Por el Dr. HORACIO FIGUEROA MARROQUIN

Allá por el año de 1701 nació en la ciudad de La Antigua Guatemala, a la que el gran poeta y escritor Carlos Wyld Ospina llamó la Ciudad de las Perpetuas Rosas, el Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS, quien estaba destinado para dejar a su Patria, Centroamérica, un gran legado del que justamente debemos enorgullecernos.

El 31 de Enero de 1676, el Rey Carlos II, llamado El Hechizado, extiende la cédula para la creación de la Universidad de San Carlos y el 7 de Enero de 1681 abre sus puertas para dar entrada a todos los jóvenes ansiosos de inscribirse en algunas de las cátedras. Pero hasta el 20 de Octubre del mencionado año nace la que, andando el tiempo, vendría a ser la Facultad de Ciencias Médicas, dando principio a la Cátedra de Prima de Medicina cuyo primer catedrático

interino fue el Br. Nicolás de Soussa.

Ese día 20 de Octubre la ciudad de La Antigua, asentada en el valle de Pangán, viste sus más ricas galas para celebrar un acontecimiento que no volverá a repetirse: la inauguración de la Cátedra de Prima de Medicina. Don Nicolás de Soussa, maestro interino, comienza sus clases explicando las Doctrinas Primera y Segunda de Elementis y la Doctrina Tercera de Temperamentis, que le habían sido señaladas por el Rector don Francisco de Sarassa y Arce. Varios alumnos oyeron la palabra probablemente reposada del Maestro, iniciador de los estudios médicos en la recién creada Universidad, pero sólo don Vicente Ferrer González fue el que llegó a obtener el grado de Br. en Medicina. Nuestro primer Bachiller lanzado por la Universidad de San Carlos de Guatemala.

El 9 de Diciembre de 1719 sale un Bachiller en Filosofía del Colegio de la Compañía, MANUEL AVALOS Y PORRAS, quien se inscribe en la Cátedra de Prima de Medicina y obtiene su título de Bachiller en Medicina el año de 1723, obtiene la licenciatura el 33 y el doctorado en 1734.

Es del Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS, para quien hemos pedido el título de EL HARVEY DE AMERICA, de quien queremos referirnos en estas líneas. "Los historiadores —dice el Dr. Carlos Martínez Durán— somos enviados tardíos de la justicia imperecedera, mensajeros de la verdad olvidada, instrumento del pasado glorioso e inmortal". Por eso nosotros sacamos a luz la verdad olvidada de un pasado glorioso e inmortal.

Hemos llegado al conocimiento de las proezas científicas de este ilustre centroamericano, nacido, educado y muerto en la ciudad de La Antigua, gracias a un pleito que por el Protomedicato y la Cátedra de prima de medicina, mantuvo con él su condiscípulo Pedro de Palacios y Cóbar, y en dicho pleito hablan por él sus discípulos y sus colegas, como por Jesucristo y Sócrates hablaron sus alumnos.

Al estudiar la obra del Dr. Carlos Martínez Durán: "LAS CIENCIAS MEDICAS EN GUATEMALA", encontré mencionado un documento, de una gran importancia para la cultura de nuestros pueblos, y el cual nunca había sido dado a conocer por historiador alguno, a pesar de encerrar una verdad que nos honra: GUATEMALA fue la cuna de la iniciación científica de la medicina en el Continente americano. No quiero decir con esto que no haya sido visto antes

por muchos otros que lo tuvieron varias veces en sus manos, confirmando con esto lo que dice el gran descubridor de la vitamina C, Dr. Albert Szent Gyorgyi: "INVESTIGAR ES VER LO QUE TODOS HAN VISTO Y PENSAR LO QUE LOS DEMAS NO HAN PENSADO".

El Dr. Carlos Martínez Durán, en su obra ya mencionada, dice, al hablar de esos viejos papeles por él bien conocidos, lo siguiente: "Y he aquí que nuestra Historia surge potente y pura para acusar a los incrédulos. Allí en los Archivos, duermen su gloria las fachendadas científicas, y los documentos castigados por la polilla están esperando la verdad de una resurrección".

Cúpome a mí en suerte, descubrir la verdadera importancia de esos viejos infolios castigados por la polilla pero salvados en buena hora y cuidados con amor, por el Profesor Joaquín Pardo.

El Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS es el médico más ilustre que ha salido de la Universidad de San Carlos, verdadero precursor de la investigación científica en Fisiología, y en Farmacología experimental, en todo el continente americano. ¿Qué hizo, entonces, para que tengamos la osadía de colocarlo en el más alto pedestal de la medicina centroamericana?

Hombre ilustrado como se puede ver por la lista de los libros que componían su selecta biblioteca compuesta de cerca de 300 volúmenes, donde junto a los príncipes de la medicina: Hipócrates, Galeno, Avicena, Vallés (llamado el Divino), Sydenham, Boerhaave, Malpighi, etc., veíanse a los más grandes maestros de la Filosofía, poetas, humanistas, como Platón, Aristóteles, Cice-

rón, Erasmo, Séneca, Horacio, Virgilio, Tácito, Homero y muchos más, codo con codo con obras de Historia, Física, Química y Astronomía. Gran clínico, nos ha dejado notables descripciones del sarampión y de la viruela, que no se diferencian mucho de las descripciones más modernas y son muy superiores a muchas hechas en otras partes por esa misma época.

Fue el Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS, el primero que en el Continente americano hizo las primeras vivisecciones en perros; fue el primero que trató de averiguar el efecto de diferentes sustancias sobre el organismo animal inyectándoles en el torrente circulatorio diferentes clases de sustancias y ante todo, fue el primero que demostró prácticamente la circulación de la sangre. ¿No sería eso suficiente para colocarlo entre los inmortales y denominarlo un PRECURSOR DE AMERICA?

En los anales de las vivisecciones se tienen señalados por algunos investigadores americanos, fechas que van del medio siglo a un siglo después de las que hiciera el Dr. Porras.

Los conocedores de estas cosas pueden fácilmente darse cuenta de la notable obra efectuada por el mencionado médico centroamericano, pero para poder apreciar debidamente la labor efectuada por él, habría que estar compenetrado de la importancia que significó para el orbe entero el gran descubrimiento de William Harvey, de la circulación de la sangre.

Cuando murió William Harvey se le hizo un busto en la iglesia de Hampstead, Inglaterra, y en la piedra inmediatamente debajo de aquel busto se grabó esta leyenda:

"GUILLERMO HARVEY

a cuyo nombre honorable se ponen de pie todas las Academias en señal de respeto, fue el primero, después de muchos años, en descubrir la circulación de la sangre, procurando así salud al mundo y a sí mismo la inmortalidad".

El Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS, al comprender la importancia del descubrimiento de Harvey y ser el primero que demostró la circulación de la sangre, en nuestro Continente, dio también salud a los americanos y a sí mismo la inmortalidad. Algún día también le será erigido su monumento en la Facultad de Medicina o en la Ciudad Universitaria de cualquiera de las parcelas de Centroamérica.

Como ya dijimos antes, la noticia de sus proezas científicas ha llegado hasta nosotros debido al pleito que sostuvo durante cerca de treinta años con su excondiscípulo Pedro de Palacios y Cobar, disputándose la Cátedra y el Protomedicato. Durante este pleito, y seguro de su saber y experiencia pide que la Cátedra de Prima de Medicina que había sido adjudicada a Cobar interinamente, salga a oposición y como es necesario probanza de méritos para obtener tal honor, aduce, entre otros méritos el haber sido el primero que demostró en Guatemala la circulación de la sangre. No sabía AVALOS Y PORRAS que él había sido el primero pero no sólo de Guatemala, sino del Continente entero...!

Para comprobar lo que pide hace que el Secretario de la Universidad tome declaración al Cirujano Manuel de Artiaga y Carranza, disector nombrado por la

Universidad, y a los practicantes de éste, que lo eran Antonio Mexia y Andrés González.

Como teniendo conciencia del papel trascendental que les tocaba a estos testigos, no se limitaron a decir que era cierto lo de la circulación, sino que cuentan de otras experiencias que les hacía su Maestro.

Vamos a trasladar paleografiadas las páginas del pleito mencionado y después haremos unas consideraciones generales acerca del mismo para que pueda comprenderse en toda su grandeza la obra del Harvey de América o sea el Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS.

En el año de 1744 y con motivo del pleito que hace tiempo principiaron los doctores Avalos y Porras, y Pedro de Palacios y Cobar, el primero presenta un escrito pidiendo el testimonio de algunas personas para que digan quién fue el primero que en Guatemala demostró prácticamente la circulación de la sangre, pues piensa usar este expediente como un mérito para entrar a oponerse a la cátedra de Prima de Medicina, que su excondiscípulo tiene interinamente.

El Documento en cuestión pertenece a nuestro Archivo nacional en donde está catalogado bajo el N° A1.3. Expediente N° 1,149 del legajo N° 45, el cual yo he tenido la fortuna de publicar por vez primera para presentarlo al I Congreso Panamericano de Historia de la Medicina que se celebró en Río de Janeiro del 12 al 20 de Abril del presente año de 1958.

De este documento es el que habla el Dr. Carlos Martínez Durán en su obra LAS CIENCIAS MEDICAS EN GUATEMALA al expresarse en los siguientes términos: "*Y he aquí que nuestra*

Historia surge potente y pura para acusar a los incrédulos. Allí en los Archivos, duermen su gloria las fachendadas científicas, y los documentos castigados por la polilla ESTAN ESPERANDO LA VERDAD DE UNA RESURRECCION".

Principiaremos pues, como lo hemos dicho, por la copia paleográfica del documento para entrar después en materia y dar a conocer una vez más, la grandeza del legado que el Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS NOS DEJARA para gloria de él mismo y de la Universidad de San Carlos.

* * *

ESCRITO DEL DR. PORRAS:

"Muy Ilustre señor Rector":

El Dr. Manuel de Avalos y Porras, parezco ante V. S. en la mejor forma que halla lugar en derecho, y digo: que ante el señor Vice-Rector tengo presentado escrito sobre el número de doctores ausentes que deben sufragar en el Claustro, que sobre el punto de provisión de la regencia de la cátedra de Prima de medicina se ha de convocar conforme a lo determinado por esta Real Audiencia, por ser tan notoria la colusión que hay, y los empeños para que los que no le han ofrecido de plan el voto al Dr. Pedro de Cobar, no asistan, como se ha hecho en los claustros antecedentes; y la corrupción que en esto ha padecido el Bedel, omitiendo muchas citaciones, y haciendo otras a la hora que ya se finalizaba el claustro, como lo dijo en claustro pleno el Dr. Don Juan Feliciano de Falla, que así fue citado: el que V. S. ha de ser muy servido mandar se

tenga presente, mandando como allí pido, y que el Bedel haga las citaciones en persona, de todos los señores del claustro; y que a estos se les encargue la conciencia sobre la precisa asistencia por la gravedad de la materia, sobre lo que reitero las protestas que tengo hechas para todo lo que a mi convenga. Lo cual, mediante, a V. S. suplico se sirva de mandar y proveer como pido y es justicia. Juro en forma y en lo necesario.

Otro sí digo: que en el mismo escrito tengo pedido que el Secretario me de testimonio de las tarjas que se hallan en los Autos sobre mis grados de Bachiller y de Licenciado en Medicina, el que V. S. ha de ser muy servido mandar se me de junto con testimonio del número de votos con que en uno y otro grado sali aprobado; y que asimismo dicho Secretario reciba declaración en forma a el Maestro Don Manuel de Carranza, Disector nombrado por esta Real Universidad, y a sus practicantes que eran en aquel tiempo, sobre quien fue el primero que en esta ciudad demostró la circulación de la sangre, y otros muchos aprovechamientos que de su conocimiento resultan en las repetidas vivisecciones que en el Hospital Real de esta ciudad se han hecho, con tanto bien de el público, como emulación de todos los médicos, por ser todos galenistas; y que hecho todo se me entregue todo, sobre que pido *Ut supra*".

(f) *Dr. Manuel de Avalos.*

TESTIMONIO DE MANUEL ARTIAGA Y CARRANZA:

"En la ciudad de Guatemala en vein-

te de Febrero de mil setecientos cuarenta y cuatro, ante su señoría el Dr. don Miguel de Silieza y Velasco, canónigo de esta santa iglesia catedral, y Rector de esta Real Universidad, para la información que se manda recibir y por ante mi el infrascrito Secretario, pareció el Maestro Cirujano Mayor Manuel de Artiaga y Carranza, natural y vecino de esta ciudad, que dijo ser de edad de cuarenta y tres años, a quien doy fe conozco, del que recibí juramento que hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de la Santa Cruz, en forma de derecho, so cargo del cual prometió decir verdad, y siendo examinado por el tenor de la petición antecedente, dijo: que es cierto que el Dr. don Manuel Dávalos y Porras, Médico del Hospital Real de esta ciudad, fue el primero que en dicho hospital, con instrumentos que a su costa fabricó, le demostró al que declara y demás que concurrieron a esta operación, la circulación de la sangre con repetidas sangrías infusorias, pasando con dichos instrumentos la sangre de un perro a otro, quedando ambos vivos, con cuya operación se experimentó que habiendo cogido para dicho efecto un perro leproso y otro sano, éste quedó contagiado y el otro bueno (?),¹ y así mismo se ejecutó por dicho doctor otra operación que se redujo a introducir por las venas por inyección medicamentos purgantes, con cuyo efecto quedó el que declara aprovechado; y cierto de que introducido el purgante por la vena basilíca murió incontinenti el perro, y introducido por la vena Safena Mayor, del pie de otro perro, quedó como insulso, y que así mismo, dicho doctor le ha hecho hacer en dicho hospital, varias anato-

¹ Interrogación del autor de este artículo.

mías, con que se ha adquirido por los cirujanos de esta ciudad que concurrieron, perfecto conocimiento de las partes todas del cuerpo humano y sus enfermedades, en beneficio a la causa pública a que por su singular aplicación e inteligencia se ha dedicado dicho doctor, a cuya enseñanza así mismo debe saber dar variedad de sangrías de que en esta ciudad no había práctica y de que han resultado efectos favorables al bien común; y siéndole leída esta su declaración, se afirmó y ratificó en ella por ser así verdad, so cargo del juramento, y lo firmó con dicho Sr. Rector, de que doy fe”.

(f) *Manuel Artiaga y Carranca.*

(f) Ante mí: *Matías Sunzín de Herrera.*

DECLARACION DE ANTONIO MEJIA:

“En la ciudad de Guatemala, en dicho día, mes y año, para la dicha información, ante su señoría dicho Sr. Dr. don Miguel Silieza, Rector de dicha Universidad, pareció Antonio Mejía, maestro de Cirujano, vecino de esta ciudad, que dijo ser de edad de cuarenta y cuatro años, que doy fe conozco, de quien recibí juramento que hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de su Santa Cruz, en forma de derecho, so cargo del cual prometí decir verdad, y siendo examinado por el tenor del otro sí de la dicha petición presentada por el Dr. don Manuel Dávalos y Porras, dijo: que es cierto que dicho doctor fue el primero que en hospital Real de esta ciudad, de que es médico, demostró la circulación de la sangre en las operaciones que refiere el otro sí, de que le ha resultado al que

declara y demás sus compañeros, no menos aprovechamiento que el que ha adquirido en las repetidas anatomías que en dicho hospital ha hecho hacer dicho doctor en el conocimiento de la construcción, partes y enfermedades del cuerpo humano, en grande beneficio y utilidad de la causa pública, a que dicho doctor por su mucha aplicación e igual inteligencia en la facultad, se ha dedicado, y que esta es la verdad, so cargo del juramento hecho en que se afirmó y ratificó, siéndole leída esta su declaración, y lo firmó con su señoría dicho señor Rector, de que doy fe.

(f) *Antonio Mexia.*

DECLARACION DE ANDRES GONZALEZ:

“En la ciudad de Guatemala en veintidos de Febrero de mil setecientos cuarenta y cuatro años, para la dicha información ante su señoría el Sr. Dr. don Miguel de Silieza Velasco, canónigo de la Santa Iglesia Catedral y Rector de dicha Real Universidad de San Carlos, pareció Andrés Gonzalez, Maestro de Cirujano, natural de esta ciudad y dijo: ser de edad de veintiseis años, que doy fe conozco, del cual fue recibido juramento, que hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de su santa Cruz so cargo del cual prometió decir verdad, y siendo examinado por el tenor del otro sí de la dicha petición del Dr. don Manuel Avalos y Porras dijo: Que dicho doctor fue el primero que en el Hospital Real de esta ciudad, de que es médico, fue el primero que demostró la circulación de la sangre, haciéndonos saber a los cirujanos por medio de li-

gaduras en las venas y arterias, como llenaban estas, de la ligadura para el corazón, y en las venas, al contrario, vaciándose de la ligadura para el corazón y llenándose de la ligadura para hacia las partes; y corroborando esta demostración con la de la cirugía transfusoria, por lo que vio el declarante, como sus compañeros, pasar la sangre de un perro a otro: porque cuando dicho doctor comprimía la arteria del uno, instantáneamente vaciaba la vena del otro, lo que acreditó el efecto, pues siendo algunos perros leprosos, por medio de esta operación se hizo transplatación de la dicha enfermedad, de manera que los leprosos quedaban sanos y los sanos leprosos (?).¹ Ha hecho dicho doctor otros muchos experimentos por medio de la cirugía infusoria para averiguar la virtud y modo de operar de varios medicamentos, como vomitorios, purgantes y otros varios, y fuera de estas vivisecciones y otras, le ha administrado el declarante y también copractantes, en otras anatomías de cadáveres varios, como fue el de uno a quien habiéndole el dicho doctor pronosticado repentina muerte, y sucedido así, lo anatomizó y halló todo el pulmón lleno de piedras entre todas las más de sus glándulas, y otras en que se ha experimentado grande aprovechamiento al declarante y a sus compañeros, y al público, por haberse ignorado todo lo dicho hasta entonces, y los usos tan necesarios y útiles que del conocimiento de las dichas demostraciones hacen para la recta indicación y curación de las enfermedades, y que todo lo que lleva declarado es la verdad, so cargo de juramento que tiene hecho en que se afirmó y ratificó, siéndole leída esta declaración, y lo firmó

con su señoría dicho Sr. Rector de que doy fe.

(f) *Dr. Silieza.*

(f) *Andrés Gonzalez.*

Ante mí

(f) *Matías Sunzín de Herrera.*

* * *

Maravillosa exposición de experimentos hechos por primera vez en el continente americano y expuestos con tal precisión que no hay lugar para la más mínima duda de que el Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS fue verdaderamente el iniciador de la medicina científica y siendo él quien hizo la primera demostración de la circulación de la sangre bien merece el nombre que le damos y con el cual está siendo reconocido por todos los historiadores del continente.

Haremos un breve estudio de este interesantísimo documento, verdadera joya bibliográfica, para hacer resaltar y apreciar mejor la herencia que nos dejara el Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS.

Debemos separar lo que corresponde:

- 1º A las disecciones anatómicas en cadáveres humanos.
- 2º A la demostración de la circulación de la sangre.
- 3º A las vivisecciones en animales.
- 4º A las investigaciones farmacológicas.
- 5º La circulación semicruzada.

1º *Disecciones anatómicas.*—Los cuatro catedráticos de Prima de Medicina que antecedieron al Dr. Manuel Avalos y Porras: Nicolás de Soussa, Miguel

Fernández, Joseph Medina y Pedro de Palacios y Cóbar, no hicieron, o si las hicieron no dejaron su recuerdo con excepción tal vez de Cóbar quien parece haber hecho una que otra, disecciones de cadáveres humanos, a pesar de que la constitución de nuestra Universidad, lo mismo que la de México exigía en su Constitución CXXXVI, que se hicieran "anatomías" cada cuatro meses. Por el tiempo en que vivía nuestro personaje en casi todas las Universidades imperaba la anatomía galénica, basada en estudios hechos en animales. Vesalio (1514-1564) tuvo el gran mérito de romper las ataduras galénicas pero en nuestros países centroamericanos, mejor dicho en Guatemala, que por entonces era la Capitanía General, este alejamiento de la anatomía galénica se verificó hasta principios del siglo XIX, excepción hecha de Avalos que hizo muchísimas disecciones y obligaba a los cirujanos del hospital y a practicantes a que las hicieran, debiendo por lo mismo ser considerado como el iniciador del movimiento liberacionista de la anatomía de Galeno, en Centroamérica. Vemos que en la declaración del Cirujano Manuel Artiaga y Carranza dice: *"que dicho doctor le ha hecho hacer en dicho Hospital varias anatomías con que se ha adquirido por los cirujanos de esta ciudad que concurrieron, perfecto conocimiento de las partes todas del cuerpo humano y sus enfermedades."*

También el testigo Antonio Mexia dice de *"las repetidas anatomías que en dicho hospital ha hecho hacer dicho doctor."*

Echando una ojeada al panorama de la Anatomía en otras naciones de América y por esa misma época, vemos

que no estaba más adelantada ni en la Madre Patria, ni en México mismo, donde comenzó a funcionar la primera Universidad del Continente firme. De España dice el Dr. J. J. Izquierdo, connotado historiador mexicano, lo que sigue: *"el estudio de la anatomía en el cadáver estaba tan desatendido, que aun los profesores de la materia, que gozaban de renombre, como don Andrés Piquer (1711-1772), quien sirvió en la cátedra de Valencia de 1742 a 1751, de todo se ocuparon, menos de diseccionar la fábrica humana. En dicha cátedra, el libro galénico "De Usu Partium", seguía sirviendo de texto en 1753. Cuando en 1757 apareció una nueva edición de la "Anatomía Completa" que era una de las "no excelentes" obras del doctor don Martín Martínez (1684-1734), su autor no pudo menos que reconocer que en España no era vista, ni enseñada la anatomía".* En cambio en Guatemala, como lo hemos visto, sí era vista y enseñada la anatomía humana con las disecciones repetidas que hacía y obligaba hacer el Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS.

2º *La circulación de la sangre.*— Harvey, con su célebre obra publicada en 1628 conmovió al mundo científico que por el momento no soportó sobre sus espaldas el peso de tan gran descubrimiento como era el de la circulación de la sangre. Pero la verdad es como la gota de agua, paso a paso se abrió camino por el mundo hasta que llegó a América, en donde nuestro compatriota fue el primero que repitió, comprobó y enseñó prácticamente, la circulación de la sangre repitiendo varias de las experiencias del genial descubridor.

Numerosas transfusiones en perros le servían para la demostración, pero espe-

cialmente repetía las mismas experiencias hechas por Harvey cuando éste demuestra, libre de objeciones, la existencia del circuito sanguíneo. Lo que hizo Avalos y Porras aquí, tardó más de un siglo para que se hiciera en los otros países de América, incluyendo a los Estados Unidos.

La declaración de Andrés González es terminante para demostrarnos que Avalos conocía las experiencias de Harvey, obtenidas quizá de segunda mano en otro autor, pues no hemos podido comprobar que hubiera llegado a sus manos una obra de Harvey.

Dice Andrés González: *"Que dicho doctor fue el primero que en el Hospital Real de esta ciudad, de que es médico, fue el primero que demostró la circulación de la sangre, haciéndonos saber a los cirujanos por medio de ligaduras en las venas y arterias, cómo llenaban éstas de la ligadura para el corazón, y en las venas al contrario, vaciándose de la ligadura para el corazón y llenándose de la ligadura para hacia las partes."*

Harvey, en su obra dice: *"Si por medio de unas tenacillas o del índice y del pulgar se comprime a cierta distancia la cava (vena), interceptando el curso de la sangre en cierta extensión por debajo del corazón, se ve que la parte que queda entre los dedos y el corazón poco a poco queda vacía, debido a que la sangre es evacuada por el pulso del corazón. Luego, si una vez soltada la vena, lo que comprimes o ligas de este modo y a la misma distancia del corazón es la arteria, verás que por el contrario ésta es la que se hincha entre este punto y el corazón."*

Al hacer el Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS la primera demostración

práctica de la circulación de la sangre en el Continente americano, emulaba al genial descubridor de la misma. Emulo de Harvey, el Dr. AVALOS puede considerarse como el Harvey de América.

3º *Vivisecciones*.—Es este un capítulo interesante en donde también se adelantó a todos los países de América. El estudio de la anatomía y de la fisiología y con estas dos ciencias, el estudio de la medicina alcanzó un gran impulso, dado especialmente por quien se considera como el padre de la Fisiología: Claudio Bernard. Todos los que hicieron las primeras vivisecciones en América las hicieron después de este sabio francés, o sea mucho después que el Dr. MANUEL AVALOS Y PORRAS, quien las hizo antes de 1744.

Después de las de Avalos, las primeras vivisecciones hechas en este continente fueron pasado el 1850 cuando ya la fama de Claudio Bernard se había extendido por todo el mundo. En Estados Unidos por ejemplo, el Dr. J. M. Olmsted en su biografía de Claudio Bernard dice: *"Otro de sus discípulos norteamericanos, Juan Call Dalton (1825-1889) de vuelta a su Patria fue el primero en enseñar fisiología en los Estados Unidos utilizando material vivo como lo había visto hacer a Claudio Bernard"*.

El Dr. C. J. Reed, en un artículo intitulado "THE HISTORY OF THE DEVELOPMENT OF PHYSIOLOGY IN THE UNITED STATES", publicado en la Revista Illinois Medical Journal, Vol. 61, Marzo de 1932, dice que fue Thomas Ewell quien hizo en América la primera vivisección en un perro, la cual se relata en su tesis de Graduación (de Ewell) que versa sobre: "Notes on

The Stomach and the Stomach Secretion". Esta vivisección a que se refiere el Dr. Reed fue hecha en 1805 o sea 60 años después de las numerosas hechas por nuestro insigne compatriota.

En México, la más antigua Universidad del Continente, en tierra firme, junto con la de San Marcos de Lima, si nos guiamos por lo que dice el historiador Flores, citado por el Dr. J. J. Izquierdo, uno de los más prestigiados historiadores de México, fue el Dr. Manuel Carpio el primero que hizo experiencias en animales por allá por el año de 1839 en adelante. Sin embargo, hemos de agregar que por razones lógicas, esto es puesto en duda por el mismo Dr. Izquierdo, pero aun suponiendo que el Dr. Carpio sí hubiera hecho tales vivisecciones, éstas fueron posteriores en casi un siglo a las de Avalos y Porras.

4º *Investigaciones farmacológicas.*— Cuando se estudie la historia de la farmacología experimental en América, no podrá menos que considerarse los experimentos hechos por el Dr. Avalos y Porras, como los primeros que se llevaron a cabo mediante inyecciones de diversas sustancias dentro del torrente circulatorio para ver el resultado de su acción sobre el organismo. Asombra realmente ver el grado de adelanto a que había llegado el Dr. Manuel Avalos y Porras en una época tan difícil para la rápida difusión de la cultura y especialmente médica; cuando para la entrada de las obras nuevas estaban listos los cien ojos de Arcos del Tribunal del Santo Oficio para hacer las expurgaciones necesarias.

El mismo testigo, Andrés González, dice en su declaración: *Ha hecho dicho doctor otros muchos experimentos por medio de la cirugía infusoria para ave-*

riguar la virtud y modo de operar de varios medicamentos, como vomitorios, purgantes, y otros varios."

Si nos fijamos en los términos "otros muchos experimentos" y "averiguar la virtud y modo de obrar de varios medicamentos", nos damos perfecta cuenta que no se trataba de casos aislados sino de toda una serie de experimentos que abarcaba quien sabe cuantas clases de sustancias ensayadas. Dos siglos después de estas experiencias geniales de Avalos y Porras no se ha hecho nada más en las cátedras de Farmacología de nuestras Facultades centroamericanas.

5º *Circulación semicruzada.*—Uno de los experimentos notables que hacía el Dr. AVALOS es el siguiente: con instrumentos que él mismo fabricaba unía o conectaba la arteria de un perro con la vena de otro y observaba los efectos producidos en este segundo perro, especialmente al comprimirle la arteria al primer perro. En la declaración de uno de los testigos, el cirujano Andrés González, se lee lo que sigue: "porque cuando dicho doctor comprimía la arteria del uno instantáneamente vaciaba la vena del otro". Más claro no puede decirse que había conexiones artificiales entre la arteria de un perro y la vena del otro, y esto lo hacía Avalos antes de 1744!!!! En 1890 el fisiólogo francés León Fredericq gana fama haciendo estos experimentos del Dr. Avalos pero en un estado más avanzado, pues este último fisiólogo no sólo conectaba la arteria del primer perro con la vena del segundo, como lo hacía Avalos, sino que también conecta la arteria del segundo perro con la vena del primero. Por tal razón al experimento de Fredericq, hecho más de un siglo después, se le llama Experimento

to de CIRCULACION CRUZADA, y yo he bautizado al de Avalos como Experimento de CIRCULACION SEMICRUZADA.

Sin haber agotado los notables adelantos que introdujo en su tiempo el Dr. Avalos tanto en clínica como en obstetricia, creemos que los experimentos relatados aquí y conservados en documentos que hoy pertenecen al Archivo Nacional, nos autorizan para considerar a este genial investigador hasta hoy desconocido casi en lo absoluto, para considerarlo como el padre o el iniciador de la medicina científica en el continente americano. Era un centroamericano que vivía ignorado en lo oscuro de las cajas de documentos que guarda nuestro Archivo Nacional al cuidado del profesor Joaquín Pardo.

Mucho antes de que Claudio Bernard introdujera la Medicina Experimental en Europa, ésta fue iniciada en el Nuevo Mundo por el doctor MANUEL AVA-LOS Y PORRAS. Esto sitúa al mencionado médico centroamericano, y a Guatemala, su lugar de nacimiento, como la

cuna de la Medicina Experimental americana.

Las primeras vivisecciones en animales, los primeros experimentos de farmacología, las primeras transfusiones, las primeras demostraciones prácticas de la circulación de la sangre, los primeros experimentos de circulación cruzada, tuvieron lugar antes de 1744, en un lugar casi ignorado por el mundo de ese entonces, en la Muy Noble y Muy Leal ciudad de La Antigua, la Ciudad de las Perpetuas Rosas, como le llamara el fino poeta Carlos Wyld Ospina, por un humilde médico salido de la Universidad de San Carlos.

La historia siempre nos guarda sorpresas y esta es una de ellas. Hasta hoy tenemos plena conciencia de que un médico de estos pequeños países centroamericanos, adelantándose a su época y a todas las naciones del Continente, ha colocado su nombre como el símbolo de nuestra medicina, y su figura se yergue como la figura cimera de la Medicina de toda América.

Guatemala, junio de 1958.

BIBLIOGRAFIA

REVISTAS

ANALES

Organo de la Universidad Central del Ecuador. Hemos recibido el número 342, correspondiente al año de 1957. Este tomo está bajo la responsabilidad de la Comisión Directiva, formada por Francisco José Salgado, Gustavo Gabela R. y Galo René Pérez. Publica los siguientes trabajos:

"La Seguridad Industrial y la Prevención de Accidentes frente al Desarrollo Económico", por César Cisneros C. "El Derecho de Huelga" (Tesis Doctoral), por Carlos Pérez Patiño. "El Arbitraje de Límites entre Ecuador y Perú, ante el Rey de España", por el doctor Rafael García Velasco. "Estudios de Antropología Social de los Grupos: Indígena del Chimborazo, Marginal negro Chota y

Esmeraldas", por Alfredo Costales Samaniego. "Plan Integral de Realización Campesina", por el doctor César Cisneros Cisneros. "El Problema Social en el Ecuador", por el doctor Miguel Angel del Pozo V. "Enfermedad y Cultura", por Paúl Engel. "Ejercicio Funcional de la Farmacia, como Profesión Liberal", por el doctor Enrique Veintimilla Mosquera. "Deformaciones del Cuerpo de carácter Etnico, practicadas por los Aborígenes del Ecuador", por el doctor Antonio Santiana. "La Obra Naturalista de Goethe", por el doctor José E. Muñoz. "Canales Estables", por el Ing. Sviat C. Krochin.

VIDA UNIVERSITARIA

Vida Universitaria es órgano de la

Comisión de Extensión Universitaria de la Universidad de La Habana. Nos han llegado los números 92-93 correspondientes a los meses marzo-abril de 1958. Con un selecto material gráfico e informativo, trae además un interesante reportaje: "El Museo de Tepexpan", por Celso Enríquez.

VIDA UNIVERSITARIA

Semanario informativo y cultural auspiciado por el Patronato Universitario de Nuevo León. Director, Alfonso Reyes Aurecoechea; Jefe de Redacción, Samuel Flores Longaria. Nos han llegado los números 386 y 387 de agosto de 1958.

ARS

Revista de la Dirección General de Bellas Artes, de El Salvador, dirigida por Luis Gallegos Valdés y Danilo Velado. Hemos recibido el número 8 correspondiente a enero-diciembre de 1957. Publica los siguientes trabajos: "Panorama de la Literatura Cubana Contemporánea", Salvador Bueno. "Guillermo de Torre", F. Ferrandiz Alborz. "Consideraciones sobre Literatura Argentina", Félix Gabriel Flores. "Los Poetas de la Generación del Noventa y Ocho", José Pascual Buxo. "Emily Dickinson", Waldo Chávez Velasco. "Semblanza de Vicente Rosales y Rosales", Luis Gallegos Valdés. "Diálogo a Distancia con Ricardo Montilla sobre don Rómulo Gallegos", Joaquín de Montezuma Diniz de Carvalho. "André Malraux", Raymond Lichet. "Cuevas y la Tradición Mexicana", José Gómez Sicre. "Pintores Salvadoreños Contemporáneos", José Sanz y Díaz. "El Cilindro"

(cuento), Alfredo Huertas. "¿Influye o no la Literatura en la Formación de los Pueblos?", Salvador Cañas. Notas Bibliográficas. Los Pintores Salvadoreños en Alemania. Bases para el Cuarto Certamen Nacional de Cultura.

LETRAS EN CUZCATLAN

Letras en Cuzcatlán, publicación de la Dirección General de Bellas Artes de San Salvador. Director, Luis Gallegos Valdés; Redactor, Danilo Velado. Hemos recibido los números 20-25, correspondientes a los meses julio-diciembre de 1957.

REVISTA DE EDUCACION

Revista de Educación.—Es órgano del Ministerio de Educación de La Plata, República Argentina. Fue fundada por Sarmiento en 1858. Nos han llegado los números 1, 2, 3 y 4, correspondientes a los meses enero-abril de 1958. El último número trae el siguiente sumario:

"El Irracionalismo Contemporáneo", por Georges Bastide. "Las Piedras Preciosas y una Modalidad Creadora", por Héctor E. Ciocchini. "Los últimos temas de la "República" de Platón", por Edouard Des Places. "Sobre el Arte Prehistórico", por Simón Libedinsky. "La Cifra Gaucha", por Ismael Moya. "Asistencia médico-psicológica de la minoridad", por Luis María Ravagnan. "Arquitectura Egipcia", por Miguel Solá. "Principios de la Crítica", por Manuel B. Trías.—*Estudios y Traducciones*: Juan J. Garat, "La ciencia política". W. Bertraval, "Primeras visiones del mundo". Germán R. Gómez, "La enseñanza de la Física". M. Falsberg, "Algunos proble-

mas de delincuencia juvenil". Dora Valdovinos, "El teatro como medio de reeducación". M. Miranda de Paladini, "Periódicos escolares".—*Lecturas*: Guillermo Cox, "La cuesta de los raulies". J. B. Priestley, "La niñez y el tesoro". J. V. González, "Tierra nativa". Andree Martignon, "La flor de Rabanillo".—*Lenguaje y Estilo*: M. de Vedia y Mitre, "Apología del traductor. La Redacción, Lenguaje hermético". Albert Fuchs, "Explicación de textos". A. Herrero Mayor, "Indagaciones sobre el estilo". B. R. Enríquez, "Variaciones acerca del epíteto".—*Libros y Revistas*: E. Bréhier, "Los temas de la filosofía". Francisco Larroyo, "La ciencia de la educación". Denis Saurat, "La Atlántida y el reino de los gigantes". L. Grinberg, "Psicoterapia del grupo". J. A. Beaumont, "Viajes. Revistas, Enseñemos a estudiar; Trabajo por equipos; Departamento y escuelas profesionales".—*Ideas Contemporáneas*: P. Fraisse, "Experiencia de la duración". Julián Marías, "Funciones de la Universidad". G. Bazin, "Arte negro". Charles Kerényi, "Religión romana". Maurice Bell, "Excavaciones Arqueológicas".—*Crónica*: A. H. Breuil, "Pintura parietal". G. Berdiales, "La Pascua de Reyes de 1805". Norberto Frieboes, "Nuestro Mundo". G. García Saravi, "Novelística regional hispanoamericana". Marcel Uzé, "Descubrimientos".

La *Revista de Educación* se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Dirige la Revista el escritor Arturo Marasso.

ABSIDE

Revista de Cultura Mexicana,
México 1958. Vol. XXII, 3

Abside es una revista dirigida por Alfonso Junco. Este número que nos ha llegado corresponde a los meses julio-septiembre de 1958 y publica los siguientes trabajos:

"Manuel José Othón", por Ezequiel A. Chaves. "San Alfonso en el arte", por Esther M. Allison. "Cinco poemas", por Thomas Morton. "Evocación de Oajaca", por Eduardo Enrique Ríos. "Religiosidad de Othón", por Alfonso Junco. "Desde la Trapa", por Ernesto Cardenal. "El estilo en *Poemas Rústicos*", por Joaquín Antonio Peñalosa. "Una carta autógrafa" A. C. Junco de la Vega, por Manuel José Othón. "Sonetos sacros", por Mario Carvajal. Cuatro novelas mejicanas: "Fruto de Sangre", "Senderos de milagros", "Retorno a la tierra", "Frontera", por Alberto Valenzuela.

HUMANIDADES

Humanidades es una Revista de la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador. N° 3 correspondiente a los meses enero-marzo de 1958. Redactan la revista los profesores Luis Gallegos Valdés, Alfredo Huertas García y Ricardo Trigueros de León. Publica los siguientes trabajos:

"Orígenes de Nuestra Nacionalidad", por el Dr. Alejandro D. Marroquín. "Breve Comentario de la Historia de la Sociología en El Salvador", por Lucía Moreno. "Situación Biopsicológica de la Adolescencia", por el Lic. Manuel Luis

Escamilla. "El Problema del Retraso Pedagógico en la Estandarización de Pruebas", por Albert W. Stahel. "El Retorno Imposible de César Dávila Andrade", por Matilde Elena López. "Contestación al Cuestionario enviado por el señor Joaquín Montezuma Diniz de Carvalho", por Luis Gallegos Valdés. "La Introducción de la Imprenta en México y los Precusores del Periodismo", por Henry Lepidus, B. J., M. A. Cuentos Sombríos, "Un hombre Casto", por Alfredo Huertas. "El Patito Feo de nuestro Alfabeto", por Carlos Vega. "Reflexiones Históricas", por el Dr. Manuel Vidal. "Reivindicación de Honras", por el Prof. Luis Aparicio. "Vida Humana Objetivada", por José Vicente Moreno.

LA UNIVERSIDAD

Revista trimestral de la Universidad

de El Salvador, Abril-Mayo-Junio de 1958, Nº 2, Año LXXXIII. Redactor de la Revista: Italo López Vallecillos. Publica los siguientes trabajos: "Hispanoamérica y el Mundo Occidental", por Leopoldo Zea; "La Sociología en Hispanoamérica", por Carlos Echánove Trujillo; "Principales Corrientes Filosóficas Actuales", por Rafael Almeida Hidalgo; "Ensayo Biográfico-Político sobre Sandino", por Mauricio de la Selva; "¿Es el Realismo una constante histórica?", por Matilde Elena López; "Misión de la Universidad y del Universitario", por Enrique Mayorga Rivas; "Eutanasia", por Hugo Lindo; "La Idea del Tiempo en Eliot", por Irma Lanzas; "El Hamlet de Ricardo Bacchelli", por Waldo Chávez Velasco; "El Doctor", por Eduardo Lizalde; Poemas de Vicente Rosales y Rosales; Libros, Revistas y folletos recibidos; Vida Universitaria.

